Douglas Rushkoff

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS RICOS

Fantasías escapistas de los milmillonarios tecnológicos

Douglas Rushkoff

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS RICOS

Fantasías escapistas de los milmillonarios tecnológicos

Capitán Swing

Douglas Rushkoff

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS RICOS

Fantasías escapistas de los milmillonarios tecnológicos

Capitán Swing

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS RICOS

Fantasías escapistas de los milmillonarios tecnológicos

Douglas Rushkoff

Traducción de

Francisco J. Ramos Mena

Capitán Swing

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS RICOS

Fantasías escapistas de los milmillonarios tecnológicos

A Mark Filippi, Michael Nesmith
y Genesis Breyer P-Orridge.
Ojalá estuvierais aquí.

INTRODUCCIÓN

La Mentalidad

Cierto día me invitaron a acudir a un complejo turístico de superlujo para dar una conferencia ante lo que supuse que serían un centenar o así de banqueros de inversión. Los honorarios eran, con mucho, los mayores que me habían ofrecido nunca por dar una charla —alrededor de una tercera parte de mi salario anual como profesor de una universidad pública—, y todo por ofrecer unas cuantas ideas sobre «el futuro de la tecnología».

Como humanista que escribe sobre el impacto de la tecnología digital en nuestras vidas, a menudo me confunden con un futurólogo. Pero nunca me ha gustado mucho hablar del futuro, y menos aún para los ricos. Los turnos de preguntas de mis charlas siempre acaban convirtiéndose en una especie de juegos de salón en los que me piden que opine sobre términos de actualidad en tecnología como si fueran códigos de cotización de una bolsa de valores: IA, RV, CRISPR… A los asistentes rara vez les interesa saber cómo funcionan esas tecnologías o conocer su impacto en la sociedad más allá de la disyuntiva de si invertir o no en ellas. Pero el dinero habla, y yo también, así que acepté el bolo.

Volé en clase preferente. Me dieron unos auriculares con cancelación de ruido para los oídos y frutos secos calientes para comer (sí, ha leído bien: calientan los frutos secos), mientras yo preparaba una conferencia en mi MacBook acerca de cómo las empresas digitales podrían potenciar los principios de la economía circular en lugar de redoblar el capitalismo extractivo basado en el crecimiento, dolorosamente consciente de que ni el valor ético de mis palabras ni los créditos de carbono que había comprado junto con mi billete podían compensar el daño medioambiental que estaba causando. Estaba financiando mi hipoteca y el plan de ahorro para pagar la universidad de mi hija a costa de las personas y lugares que tenía debajo.

En el aeropuerto me esperaba una limusina, que me llevó directamente al desierto Alto. Intenté entablar conversación con el chófer sobre el culto a los ovnis que abunda en esta parte del país y la desolada belleza del terreno en comparación con el frenesí de Nueva York. Supongo que sentí la necesidad de asegurarme de que entendía que no soy de la clase de personas que suelen sentarse en la parte trasera de una limusina como aquella. Como si quisiera hacer justo lo contrario consigo mismo, él finalmente me reveló que no era chófer a tiempo completo, sino un operador intradía que estaba pasando una pequeña mala racha después de unas cuantas «apuestas mal calculadas».

Cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, caí en la cuenta de que llevaba tres horas en la limusina. ¿Qué clase de gestores forrados de fondos de cobertura querrían alejarse tanto en coche del aeropuerto para asistir a una conferencia? Entonces lo vi. En una pista paralela a la carretera, como si quisiera competir con nosotros, un pequeño avión a reacción estaba aterrizando en un aeródromo privado. ¡Pues claro!

Justo en el risco de al lado se hallaba el sitio más lujoso, aunque aislado, en el que he estado nunca. Un complejo turístico y balneario en medio de…, bueno, de ninguna parte. Un conjunto de modernas estructuras dispersas de piedra y cristal enclavadas en una gran formación rocosa con vistas a la inmensidad del desierto. Cuando me registré no vi a nadie más que a unos cuantos empleados, y tuve que usar un mapa para encontrar el camino a mi «pabellón» privado, donde había de pasar la noche. Tenía mi propia bañera de hidromasaje al aire libre.

A la mañana siguiente, dos hombres vestidos a juego con prendas de vellón de la marca Patagonia vinieron a buscarme en un carrito de golf y me llevaron a través de las rocas y la maleza hasta una sala de reuniones. Me dejaron allí para que tomara café y me preparara, de modo que supuse que aquella era mi sala de espera. Pero, en lugar de ponerme un micrófono y llevarme a un escenario, lo que hicieron fue traerme allí a mi público. Los asistentes se sentaron alrededor de la mesa y se presentaron: cinco tíos superricos —sí, todos hombres— de las altas esferas del mundo de la inversión tecnológica y los fondos de cobertura. Al menos dos de ellos eran milmillonarios. Tras una breve conversación informal, me di cuenta de que no tenían el menor interés en la charla que había preparado sobre el futuro de la tecnología. Habían venido a hacerme preguntas.

Empezaron de forma inocua y bastante previsible. ¿Bitcoin o Ethereum?¿Realidad virtual o aumentada? ¿Quién dispondrá primero de computación cuántica, China o Google?… Pero no parecían asimilarlo mucho. En cuanto empecé a explicarles las ventajas de las cadenas de bloques con algoritmo de prueba de participación frente al de prueba de trabajo, pasaron a la siguiente pregunta. Empecé a tener la sensación de que estaban poniéndome a prueba, no tanto en relación con mis conocimientos como con mis escrúpulos.

Finalmente empezaron a centrarse en lo que de verdad les preocupaba: ¿Nueva Zelanda o Alaska?, ¿cuál de las dos regiones se verá menos afectada por la crisis climática que se avecina? A partir de ahí la cosa no hizo más que empeorar.

¿Qué amenaza era mayor: el cambio climático o la guerra biológica? ¿Cuánto tiempo se puede prever sobrevivir sin ayuda exterior? ¿Un refugio debería contar con su propio suministro de aire? ¿Cuál es la probabilidad de contaminación de las aguas subterráneas? Por último, el director general de una agencia de bolsa explicó que casi había terminado de construir su propio sistema de búnkeres subterráneos, y a continuación preguntó: «¿Cómo puedo mantener mi autoridad sobre mi fuerza de seguridad tras el evento?». El «evento». Tal era el eufemismo que utilizaban para referirse al colapso medioambiental, la agitación social, la explosión nuclear, la tormenta solar, el virus imparable o el sabotaje informático malicioso que da al traste con todo.

Esa única pregunta nos ocupó el resto de la hora. Sabían que necesitarían guardias armados para proteger sus recintos de los asaltantes y las turbas enfurecidas. Uno de ellos ya había acordado que una docena de SEAL de la Armada estadounidense acudirían en su ayuda si él les daba la señal convenida.

Pero ¿cómo pagaría a los guardias cuando ni siquiera su criptomoneda tuviera ya valor? ¿Qué evitaría que los guardias acabaran eligiendo a su propio líder?

Los milmillonarios consideraron la posibilidad de utilizar cerraduras especiales en diversos puntos de la cadena de suministro alimentario cuya combinación solo conocieran ellos. O hacer que los guardias llevaran algún tipo de collar disciplinario a cambio de su supervivencia. O tal vez construir robots que hicieran a la vez de guardias y de obreros, si esa tecnología podía desarrollarse «a tiempo».

Intenté razonar con ellos. Presenté argumentos prosociales en favor de la cooperación y la solidaridad como los mejores enfoques para abordar nuestros retos colectivos a largo plazo. Les expliqué que la forma de conseguir que tus guardias te sean leales en el futuro es tratarlos como amigos en el presente. No inviertas solo en munición y vallas eléctricas: invierte en personas y relaciones.

Ellos pusieron los ojos en blanco ante lo que les debió de sonar a filosofía jipi,de modo que les sugerí lisa y llanamente que el modo de asegurarte de que mañana tu jefe de seguridad no te corte el cuello es pagarle hoy el bar mitzvá de su hija. Se rieron. Al menos el dinero que habían pagado les proporcionaba entretenimiento.

Pude ver que también estaban un poco molestos. Yo no los tomaba lo

bastante en serio. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Este era probablemente el grupo de personas más ricas y poderosas con las que me había tropezado nunca. Y, sin embargo, ahí estaban, pidiendo consejo a un teórico de los medios de tendencia marxista acerca de dónde y cómo configurar sus búnkeres apocalípticos. Fue entonces cuando lo entendí: al menos en lo que a estos caballeros se refería, aquella era realmente una charla sobre el futuro de la tecnología.

Siguiendo el ejemplo del fundador de Tesla, Elon Musk, que pretendía colonizar Marte;[1] de Peter Thiel, de Palantir, que aspiraba a revertir el proceso de envejecimiento,[2] o de los desarrolladores de inteligencia artificial Sam Altman y Ray Kurzweil, que se habían propuesto cargar sus mentes en superordenadores,[3] ellos se preparaban para un futuro digital que no tenía tanto que ver con hacer del mundo un lugar mejor como con trascender por completo la condición humana. Su extrema riqueza y sus privilegios solo les servían para obsesionarse con aislarse del peligro real y presente del cambio climático, la subida del nivel del mar, las migraciones masivas, las pandemias globales, el pánico nativista y el agotamiento de los recursos. Para ellos, el futuro de la tecnología consiste en una sola cosa: escapar del resto de nosotros.

Antes, estas personas inundaban el mundo con planes de negocio descabelladamente optimistas basados en cómo la tecnología podría beneficiar a la sociedad humana. Ahora han reducido el progreso tecnológico a un videojuego que uno de ellos gana cuando encuentra la escotilla de salida. ¿Lo hará Bezos emigrando al espacio, Thiel retirándose a su complejo de Nueva Zelanda, o Zuckerberg refugiándose en su Metaverso virtual? Y estos milmillonarios catastrofistas son los presuntos ganadores de la economía digital, los supuestos paladines de ese panorama empresarial basado en la supervivencia del más apto que de entrada está alimentando la mayor parte de toda esta especulación.

Obviamente, no siempre fue así. Hubo un breve momento, a principios de la década de 1990, en que el futuro digital parecía no tener límites. Pese a sus orígenes en la criptografía militar y las redes de defensa, la tecnología digital se había convertido en un paraíso para la contracultura, que veía en ella la oportunidad de inventar un futuro más inclusivo, distribuido y participativo. De hecho, el «renacimiento digital» —como yo mismo empecé a llamarlo en 1991 — se relacionaba con el potencial desenfrenado de la imaginación colectiva humana. Abarcaba desde las matemáticas del caos y la física cuántica hasta los juegos de rol de tipo fantástico.

En aquella primera época ciberpunk, muchos de nosotros creíamos que, interconectados y coordinados como nunca antes, los seres humanos podríamos crear cualquier futuro que imagináramos. Leíamos revistas como Reality Hackers, FringeWare y Mondo 2000, que equiparaban el ciberespacio con la psicodelia, la piratería informática con la evolución consciente y la creación de redes en línea con las fiestas masivas de música electrónica bailable conocidas como raves. Los límites artificiales de la realidad lineal causa-efecto y las clasificaciones jerárquicas se verían reemplazados por un fractal de interdependencias emergentes. El caos no era aleatorio, sino rítmico. Ya no veríamos el océano a través de la cuadrícula de meridianos y paralelos del cartógrafo, sino en los patrones subyacentes de las ondulaciones del agua. «Se acerca la ola», anuncié en mi primer libro sobre cultura digital.

Nadie nos tomó muy en serio. De hecho, en 1992 la editorial original canceló la publicación del libro porque pensaban que la moda de las redes informáticas «se acabaría» antes de que saliera a la venta, lo que estaba previsto para finales de 1993. Solo cuando, más avanzado el año, se lanzó la revista Wired, que replanteó el auge de internet como una oportunidad de negocio, la gente con poder y dinero empezó a tomar nota. Las páginas fosforescentes del primer número de la revista anunciaban que «se avecinaba un tsunami», mientras los artículos publicados daban a entender que solo aquellos inversores que siguieran la pista de los analistas de escenarios y futurólogos que allí aparecían podrían sobrevivir a la ola.

La cosa ya no iba de contracultura psicodélica, aventuras hipertextuales o conciencia colectiva. No, la revolución digital ni siquiera era una revolución en absoluto, sino una oportunidad de negocio: la posibilidad de inyectar esteroides a la ya moribunda bolsa de valores Nasdaq, y quizá sacarle otro par de décadas de crecimiento a una economía que se daba por muerta desde la caída de las biotecnológicas en 1987.

Todo el mundo se agolpó de nuevo en el sector tecnológico en el auge de las puntocom. El periodismo digital saltó de las páginas de cultura y medios de los periódicos a la sección de negocios. Los intereses empresariales establecidos vieron nuevos potenciales en la red, pero solo para seguir perpetuando la misma extracción de siempre, mientras los jóvenes tecnólogos prometedores se dejaban seducir por ofertas públicas de acciones de empresas unicornio y compensaciones multimillonarias. Los futuros digitales pasaron a concebirse más como los mercados de futuros de los valores o del algodón: algo que predecir y sobre lo que apostar. Del mismo modo, se empezó a tratar a

los usuarios de la tecnología ya no tanto como creadores a los que empoderar, sino más bien como consumidores a los que manipular. Cuanto más predecibles fueran los comportamientos de los usuarios, más segura resultaría la apuesta.

Casi todos los discursos, artículos, estudios, documentales o libros blancos publicados sobre la naciente sociedad digital empezaron a apuntar a uno u otro código de cotización bursátil. El futuro pasó de ser primordialmente algo que creamos a través de nuestras decisiones actuales o de nuestras esperanzas para la humanidad a convertirse en un escenario predestinado sobre el que apostamos con nuestro capital de riesgo, pero al que llegamos de forma pasiva.

Eso liberó a todos de las implicaciones morales de sus actividades. El desarrollo tecnológico dejó de ser un relato de florecimiento colectivo para devenir más bien un proyecto de supervivencia personal mediante la acumulación de riqueza. Y lo que es peor: como tuve ocasión de aprender escribiendo libros y artículos sobre tales componendas, llamar la atención acerca de cualquiera de estas cosas equivalía a proyectar involuntariamente una imagen de ti mismo como enemigo del mercado o cascarrabias antitecnológico. Al fin y al cabo, el crecimiento de la tecnología y el del mercado se concebían como una misma cosa: algo inevitable, e incluso moralmente deseable.

Las sensibilidades mercantiles pasaron a dominar gran parte del espacio mediático e intelectual que normalmente habría ocupado la reflexión sobre la ética práctica de empobrecer a muchos en nombre de unos pocos. En lugar de ello, buena parte del debate mayoritario se centró en hipótesis abstractas acerca de nuestro futuro predestinado de alta tecnología: ¿es justo que un corredor de bolsa consuma potenciadores cognitivos? ¿Habría que poner implantes cerebrales a los niños para aprender idiomas? ¿Queremos que los vehículos autónomos prioricen la vida de los peatones por encima de la de sus pasajeros?

¿Se deberían gestionar como democracias las primeras colonias marcianas? ¿Cambiar mi ADN socava mi identidad? ¿Deben tener derechos los robots?

Plantearse este tipo de preguntas, que todavía hoy seguimos formulando, puede ser filosóficamente entretenido. Pero resulta un pobre sucedáneo a la hora de lidiar con los verdaderos dilemas morales asociados al desarrollo tecnológico desenfrenado en nombre del capitalismo corporativo. Las plataformas digitales han convertido un mercado ya de por sí explotador y extractivo (pensemos en

empresas como Walmart) en un sucesor aún más deshumanizado (pensemos en empresas como Amazon). La mayoría de nosotros percibimos estas desventajas en forma de trabajos automatizados, la llamada economía de bolos, y la desaparición del comercio y el periodismo locales.

Pero los impactos más devastadores del capitalismo digital acelerado a fondo recaen sobre el medio ambiente, los pobres del mundo y el futuro que su opresión augura para la civilización. La fabricación de nuestros ordenadores y teléfonos inteligentes sigue dependiendo de redes de trabajo esclavo. Tales prácticas están profundamente arraigadas. Una empresa llamada Fairphone, fundada para fabricar y comercializar «teléfonos éticos», descubrió que era imposible hacerlo (hoy el fundador de la empresa se refiere a sus productos calificándolos tristemente de «más justos»).[4] Mientras tanto, la extracción de tierras raras y la eliminación de los desechos de nuestras tecnologías extremadamente digitalizadas destruyen hábitats humanos, sustituyéndolos por vertederos de residuos tóxicos en los que luego rebuscan niños indígenas empobrecidos y sus familias para revender los materiales utilizables a los fabricantes, quienes a su vez afirman cínicamente que ese «reciclaje» forma parte de sus grandes esfuerzos en favor del medio ambiente y el bien social.

Esa externalización de la pobreza y el veneno, basada en lo de «ojos que no ven, corazón que no siente», no desaparece solo porque nos hayamos cubierto los nuestros con gafas de realidad virtual y nos hayamos sumergido en una realidad alternativa. Si acaso, cuanto más tiempo ignoremos las repercusiones sociales, económicas y medioambientales, más problemáticas resultarán. Y esto, a su vez, genera aún más retraimiento, más aislacionismo y fantasías apocalípticas, y más tecnologías y planes de negocio concebidos a la desesperada. El ciclo se retroalimenta.

Cuanto más inmersos estamos en esta cosmovisión, más acabamos considerando que el problema son los demás seres humanos y más concebimos la tecnología como la forma de controlarlos y contenerlos. Tratamos la naturaleza deliciosamente extravagante, impredecible e irracional de los seres humanos más como un error que como un rasgo peculiar. Sean cuales sean sus propios sesgos, las tecnologías siempre se declaran neutrales. Cualquier mal comportamiento que induzcan en nosotros es solo un reflejo de nuestra propia esencia corrupta.

Es como si el culpable de nuestros problemas fuera invariablemente cierto salvajismo humano innato e inamovible. Al igual que la ineficacia de un mercado local de taxis se puede «resolver» con una

aplicación que lleve a la ruina a los conductores humanos, las irritantes incoherencias de la psique humana pueden corregirse con una actualización digital o genética.

En última instancia, según la ortodoxia tecnosolucionista, el futuro humano culminará cuando carguemos nuestra conciencia en un ordenador o, quizá mejor, cuando aceptemos que la propia tecnología es nuestra sucesora evolutiva. Como los miembros de un culto gnóstico, anhelamos entrar en la siguiente fase trascendente de nuestro desarrollo, despojándonos de nuestros cuerpos y prescindiendo de ellos, junto con nuestros pecados y problemas, y —sobre todo — de nuestros inferiores económicos. Las películas y programas de televisión reproducen esas fantasías para nosotros.

Las series de zombis muestran un panorama posapocalíptico en el que las personas no son mejores que los muertos vivientes, y parecen ser conscientes de ello. Peor aún: esos programas invitan a los espectadores a imaginar el futuro como una batalla de suma cero entre los humanos que aún quedan, donde la supervivencia de un grupo depende de la desaparición de otro. Incluso los programas de ciencia ficción más innovadores presentan hoy a los robots como intelectual y éticamente superiores a nosotros. Siempre son los humanos los que acaban reducidos a unas pocas líneas de código, al tiempo que las inteligencias artificiales aprenden a tomar decisiones cada vez más complejas y voluntarias.

La gimnasia mental necesaria para llevar cabo tan profunda inversión de roles entre humanos y máquinas depende del supuesto subyacente de que la mayoría de los humanos son esencialmente inútiles e irreflexivamente autodestructivos.

O los cambiamos o nos alejamos de ellos, para siempre. Así tenemos a milmillonarios de la tecnología lanzando coches eléctricos al espacio, como si eso simbolizara algo más que su capacidad de promoción empresarial.[5] Y si al final unas pocas personas logran alcanzar la velocidad de escape y sobrevivir de algún modo en una burbuja en Marte —pese a nuestra incapacidad de mantener esa burbuja ni siquiera aquí en la tierra en ninguno de los dos ensayos Biosfera realizados hasta ahora, con un coste de miles de millones de dólares —, el resultado no sería tanto una continuación de la diáspora humana como un bote salvavidas para la élite.[6] La mayoría de los seres humanos que piensan y respiran entienden que no hay escapatoria.

Lo que yo personalmente llegué a comprender mientras sorbía agua de

iceberg importada y reflexionaba sobre posibles escenarios apocalípticos con los grandes ganadores de nuestra sociedad es que en realidad aquellos hombres eran los perdedores. Los milmillonarios que me invitaron a viajar al desierto para evaluar sus estrategias bunkerianas no son tanto los vencedores del juego económico como las víctimas de sus reglas perversamente restrictivas. Más que otra cosa, han sucumbido a una mentalidad en la que «vencer» significa ganar suficiente dinero para aislarse del daño que están causando ellos mismos al ganar dinero de ese modo. Es como si quisieran construir un coche que fuera lo bastante rápido para escapar de los propios gases que emite.

Sin embargo, ese escapismo tan característico de Silicon Valley —al que yo llamo, para abreviar, la Mentalidad— anima a sus adeptos a creer que, de alguna manera, los ganadores pueden dejarnos atrás al resto de nosotros. Quizá ese haya sido siempre su objetivo. Puede que ese impulso fatalista de elevarse por encima de la humanidad y distanciarse de ella ya no sea tanto el resultado del capitalismo digital desbocado como su causa: una forma de tratarse unos a otros y tratar al mundo cuyo origen puede encontrarse en las tendencias sociopáticas de la ciencia empírica, el individualismo, la dominación sexual y quizá incluso el propio «progreso».

Sin embargo, aunque desde los tiempos de los faraones y de Alejandro Magno los tiranos hayan intentado encaramarse sobre las grandes civilizaciones y gobernarlas desde arriba, nunca antes los actores más poderosos de nuestra sociedad habían asumido que el principal impacto de sus propias conquistas sería hacer del propio mundo un lugar inhabitable para todos los demás. Ni tampoco habían dispuesto nunca de las tecnologías necesarias para programar sus sensibilidades en el tejido mismo de la sociedad. Hoy el paisaje está plagado de algoritmos e inteligencias que fomentan activamente esas perspectivas egoístas y aislacionistas. Quienes resultan ser lo bastante sociópatas como para adoptarlas se ven recompensados con dinero y control sobre el resto de nosotros.

Es un bucle de realimentación que se refuerza a sí mismo. Y constituye un hecho novedoso. Amplificada por las tecnologías digitales y la inédita disparidad de riqueza que estas posibilitan, la Mentalidad facilita la externalización del perjuicio a otros e inspira el correspondiente anhelo de trascendencia y distanciamiento de aquellas personas y lugares a los que se ha maltratado.

Como veremos, la Mentalidad se fundamenta en un cientificismo acérrimamente ateo y materialista, además de la fe en la tecnología

como método de resolución de problemas; la adhesión a los sesgos del código digital; la concepción de las relaciones humanas como fenómenos mercantiles; el miedo a la naturaleza y a las mujeres; la necesidad de ver las propias aportaciones como innovaciones absolutamente únicas y sin precedentes, y el impulso de neutralizar lo desconocido dominándolo y desvitalizándolo.

Sin embargo, en lugar de limitarse a enseñorearse de nosotros para siempre, los milmillonarios de la cúspide de esas pirámides virtuales buscan activamente el desenlace. De hecho, como la trama de una superproducción de Marvel, la propia estructura de la Mentalidad requiere un desenlace.

Todo debe resolverse con un uno o un cero, un vencedor o un perdedor, los que se salvan o los que se condenan. Las catástrofes reales e inminentes, desde la emergencia climática hasta las migraciones masivas, sustentan el mito, ofreciendo a estos aspirantes a superhéroes la oportunidad de representar la apoteosis en su propia vida.

Y ello porque la Mentalidad también incluye la certeza cuasi religiosa —y tan peculiar de Silicon Valley— de que sus acólitos podrán desarrollar una tecnología que de algún modo rompa las leyes de la física, la economía y la moral para ofrecerles algo aún mejor que una forma de salvar el mundo: un medio de escapar del apocalipsis que ellos mismos han creado.

[1] Mike Wall, «Mars Colony Would Be a Hedge against World War III, Elon Musk Says», Space.com, 28 de marzo de 2018, www.space.com/40112-elon musk-mars-colony-world-war-3.html [para facilitar la consulta al lector, añadimos versiones abreviadas de los enlaces largos; aquí tinyurl.com/5fnd473c].

[2] Maya Kosoff, «Peter Thiel Wants to Inject Himself with Young People' Blood», Vanity Fair, 1 de agosto de 2016, www.vanityfair.com/news/2016/08/peter-thiel-wantsto-inject-himself-with-young-peoples-blood [tinyurl.com/yc2bfhuj].

[3] Alexandra Richards, «Silicon Valley billionaire pays company thousands 'to be killed and have his brain digitally preserved forever'», Evening Standard,de marzo de 2018, www.standard.co.uk/news/world/silicon-valley-billionaire-pays-company-thousands-to-kill-him-and-preserve-his-brain-forever-a3790871.html [tinyurl.com/3fkpcemf].

[4] Bas Van Abel, entrevista con Douglas Rushkoff, pódcast Team Human, 29 de marzo de 2017, www.teamhuman.fm/episodes/ep-30-bas-van-abel-fingerprints-on-the-touchscreen [tinyurl.com/4us8dn95].

[5] Joel Gunter, «Elon Musk: The Man Who Sent His Sports Car into Space», BBC, 10 de febrero de 2018, www.bbc.com/news/science-environment- 42992143 [tinyurl.com/yrpb28tp].

[6] Steve Rose, «Eight Go Mad in Arizona: How a Lockdown Experiment Went Horribly Wrong», The Guardian, 13 de julio de 2020, www.theguardian.com/film/2020/jul/13/spaceship-earth-arizona-biosphere-2- lockdown [tinyurl.com/486tn4hs].

01 La ecuación aislacionista

Estrategias bunkerianas de los milmillonarios

Cuando embarqué en mi vuelo de regreso a Nueva York, me daba vueltas la cabeza pensando en lo que implicaba eso que he dado en llamar la Mentalidad. ¿De dónde había surgido? ¿Qué la había causado? ¿Cuáles eran sus postulados básicos? ¿Quiénes eran sus verdaderos acólitos? ¿Qué podíamos hacer para resistirnos a ella, si es que se podía hacer algo? Antes de aterrizar, publiqué en línea un artículo sobre mi extraño encuentro, y el efecto resultó sorprendente. [7]

Casi de inmediato, empecé a recibir consultas de empresas especializadas en atender las necesidades de survivalistas milmillonarios, todas con la esperanza de que yo pudiera publicitar sus productos a los cinco hombres sobre los que había escrito. Así, supe de un agente inmobiliario con un catálogo especializado en propiedades a prueba de catástrofes, de una constructora que aceptaba reservas para su tercer proyecto de viviendas subterráneas, y de una empresa de seguridad que ofrecía diversas formas de «gestión de riesgos».

Pero el mensaje que más me llamó la atención fue el que recibí de un expresidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Letonia llamado J. C. Cole. Este había presenciado la caída del Imperio soviético y constatado lo que entrañaba reconstruir una sociedad capaz de funcionar casi desde cero.

También había sido administrador de las embajadas de Estados Unidos y la Unión Europea en su país y había aprendido mucho sobre sistemas de seguridad y planes de evacuación. «Sin duda ha agitado usted un avispero —empezaba diciendo el primer correo electrónico

que me envió—. Me parece bastante acertado: los ricos que se escondan en sus búnkeres tendrán un problema con sus equipos de seguridad… Creo que tiene razón al aconsejarles “tratar muy bien a esa gente aquí y ahora”, pero el concepto también puede ampliarse, y creo que hay un sistema mejor que daría mucho mejores resultados».

Luego procedía a exponer los hechos. Él estaba convencido de que el «evento»—ya fuera un «cisne gris» (un suceso posible aunque improbable), una catástrofe previsible provocada por un enemigo o por la madre naturaleza, o simplemente un hecho accidental— era inevitable. Había realizado un «análisis FODA» de la situación (por las siglas de «fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas») y había llegado a la conclusión de que prepararse para una calamidad requiere tomar las mismas medidas que adoptaríamos para tratar de evitarla. «Casualmente —me explicó— estoy montando una serie de granjas refugio en la zona de Nueva York. Están diseñadas para gestionar mejor un “evento” y también para beneficiar a la sociedad como granjas semiecológicas. Ambas se encuentran a menos de tres horas en coche de la ciudad, lo bastante cerca para poder llegar allí cuando suceda».

No pude resistirme. No solo tenía ante mí a lo que habitualmente se conoce como un «preparacionista» o «survivalista», sino que además este contaba con acreditación de seguridad, experiencia de campo y conocimientos de sostenibilidad alimentaria. Él creía que la mejor manera de hacer frente a la inminente catástrofe era cambiar aquí y ahora nuestra forma de tratarnos unos a otros, así como de gestionar la economía y el planeta, y a la vez desarrollaba una red de comunidades agrícolas residenciales secretas y totalmente autosuficientes para millonarios, vigiladas por SEAL de la Marina estadounidense armados hasta los dientes.

Actualmente, J. C. está construyendo dos granjas dentro de su proyecto de refugios seguros. La granja 1, ubicada en las afueras de Princeton, es su granja piloto, y «funciona bien siempre que lo haga la “delgada línea azul”». La segunda, situada en algún lugar de las montañas Pocono, en Pensilvania, tiene que seguir siendo un secreto. «Cuanta menos gente conozca las ubicaciones, mejor», me dijo, añadiendo un enlace a un episodio de La dimensión desconocida en el que unos vecinos aterrorizados irrumpen en el refugio antiatómico de una familia en un momento de pánico nuclear. «El principal valor de un refugio seguro es la seguridad operativa, lo que los militares llaman OpSec. Cuando la cadena de suministro se rompa —si lo hace—, la gente no tendrá comida. La covid-19 nos dio un toque de atención cuando la gente empezó a pelearse por el papel higiénico.

Cuando haya escasez de alimentos, la cosa se pondrá fea. Por eso los que sean lo bastante inteligentes para invertir deben ser sigilosos».

J. C. se ofreció a venir a Nueva York para enseñarme su propuesta, pero yo quería ver la instalación en persona. Se mostró encantado y me invitó a ir a verlo a Nueva Jersey. «Lleve botas —me aconsejó—. El suelo todavía está húmedo». Luego me preguntó: «¿Sabe disparar?».

Además de criar cabras y pollos, la propia granja servía como centro ecuestre y de entrenamiento táctico. J. C. me enseñó a sujetar y disparar una Glock contra una serie de blancos situados al aire libre que reproducían la silueta de unos «tipos malos», mientras refunfuñaba sobre la forma en que la senadora Dianne Feinstein había limitado arbitrariamente el número de balas que se podían meter legalmente en el cargador de la pistola. J. C. sabía de qué hablaba. Le pregunté acerca de varios posibles escenarios de combate. ¿Cómo te defiendes contra toda una banda de matones que invaden tu finca? «No lo haces —me dijo—. La clave del preparacionismo está en saber escapar».

Obviamente, si tienes un complejo como el que estaba construyendo J. C., las cosas son un poco distintas. «La única manera de proteger a tu familia es con un grupo», me aseguró. Ese es realmente el objetivo de su proyecto: reunir un equipo capaz de permanecer refugiado en el lugar durante un año o más y al mismo tiempo defenderse de quienes no han sido tan precavidos. «Aquí estuvo de visita el equipo SWAT de la policía de una ciudad. Todos dijeron que vendrían a la primera señal de problemas». J. C. también espera formar a jóvenes granjeros en agricultura sostenible y conseguir al menos un médico y un dentista para cada emplazamiento.

Tuvimos que terminar de disparar antes de que apareciera una adolescente que venía a practicar saltos con su caballo. De vuelta al edificio principal, J. C. me mostró los protocolos de «seguridad por capas» que había aprendido diseñando las instalaciones de las embajadas: una valla alrededor de todo el recinto, señales de prohibido el paso, perros guardianes, cámaras de vigilancia…, todos ellos elementos disuasorios para evitar una confrontación violenta. Se detuvo un minuto mientras observaba el camino. «Sinceramente, me preocupan menos las bandas armadas que la mujer que aparece en el camino de entrada con un bebé en brazos y pidiendo comida. —Hizo una pausa, y dio un suspiro—. No quiero encontrarme en ese dilema moral».

Justamente por eso, la auténtica pasión de J. C. no es construir unas

pocas instalaciones de retiro aisladas y militarizadas para millonarios, sino crear un prototipo de granjas sostenibles de propiedad local que puedan servir de modelo a otras y, en última instancia, ayudar a restaurar la seguridad alimentaria regional en Estados Unidos. El sistema de entrega «justo a tiempo» preferido por los conglomerados agrícolas hace a la mayor parte de la nación vulnerable a crisis de tan poca envergadura como un corte de energía o una interrupción en el transporte. Al mismo tiempo, la centralización de la industria agrícola ha dejado a la mayoría de las granjas completamente dependientes de las mismas extensas cadenas de suministro que los consumidores urbanos. «La mayoría de los productores de huevos ni siquiera pueden criar pollos —me explicó J. C. mientras me mostraba sus gallineros—. Compran pollitos. Yo tengo gallos».

J. C. no es precisamente un ecologista jipi de izquierdas. Nunca se refiere a Hillary Clinton por su nombre —solo la llama «ella»— y publica artículos en internet sobre las desventuras del estado profundo estadounidense y las inminentes guerras del petróleo.[8] Pero su modelo de negocio se basa en el mismo espíritu comunitario que yo intenté transmitir a los milmillonarios: la forma de evitar que las hordas hambrientas derriben tus puertas es conseguirles seguridad alimentaria aquí y ahora. Así que por tres millones de dólares los inversores no solo obtienen un complejo de máxima seguridad en el que capear la próxima plaga, tormenta solar o colapso de la red eléctrica; también obtienen una participación en una red potencialmente rentable de franquicias de granjas locales que podrían reducir de entrada la probabilidad de un evento catastrófico. Su negocio haría todo lo posible para garantizar que haya el menor número de niños hambrientos en la puerta cuando llegue el momento de cerrar.

Hasta ahora, J. C. Cole no ha podido convencer a nadie de que invierta en su proyecto, American Heritage Farms. Eso no implica que no haya nadie invirtiendo en este tipo de planes; solo que los que atraen más atención y dinero no suelen tener esos componentes cooperativos: son más apropiados para gente que quiere ir por su cuenta. La mayoría de los preparacionistas milmillonarios no quieren tener que aprender a llevarse bien con una comunidad de granjeros o, lo que es peor, gastar sus ganancias en financiar un programa nacional de resiliencia alimentaria. Al tipo de mentalidad que requiere refugios seguros no le interesa tanto prevenir posibles dilemas morales como limitarse simplemente a mantenerlos fuera de su vista.

Muchos de quienes buscan en serio un refugio seguro se limitan a contratar a una de las varias empresas de construcciones

preparacionistas que existen para que entierren un búnker prefabricado revestido de acero en alguna de sus propiedades. Rising S Company, de Texas, construye e instala búnkeres y refugios contra tornados cuya gama va desde solo 40.000 dólares por un escondite de emergencia de 2,5 por 3,5 metros hasta la lujosa serie Aristocrat, que, por 8,3 millones de dólares, cuenta hasta con piscina y pista de bolos.[9]

Aunque en su página web tienen fotos de los modelos más baratos ya construidos, los de mayor tamaño se muestran únicamente en recorridos virtuales, probablemente porque en la práctica no deben de haber fabricado muchos de esa escala (si es que han llegado a fabricar alguno). En cualquier caso, se trata de instalaciones bastante espartanas, más parecidas a contenedores de transporte reutilizados que a guaridas fantásticas estilo James Bond.

Originalmente la empresa abastecía a familias que buscaban refugios temporales contra tormentas, antes de entrar en el negocio del apocalipsis a largo plazo. El logotipo de la empresa, que incluye tres crucifijos, hace pensar que sus servicios se dirigen más a los preparacionistas cristianos evangélicos de los estados republicanos estadounidenses que a los tecnofrikis[10] milmillonarios entregados a sus fantasías de ciencia ficción.

Hay un elemento mucho más caprichoso en las instalaciones en las que la mayoría de los milmillonarios —o, más exactamente, los aspirantes a serlo invierten realmente. Una empresa llamada Vivos vende lujosos apartamentos subterráneos construidos en antiguas instalaciones de los tiempos de la Guerra Fría, ahora reconvertidas, como almacenes de municiones, silos de misiles y otros recintos fortificados repartidos por todo el mundo.[11] Como si fueran versiones en miniatura de los complejos turísticos del Club Med, ofrecen suites privadas para individuos o familias y zonas comunes más amplias con piscinas, juegos, películas y restaurantes. Otros refugios de carácter ultraelitista, como los que propone la empresa checa Oppidum, se proclaman destinados a la clase milmillonaria y prestan más atención a la salud psíquica de sus residentes a largo plazo.[12] Ofrecen simulaciones de luz natural (por ejemplo, una piscina con una zona ajardinada que parece iluminada por el sol), además de bodega y otras comodidades para que los ricos se sientan como en casa.

Sin embargo, si se analiza detenidamente, la probabilidad de que un búnker fortificado proteja de veras a sus ocupantes de la realidad de…, bueno, de la realidad, es muy reducida. Para empezar, los

ecosistemas cerrados de las instalaciones subterráneas resultan ridículamente frágiles. La diversidad que caracteriza los biomas genuinos del mundo real protege a estos y a sus habitantes de las catástrofes. En la naturaleza, una enfermedad, una sequía o un invasor puede amenazar a una especie, pero verse mitigado con éxito por otra. Un jardín hidropónico cerrado es vulnerable a la contaminación. Las granjas verticales con sensores de humedad y sistemas de riego controlados por ordenador quedan muy bien en los planes de negocio y en las azoteas de las empresas emergentes de la Bahía de San Francisco; cuando una paleta de tierra vegetal o una hilera de plantas se echa a perder, basta con arrancarla y sustituirla. La «sala de cultivo» herméticamente sellada del apocalipsis, en cambio, no permite esa posibilidad.

Las incógnitas conocidas bastan por sí solas para desbaratar cualquier esperanza razonable de supervivencia. Pero eso no parece disuadir a los preparacionistas adinerados de intentarlo. Durante la pandemia de covid-19, el New York Times informaba de que los agentes inmobiliarios especializados en islas privadas se veían desbordados de consultas.[13] Los potenciales clientes preguntaban incluso si había suficiente terreno para realizar cierta actividad agrícola, además de instalar una plataforma de aterrizaje para helicópteros. Pero, aunque una isla privada pueda ser un buen sitio donde aguardar a que pase una plaga transitoria, convertirla en una fortaleza oceánica autosuficiente y defendible resulta más difícil de lo que parece. Las islas de pequeño tamaño dependen por completo del abastecimiento aéreo y marítimo de los productos básicos; asimismo, los equipamientos tales como los paneles solares y los sistemas de filtración de agua deben revisarse y reemplazarse a intervalos regulares. De modo que los milmillonarios que residen en estos lugares acaban dependiendo de una serie de complejas cadenas de suministro más, y no menos, que aquellos de nosotros que estamos plenamente integrados en la civilización industrial.

En cualquier caso, tampoco es que pueda sellarse herméticamente el entorno. Al final todo llega a todas partes. Las nubes tóxicas, la peste y la radiación tienen formas de propagarse y filtrarse a través de las barricadas mejor concebidas. Los filtros HEPA deben reemplazarse regularmente, y a veces aun así fallan.

Actualmente, la polución atmosférica de las fábricas de China y los incendios forestales de Europa y California ya alcanza continentes lejanos, contaminando de forma mensurable el Everest y Katmandú. Hoy los microplásticos cancerígenos son tan abundantes en los hielos polares como en una típica ciudad europea.[14] Según un estudio del

Fondo Mundial para la Naturaleza, el estadounidense medio ingiere cada mes el plástico equivalente a una tarjeta de crédito. Basta con leer las noticias. No hay escapatoria.[15]

Sin duda los milmillonarios que me pidieron consejo sobre sus estrategias de huida eran conscientes de esas limitaciones. ¿Podría haber sido todo una especid de juego? ¿Cinco hombres sentados alrededor de una mesa de póquer, apostando cada uno de ellos a que su plan de escape era el mejor? ¿Se suponía que yo tenía que desempeñar el papel del crupier neutral, o el de director de un juego de rol de tipo fantástico, emitiendo un juicio sobre cada uno de los escenarios que describían?

Pero aquí también había involucrado algo más. Si hacían eso solo por diversión, no me habrían invitado a mí: habrían mandado llamar al autor de algún cómic sobre apocalipsis zombi. Y si lo que querían era poner a prueba sus planes bunkerianos, habrían contratado a un experto en seguridad de Blackwater o del Pentágono. No. Parecían pretender algo más. Su lenguaje trascendía con mucho las cuestiones habituales del preparacionismo para posibles catástrofes y rozaba la política y la filosofía, en cuanto hacían uso de términos como individualidad, soberanía, gobierno y autonomía.

El motivo era que lo que querían que yo evaluara en realidad no eran tanto sus estrategias bunkerianas materiales como la base filosófica y matemática que utilizaban para justificar su devoción escapista. Estaban elaborando lo que he dado en llamar la ecuación aislacionista: ¿podrían ganar suficiente dinero para aislarse de la realidad que estaban creando ellos mismos al ganar dinero como lo hacían? ¿Había alguna justificación válida para esforzarse en tener el éxito necesario para dejarnos atrás al resto, con apocalipsis o sin él?

Como dignos representantes de la Mentalidad, han rechazado constantemente la gobernanza colectiva y suscrito la presuntuosa idea de que con suficiente dinero y tecnología, se puede rediseñar el mundo según las especificaciones personales de cada uno. Sus diversas iniciativas de escape basadas en una presunta autosoberanía equivalen a la misma fantasía tecnolibertaria[16] de construcción de mundos imaginarios ejemplificada por la competencia de los ultramilmillonarios para colonizar Marte, pero en este caso diseñada para su implementación aquí, en la tierra. Sea como fuere, solo los billonarios podrán acceder al espacio para terraformar otros planetas. Los integrantes del grupo que solicitó mi apocalíptico asesoramiento admitieron de buen grado que eran «milmillonarios de bajo nivel», que, a lo sumo, podrían darse una vuelta con Elon Musk, Richard

Branson o Jeff Bezos, quienes, a su vez, todavía se encuentran a unas cuantas generaciones de distancia de poder colonizar nada.

Ofreciendo una fantasía escapista tecnoutópica un poco más razonable, el movimiento conocido como seasteading (o «colonización del mar»), publicitado en una serie de artículos de revistas hace unos años, promete una solución sostenible a un mundo caracterizado por la catástrofe climática, el caos social y el colapso económico. En el futuro que imaginan sus aquapreneurs («emprendedores acuáticos»), una mezcla de Minecraft y Waterworld, los ricos vivirán en ciudades-Estado flotantes independientes, gigantescos conglomerados de balsas de alta tecnología que utilizarán energía térmica oceánica limpia y renovable para autoabastecerse y escapar así de una civilización de moradores terrestres dependientes de las perforaciones petrolíferas.[17] Puede que el revuelo publicitario suscitado por estas iniciativas se haya apagado un tanto, pero varios milmillonarios, e incluso algunas organizaciones legítimas como las Naciones Unidas y el MIT, siguen trabajando intensamente para que la humanidad retorne al mar.[18]

Los defensores del seasteading parecen empezar todas las conversaciones con la promesa de la sostenibilidad, el ecologismo o el aislamiento frente a riesgos como la covid o el caos climático (¿por qué temer la subida del nivel de los mares si ya vives en el mar?). A la larga, no obstante, siempre acaban aduciendo motivaciones de cariz más ideológico para abandonar la tierra firme. La declaración de intenciones del Instituto Seasteading lo explica claramente:«Establecer comunidades oceánicas permanentes y autónomas que permitan experimentar e innovar con diversos sistemas sociales, políticos y jurídicos».[19]

Los empresarios tecnológicos que invierten en estos planes oceánicos pretenden recuperar la anarquía del salvaje Oeste asociada a los inicios de internet. Su proyecto tiene poco que ver con el agua y mucho —todo— con la autonomía política: con la libertad de vivir rigiéndose únicamente por la Mentalidad. Libres de las restricciones y regulaciones del pensamiento retrógrado de los estados-nación, los aquapreneurs podrán reinventar la civilización como un experimento ultralibertario. Crearán rápidamente prototipos de nuevas formas de gobierno y determinarán en todo caso qué guiños es necesario hacer —si hay que hacer alguno— al civismo o al colectivismo. Como explica el sitio web del Instituto Seasteading, «hemos tenido la revolución agraria, la comercial y la industrial, pero ¿por qué no una revolución de la gobernanza? Adéntrese en el mar».[20] El océano será el medio para lograr un fin: una forma de redefinir la propia

soberanía desde abajo, donde la persona gobierna siempre absolutamente su propia lealtad, la expresión de sus valores y sus obligaciones para con la ley.

Es una visión de algo así como una desconferencia global, en la que cada individuo o familia construye o compra su propia villa flotante de alta tecnología, o «nanonación», y luego navega hacia el conglomerado-nación modular que le ofrezca el mejor sistema de gobierno. Si deja de gustarte el funcionamiento del gobierno, simplemente te desconectas y te propulsas hacia otro conglomerado, en otra parte del océano. En un libre mercado anárquico, las sociedades emergentes competirán por sus habitantes del mismo modo que hoy las redes sociales compiten por los usuarios o los campamentos de verano compiten por los visitantes. Además, al estar libres de cualesquiera regulaciones nacionales, los emprendedores acuáticos podrán desarrollar tecnologías y realizar avances científicos que serían imposibles en países que impongan restricciones legales o morales a, por ejemplo, la ingeniería genética, la clonación o la nanotecnología.

Envueltas en la urgencia del ecologismo y el optimismo de la innovación tecnológica, este tipo de fantasías de autosoberanía delatan el deseo subyacente entre la élite tecnolibertaria de dejar de someterse a las investigaciones parlamentarias, las regulaciones antimonopolio o la tecnofobia regresiva; de coger su pelota e irse a jugar a otra parte.

Ya sea en la tierra, en el mar o en el espacio exterior, esta búsqueda de autosoberanía reviste menos importancia como ejemplo de preparacionismo para el apocalipsis que como revelación de las fantasías subyacentes estilo Ayn Rand de la élite tecnológica: los más racionales y productivos de entre nosotros escapan para perseguir sus propios intereses, empoderados para construir su propia economía independiente y libres de las consecuencias morales de sus actos.

[7] Douglas Rushkoff, «Survival of the Richest: The Wealthy Are Plotting to Leave Us Behind», Medium, 5 de julio de 2018, https://onezero.medium.com/survival-of-the-richest-9ef6cddd0cc1 [tinyurl.com/mr37zbt7].

[8] J. C. Cole, «American Gray Swans USA 14 Feb 2019», Public Intelligence Blog, 17 de mayo de 2019, https://phibetaiota.net/2019/02/jc-cole-america-first-rooted-in-small-sustainable-distributed-farms-localize-localize-localize [tinyurl.com/3k5nre9t]; y J. C. Cole, «American Gray Swans - June

2021 # “Only June 2021 Petroleum Events and Other Curious Happenings!”», Public Intelligence Blog, 14 de julio de 2021, https://phibetaiota.net/2021/07/jc-cole- american-gray-swans-june-2021-1-only-june-2021petroleum-events-and-other-curious-happenings [tinyurl.com/3kjru4rh].

[9] Rising S Company, «All Steel Bunkers and Bomb Shelters», https://risingsbunkers.com.

[10] Traducimos aquí como «tecnofriki» el término inglés tech bro, aunque este último es algo más rico en matices en cuanto bro comporta también cierto componente de hipermasculinidad. (N. del T.).

[11] Elizabeth Stamp, «Billionaire Bunkers: How the 1% are preparing for the apocalypse», CNN, 7 de agosto de 2019, www.cnn.com/style/article/doomsday-luxury-bunkers/index.html [tinyurl.com/bdevhz7t].

[12] Jim Dobson, «Inside the World’s Largest Private Apocalypse Shelter, The Oppidum (New Images)», Forbes, 5 de noviembre de 2015, www.forbes.com/sites/jimdobson/2015/11/05/billionaire-bunker-inside-the-worlds-largest-private-apocalypse-shelter-the-oppidum/?sh=675141ef6ad6 [tinyurl.com/42p8v6ux].

[13] Heather Murphy, «The Island Brokers Are Overwhelmed», New York Times, 9 de octubre de 2020, www.nytimes.com/2020/10/09/realestate/private-islands-coronavirus.html [tinyurl.com/33he4unp].

[14] Jamie Wheal, Recapture the Rapture: Rethinking God, Sex, and Death in World That’s Lost Its Mind, Nueva York: HarperCollins, 2021.

[15] Wijnand de Wit y Nathan Bigaud, «No Plastic in Nature: Assessing Plastic Ingestion from Nature to People», World Wide Fund for Nature, 2019, https://d2ouvy59p0dg6k.cloudfront.net/downloads/plastic_ingestion_web_spreads.pdf [tinyurl.com/2s47yxnb].

[16] Hay que entender aquí el término libertario y sus derivados en la acepción conservadora que tiene en la política estadounidense; esto es, como defensa de la propiedad privada, la economía de mercado y la mínima intervención del Estado. (N. del T.).

[17] Joe Quirk y Patri Friedman, Seasteading: How Floating Nations Will Restore the Environment, Enrich the Poor, Cure the Sick, and Liberate Humanity from Politicians, Nueva York: Free Press, 2017.

[18] «Busan UN Habitat and OCEANIX Set to Build the World's First Sustainable Floating City Prototype as Sea Levels Rise», UNHabitat.org, 18 de noviembre de 2021, https://unhabitat.org/news/18-nov-2021/busan-un-habitat-and-oceanix-set-to-build-the-worlds-first-sustainable-floating [tinyurl.com/mrx2uyut].

[19] Véase www.seasteading.org.

[20] Ibid.

02 Fusiones y adquisiciones

Ten siempre una estrategia de salida

No es así como la mayoría de nosotros pensábamos que la tecnología digital iba a cambiar la cultura humana. Mi primer contacto con los ordenadores fue en noveno curso. La Junta de Educación de nuestro distrito había comprado su primer «ordenador central» IBM para gestionar los historiales escolares y más tarde se les ocurrió la idea de instalar tres terminales en la oficina del departamento de Matemáticas para los estudiantes interesados. Obviamente, pronto los niños habían aprendido más sobre el sistema informático de la escuela que sus administradores adultos. Día sí y día también, se pedía a algún empollón informático que saliera de clase y fuera a arreglar el sistema que coordinaba las nóminas de los profesores y tabulaba las notas de los alumnos. Toda su microcultura estaba impregnada de un espíritu de servicio a los demás, de enseñar a los novatos y compartirlo todo.

Por necesidad, esos mismos valores regían también en la gran cultura informática. La gente no tenía todavía ordenadores personales. Trabajaban en terminales conectados a grandes computadores que estaban en algún otro sitio.Eso significaba que todo el mundo tenía que compartir los recursos informáticos: los ciclos limitados de las máquinas. Gran parte de nuestro primer software se limitaba a orquestar esa necesidad de compartir; por ejemplo, qué partición de un disco duro albergaría el «directorio» de archivos de cada usuario o a qué hora se permitiría a alguien «ejecutar» su programa en el procesador central.

Lógicamente, todo el software que escribían esos usuarios era también «shareware». ¿Por qué a alguien se le iba a pasar siquiera por la cabeza la idea de cobrar por un programa que había escrito? La medida del éxito de un programa era justamente lo extendido que llegaba a estar su uso. Era un motivo de orgullo y el dinero no intervenía para nada. De hecho, en aquella época los padres se

preocupaban cuando nosotros, sus hijos, mostrábamos interés en los ordenadores. Parecía que íbamos a desperdiciar nuestra vida jugando a videojuegos y nunca nos ganaríamos apropiadamente el sustento. No tenían ni idea de lo que de verdad se fraguaba.

Yo mismo solo llegué a apreciar la inmensa envergadura de lo que estaba ocurriendo cuando llegué a la universidad y me dirigí al laboratorio de informática para escribir mi tesis de graduación. Siempre recordaré el momento en que la estudiante de posgrado que trabajaba allí me enseñó cómo guardar mi trabajo. Me explicó que podía guardar mi archivo como de «solo lectura», lo que implicaba que otros podían leer el archivo, o de «lectura y escritura», lo que implicaba que podían escribir en el archivo que yo había guardado o cambiarlo.

Todos los archivos eran o bien de solo lectura, o bien de lectura y escritura. En aquel momento parecía fácil, pero recuerdo que al salir del laboratorio veía el mundo de otra manera. ¿Qué cosas del mundo eran de solo lectura y cuáles de lectura y escritura? ¿Por qué el dinero era de solo lectura? ¿Y la religión? ¿Y si pudiéramos cambiarlas? ¿Qué parte del mundo estaba protegida arbitrariamente de nuestra intervención y quién podía tomar esas decisiones? Yo me había criado en el entorno mediático de solo lectura de la televisión. Era un espectador. Pero empezaba a ser consciente de que todo eso estaba a punto de cambiar.

Aquellos de mis amigos que se mudaban a Silicon Valley no iban allí solo a programar ordenadores, sino a programar la realidad. No se parecían a los frikis con protectores de bolsillo con los que me había codeado en el departamento de Matemáticas del instituto. Eran más bien como los artistas y consumidores de psicodélicos que conocía de mis clases de música y teatro. Fans de Grateful Dead, devotos de la wicca y entusiastas de Brian Eno. Como curtidos expertos en alucinaciones, a los miembros de la comunidad psicodélica se les daba especialmente bien imaginar entornos virtuales y nuevos modos de comunicación humana. Las empresas tecnológicas no solo buscaban activamente programadores entre los miembros de esta imaginativa subcultura, sino que además se adaptaban a sus necesidades, por ejemplo, avisando discretamente con antelación a ciertos empleados de las pruebas de drogas que habían de realizar por su condición de contratistas de defensa.[21]

Los héroes psicodélicos de la década de 1960 —como el gurú del LSD Timothy Leary, el antiguo miembro de los Merry Pranksters Stewart Brand y el letrista de Grateful Dead John Barlow— aseguraron a la

contracultura californiana que la revolución informática no se identificaría tanto con la burocracia militar de la posguerra, o siquiera con las corporaciones de alta tecnología, como con los «neocomunalistas» de Haight-Ashbury, el Whole Earth Catalog y los jacuzzis del Instituto Esalen.[22]

A principios de la década de 1990 la cultura psicodélica y la informática se habían hecho indistinguibles. Los desarrolladores de software que de día escribían código para Apple al llegar a casa raspaban brotes de peyote de sus cactus y se pasaban la noche viajando. Mis amigos de SUN Microsystems usaban sus potentes ordenadores para generar imágenes fractales que luego se proyectaban en los espectáculos de Grateful Dead. Durante un tiempo, Intel incluso suministró equipos experimentales de realidad virtual para que los chicos hicieran demostraciones de su funcionamiento en las fiestas rave de San Francisco.

Si algún enemigo tenía nuestro internet, no eran las corporaciones que nos daban juguetes para entretenernos y pagaban por nuestro tiempo; era el Gobierno estadounidense, que utilizaba los ordenadores para sus juegos de guerra, arrestaba a jóvenes jáqueres con falsas acusaciones y trataba de censurar nuestra comunicación en línea. Todo el mundo sabía que el origen de internet estaba en otra red llamada Arpanet, diseñada como un sistema descentralizado para ayudar a los militares a comunicarse aun después de una catástrofe como una guerra nuclear. Nosotros queríamos alejarnos lo máximo posible de ese origen.

Mientras tanto, el FBI había llevado a cabo una serie de redadas innecesariamente contundentes bautizadas como Operación Sundevil, irrumpiendo en las casas de algunos de nuestros jáqueres adolescentes favoritos, deteniéndolos y aterrorizando a sus familias, y todo por unas infracciones relativamente menores en las que además no había habido víctimas.[23] Al final, la denominada Ley de Decencia en las Comunicaciones de 1996 trató de limitar lo que nosotros considerábamos nuestra libertad de información, prohibiendo no solo el material «obsceno», sino cualquier cosa que se considerara «indecente».

La Declaración de Independencia del Ciberespacio que presentó John Barlow ese mismo año expresaba lo que muchos de nosotros sentíamos, y algo más:«Gobiernos del mundo industrial, cansados gigantes de carne y acero, vengo del ciberespacio, el nuevo hogar de la mente. En nombre del futuro, os pido a los del pasado que nos dejéis en paz. No sois bienvenidos entre nosotros. No tenéis soberanía

allí donde nos reunimos».[24] Los enemigos eran los Gobiernos y había que evitar que ejercieran su autoridad sobre este nuevo proyecto colectivo de la humanidad. La mayoría de nosotros pasó por alto la línea que cerraba el manifiesto: «Davos, Suiza, 8 de febrero de 1996»; el momento y el lugar del famoso Foro Económico Mundial, la zona cero del capitalismo global.

Por entonces la desregulación sonaba bien. Nosotros solo éramos una panda de fiesteros y ciberpunks, paranoicos ante la posibilidad de que el Gobierno pudiera detenernos por consumo de drogas. Conocíamos a John Barlow como el despreocupado letrista de Grateful Dead, no en su anterior faceta de libertario responsable de la campaña de Dick Cheney para el Congreso estadounidense. No entendíamos que desterrar a los Gobiernos de internet crearía una zona franca para la colonización corporativa. Todavía no habíamos descubierto que los Gobiernos y las empresas se equilibran mutuamente, como los hongos y las bacterias en el cuerpo: deshazte de unos y los otros camparán a sus anchas.[25]

Estábamos demasiado entusiasmados con la construcción de nuestra nueva civilización para pararnos a pensar en tales desequilibrios. Recuerdo que participé en un taller en las Naciones Unidas y me sentí plenamente identificado con lo que ponía en mi tarjeta de acreditación: «ciudadano del ciberespacio». Supongo que tenía una fe ciega en ello.

Pero internet finalmente cambió para mí la mañana del 10 de enero de 2000, cuando un redactor del New York Times me llamó para preguntarme si podía escribir un artículo de opinión para aquella misma tarde. Me sentí entusiasmado.

La cultura de la red, sobre la que yo llevaba escribiendo desde finales de la década de 1980, era por fin lo bastante importante como para que la Dama Gris —como se conoce coloquialmente al periódico— solicitara un artículo de opinión a un escritor ciberpunk marginal como yo. Pero resulta que el redactor quería mi comentario sobre algo ligeramente distinto: Time Warner, una venerable empresa considerada parte de los «viejos medios», acababa de anunciar que iba a ser adquirida por America Online (AOL), un proveedor de acceso a internet que solo llevaba una década de existencia. ¿Significaba eso que por fin había llegado de veras la hora de internet? ¿Podía explicar yo lo que implicaba esa fusión en palabras sencillas?

No quería dejar escapar la oportunidad, pero en realidad eso no era exactamente lo mío. Yo escribía sobre medios de comunicación y

cultura. Aun así, pensé que podría improvisar. Según el redactor del Times, la fusión marcaba el «nacimiento de la economía digital» y, de ser cierto, yo quería estar presente y meter baza. Así que analicé el acuerdo desde mi propia perspectiva, la de un teórico de los medios e ingenuo en temas financieros. Un venerable conglomerado con activos reales que incluían una filmoteca, un imperio periodístico con un montón de revistas, parques temáticos, estudios de cine y miles de kilómetros de cable de televisión estaba a punto de fusionarse con los tíos que se dedicaban a enviar por correo CD retractilados con «diez horas de acceso gratuito» a casi todos los hogares de Estados Unidos. Según los términos del acuerdo, las dos empresas se fusionarían en una, de la que los accionistas de AOL poseerían el 55 por ciento de las acciones, y los de Time Warner, solo el 45 por ciento.

¿Cómo podía America Online, una entidad sin apenas activos reales, haber logrado semejante proeza? Sí, era cierto que AOL había acumulado unos cuantos millones de usuarios, pero yo llevaba varios meses oyendo que el ritmo de nuevos suscriptores se estaba ralentizando. Lo único que subía en AOL al arrancar el nuevo siglo era el precio de sus acciones.

Entonces, de repente, la jugada adquirió sentido para el friki de los videojuegos que llevo dentro: AOL estaba gastando su dinero de fantasía «virtual». El fundador de la empresa, Steve Case, estaba canjeando sus fichas, cambiando sus activos especulativos de papel, sus activos puntocom, por una participación mayoritaria en una empresa real con activos reales. Además, si había decidido hacerlo justo ahora, eso significaba que creía que las acciones de America Online habían alcanzado su máximo histórico. Para mí, pues, la compra de Time Warner por parte de AOL inducía a pensar que lo que el entonces presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, denominaba la «exuberancia irracional» que rodeaba a las acciones de las tecnológicas había alcanzado su punto álgido: el auge de las puntocom estaba llegando a su fin.

De modo que puse todo eso por escrito y se lo envié al redactor antes del plazo límite, las tres de la tarde. Una hora después sonó el teléfono.

—¡No podemos publicar esto! —me espetó—. Todo el mundo anda diciendo que el acuerdo es una gran noticia, ¿y tú intentas argumentar que va a ser un fiasco?

¿Que nos están dando gato por liebre?

—Sí —respondí—. A Time Warner la están jodiendo.

—Vale, pues no podemos publicar un artículo negativo sobre una fusión que todo el mundo en la sección de Negocios dice de forma inequívoca que es magnífica tanto para los viejos medios como para los nuevos.

—Entonces, quizá deberíais pedirle que lo escriba a alguien de Negocios.

Y así lo hicieron. Junto con otros cientos de artículos editoriales de expertos en temas de empresa, la página de opinión del New York Times ensalzó las virtudes del acuerdo.[26] El artículo que yo escribí se publicó en el Guardian, donde las opiniones críticas con el capitalismo estadounidense eran mejor recibidas.[27]

Pero el consenso abrumadoramente mayoritario era que estábamos asistiendo a un cambio de época en la historia empresarial: los jóvenes comiéndose a los maduros, los nuevos medios conquistando a los viejos, la destrucción creativa, el alba de la economía digital o de la revolución de internet.

Desde mi punto de vista, sin embargo, aquello no representaba en absoluto el inicio de la revolución de internet, sino su final. Empezábamos a preocuparnos menos por cómo esta tecnología podía potenciar a la humanidad para pasar a centrarnos más en cómo podía reforzar una bolsa de valores en declive. El entusiasmo que rodeaba la cultura digital, el atractivo de interrelacionarse a través de las redes o dedicarse a crear nuevo software de forma gratuita en lugar de pasarse la noche viendo la tele, se estaba utilizando para publicitar a bombo y platillo un gran negocio en la bolsa de la vieja economía. Las innovaciones digitales ya no pretendían cambiar el mundo, sino mantener el viejo sistema firmemente arraigado.

Dos meses después estalló la burbuja de las puntocom, el Nasdaq se desplomó y los mismos periódicos que habían celebrado la fusión de AOL y Time Warner la calificaban ahora de fracaso épico; un fracaso personal del director general de Time Warner, Gerald Levin, que en otro tiempo había dirigido también la Bolsa de Nueva York. La gente culpaba de sus malas decisiones a la experiencia traumática de haber perdido a un hijo, mientras observaba atónita cómo 200.000 millones de dólares del dinero de los accionistas parecían esfumarse. La revolución de internet acabó ridiculizada como una burda estafa piramidal.[28]

Además, la unión de los viejos y nuevos medios tampoco imbuyó a Time Warner de los valores disruptivos de la cultura de internet. La empresa resultante no se volvió más aventurera o innovadora; antes al contrario: adquirió un talante mucho más tradicionalmente corporativo, obsesionado con la cuenta de resultados. Despidieron a Ted Turner de la CNN: el verso libre de la televisión por cable de la década de 1980 era sencillamente demasiado radical y espontáneo para aquella empresa que presuntamente formaba parte de los «nuevos medios» del siglo XXI. Las prometidas «sinergias» entre los medios impresos y digitales se tradujeron en diluir lo que quedaba de propiedades veneradas como Time y Sports Illustrated con «extensiones» en línea montadas deprisa y corriendo. Es cierto que vendieron algunos báneres publicitarios, pero terminaron regalando espacios en su sitio web como un beneficio añadido para quienes se anunciaban en las publicaciones impresas.

Y lo que es aún peor: la nueva empresa conjunta tenía que justificar una enorme valoración, o capitalización de mercado, ante sus accionistas. La cotización bursátil de AOL se había basado en conjeturas de carácter tremendamente especulativo sobre el crecimiento de su negocio de acceso telefónico a la red.

Pero, ahora que la tasa de suscriptores de internet de AOL se había estancado, era la parte correspondiente a los «viejos medios» de la nueva AOL Time Warner la que iba a tener que compensar la diferencia. De un modo u otro. Eso iba a resultar difícil para una empresa editorial tradicional en una era de disrupción digital. De modo que, en lugar de buscar nuevas fuentes de ingresos, la empresa optó por aplicar un método de probada eficacia para complacer a los accionistas: reducir gastos. Time Warner ofreció a su personal «paquetes» de incentivos para dimitir, recortó los presupuestos de investigación e incluso retiró los dispensadores de agua de sus instalaciones. Vendió activos productivos como los parques temáticos Six Flags y hasta su empresa de televisión por cable, Roadrunner. A la larga, para sobrevivir, tuvo que prescindir por completo de AOL, lo que dejó a Time Warner en el mismo sitio donde estaba, pero sin sus activos, su personal, su dinero y su valor bursátil.

Así que, al menos en este caso, la destrucción creativa se reveló más bien una destrucción destructiva. Resulta que el equipo de Steve Case había estado buscando durante meses una forma de sacar provecho a sus preciadas acciones —una estrategia de salida— mientras aún había tiempo. Pero, en lugar de invertir en innovación digital, contrató al banco de inversión Salomon Smith Barney para encontrar un objetivo de adquisición.[29] No se trataba de una estrategia vinculada en

absoluto a los nuevos medios, sino de la simple y manida operación de chalaneo basada en comprar barato y vender caro, amplificada en este caso por la enorme burbuja de las finanzas digitales. Como explicaría más tarde Ted Turner recurriendo a su característica hipérbole, «la fusión Time Warner-AOL debería pasar a la historia como la guerra de Vietnam y las guerras de Irak y Afganistán. Es uno de los mayores desastres que ha sufrido nuestro país». ¡Y pensar que por entonces creían que yo era pesimista!

La quiebra de AOL puso de manifiesto el esquema piramidal subyacente a la primera internet. En octubre de 2002, el desplome de las puntocom que siguió a continuación borró cinco billones de dólares —el 78 por ciento— del índice Nasdaq. Sí, es cierto que los mercados acabaron recuperándose. Pero la relación de la tecnología con el capital cambió para siempre: el dinero dejó de concebirse como una forma de financiar nuevas tecnologías; en lugar de ello, estas últimas pasaron a entenderse simplemente como formas de ganar dinero rápido siempre que uno pudiera salirse a tiempo.

Los inversores de capital riesgo escarmentados por el pinchazo de las puntocom también habían aprendido la lección. Ya no se limitarían a firmar cheques a los jáqueres y sentarse a esperar los resultados. Consideraban que habían interiorizado lo que de verdad importaba del desarrollo tecnológico y ahora debían estar al mando. En lo sucesivo, recibir dinero de un fondo de riesgo implicaría «pivotar» de lo que fuere que el fundador hubiera pretendido hacer con la tecnología a aquello que tuviera más probabilidades de generar curvas de crecimiento en forma de «palo de hockey» y rendimientos de miles de veces la cantidad invertida en el momento de retirar los fondos.

Había arraigado la Mentalidad.

Así, por ejemplo, Google comenzó como un proyecto de dos estudiantes de la Universidad de Stanford que buscaban una forma mejor de realizar búsquedas en la web que el sistema de clasificación descendente de Yahoo. Su sistema, que partía de un enfoque ascendente, observaba las formas en que los sitios web se vinculan entre sí y las utilizaban para determinar las clasificaciones de búsqueda.

Aunque la empresa ya tenía un tremendo éxito y rentabilidad simplemente por poner unos cuantos «enlaces patrocinados» junto a sus resultados de búsqueda, los inversores querían más. Por suerte para ellos, cada búsqueda en la web realizada por los miles de millones de usuarios de Google genera también un excedente de

«datos colaterales»: historiales completos de búsquedas y de clics y otro tipo de información por el que la empresa no se preocupaba demasiado. De modo que, tal como relata Shoshana Zuboff en su libro La era del capitalismo de la vigilancia, en lugar de limitarse a seguir proporcionando resultados de búsqueda a los usuarios, Google se metió en un negocio aún más rentable: el de ofrecer datos de los usuarios a sus auténticos clientes, los investigadores de mercado que pretenden acceder a grupos de usuarios concretos y manipular su comportamiento.

De manera similar, Mark Zuckerberg dejó la universidad para perseguir su sueño (probablemente prestado) de construir una red social en línea en la que los estudiantes universitarios pudieran hacer amigos y concertar citas.[30] Pero, tras recibir capital de Peter Thiel y otros inversores, su modelo de negocio pasó de ofrecer anuncios a vender datos. Cuanto más tiempo dedicamos a la plataforma y más dependemos emocionalmente de ella, más puede aprender Facebook sobre nosotros. Cada una de nuestras publicaciones, cada clic y «me gusta» se rastrean y analizan para fomentar una dependencia aún mayor, a menudo explotando nuestra vulnerabilidad al sensacionalismo y potenciando nuestras tendencias más impulsivas. Aún no se ha medido plenamente el impacto negativo que esto tiene en nuestra sociedad y muchos críticos de la tecnología han escrito libros enteros acerca del modo en que el énfasis de las redes sociales en la extracción de datos nos ha alejado unos de otros y del mundo real. En suma: lejos de empoderar a los usuarios, su empresa enriquecería a los inversores a costa de ellos.

Cuando salieron a la luz las prácticas de recopilación de datos y manipulación de usuarios de Facebook, yo empezaba una charla argumentando que en esas plataformas gratuitas nosotros «no somos los usuarios; somos el producto».

Aunque la frase resulta pegadiza, no es del todo cierta: en realidad, en este tipo de plataformas no somos tanto el producto como la mano de obra. Leemos, clicamos, publicamos y retuiteamos diligentemente; nos enfurecemos, escandalizamos e indignamos; y pasamos a quejarnos, atacar o cancelar. Todo eso es trabajo. Y sus beneficiarios son los accionistas. Porque lo que Silicon Valley realmente decidió aprender de la debacle de AOL es que el auténtico producto de cualquiera de estas empresas son las acciones.

En la nueva versión mejorada de Silicon Valley, después de la crisis, reina el capitalismo extremo. La tecnología digital se valora sobre todo por su capacidad de ampliar un negocio sin tener que contratar a

muchos seres humanos y de proporcionar las ganancias o —como suele ser el caso— el bombo publicitario necesario para disparar su cotización bursátil (hay firmas que, tras añadir a su nombre términos de moda como blockchain, han visto cuadruplicarse sus acciones solo por eso).[31] Siguiendo el ejemplo de AOL de enviar por correo discos gratis, las empresas luchan por conseguir suscriptores a toda costa. Están dispuestas a perder dinero durante años siempre que su base de usuarios aumente, preferiblemente a un ritmo exponencial.

Pero no todo son conceptos abstractos. Una curva de crecimiento de usuarios en forma de palo de hockey se traduce en una curva de incremento de las cotizaciones con esa misma forma. Luego, con el aumento del capital del que disponen, las tecnológicas crean «cajas de resistencia» con las que hacer presión para conseguir cambios políticos en el mundo real. Uber y DoorDash gastan millones en ejercer presiones políticas para que se les permita contratar a sus conductores como autónomos de bajo coste en lugar de asalariados con derecho a prestaciones. Airbnb utiliza su «caja de resistencia» para financiar «organizaciones locales independientes, dirigidas por los propios anfitriones, que sirven de foro para conectar y reunir a anfitriones apasionados» a fin de que estos puedan combatir la presión reguladora de las administraciones locales y ayuntamientos.[32] En 2017, cuando afrontaba acusaciones de monopolio, Google gastaba más que ninguna otra empresa en presionar a los legisladores de Washington;[33] en 2020, no obstante, se vería superada por Facebook, que ahora había de hacer frente a acusaciones similares.[34]

La capacidad de crecimiento abstracto exponencial de las empresas digitales les ha permitido amasar un poder político y económico nunca visto, ni siquiera en la época de los llamados «barones ladrones», los grandes capitalistas de la Edad Dorada estadounidense. Numerosos estudios han llegado a la conclusión de que hoy las élites económicas disfrutan de un impacto sustancialmente mayor en la política gubernamental,[35] mientras que «los ciudadanos y los grupos de interés de masas tienen poca o ninguna influencia independiente».[36]

En tanto las grandes compañías ejercen presión para proteger sus monopolios, las pequeñas empresas pierden su capacidad de competir. Eso se traduce en más quiebras y mayor desempleo. Los trabajadores no cuentan con una red de seguridad que los proteja porque las empresas que los han dejado sin trabajo no declaran beneficios ni pagan impuestos. Como último recurso, los trabajadores recurren a los empleos de la llamada «economía de bolos», en firmas como DoorDash, Uber o Amazon Mechanical Turk, pasando así a depender

de las mismas plataformas que previamente los desempoderaron.

El valor resultante de las grandes empresas tecnológicas —si no sus ganancias— rivaliza con el PIB de muchas naciones. Por su parte, puede que las personas que se hacen milmillonarias o incluso cienmilmillonarias con todas sus acciones empezaran con las mejores intenciones, pero acaban sucumbiendo a la Mentalidad. Como sus empresas, tienden a alejarse de la idea de ayudar a otras personas para centrarse únicamente en acrecentar su propia plusvalía. Es como si acumular riqueza de ese modo tuviera un efecto negativo en su capacidad de percibirse como miembros de una sociedad. Diversos estudios han revelado que cuanto más poder tiene una persona, menor es su «resonancia motora» o capacidad de verse reflejada en los demás.[37]

Obviamente, quienes buscan el poder pueden estar predispuestos de antemano a exhibir ese comportamiento. Pero otras investigaciones inducen a pensar que una vez han adquirido poder, las personas tienden a comportarse como los pacientes con daños en los lóbulos orbitofrontales del cerebro.[38] Es decir, que la experiencia de la riqueza y el poder es similar a la supresión de la parte del cerebro «crucial para la empatía y el comportamiento socialmente apropiado». A la gente más pobre se le da mucho mejor que a los ricos evaluar las emociones de los demás: su capacidad para hacer «inferencias empáticas» basadas en los movimientos de los músculos faciales es muy superior.

Evidentemente, correlación no implica causa, y no se han identificado los mecanismos concretos por los que los ricos y poderosos pierden su capacidad de compadecer a los demás. El propio capitalismo, al menos tal y como se practica actualmente en Silicon Valley, potencia sin duda la indiferencia generalizada hacia los vencidos. La pobreza se considera en gran medida culpa de los propios pobres. Como ha explicado Scott Galloway, profesor de Mercadotecnia de la Universidad de Nueva York: «Hemos decidido que el capitalismo implica ser afectuoso y empático con las empresas, y riguroso y darwinista con los individuos».[39] Así, el Gobierno estadounidense —como hicieron otros— no tuvo el menor problema en rescatar a bancos y otras empresas en la recesión de 2008. Y la crisis de la covid aumentó la riqueza total de los milmillonarios de 8,9 a 10,2 billones de dólares solo el primer año, pese al impacto negativo de la pandemia en el resto de la población.[40]

La Mentalidad fomenta una forma de «ganar» que requiere que sus vencedores humanos y corporativos se alcen por encima de aquellos

que necesariamente se han quedado atrás. Al fin y al cabo, ganar constituye por definición una forma de diferenciarse de los demás. Ese distanciamiento es el objetivo mismo del juego, por lo que no debería sorprendernos que quienes llegan a la cúspide de la pirámide miren con desdén al resto de nosotros. Los que han llegado hasta allí por medios cuestionables no quieren mirar atrás para no ver la devastación que han dejado a su paso. Necesitan una estrategia de salida y quizá prefieran imaginar un futuro en el que se vean forzados a aislarse de aquellos a los que han explotado. De ese modo no tendrán que sentir culpabilidad, vergüenza ni miedo a las posibles represalias.

[21] Douglas Rushkoff, Cyberia: Life in the Trenches of Hyperspace, Nueva York: HarperOne, 1994 [trad. cast.: Ciberia, la vida en las trincheras del hiperespacio, Barcelona: Mondadori, 2000].

[22] Fred Turner, From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism, Chicago: University of Chicago Press, 2006.

[23] Bruce Sterling, The Hacker Crackdown: Law and Disorder on the Electronic Frontier, Nueva York: Bantam, 1992 [trad. cast.: La caza de hackers. Ley y desorden en la frontera electrónica, Granada: Ajec, 2008].

[24] John Perry Barlow, «A Declaration of the Independence of Cyberspace», Electronic Frontier Foundation, 1996, www.eff.org/cyberspace-independence [tinyurl.com/mrxm26p4].

[25] Qi Hui Sam, Matthew Wook Chang y Louis Yi Ann Chai, «The Fungal Mycobiome and Its Interaction with Gut Bacteria in the Host», International Journal of Molecular Sciences, 4 de febrero de 2017, www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC5343866[tinyurl.com/2enrbre6].

[26] Saul Hansell, «America Online Agrees to Buy Time Warner for $165 Billion; Media Deal is Richest Merger», New York Times, 11 de enero de 2000, www.nytimes.com/2000/01/11/business/media-megadeal-overview-america- online-agrees-buy-time-warner-for-165-billion.html [tinyurl.com/ycy3c25].

[27] Douglas Rushkoff, «Why Time Is Up for Warner», The Guardian, 20 de enero de 2000, www.theguardian.com/technology/2000/jan/20/onlinesupplement10 [tinyurl.com/22799ek7].

[28] Seth Stevenson, «The Believer», New York Magazine, 6 de julio

de 2007, https://nymag.com/news/features/34454 [tinyurl.com/3fxk3sry].

[29] Tim Arango, «How the AOL-Time Warner Merger Went So Wrong», New York Times, 10 de enero de 2010, www.nytimes.com/2010/01/11/business/media/11merger.html [tinyurl.com/2aenuhv6].

[30] Steven Levy, Facebook: The Inside Story, Nueva York: Blue Rider Press,

[31] Lisa Pham, «This Company Added the Word "Blockchain" to Its Name and Saw Its Shares Surge 394%», Bloomberg, 27 de octubre de 2017, www.bloomberg.com/news/articles/2017-10-27/what-s-in-a-name-u-k-stock-surges-394-on-blockchain-rebrand#xj4y7vzkg [tinyurl.com/2s3rvvrm].

[32] Dave Lee, «Airbnb Using "Independent" Host Groups to Lobby Policymakers», Financial Times, 21 de marzo de 2021, www.ft.com/content/1afb3173-444a-47fa-99ec-554779dde236 [tinyurl.com/2nnztf9z].

[33] Shaban Hamza, «Google for the First Time Outspent Every Other Company to Influence Washington in 2017», Washington Post, 23 de enero de 2018, www.washingtonpost.com/news/the-switch/wp/2018/01/23/google-outspent-every-other-companyon-federal-lobbying-in-2017 [tinyurl.com/4876j7bm].

[34] Lauren Feiner, «Facebook Spent More on Lobbying than Any Other Big Tech Company in 2020», CNBC, 22 de enero de 2021, www.cnbc.com/2021/01/22/facebookspent-more-on-lobbying-than-any-other-big-tech-company-in-2020.html [tinyurl.com/3thtkxdt].

[35] Martin Gilens y Benjamin I. Page, «Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens», Perspectives on Politics, vol, 12, n.º 3 (2014), pp. 564-581, https://doi.org/10.1017/S1537592714001595

[36] Martin Gilens y Benjamin I. Page, «Testing Theories of American Politics».

[37] Jeremy Hogeveen, Michael Inzlicht y Sukhvinder S. Obhi, «Power Changes How the Brain Responds to Others», Journal of Experimental Psychology: General, vol. 143, n.º 2 (2014), pp. 755-762, https://

doi.org/10.1037/a0033477[tinyurl.com/2rh7vukn].

[38] Dacher Keltner, «The Power Paradox», Greater Good Magazine, 1 de diciembre de 2007, https://greatergood.berkeley.edu/article/item/power_paradox [tinyurl.com/2p92mwrj].

[39] Para obtener más información, véase Scott Galloway, Post Corona: From Crisis to Opportunity, Nueva York: Portfolio, 2021; y la breve entrevista publicada en Adam Shapiro, «Capitalism "Will Collapse on Itself" without More Empathy and Love: Scott Galloway», Yahoo! Finance, 1 de diciembre de 2020, https://finance.yahoo.com/news/capitalism-will-collapse-on-itself-without-empathy-love-scott-galloway-120642769.html[tinyurl.com/c68mrrec].

[40] Kumutha Ramanathan, «Former US Fed Governor Warns Global Economy Will Take a Long Time to Recover», Yahoo! Finance, 23 de octubre de 2020, https://ca.finance.yahoo.com/news/former-us-fed-governor-randall-kroszner-global-markets-coronavirus-pandemic-recovery-warning-050012598.html [tinyurl.com/yc73yukr].

03 Un útero con vistas

A salvo en tu tecnoburbuja. ¿Y si la Mentalidad no es solo un producto del dinero, sino de la propia tecnología?

Recuerdo que en torno al año 1990 el filósofo psicodélico Timothy Leary leyó por primera vez el libro de Stewart Brand El Laboratorio de Medios, que hablaba del nuevo centro de tecnología digital homónimo que había creado el MIT, el Instituto de Tecnología de Massachusetts, en su departamento de arquitectura.

Tim devoró el libro de cabo a rabo en el transcurso de una larga jornada. Hacia el atardecer, justo cuando estaba terminando, lo arrojó al otro lado de la sala de estar con expresión de disgusto. —¡Mira el índice! —exclamó—. De todos los nombres que aparecen, menos de un 3 por ciento son mujeres. Eso te dice algo.

De hecho, aunque había habido mujeres, y en particular mujeres de color, responsables de desarrollar gran parte de la base matemática, el código y los lenguajes de los que dependen los ordenadores, también se las había excluido de forma sistemática de los programas y las carreras informáticas de élite.[41]

Luego Leary pasó a explicar su principal problema con el Laboratorio de Medios y el universo digital que imaginaban aquellos pioneros de la tecnología: «Quieren recrear el útero», sentenció. Desde su

perspectiva de psicólogo, los chicos que construían nuestro futuro digital estaban desarrollando una tecnología que pretendía simular la mujer ideal, aquella que sus madres no pudieron ser. A diferencia de la madre humana que les había fallado, un algoritmo predictivo podría anticipar cada una de sus necesidades con antelación y satisfacerla de inmediato, eliminando todo rastro de fricción y de anhelo. Aquellos muchachos podrían flotar, plenamente alimentados y atendidos, en sus burbujas virtuales; lo que el Laboratorio de Medios del MIT denominaba «ecología artificial».

El ejemplar del libro de Tim, que he conservado hasta hoy, está lleno de sus furiosos subrayados y notas al margen escritos con bolígrafos azul y negro. Los comentarios más enfáticos estaban garabateados directamente sobre el propio texto con rotulador rojo: «¿Qué?», «¿Eh?», «¡ERROR!», «¡¡¡NO!!!». En uno de los capítulos, Tim había rodeado con un círculo las instrucciones originales del fundador del Laboratorio, Nicholas Negroponte, para que Brand escribiera un libro «sobre la calidad de vida en la era electrónica». Luego Negroponte proseguía, en un pasaje hoy ampliamente citado: «Esta mañana, a las diez y media, todavía estaba en pijama después de haber estado haciendo trabajo de laboratorio durante varias horas en mi ordenador a través del correo electrónico.

Puede que de lo que estamos hablando sea del “derecho a quedarte en pijama”».[42] La promesa última de la tecnología digital, como si la hubiera imaginado un niño de ocho años, era no tener que vestirse nunca, ni peinarse siquiera.

La tecnología no solo desempeñaría el papel de la madre consentidora que permite al usuario infantilizado quedarse en pijama todo el día, sino que también haría de novia perfecta. Como explicaba Brand en el último pasaje del libro: «Nuestras máquinas tienen que acogernos en su seno»; una frase que Leary había subrayado y ridiculizado: «¿Qué? ¡Pobre Stewart!». En opinión de Leary, la visión de la tecnología del MIT era la de unos cuantos hombres blancos, inteligentes pero psicosexualmente inmaduros, que querían tener todas las ventajas de estar aislados en sus entornos perfectamente controlados y receptivos sin tener que afrontar nunca la dura y fea realidad del mundo real.

Porque ahí reside el verdadero problema que identificaron aquellos milmillonarios cuando estuvimos jugando con sus estrategias bunkerianas. Las personas y las cosas que habríamos de dejar atrás seguirán ahí fuera. Y cuanto más les pidamos que abastezcan a nuestras burbujas, más oprimidos se sentirán y más enfadados estarán y, en consecuencia, más aislados en las burbujas querremos estar

nosotros. Por muy lejos que pretenda llegar el futurólogo Ray Kurzweil con su proyecto de inteligencia artificial en Google, no podemos emerger tranquilamente de la crisálida de la materia como conciencia pura. No hay ningún plan de almacenamiento que nos permita subir la mente y el alma de nuestro cuerpo a la nube. Seguimos aquí, en la tierra, con la misma gente y en el mismo planeta que se nos anima a dejar atrás. No hay forma de escapar del prójimo.

Pero las tecnologías digitales sin duda nos dan formas de fingir que podemos hacerlo.

Como explicaba a la revista Wired Gabe Newell, milmillonario y fundador de la plataforma de videojuegos Valve, «Estamos mucho más cerca de Matrix de lo que la gente cree».[43] Para él, el cuerpo humano es un mero «periférico de carne» resistente a actualizaciones o reparaciones y que «no refleja en absoluto las preferencias del consumidor». La realidad virtual dará a los usuarios más «opciones» (vamos a oír mucho esa palabra) sobre su percepción y su experiencia del mundo. El objetivo de Newell es crear una realidad virtual con una textura y un nivel de detalle tan convincentes que harán que dejemos de medir la calidad de las simulaciones en virtud de su grado de fidelidad a la realidad. «El mundo real parecerá plano, anodino y difuso en comparación con las experiencias que se podrán crear en el cerebro de la gente».

Esto resultará especialmente valioso en la medida en que el mundo real siga degradándose. Los desarrolladores de realidad virtual incluso aducen razones de justicia económica para meternos a todos en una simulación. «En la tierra, no es posible dar a todo el mundo todo lo que querría —explicaba el director de tecnología de Oculus Rift, John Carmack, en el pódcast de Joe Rogan—. No todos pueden tener la isla privada de Richard Branson».[44] La realidad virtual es la nueva solución al cambio climático, o quizá la rendición definitiva a su inevitabilidad. Conforme se desvanecen los recursos y empeora la situación económica, las simulaciones tecnológicas pueden suplir la desaparición de la riqueza real. «La promesa de la realidad virtual es crear el mundo que uno quiere».

La pandemia de covid nos dio una lección a todos sobre el atractivo y los límites de tales sueños de felicidad universal mediante el aislamiento en burbujas tecnológicamente potenciadas. En la mayoría de los casos, eran los ricos quienes se refugiaban en ellas y los pobres los que lidiaban con el mundo real para abastecerlos. No importaba en cuántas redes de ayuda mutua, comités escolares, protestas por la justicia racial o iniciativas de recaudación de fondos participáramos:

muchos de nosotros, lo bastante privilegiados como para poder hacerlo, seguíamos realizando un cálculo interno más privado: ¿hasta qué punto se nos permite utilizar nuestro privilegio y nuestras tecnologías para protegernos a nosotros y a nuestras familias del resto del mundo durante esta crisis? Y, como un demonio sentado en el hombro, la tecnología nos susurraba que fuéramos a la nuestra. Al fin y al cabo, si I es «yo» en inglés, ¿qué me dice un iPad?

La mayoría de nosotros optó por enfrentarse a los retos cívicos del momento, como, por ejemplo, si enviar a los niños a una escuela presencial, virtual o híbrida. Pero donde yo vivo algunas de las personas más ricas prefirieron formar «cápsulas» privadas, contratar a tutores y ofrecer a sus hijos el tipo de educación personalizada y elitista que jamás podrían haber justificado en otras circunstancias. «Sí, estamos en una pandemia —explicaba un proveedor de recursos educativos especializado en cápsulas a un periodista del New York Times que cubría el fenómeno—. Pero, en lo que respecta a la educación, también creemos que puede salir algo bueno de esto».[45]

La rapidez y contundencia con la que tantos se apuntaron a la entrega a domicilio, las reuniones virtuales a través de Zoom y el visionado de contenidos en plataformas de streaming hicieron difícil saber si realmente fue la covid la que propició el predominio de las pantallas sobre el contacto directo, las cápsulas de aprendizaje a distancia en lugar de la educación pública, la relegación de las tareas menos deseables a los pobres y el retiro generalizado de los privilegiados a segundas residencias protegidas por cámaras de vigilancia en la puerta, o bien la pandemia simplemente contribuyó a justificar una tendencia que ya estaba en marcha. ¿Había cundido el pánico, o bien el espíritu de los preparacionistas milmillonarios se había extendido a la clase media? ¿O ambas cosas?

No sin una pizca de culpabilidad, muchos de los que podían permitirse soluciones de alta tecnología para la vida bajo el confinamiento aprendieron a aceptar su situación. «Al final he cedido y me he comprado las Oculus —me explicaba en un mensaje uno de mis mejores amigos a las dos semanas de iniciarse el confinamiento en nuestra zona—. Considerando lo poco que se puede hacer ahí fuera en el mundo real, este va a ser un buen cambio». Entre la realidad virtual, Amazon, Netflix, Zoom, un supermercado en línea con entrega a domicilio y unos ingresos sostenibles proporcionando servicios web y negociando con criptomonedas, iba a superar la pandemia con estilo.

El problema es que las mismas tecnologías que utilizamos para

conectarnos en tales condiciones también socavaban nuestra empatía con quienes estaban fuera de nuestras burbujas covídicas. Habitualmente establecemos relaciones con otras personas mediante sutiles señales sociales que han evolucionado durante siglos para favorecer los vínculos afectivos y la compartición grupal. Cuando nos relacionamos con otros en la vida real, podemos ver si sus pupilas se dilatan mostrando interés por nosotros, si su ritmo respiratorio se sincroniza con el nuestro en señal de empatía o si su rostro enrojece de pasión. Esto, a su vez, activa las neuronas espejo de nuestro cerebro, con lo que se genera un bucle de realimentación positiva y se libera oxitocina —conocida como la «hormona de la unión»— directamente en nuestro torrente sanguíneo.

En una llamada a través de Zoom, por no hablar de un mensaje de texto o un comentario en Twitter, no podemos percibir esas señales que normalmente detectaría nuestro subconsciente. Aunque alguien nos diga que coincide con nuestra opinión, nuestro cuerpo no puede confirmarnos que realmente es cierto. No se activan las neuronas espejo, no fluye la oxitocina y permanecemos en un estado de disonancia cognitiva: me dicen que están de acuerdo conmigo, pero yo no lo percibo así. Nuestro cuerpo no sabe culpar al entorno mediático y, en su lugar, culpamos a la otra persona: no podemos fiarnos de ella.

Esta sensación de desconfianza y distanciamiento se refleja luego en la forma como elaboramos nuestros planes de negocio y construimos nuestras tecnologías. No son personas: solo son usuarios o empleados al otro lado de la pantalla. Esto, a su vez, hace que sea más fácil vigilarlos, explotarlos, dominarlos, ignorarlos y dejarlos de lado. La lógica de la Mentalidad se retroalimenta a sí misma.

A diferencia de los milmillonarios, a muchos de nosotros no nos gustaron las concesiones morales que tuvimos que hacer durante la pandemia, pero apenas nos sentíamos libres para elegir otra cosa. Es cierto que en mi caso doné el cheque de ayuda del Gobierno al banco de alimentos local y envié una parte importante de mis ingresos estables a amigos que ya no podían cubrir sus gastos básicos. Pero también me dio por gastarme quinientos pavos en una gran piscina de plástico para que mi hija y los hijos de nuestros vecinos la utilizaran como principal atractivo de un improvisado campamento de verano privado. Y vi burbujas azules hinchables similares por toda la ciudad, todas ellas destinadas en última instancia a acabar en el vertedero.

Obviamente, la piscina no habría llegado a casa de no ser por las legiones de operarios de Amazon que, desarrollando su labor entre bastidores, se contagiaban en los almacenes de distribución o

arriesgaban su salud conduciendo camiones de reparto.[46] Tras conocer la forma en que Amazon elude pagar impuestos,[47] realiza prácticas anticompetitivas[48] y explota a su mano de obra, muchos progresistas habían renunciado en su día a comprar en la plataforma.[49] Pero ahí estábamos, volviendo a renovar a regañadientes nuestro plan de suscripción Prime para conseguir los cables, cámaras web y auriculares Bluetooth que necesitábamos para asistir a las reuniones de Zoom que habían pasado a formar parte de nuestro trabajo. Otros reactivaron sus cuentas inactivas de Facebook y WhatsApp para conectarse con sus amigos, con quienes se encontraron ahora compartiendo elaboradas descripciones de su nueva afición a la naturaleza y el pan casero.

La peculiar desesperación asociada a la covid convirtió de la noche a la mañana en auténticas sensaciones a empresas emergentes por lo demás de dudosa reputación, como Clubhouse (una plataforma de chat de audio) y OnlyFans (una web para trabajadores sexuales en línea). A medida que esas comprometedoras plataformas reemplazaban a nuestra vida social, muchos de nosotros nos sumimos aún más en el aislamiento digital, viéndonos recompensados conforme aceptábamos la lógica del hogar plenamente conectado, aislado del resto del mundo.

Cuanto más abiertamente adoptaba la gente su estilo de vida recluido, mejor parecía irles a muchos. Era como si publicitaran las ventajas que la existencia digital había estado ofreciéndonos todo el tiempo. Durante la pandemia, el número de personas que abrieron cuentas de negociación bursátil y de criptomonedas en línea fue mayor que nunca, así como el de las que se enriquecieron con esas versiones de videojuego del mercado, cada vez más publicitadas y concurridas.[50] En YouTube, Clubhouse y Twitter, los criptooperadores milénicos compartían sus estrategias ganadoras junto con fotos y vídeos de los Teslas y NFT sobrevalorados que adquirían con su botín.

De manera similar, grupos de celebridades de las redes sociales se mudaban a lujosas Hype Houses (literalmente, «casas de bombo publicitario») en Los Ángeles y Hawái, desde donde transmitían en directo su estilo de vida, sus rutinas de ejercicio y consejos sexuales —así como los productos de sus patrocinadores— a sus millones de seguidores. Puede que las cosas vayan mal ahí fuera —parecían decir—, pero, si inviertes en la burbuja digital, la vida puede ser un cabaré.

También las plataformas digitales que apoyan ese estilo de vida se vieron recompensadas durante la covid. Las acciones de Zoom se dispararon más de un 700 por ciento en los primeros diez meses de la

pandemia.[51] En ese mismo periodo, la fortuna del fundador de Amazon, Jeff Bezos, aumentó en 86.000 millones de dólares.[52]

Mientras las aerolíneas, los hoteles y los negocios tradicionales pasaban dificultades o se iban directamente a pique, los ingresos combinados de las cinco mayores empresas tecnológicas de Estados Unidos: Apple, Microsoft, Amazon, Alphabet y Meta— crecieron una quinta parte, hasta los 1,1 billones de dólares, al tiempo que su capitalización de mercado conjunta se incrementaba un 50 por ciento hasta superar los 8 billones a finales de 2020.

[53] El precio de las acciones de Netflix subió más de un 60 por ciento en los primeros meses de la pandemia. Cada nueva cepa del virus propició otro incremento de la cotización de esas mismas empresas.[54]

Estos beneficios permitieron a los ejecutivos de las mencionadas firmas pagar más de setenta mil dólares al mes por residir en centros turísticos dotados de una buena cobertura wifi y situados en lugares cálidos como Hawái, Costa Rica y Belice. La población de ejecutivos adinerados que aspiraban a teletrabajar desde el paraíso creció tanto que incluso surgieron nuevas agencias e instalaciones para atender a sus necesidades. Y, a diferencia del búnker fortificado de un milmillonario, la mayoría de estas comunidades de alquiler de lujo daban a sus residentes la oportunidad de relacionarse con gente como ellos. «Muchos creativos, empresas emergentes y expertos en tecnología se están dando cuenta de que pueden conocer a inversores interesantes en lugares como Oaxaca o San Miguel de Allende», declaraba un asesor de viajes a la revista Bloomberg.[55]

El New York Times, siempre fiel apologista de la riqueza, se dedicó a publicar, sin el menor asomo de ironía, reportajes fotográficos sobre familias que se «retiraban» a sus casas de veraneo —segundas residencias cuyo valor supera con mucho al de la mayoría de nuestras primeras— y relatos sobre sus éxitos trabajando a distancia desde la playa o readaptando habitaciones vacías como despachos. «Se está muy bien aquí —explicaba el fundador de un fondo de capital riesgo—. Si no supiera que hay un caos absoluto en el mundo…, podría seguir así siempre».[56]

El caos en el mundo era real. Mientras los ricos se retiraban a sus refugios, los pobres recibían los golpes. Cada incremento del 1 por ciento en la desigualdad de renta de un país se asociaba a un aumento del 2 por ciento del contagio por covid y un incremento del 3 por ciento de las muertes relacionadas.[57] Según casi todas las

estimaciones, cuanto más pobre era una determinada región o país, más se extendía la covid y más muertes causaba. Asimismo, las personas que trabajaban procesando carne de cerdo y de vacuno sufrían unas tasas de contagio superiores en más de un 100 por cien a las de aquellas que consumían el producto.[58] Se mire donde se mire, la triste situación de quienes quedan atrás en el caos siempre es la misma.

Pero ¿y si no tuviéramos que enterarnos siquiera del caos en el que vive el mundo real? Esa es la auténtica promesa de la tecnología digital. Podemos elegir qué noticias de la televisión por cable, cuentas de Twitter y canales de YouTube queremos seguir: los que se hacen eco del virus y sus efectos, o los que no. Si disponemos de dinero, podemos limitarnos a desterrar lo que no queremos ver o, mejor aún, ver justo lo suficiente para justificar nuestra decisión de taparnos los ojos. Tal vez por eso la serie de televisión más popular transmitida durante la pandemia —que pronto se convertiría también en la serie más popular de la historia de Netflix— fue El juego del calamar, una alegoría surcoreana de la crueldad competitiva del capitalismo, en la que una serie de personas a las que el mercado ha arruinado entran voluntariamente en un mundo de juegos letales para el entretenimiento de un puñado de milmillonarios. En cierto modo, quienes vivíamos mayoritariamente en línea nos identificamos tanto con los pobres diablos que se aventuraban a participar en el juego como con la élite que los veía competir desde una confortable distancia.

Lo importante aquí no es condenar a quienes sucumbieron al miedo y gastaron todo lo que pudieron en la seguridad de su propia familia, sino el hecho de que la pandemia de covid nos brindó un terrible ensayo de un futuro digital plenamente inmersivo. Reveló de forma dolorosa, incluso vergonzosa, cómo la ecuación aislacionista está latente en todos nosotros y cómo se vio exacerbada asimismo por las tecnologías que mediaron toda la experiencia.

Y lo que resulta aún más revelador: la covid proporcionó a muchos de nosotros la excusa para someternos finalmente a uno de los elementos dominantes del espíritu de la Mentalidad —aquel en el que se fundamentan los preparacionistas milmillonarios—, que consiste en diseñar la propia realidad personal de forma tan meticulosa que las amenazas existenciales queden simplemente eliminadas de la ecuación. El salto de un Fitbit que controla el ritmo cardíaco a un chequeo integral para prevenir el cáncer o de una cámara de vigilancia en la puerta de casa a una red de centinelas robóticos autónomos son de hecho una cuestión de dinero. En una u otra

medida, todos participamos de ese mismo juego.

Lo mejor que puede ofrecernos realmente la tecnología es una falsa ilusión de aislamiento: independientemente de lo que les ocurra a los demás —sea un virus concreto o una catástrofe climática que afecte a todo el sistema—, puede hacernos sentir protegidos. Pero la ironía última de recurrir a la tecnología digital para dosificar nuestra exposición al mundo exterior es que ello perpetúa la ilusión concomitante de que todos somos de alguna manera distintos de los demás cuando no estamos conectados. En otras palabras: por muy inmersos que estemos en el videojuego de la vida en línea, el mundo real, el de los virus, la pobreza, el terrorismo, el cambio climático y otros horrores, persiste. Solo que somos menos capaces de empatizar con él, mitigar sus efectos o prepararnos para su eventual irrupción en nuestras vidas. Tanto mejor para los algoritmos que nos transmiten el panorama del mundo que queremos ver, no corrompido por las imágenes de lo que realmente sucede ahí fuera (y si estas logran colarse, basta con deslizar el dedo hacia la izquierda y los algoritmos sabrán que nunca más deben volver a interrumpir nuestro estado de ensoñación con noticias tan reales).

Como un niño pequeño que quiere esconderse y cree que tapándose los ojos con las manos puede evitar que lo vean, quienes pretendan depender de la tecnología digital para mediar el mundo se van a llevar una buena sorpresa. Las gafas de realidad virtual Oculus disponen de un «límite de protección» que impide que los usuarios choquen contra las paredes mientras juegan en mundos virtuales.

Pero el clima, la pobreza, la enfermedad y el hambre no respetan el espacio de juego seguro definido por nuestras preferencias de usuario. Sea cual fuere la tecnología que utilicemos, ninguno de nosotros puede volver a entrar en el útero.

[41] Emma Goldberg, «Women built the tech industry. Then they were pushed out», Washington Post, 19 de febrero de 2019, www.washingtonpost.com/outlook/2019/02/19/women-built-tech-industry-then-they-were-pushed-out [tinyurl.com/584pvzxn].

[42] Stewart Brand, The Media Lab: Inventing the Future of M.I.T., Nueva York:Viking Penguin, 1987, p. 251 [trad. cast.: El Laboratorio de Medios, Madrid:Fundesco, 1989].

[43] Matthew Gault, «Billionaires See VR as a Way to Avoid Radical Social Change», Wired, 15 de febrero de 2021, www.wired.com/story/billionaires-use-vr-avoid-social-change [tinyurl.com/4kevapwh].

[44] Ibid.

[45] David Zweig, «$25,000 Pod Schools: How Well-to-Do Children Will Weather the Pandemic», New York Times, 30 de julio de 2020, www.nytimes.com/2020/07/30/nyregion/pod-schools-hastings-on-hudson.html [tinyurl.com/24mj3z76].

[46] Joey Hadden, «Amazon Delivery Drivers Share What It's Like to Be on the Front Lines of the Coronavirus Pandemic, Including Not Having Time to Wash Their Hands and Uncleaned Vans», Business Insider, 2 de abril de 2020, www.businessinsider.com/why-amazon-delivery-workers-feel-exposed-and-vulnerable-to-coronavirus-2020-3 [tinyurl.com/mu8nvzp2].

[47] Matthew Gardner, «Amazon Has Record-Breaking Profits in 2020, Avoids $2.3 Billion in Federal Income Taxes», Institute on Taxation and Economic Policy, 3 de febrero de 2021, https://itep.org/amazon-has-record-breaking-profits-in-2020-avoids2-3-billion-in-federal-income-taxes [tinyurl.com/yckpm5yk].

[48] Mark Chandler, «Amazon Accused of Anti-Competitive Practices by US Subcommittee», Bookseller, 8 de octubre de 2020, www.thebookseller.com/news/newsamazon-accused-anti-competitive-practices-us-subcommittee-1222115 [tinyurl.com/ybspcxbr].

[49] Jodi Kantor, Karen Weise y Grace Ashford, «Power and Peril: 5 Takeaways on Amazon's Employment Machine», New York Times, 15 de junio de 2021, www.nytimes.com/2021/06/15/us/politics/amazon-warehouse-workers.html [tinyurl.com/4anx2fdm]; Casey Newton, «Amazon's Poor Treatment of Workers Is Catching up to It during the Coronavirus Crisis», Verge, 1 de abril de 2020, www.theverge.com/interface/2020/4/1/21201162/amazon-delivery-delays-coronavirus-worker-strikes [tinyurl.com/23sez8e2].

[50] Annie Massa, «Pandemic-Fueled Day Trading Is Overwhelming Online Brokers - and the Traders Are Fuming», Fortune, 9 de diciembre de 2020, https://fortune.com/2020/12/08/day-trading-online-brokers-tech-failure-crashes-outages [tinyurl.com/m5kpj89w].

[51] Shanhong Liu, «Price of Zoom shares traded on Nasdaq Stock Market in 2020 and 2021», Statista, 9 de agosto de 2021, www.statista.com/statistics/1106104/stock-price-zoom [tinyurl.com/4fh8u526].

[52] Chase Peterson-Withorn, «How Much Money America's Billionaires Have Made During the Covid-19 Pandemic», Forbes, 30 de

abril de 2021, www.forbes.com/sites/chasewithorn/2021/04/30/american-billionaires-have-gotten-12-trillion-richerduring-the-pandemic [tinyurl.com/2p85eubs].

[53] El equipo del Wall Street Journal, «How Big Tech Got Even Bigger», Wall Street Journal, 6 de febrero de 2021, www.wsj.com/articles/how-big-tech-got-even-bigger11612587632 [tinyurl.com/yz6sprue].

[54] Jonathan Ponciano, «5 Big Numbers That Show Netflix's Massive Growth Continues during the Coronavirus Pandemic», Forbes, 20 de octubre de 2020, www.forbes.com/sites/jonathanponciano/2020/10/19/netflix-earnings-5-numbers-growthcontinues-during-the-coronavirus-pandemic [tinyurl.com/4b86t3fp].

[55] Jen Murphy, «Remote Workers Flee to $70,000-a-Month Resorts While Awaiting Vaccines», Bloomberg, 15 de febrero de 2021, www.bnnbloomberg.ca/remote-workers-flee-to-70-000-a-month-resorts-while-awaiting-vaccines-1.1563784 [tinyurl.com/2rzzny6p].

[56] Julie Satow, «Turning a Second Home into a Primary Home», New York Times, 24 de julio de 2020, www.nytimes.com/2020/07/24/realestate/coronavirus-second-homes-.html [tinyurl.com/5hydyt7x].

[57] Mary Van Beusekom, «Race, Income Inequality Fuel COVID Disparities in US Counties», Center for Infectious Disease Research and Policy, University of Minnesota, 20 de enero de 2021, www.cidrap.umn.edu/news-perspective/2021/01/race-income-inequality-fuel-covid-disparities-us-counties [tinyurl.com/4xstkepx]; Tim F. Liao y Fernando De Maio, «Association of Social and Economic Inequality with Coronavirus Disease 2019 Incidence and Mortality across US Counties», JAMA Network Open, vol. 4, n.º 1 (2021), https://doi.org/10.1001/jamanetworkopen.2020.34578[tinyurl.com/3e2rz62h].

[58] Tina L. Saitone, K. Aleks Schaefer y Daniel P. Scheitrum, «COVID-19 Morbidity and Mortality in U.S. Meatpacking Counties», Food Policy, vol. 101 (2021), n.º 102072, https://doi.org/10.1016/j.foodpol.2021.102072 [tinyurl.com/4mw7r7fm].

04 El efecto montaplatos

Ojos que no ven, corazón que no siente

No podemos culpar al capitalismo de todos los males de la tecnología ni podemos culpar a la gran tecnología de los devastadores excesos y puntos flacos de las empresas. Pero ni las empresas ni la tecnología digital podrían haber causado los estragos del presente por sí solas. Antes bien, ambas han generado un bucle de realimentación que se refuerza mutuamente y alienta a los empresarios a imaginar un futuro gobernado por tecnologías del sector privado que trabajan para invisibilizar nuestros problemas, aunque no sean capaces de resolverlos.

Los aspirantes a ser los artífices del futuro humano tratan a la sociedad civil como antagonista de sus grandes diseños. Creen que ellos pueden hacerlo mejor. Libres de cualquier consideración relativa al impacto de sus proyectos en el resto de nosotros, sin duda pueden construir cosas espectaculares más deprisa y de forma más rentable que cualquier Gobierno. Pero ello requiere esconder muchas cosas bajo la alfombra, como las personas y lugares donde sus sistemas funcionan realmente.

Por ejemplo, usurpando el papel de los ayuntamientos en la planificación del transporte de masas, Uber encargó a ocho importantes estudios de arquitectura que elaboraran propuestas de diseño de skyports (literalmente, «cielopuertos») donde los futuros usuarios de su aplicación de transporte compartido pudieran embarcar y desembarcar en aerotaxis urbanos todavía por inventar. Pese a su teórico compromiso con el impacto social y medioambiental de sus propuestas, estas evocan un futuro similar al descrito en la película Metrópolis, de Fritz Lang, en la que los ricos vuelan de un punto a otro de una ciudad que se eleva en el cielo, mientras los obreros que sustentan ese estilo de vida trabajan a ras de suelo.

Aunque los estudios de arquitectura tienen tendencia a justificar sus diseños con un lenguaje altisonante, algunas de las descripciones de los «cielopuertos» de Uber parecen ser intencionadamente abstrusas. «La integración de todas las marcas de Uber corrobora los desplazamientos de primera y última milla como elementos principales de apoyo al componente Uber Air que revoluciona la movilidad urbana —explica una de las propuestas—. El Centro de Movilidad no es una cosa, sino más bien un lugar de energía dinámica y conectividad integrada que celebra el espíritu del vuelo y la libertad de acceder rápidamente a los lugares importantes de la vida de una persona».[59]

Aquí abajo, en el mundo de las «cosas» que Uber pretende trascender, los coches realizan cada vez más la función de dormitorios para

familias sin techo. Más de una tercera parte de los alumnos del distrito escolar de East Palo Alto, la ciudad vecina de la próspera sede de Facebook, no tienen hogar. Con la idea de crear un tipo distinto de «centro de movilidad», el responsable del distrito ha propuesto acondicionar el aparcamiento de la escuela para alojar a autocaravanas y a personas que viven en coches.[60]

Como si fueran alérgicos a las aportaciones de los líderes municipales, los representantes comunitarios o los grupos que defienden a los pobres, quienes se adjudican la tarea de construir la civilización 2.0 actúan de tal modo que parece que sus capacidades tecnológicas, combinadas con sus éxitos en el sector privado, les dieran derecho a programar un nuevo mundo desde cero y en beneficio propio. Si Jeff Bezos ya controla Amazon Web Services —la infraestructura a través de la cual se produce más de una tercera parte de nuestras interacciones en la red—, ¿por qué no habría de ser él quien construyera el programa espacial mediante el que la humanidad migrara a su próximo hogar? Si Elon Musk pudo convertirse en la persona más rica del mundo transformando la industria del automóvil con sus coches Tesla, ¿no debería tener derecho asimismo a realizar su sueño de colonizar Marte con cúpulas gigantes?

Cuando la esperanza infantiloide del fetichista de la tecnología en un útero digital se combina con la fe del milmillonario en un mercado competitivo donde el ganador se lo lleva todo, ¡cuidado!: el resultado es un tipo de futurismo activista que ve el presente —nuestra realidad, incluidos nosotros— como un impedimento para su visión de lo que podría y debería ser. Es un corolario aún más tenebroso de la ecuación aislacionista que pretende simplemente distanciar a los ricos de los efectos colaterales del desarrollo tecnológico. En este caso, se recurre de nuevo a la tecnología como el propio medio a través del cual se oculta a la vista todo ese sufrimiento humano.

Al fin y al cabo, no se construyen estaciones espaciales y colonias marcianas para unos pocos afortunados sin legiones de trabajadores a los que luego se deja atrás en el moribundo planeta de origen. Es mucho más fácil y menos estresante concentrarse en modelos 3D de naves espaciales interplanetarias o en representaciones animadas de comunidades marítimas interconectadas que reparar en las vidas de las personas que tendrían que hacer las entregas de comida a domicilio en esos lugares. La única diferencia sustancial entre la realidad actual y la de sus fantasías de alta tecnología es la ausencia —o cuando menos la invisibilidad— de los trabajadores pobres.

En cierta medida, quienes pretenden crear un futuro basado en la

Mentalidad son conscientes del daño que deben causar para mantener sus privilegios. Sus modelos de negocio dependen casi universalmente de la explotación tanto de los consumidores como de la mano de obra que trabaja para ellos. Al tiempo que estas empresas hacen adictos a nuestros chavales a las redes sociales y nuestros cultivos al glifosato, envían a cuevas a su mano de obra esclava para extraer tierras raras y a vertederos de residuos tóxicos en busca de «renovables».[61] Es inevitable que la gente a la que se explota de ese modo acabe por enfadarse, o incluso volverse peligrosa.

De ahí que lo primero que preocupa a los preparacionistas ricos que fantasean con búnkeres apocalípticos es cómo mantener la lealtad de los mercenarios que han de protegerlos. Una revuelta de masas no es un temor hipotético. Pero, aun sin una revolución, no es fácil contemplar a las masas sufrientes y pensar en ellas; por muy buenos que sean a la hora de reprimirlos, los tecnofrikis no pueden evitar experimentar ciertos tics de empatía al presenciar el sufrimiento del prójimo. La tecnología digital proporciona la ventana perfecta para vigilar a los oprimidos sin permitir que se generen esos instintos compasivos. Bajo la apariencia de una mayor conectividad, las redes sociales contribuyen a engendrar una forma de conexión radicalmente menos atractiva y experiencial, que, sin embargo, entraña una agradable sensación de distanciamiento para quienes gustan de espetar órdenes por mensaje de texto sin tener que mirar a los ojos al ser humano que está al otro lado.

Llamemos a esta relación con la tecnología «el efecto montaplatos» en honor al ingenioso sistema de entrega de alimentos cuya invención se atribuye a Thomas Jefferson.[62] Se decía que Jefferson inventó el pequeño ascensor manual para que los esclavos de su residencia de Monticello no tuvieran que subir fatigosamente las escaleras con platos de comida. En lugar de ello, podían limitarse a poner una bandeja dentro de la cámara mecánica y luego subirla con una polea. Los sirvientes del piso de arriba solo tenían que abrir una puertecita, et voilà!: la cena está servida. Pero en realidad el montaplatos no tenía nada que ver con ahorrar a nadie un penoso trayecto escaleras arriba; de hecho, la comida ya se transportaba por túneles subterráneos y múltiples escaleras. Su verdadero propósito era evitar a los invitados a las cenas de Jefferson la visión de sus esclavizados sirvientes jadeando y resoplando. La comida simplemente aparecía; no había sufrimiento humano observable.

Demasiados procesos tecnológicos actuales comportan ese mismo afán por alejar a los consumidores de la realidad del trabajo que hay detrás. En la última fase del montaje de un teléfono móvil, por

ejemplo, los operarios limpian cada unidad con un disolvente tóxico que elimina sus propias huellas dactilares del dispositivo. Este producto químico provoca abortos espontáneos y diversos tipos de cáncer, y además acorta la vida.[63] La ventaja, por supuesto, es que elimina todo rastro de participación humana. Los consumidores abren la caja (puede que grabando un vídeo del desempaquetado, hoy convertido en ritual) para revelar la presencia de un artilugio electrónico que igualmente podría haber sido teletransportado desde una fábrica en otra dimensión. No hay huellas humanas que nos recuerden las condiciones laborales de la fábrica china donde se fabricó. Para eliminar toda evidencia del sufrimiento de los trabajadores, las empresas tecnológicas los envenenan aún más.

Algunas de las innovaciones más inteligentes de Amazon existen con el único propósito de proteger a los miembros de la suscripción Prime de la realidad que entraña trabajar para la empresa. Su plataforma y sus aplicaciones están diseñadas para ser adictivamente rápidas y autónomas: basta con clicar un botón para acceder a cosas que te pueden dejar en la puerta de casa «sin contacto manual». Es decir, sin contacto humano. En Estados Unidos los repartidores ni siquiera llaman al timbre: te llega automáticamente a tu bandeja de entrada una foto del paquete en la puerta y Alexa emite una amable alerta. No tienes que ver cara a cara al pobre diablo que conduce la furgoneta, y mucho menos a los que corren apresuradamente de un lado a otro entre robots en el almacén de distribución.

Otro ejemplo: el nuevo servicio de confección de ropa a medida de Amazon, Made For You, que probablemente no sea más que el inicio de una generación de futuros productos personalizados. Los consumidores utilizan una aplicación de móvil para hacerse fotos y tomarse sus propias medidas, que luego se procesan en un «doble virtual». A continuación, unos robots calculan, cortan y cosen la prenda a medida, y te la envían directamente. Es lo último en personalización humana, llevada a cabo por una máquina. O como dice Amazon en su eslogan promocional: «Crea la prenda perfecta, hecha a TU medida».[64] Esto no solo representa el culmen de la cultura del individuo autónomo —la etiqueta lleva tu propio nombre—, sino que constituye asimismo una demostración del poder de la automatización. ¿Por qué comprar ropa confeccionada por trabajadores de países en desarrollo o incluso de conciudadanos maltratados en una cadena de montaje si la pueden fabricar máquinas que saben lo que de verdad quieres?

El espejismo aquí es que la tecnología hace todo el trabajo. Basta con hablarle a tu Alexa para que el ejército de robots automatizados de

Jeff Bezos entre en acción para confeccionar tu ropa. El objetivo empresarial de Bezos es poseer la interfaz que hay entre nosotros y su fuerza de trabajo robótica. Made For You es su prueba de concepto para el futuro de toda clase de cosas, desde la fabricación de automóviles hasta la de drones militares. Pero la realidad es que los robots no hacen todo el trabajo. Puede que cosan las prendas, pero son seres humanos quienes siguen recogiendo el algodón, extrayendo las materias primas para construir los robots y enterrando los que quedan obsoletos en vertederos. Las externalidades siguen ahí, desde la mano de obra hasta la contaminación y las guerras por los recursos. Los robots no sustituyen el coste humano, tan solo lo ocultan. Es el efecto montaplatos.

Las capas de ocultamiento que brinda la tecnología digital permiten un nuevo nivel de perjuicio externalizado. Tanto si se utilizan drones para bombardear una concentración social como algoritmos para calcular las penas de cárcel, la tecnología distancia al actor humano del coste humano de sus acciones. Los problemas inherentes al capitalismo violento, extractivo y basado en el crecimiento no se mitigan, sino que únicamente se hacen tan invisibles como las huellas dactilares de los trabajadores que se envenenan ensamblando nuestros teléfonos móviles.

La mayoría de nosotros aprendemos a mirar hacia otro lado, al menos durante la mayor parte del tiempo. Conducimos coches, transmitimos vídeos, invertimos en criptomonedas y compramos aparatos electrónicos baratos, y todo ello agradecidos, en cierto modo, de que nuestra sociedad altamente tecnificada interponga unas cuantas capas de ocultamiento entre nuestras decisiones de cada momento y sus impactos reales en el mundo. Y, sin embargo, ¿cómo pueden vivir así personas por lo demás en su sano juicio, ocasionalmente racionales y a menudo empáticas? La mayoría de nosotros o ignoramos el daño que causamos o estamos tan inmersos en sistemas que escapan a nuestro control que nos limitamos a hacer lo mejor que podemos e intentamos no pensar demasiado en ello.

Sin embargo, algunos de los más ricos y poderosos de entre nosotros han llegado a aceptar la ecuación aislacionista como un principio fundamental de nuestro mundo. Sorprendentemente, esta funciona lo bastante bien como para hacerlos de paso milmillonarios, confirmándoles así la validez de sus convicciones tanto a ellos como a sus crecientes legiones de acólitos. Se convierten en los héroes de nuestra sociedad. Seleccionando escrupulosamente ideas compatibles de la ciencia, la economía y la filosofía, han forjado una mentalidad que de hecho los incentiva a construir una sociedad altamente

tecnificada capaz de soportar la negación a gran escala.

[59] Megan Rose Dickey, «Uber Unveils New Skyport Designs for Uber Air», TechCrunch, 11 de junio de 2019, https://techcrunch.com/2019/06/11/uber-unveils-new-skyport-designs [tinyurl.com/mr24dman].

[60] Marina Gorbis, «Hiding in Plain Sight: America's Working Poverty Epidemic», Medium, 14 de abril de 2021, https://medium.com/institute-for-the-future/hiding-in-plain-sight-americas-working-poverty-epidemic-740f0b7202ea [tinyurl.com/bddzrfm4].

[61] Richard Maxwell y Toby Miller, Greening the Media, Nueva York: Oxford University Press, 2012.

[62] Douglas Rushkoff, Throwing Rocks at the Google Bus: How Growth Became the Enemy of Prosperity, Nueva York: Penguin Portfolio, 2016, p. 19.

[63] «Producción del Fairphone - VPRO documental - 2016» [en inglés], YouTube, www.youtube.com/watch?v=7C-VTPJxWlw [tinyurl.com/bdf3nj7v].

[64] Amazon, «Made for You», www.amazon.com/stores/made+for+you/page/E853E0F0-6F79-442D-B7E8-3A0E0531FAF2 [tinyurl.com/3vh9jxeu].

05 Genes egoístas

El cientificismo triunfa sobre la moralidad

En lo que debía de ser una rutina muchas veces repetida, Richard Dawkins se inclinó y comenzó a doblar una hoja de papel sobre la mesa de café de cristal. El afamado biólogo evolutivo era el invitado de honor en una cena en el apartamento que tenía en Central Park West del agente literario y destacada figura del mundo científico John Brockman.[65] Corría todavía el siglo XX y la mayoría de la gente aún no sabía lo que eran los memes.

«¿Habéis visto alguna vez uno de estos?», preguntó Dawkins mientras sostenía su «adivinador de papel» ya terminado ante la docena de miembros de la intelectualidad neoyorquina congregados alrededor del sofá. Por supuesto, todos los presentes recordábamos haber hecho aquella figurita de papiroflexia y haber jugado a lo que mis amigos de la infancia llamaban «cielo o infierno». Luego añadió: «Pues esto es un meme».

Aquel juego de papiroflexia —explicó— había variado muy poco a lo largo del tiempo. Ello se debía a que no se trataba tan solo de un objeto, sino de un conjunto de instrucciones: una forma de doblar el papel en una configuración específica. Los niños aprenden a hacerlo y luego se lo enseñan a sus amigos.

Esas instrucciones se transmiten de una persona a otra, tanto geográficamente como a través de la historia. Las personas —nos explicó— solo somos portadoras del meme. Ejecutamos sus instrucciones, como un organismo que obedece a su código genético o un ordenador que ejecuta unas líneas de JavaScript: dobla las esquinas de tal modo; luego dobla los lados de tal otro.

En mi opinión, eso no tenía mucho sentido. Mi propio libro sobre los medios virales se basaba en observaciones muy distintas acerca de nuestra relación con los memes. Para mí, estos no eran más que el código subyacente a los virus mediáticos y el mejor modo de interpretarlos era como «agendas ocultas en la cultura popular». Puede que, por ejemplo, el vídeo de Rodney King contuviera potentes memes sobre la brutalidad policial y las relaciones raciales en Estados Unidos —explicaba en el libro—, pero la razón por la que se convirtió en un fenómeno de masas fue nuestra predisposición como seres humanos a que así fuera. Abordaba cuestiones que se habían reprimido durante demasiado tiempo; de ahí que las imágenes que forzaron a sacarlas a la luz desencadenaran un debate —y un conflicto— en la ciudadanía. Los memes no nos gobiernan como el software gobierna un ordenador: los utilizamos del mismo modo que utilizamos el lenguaje o nuestros cuerpos para expresarnos e implementar el cambio. Somos actores conscientes, no máquinas pasivas que ejecutan un código.

Dawkins desestimó mi argumento como una «ilusión». Yo era demasiado cohibido y me sentía demasiado honrado por el mero hecho de estar en la misma fiesta con él y otras celebridades de la ciencia como para decir mucho más de lo que ya había dicho. Así que dejé a Dawkins con otros admiradores y me di una vuelta por la sala. Sin embargo, al cabo de una media hora más o menos oí voces en tono elevado provenientes del sofá.

Naomi Wolf, feminista, autora de El mito de la belleza y una de las pocas mujeres que no estaban en la fiesta como «acompañantes», se negaba a aceptar la cosmovisión extremadamente mecanicista de Dawkins. «¿Quiere decir que aquí no hay absolutamente nada más en juego?», preguntó retóricamente. Wolf consideraba que el modelo de funcionamiento humano de Dawkins era innecesariamente reduccionista y no dejaba margen alguno a los misterios subyacentes

de la percepción, la experiencia y la voluntad humanas, por no hablar de la posibilidad de un alma o de un Dios.

Dawkins argumentaba que vivimos en un universo que puede explicarse íntegramente mediante simples principios científicos. Todo es puramente empírico y nosotros solo somos conglomerados de materia orgánica. Cualquier otro marco de referencia es mera superstición, religión o «delirio». Desafió a Wolf a probar la existencia de algo que la ciencia no pudiera explicar, que escapara a sus principios materialistas. Pero a todo lo que ella aducía —el amor, la esperanza, la intuición, la fe—, Dawkins le respondía que no eran más que estados emocionales o procesos mentales diseñados de un modo u otro para mantener la replicación de nuestros genes. No había nada «ahí fuera», ni siquiera ahí dentro.

Probé a hacer mi propio intento. Sugerí que el universo se «inclina» en un cierto sentido. «La evolución no es tan solo selección aleatoria —aventuré—, sino que la vida avanza a tientas hacia algo. Complejidad. Conciencia. Compasión. No nos movemos impulsados solo por los genes. Los primeros humanos compartían la comida entre ellos aun cuando no entrañaba ningún beneficio personal. No es la competencia lo que mejor caracteriza la evolución humana. Esta es una historia de colaboración».

Él y algunos de los otros hombres se rieron. Me dijo que yo estaba malinterpretando el «altruismo recíproco», es decir, las formas —necesarias, pero extremadamente provisionales y transitorias— en que cooperamos para garantizar la supervivencia de nuestros genes. Cualquier sentimiento de empatía o impulso de compartir algo con otros es un estímulo generado por nuestro para sus propios fines egoístas. Dawkins y los demás científicos explicaron que los humanos solo somos vehículos para nuestros genes. Todo lo que pensamos, imaginamos, queremos o esperamos está a su servicio. Nuestra conciencia es en sí misma una ilusión representada por nuestros genes. Y, dado que estos últimos solo actúan de forma enteramente egoísta, también los humanos actuamos de la misma forma.

No dejaban de trazar anillos lógicos a mi alrededor. Comprendí que debía desistir de intentar defender modelos de realidad alternativos con las reglas probatorias del cientificismo ortodoxo. Siglos de pensamiento filosófico-admití— han demostrado de múltiples maneras que el cientificismo, el rechazo a contemplar nada que no venga avalado por pruebas empíricas, es extremadamente limitado. Está muy bien para construir puentes y pilotar aviones. Pero la forma en que damos sentido a las cosas no se basa en evidencias: es un constructo

social, un sistema socialmente forjado a lo largo de milenios. Y, aunque no nos ayude a construir aviones, puede ayudarnos a decidir si queremos tener otro avión en nuestro mundo y si lo usamos para viajar o para hacer la guerra. Solo una comunidad de personas que crean sentido juntas puede sustentar la objetividad en un auténtico propósito común. El sentido es el modo como los seres humanos desarrollamos un sentimiento más sólido de justicia, nuestra concepción del bien y del mal.[66]

Poniendo los ojos en blanco, Dawkins respondió que las religiones han provocado más guerras que la ciencia. Yo le dije que no era religioso y que no necesitaba creer en Dios para creer en un universo justo. Vivir como humanos en un universo dotado de sentido —sugerí— entraña simplemente existir en una realidad que tiene ciertas reglas, en un universo potencialmente moral. Y eso va unido a tener una concepción del bien y del mal, una sensibilidad ética que trasciende la mera supervivencia.

Dawkins, que ya había andado tiempo más que suficiente por las ramas, descartó finalmente mi argumento como «moralista». La gente se rio. Como si eso fuera algo malo; una postura tonta e indefendible. No era solo que Dawkins y yo tuviéramos diferentes concepciones del mundo. Es que Dawkins pensaba que él y los demás científicos eran los únicos que veían las cosas tal como eran realmente, mientras que Wolf y yo simplemente interpretábamos la realidad a través de nuestros sistemas de sentido y moral. No podía reconocer que su propio compromiso con el cientificismo se basaba en algo pasional, en algo parecido a la fe en un universo empírico. Dicho de otro modo: su insistencia en vivir en un universo basado solo en la evidencia no se basa en absoluto en evidencia alguna. Es un mero supuesto. Es parte de un sistema de sentido, desarrollado por una comunidad de personas a lo largo del tiempo. Lo que ocurre es que se trata de un sistema de sentido que ignora el propio sentido. Aún peor: al rechazar la validez de cualquier otro sistema de sentido, tiende a imbuir a sus adeptos de un sentimiento de superioridad sobre los demás. Quienes luchan por encontrar sentido son meros «moralistas».

En esta línea, Steven Pinker postula una teoría computacional de la mente en la que el cerebro es un mero hardware que ejecuta varios programas de forma totalmente predecible. Daniel Dennett compara la creencia religiosa con un «gusano parásito (un gusarapo) que invade el cerebro de una hormiga».[67]

Según el cientificismo, los seres humanos no son más que robots que ejecutan programas, ya vengan dictados por nuestros propios genes o

por patógenos destructivos como la espiritualidad. Sin embargo, al negarse a entender la forja de sentido como un sutil proyecto comunitario relacionado con nuestras formas de convivir, este cientificismo ortodoxo niega cualquier orden de cosas que otorgue un papel a la volición humana, junto con la responsabilidad moral. Estamos a merced de nuestros programas, de nuestros genes; de modo que podemos hacer lo que nos venga en gana, sobre todo si eso hace que estos últimos se propaguen.

Poco más de veinte años después de que se produjera, volví a recordar mi encuentro con aquellos pensadores al leer los artículos publicados en varias revistas sobre la caída del traficante sexual de menores reincidente Jeffrey Epstein y los diversos científicos a los que financió en su intento de reavivar la práctica de la eugenesia y de inseminar a cientos de mujeres con su propio esperma.[68] Salieron a la luz fotos de Epstein y varias de sus jóvenes acompañantes junto a muchos de esos mismos científicos que rechazan el concepto de ciudadanía de un universo moral por considerarlo risiblemente iluso. En otra se veía a Daniel Dennett, Steven Pinker y al propio Dawkins desplazándose para asistir a una charla TED en el jet privado de Epstein, conocido coloquialmente, en términos bastante inequívocos, como Lolita Express.[69]

Aunque cualquiera puede terminar en el lugar equivocado en el momento inoportuno, los científicos con los que Epstein decidió codearse no fueron elegidos al azar. Su enfoque resueltamente cientificista del desarrollo humano, interpretado a través de la lente sociopática de Epstein, encajaba a la perfección con los planes maestros de este último para la raza humana. Epstein era sin duda el paradigma del preparacionista milmillonario autosoberano y transhumanista.

Poseía una isla privada (en la que dictaba sus propias leyes) y varios lugares de retiro, incluido un rancho en Nuevo México donde planeaba alojar y fecundar a veinte mujeres a la vez.[70] Dio millones a científicos a los que consideraba demasiado inconformistas para la sensibilidad políticamente correcta de los patrocinadores e instituciones modernos; investigadores que creía que podían ayudarlo a dominar el acervo génico humano, evitar la muerte o, en caso necesario, congelar su cabeza y su pene de cara a una futura reanimación.[71]

Esto no es ciencia, ni tan siquiera cientificismo; es solo la Mentalidad. El modelo científico es un método de investigación colaborativa, y quizá el mayor logro de la humanidad. Ha sustentado no solo a

quienes tratan de entender la naturaleza de nuestra realidad, sino también a quienes quieren ayudarnos a vivir mejor, a llevar una vida más saludable, a distribuir los alimentos, la energía y los recursos de forma más eficaz, a documentar nuestro impacto en el medio ambiente y a comprender nuestro lugar en el universo. Si acaso, adolecemos de tener poca fe en la buena ciencia, no demasiada.

Sin embargo, cuando se ve apartada a la fuerza de los contextos más amplios del sentido y la moralidad, la ciencia cae fácilmente al servicio de la dominación y el control, brindando una justificación a los rasgos más alienados de la Mentalidad. Al fin y al cabo, la premisa original de la ciencia empírica, tal como la formuló su precursor Francis Bacon (o al menos como se le atribuye), no estaba libre de prejuicios: se basaba de hecho en la subordinación de la naturaleza y de las mujeres. Como se dice que el científico le explicó en el siglo XVII a su benefactor, el rey Jacobo, había que penetrar a la fuerza en la naturaleza para que esta revelara sus secretos.[72] «He venido, en verdad, a traerte a la naturaleza con todos sus hijos para obligarla a servirte y hacerla tu esclava —le aseguró Bacon—. Hay que agarrar la naturaleza por el pelo […], sujetarla y capturarla […], conquistarla y someterla, para sacudirla hasta sus cimientos». Estas afirmaciones sugieren que la naturaleza debía ser sometida al mismo tipo de tortura inquisitorial que a las mujeres juzgadas por brujería.

Porque la naturaleza «se muestra más claramente bajo las pruebas y vejaciones [de los artilugios mecánicos] que cuando se la deja a su aire».[73]

La naturaleza era aterradora, oscura y femenina; un espacio de misterio ilimitado y omnipresente. Pero la ciencia empírica podía capturar y domeñar esa fuerza bestial, cuantificando sus propiedades y volviéndola inerte. Lo que no podía observarse y cuantificarse no existía. Esto propició una imagen del mundo tremendamente simplificada, pero reconfortante, en la que este se movía impulsado solo por fenómenos íntegramente mensurables y predecibles.

Desde un primer momento, la promoción de la ciencia empírica dependió del sometimiento de las mujeres en cuanto brujas. Obviamente, esa actividad no era intrínsecamente coherente con la lógica del cientificismo. Si la brujería fuera una mera superstición, las mujeres que la practicaban no tendrían los poderes que se les atribuían en el Malleus maleficarum (El martillo de las brujas), el tratado que se utilizaba como guía práctica para su identificación y captura. Pero Bacon y la Royal Society que él inspiró se encontraban en una posición difícil.

Para empezar, las curanderas, que utilizaban un lenguaje muy distinto para referirse a las propiedades de las plantas medicinales y sus métodos curativos, seguían demostrando ser radicalmente más eficaces en el tratamiento de las enfermedades que los hombres de ciencia con sus sanguijuelas y sangrías. En segundo lugar, la Iglesia acusaba a la Royal Society y a sus científicos de materialismo «ateo». [74] Al reconocer el poder de la magia negra y unirse al frenesí de la quema de brujas, los hombres de ciencia se distanciaron de su imagen materialista e impía del mundo, al tiempo que eliminaban a su mayor competidora.

Pero, al hacer eso, se despojaron también de los enfoques experienciales de la ciencia y de varios miles de años de conocimiento acumulado gracias a dichas prácticas, incluyendo varios siglos de experimentación mediante ensayo y error con las plantas medicinales, la agricultura y la predicción del tiempo. E interiorizaron asimismo cierto chauvinismo y cierto desprecio por las formas alternativas de forja de sentido que han limitado el descubrimiento y el debate científico hasta hoy. Los primeros científicos empíricos trataban de contener las fuerzas de la naturaleza cuantificándolas. Todo debía mensurarse, ya fuera en términos de masa, calor, fuerza o alguna otra unidad de medida. La cuantificación de nuestro mundo abarcaba y controlaba todo lo importante, al tiempo que ignoraba aquellos aspectos molestos e indefinidos de la realidad con los que los hombres de ciencia no querían tener nada que ver, especialmente las emociones, el sentido y la ética. A los empíricos se les daba muy bien el qué y el dónde, pero no tanto el porqué.

Al divorciarse de los sistemas de sentido (especialmente de aquellos mismos de los que surgió), la ciencia se hizo especialmente vulnerable a las fuerzas que pretendían aprovecharla con fines hegemónicos y extractivos. La ciencia renacentista, que clasificaba toda la realidad desde arriba, era compatible con el enfoque descendente y homogeneizador del industrialismo que luego la siguió.

Los monarcas y sus monopolios privilegiados podían elegir qué variable querían maximizar —la velocidad, la producción, el beneficio, la distancia, la matanza y los científicos desarrollaban máquinas y procesos a la medida de sus deseos.

La ciencia empírica también separaba convenientemente las causas de sus efectos. Las cosas influían unas en otras, pero no se concebía que sus relaciones pudieran ser dinámicas. Algo, o alguien, era o bien sujeto o bien objeto, soluto o disolvente, depredador o presa, hombre o mujer, señor o siervo, amo o esclavo.

Cuanto más capaces eran los poderosos de separar la causa del efecto en una sociedad cientificista, menos tenían que preocuparse por lo que hacían y a quién se lo hacían.

Gracias a las inclinaciones objetivistas, cuantificadoras y transaccionales de los primeros científicos, la ciencia y las tecnologías que engendró se convirtieron en íntimas amigas de los capitalistas coloniales que buscaban formas de darle un valor monetario a todo. Los ingenieros científicos desarrollaron las tecnologías que armaron las cañoneras, aislaron a los poderosos de las consecuencias de sus actos y racionalizaron el espíritu extractivo. Pero lo peor de todo es que ese cientificismo represivo acabó perpetuando un legado de dominación y control entre las futuras generaciones de científicos herederas de la Royal Society.

Es así como se llega a que un biólogo tan brillante como Richard Dawkins reduzca el misterioso fenómeno de la conciencia humana a una mera película que nos proyectan nuestros genes. Sin embargo, mi propia experiencia con el código informático me había llevado a la conclusión contraria con respecto a los seres humanos a aquella a la que había llegado Dawkins a partir de su estudio de los genes. Donde él veía a los seres humanos como «máquinas de supervivencia, vehículos robóticos ciegamente programados para preservar las moléculas egoístas conocidas como genes», yo veía intercambio, conciencia colectiva y un nuevo renacimiento de la creatividad colectiva humana.[75]

El modelo dawkinsiano del ser humano como hardware, junto con los de otros colegas intelectualmente compatibles como Daniel Dennett y Steven Pinker, acabaron imponiéndose en Silicon Valley. Sus puntos de vista eran plenamente compatibles con los modelos de negocio basados en manipular a los seres humanos en lugar de empoderarlos, en explotarlos para obtener beneficios en lugar de potenciar su creatividad colectiva. Si es cierto que las personas se limitan a responder pasivamente a líneas de código genético o cultural, ¿por qué no ser nosotros quienes escriben el código y sacan provecho de él?

A lo largo de la siguiente década, un creciente número de seminarios y retiros organizados por la Fundación Edge —creada por Brockman y financiada por Epstein— se consagraron a investigar la denominada economía conductual, es decir, a estudiar por qué las personas toman el tipo de decisiones financieras que toman. La expresión «economía conductual», o «economía del comportamiento», es en realidad un eufemismo para designar la psicología del marketing, pero con una perspectiva aún más programática. No es de extrañar, pues, que entre

los asistentes a esas clases magistrales de economía del comportamiento se encontraran Jeff Bezos, el fundador de Amazon; Larry Page, de Google; el director de tecnología de Microsoft, Nathan Myhrvold, y Elon Musk, de Tesla, todos ellos prestos a empaparse de la sabiduría procesable de autores de libros con títulos como Un pequeño empujón y Portarse mal.[76]

A los economistas del comportamiento les interesa sobre todo determinar las formas en que la gente se desvía de lo que en teoría deberían ser sus intereses económicos egoístas, dado que esas son justamente las «brechas» o palancas a través de las cuales se puede manipular a los consumidores e inversores para que gasten su dinero de forma irracional. Por ejemplo, debido al proceso irracional denominado «contabilidad mental», la gente tiende a pensar en su dinero como si estuviera en montones separados, algunos de los cuales parecen tener más valor que otros.

Los sistemas de fidelización, como los puntos de las tarjetas de crédito o las millas de las aerolíneas, fomentan esa contabilidad mental, lo que lleva a la gente a gastar más de esos activos de lo que haría en caso contrario. El denominado «sesgo de anclaje» alude a nuestra tendencia a confiar en la primera información que recibimos. Los vendedores se aprovechan de ello mencionándonos un «precio original» del producto antes de su «precio de venta», con lo que hacen creer a los consumidores que están consiguiendo una ganga. La economía conductual no es más que otra forma de poner a la naturaleza —en este caso, la naturaleza humana— al servicio de uno mismo, tratando a las personas como máquinas programables.

Al igual que en el siglo XVII los paladines de la ciencia defendían de boquilla los valores de la Iglesia en su propio interés, los promotores de este tipo de ciencia aplicada se venden hoy a los valores del mercado. Contribuyen a formular una imagen del mundo que da cobertura a quienes pretenden explotar a otros seres humanos: las personas no están realmente vivas ni son conscientes; solo actúan al servicio de sus programas genéticos. Son primates sujetos a prejuicios y puntos débiles. Es esta una perspectiva sociopática que hace que la ciencia resulte valiosa para la clase milmillonaria en cuanto ayuda a justificar sus conductas más vergonzosas, desde la trata de mujeres jóvenes hasta la explotación de toda una clase inferior de trabajadores y consumidores.

Esos fanáticos de la ciencia están perpetuando un sistema de valores que no reconocen, heredado de los precursores de la tradición cientificista, que informa plenamente sus acciones y supuestos, aunque

ellos no crean ser otra cosa que racionalistas empíricos. En realidad, son ellos quienes se limitan a seguir un programa predefinido: la Mentalidad.

[65] Fui cliente de la Agencia de John Brockman unos diez años después de aquella fiesta, entre 2009 y 2019.

[66] Véase Emmanuel Lévinas, Totalité et Infini: Essai sur l'extériorité, La Haya: Martinus Nijhoff, 1961 [trad. cast.: Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad, Salamanca: Sígueme, 2013].

[67] Richard Kearney, Anatheism: Returning to God After God, Nueva York:Columbia University Press, 2009, pp. 168-171.

[68] James B. Stewart, Matthew Goldstein y Jessica Silver-Greenberg, «Jeffrey Epstein Hoped to Seed Human Race with His DNA», New York Times, 31 de julio de 2019, www.nytimes.com/2019/07/31/business/jeffrey-epstein-eugenics.html [tinyurl.com/yckjpr4a].

[69] Julia La Roche, «Jeffrey Epstein Attended the "Billionaires' Dinner" and Now His Presence Has Been Scrubbed», Yahoo! Finance, 15 de julio de 2019, www.yahoo.com/now/jeffery-epstein-billionaires-dinner-john-brockman-photos-sarah-kellen173443481.html [tinyurl.com/35wvupf7].

[70] Stewart, Goldstein y Silver-Greenberg, «Jeffrey Epstein Hoped to Seed Human Race with His DNA».

[71] Bess Levin, «Jeffrey Epstein Wanted to Have His Penis Frozen and "Brought Back to Life in the Future"», Vanity Fair, 31 de julio de 2019, www.vanityfair.com/news/2019/07/jeffrey-epstein-transhumanism-cryonics [tinyurl.com/25d8uf6z].

[72] Estas citas aparecen mencionadas en la obra póstuma de Bacon Masculus Partus Temporum («El parto masculino del tiempo», 1603), que algunos estudiosos creen que fue utilizada o incluso inventada por miembros posteriores de la Royal Society para justificar su propia misoginia y la subyugación tanto de las mujeres como de la naturaleza. Para saber más sobre Bacon en relación los fundamentos misóginos de la ciencia, véase Carolyn Merchant, The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution, San Francisco:HarperSanFrancisco, 1983; para saber más acerca de cómo se ha podido tergiversar a Bacon, véase Alan Soble, «In Defense of Bacon», en Noretta Koertge (ed.), A House Built on Sand: Exposing Postmodernist Myths about Science, Oxford: Oxford University Press, 1998, pp. 195-215.

[73] Clifford D. Conner, A People's History of Science, Nueva York: Nation Press, 2005, p. 364.

[74] Charles Webster, From Paracelsus to Newton: Magic and the Making of Modern Science, Cambridge: Cambridge University Press, 1982, pp. 99-102.

[75] Richard Dawkins, The Selfish Gene: 40th Anniversary Edition, Nueva York: Oxford University Press, 2016, p. XXIX [trad. cast.: El gen egoísta extendido, Madrid: Bruño, 2017].

[76] Daniel Kahneman, «A Short Course in Thinking About Thinking», Edge Masterclass 2007, www.edge.org/events/the-edge-master-class-2007-a-short-course-in-thinking-about-thinking [tinyurl.com/3vyutpwe]; Richard Thaler, Sendhil Mullainathan y Daniel Kahneman, «A Short Course in Behavioral Economics», Edge Master Class 2008, www.edge.org/event/edge-master-class-2008-richard-thaler-sendhil-mullainathan-daniel-kahneman-a-short-course-in[tinyurl.com/4dvfbskz].

06 A toda marcha

Deshumanización, dominación y extracción

Mi amigo Bernie y yo estudiamos juntos Dirección Teatral como alumnos de máster en el Instituto de las Artes de California. Era aquella una escuela estupenda, con todo tipo de oportunidades de colaboración interdisciplinar. Fue allí donde Tim Burton (director de Batman y Bitelchús) aprendió animación, y donde K. P. H. Notoprojo (el intérprete de gamelán javanés más renombrado del mundo) enseñaba el famoso «cántico de mono» a varios centenares de personas a la vez, mientras Paul Reubens (Pee-wee Herman) patinaba por los pasillos vestido con un tutú.

El departamento de Teatro, sin embargo, era decididamente tradicional.Siguiendo un modelo conservador, enseñaba el planteamiento clásico del drama: crisis, clímax, desenlace. Cada obra, cada escena, cada momento, contenía esa misma forma, propulsando la acción siempre hacia el objetivo o el destino singular del protagonista. Cada ciclo partía de un acontecimiento inicial que desencadenaba la acción; esta se intensificaba hasta alcanzar un punto álgido, y luego el protagonista tomaba una decisión —matar, casarse, escapar, suicidarse y la historia se resolvía. Crisis, clímax, liberación. Aristóteles describió la fórmula, Shakespeare la perfeccionó y Hollywood la convirtió en una receta infalible.

Bernie y yo no veíamos el teatro de esa manera. Él se había formado en la danza y el teatro de máscaras. Veía la actividad teatral como una exploración abierta, rítmica, caracterizada por una improvisación extrema. ¿Por qué un espectáculo ha de ser racional o explicable en términos de motivaciones y objetivos humanos? ¿Acaso la gente sabe realmente lo que quiere siempre y en todo momento? Por mi parte, yo me había educado en el teatro experimental de las décadas de 1970 y 1980, donde la línea divisoria entre el actor y el público se difuminaba hasta hacerse irreconocible. La historia que relataba la obra era solo una excusa para juntar a actores y observadores en una misma sala, con solo una división imaginaria entre ellos. Había estudiado los happenings y el Fluxus, que, más que guiones teatrales, parecían conjuntos de reglas de las que surgían situaciones. No me gustaban las representaciones que seguían líneas rectas, con sus principios, intermedios y finales, sencillamente porque la vida no era así.

—Este tipo de teatro que estamos haciendo no es arte —recuerdo que me quejé a Bernie una noche después de clase.

—Ni siquiera es vida —admitió—. ¿Cuándo te has sentido como un protagonista dirigiéndote hacia una meta? Las cosas simplemente pasan. Luego se detienen.

O tal vez vuelven a empezar.

—Lo llaman realismo, pero es justo lo contrario —añadí finalmente—. Imponen un relato. Una percepción de inevitabilidad. Para confirmar el orden establecido.

Acción ascendente, clímax, sueño. Como la curva del orgasmo masculino.

Dirigirse hacia el objetivo, luego darse la vuelta y quedarse dormido.

—Es propaganda cultural —concluyó Bernie—. Crea un problema en el primer acto y luego lo resuelve en el último. Sea cual fuere tu solución —guerra, amor, dios, honor—, ese es el valor que aprende el público.

Además, el teatro era caro. Recuerdo haber asistido a una representación de La ópera de los tres centavos de Brecht en la que la entrada más barata costaba setenta pavos. La obra parodia y socava intencionadamente algunas de las convenciones del teatro, en particular los extremos románticos y los finales felices de la ópera wagneriana. En Brecht, quienes tienen grandes planes para el futuro

suelen ser los villanos. Ignoran el dolor y la angustia actuales mientras avanzan como una apisonadora hacia sus visiones de dominación. Sus fines siempre justifican sus medios. Las obras de Brecht pretendían revelar y socavar ese afán de conquista y de conclusión.

En el intermedio, oí quejarse a una mujer: «Pero ¿esto a dónde va?». El público había aprendido a esperar un movimiento de avance hacia algún objetivo concreto. Para eso pagaba. Desde luego, la vida no brindaba esa satisfacción; pero se suponía que el entretenimiento sí.

Ese día decidí dejar el teatro y pasarme a internet. La interactividad —me dije cambiará todo esto. Y hasta cierto punto fue así. La web, las plataformas digitales y los relatos hipertextuales ofrecían múltiples caminos que los usuarios podían seguir o incluso forjar. Ya no había una meta que alcanzar; éramos libres de elegir nuestras propias aventuras. Incluso en los videojuegos con objetivos netamente definidos, desde Super Mario hasta World of Warcraft, los participantes podían hallar una gran satisfacción ignorando la historia oficial y deambulando en cambio por el mundo del juego.

Pero, aunque las actividades que se desarrollaban en esas plataformas no se caracterizaran primordialmente por su decidido afán de conquista, los negocios subyacentes sí. En la década de 1980, las personas inteligentes que querían encontrar un filón y hacer fortuna escribían elaborados guiones de cine; en la de 1990, esas mismas personas redactaban planes de negocios tecnológicos con prácticamente la misma mecánica. Una gran idea novedosa «perturbará» el statu quo, eliminará la competencia, hará crecer el mercado hasta su máximo potencial y luego —en el punto álgido— ejecutará su «estrategia de salida» culminante en forma de venta o de oferta pública de acciones. Principio, intermedio y glorioso final. Relatos de triunfo, expresado en forma de rendimiento de la inversión.

La retórica de Silicon Valley —ya sea en los memorandos de presentación de los jóvenes desarrolladores, las charlas TED o las entrevistas de Joe Rogan a milmillonarios de la tecnología— exhibe siempre los mismos rasgos distintivos que esos planes de negocio: progreso, futuro, optimismo, transformación, ganancia. Pero normalmente se trata solo de eufemismos para referirse a la conquista, la colonización, la dominación y la extracción. Describen campañas donde el fin justifica los medios y que aspiran a alterar el paisaje y lograr un monopolio.

Quienes critican el impulso lineal occidental de constante progreso parten con excesiva frecuencia de una imagen romántica del pasado

remoto como un tiempo desprovisto de crueldad y de violencia. Nos brindan relatos de interacciones pacíficas entre primates como los bonobos, que presuntamente demuestran el talante cooperativo de nuestro linaje. Desde esta perspectiva, unos pueblos indígenas que vivían de forma sostenible se vieron infectados por la violencia de los imperios expansionistas; y, ahora que lo sabemos, deberíamos «volver al jardín», como señalaba Joni Mitchell en el estribillo de Woodstock.

Por otro lado, los partidarios del desarrollo rápido ofrecen una visión utópica del futuro en la que la tecnología y el mercado liberan a la humanidad de las tinieblas de su naturaleza competitiva. No solo descendemos de simios violentos, sino de bacterias que asimismo compiten violentamente. La civilización, los mercados y la tecnología nos brindan formas de canalizar esa competitividad innata a fin de lograr mejores resultados para todos.

Ambos discursos están impregnados de la ideología del progreso y del mito de la existencia de un lugar fundamentalmente distinto hacia el que todos nos dirigimos, o hacia el que, cuando menos, se dirigen unos pocos afortunados. Los tecnofrikis y sus antagonistas más acérrimos caen en la misma trampa mental.

Ya sean corporativos o contraculturales, todos esos relatos de conquista siguen la pauta de lo que podríamos denominar viajes heroicos o arquitecturas neotestamentarias. Lucha, progreso, apocalipsis culminante y luego la salvación para quienes gozan de la creencia, la experiencia psicodélica, el procesador informático o los genes egoístas apropiados. Esos afortunados ganadores alcanzan el clímax final y transformador hacia la riqueza infinita, Marte, la eternidad en un chip o la conciencia crística. Finalmente llegan a algún sitio, y ahí termina el relato.

No es que esta forma narrativa surgiera en un momento concreto de la historia de la civilización occidental y luego se enseñoreara del mundo. Antes bien, el afán de conquista es un potencial humano que se activa y amplifica con ciertos tipos de descubrimientos e innovaciones y luego sustenta a su vez esos mismos descubrimientos e innovaciones. La historiadora cultural Riane Eisler sitúa un ejemplo del «modelo dominador» en los inicios de la Edad de Hierro y el dominio de la metalurgia por parte de los kurganes en la Europa primitiva. «El poder de dominar y destruir mediante la hoja afilada suplanta gradualmente la visión del poder como la capacidad de sustentar y alimentar la vida —explica—.

Los hombres con mayor poder de destrucción (los más fuertes

físicamente, los más insensibles, los más brutales) llegan a lo más alto, mientras en todas partes la estructura social se vuelve más jerárquica y autoritaria».[77]

Todo cambió para respaldar la mentalidad dominadora, hasta que las gentes nacidas en esta nueva cultura asumieron sus reglas y valores como circunstancias dadas por la naturaleza. De hecho, los invasores kurganes tendrían tanto éxito que acabarían siendo idealizados por Nietzsche y por Hitler como la única raza europea original y pura. Es una dinámica que veremos repetirse a menudo: surge una nueva tecnología y alguien copia la idea y la usa para colonizar un mercado o una cultura, dividirlo en grupos más pequeños y alienados y extraer sus recursos y su trabajo, todo ello suplantando los valores existentes con una ideología de competencia y dominación. De hecho, esa es la misma base de lo que hoy llamamos capitalismo.

En un primer momento, la economía de mercado, estrenada justo después de las cruzadas en la Baja Edad Media, benefició a los antiguos siervos del feudalismo.[78] Se trataba de una economía transversal, entre iguales, no jerárquica. Los granjeros y panaderos locales no aspiraban en general a ser «ricos», sino a vivir de su trabajo. Sus monedas estaban optimizadas para el comercio; no constituían tanto una forma de ahorrar o atesorar dinero como de facilitar el intercambio de bienes entre las personas. El sistema funcionó tan bien que Europa vivió el que sería su mayor periodo de crecimiento económico hasta la fecha medido en términos de prosperidad de la gente corriente. Las ciudades se enriquecieron tanto que invirtieron en la construcción de catedrales para estimular las peregrinaciones y el turismo. La gente trabajaba menos, comía más y crecía más que nunca antes; y, en algunos casos, más de lo que lo haría después.[79]

Conforme el pueblo se hacía más rico e independiente, la aristocracia se descubría relativamente más pobre y menos poderosa. Con frecuencia, aquellas acaudaladas familias no habían trabajado ni creado valor durante siglos y necesitaban encontrar una nueva forma de dominar a las masas. La primera fue la concesión de «monopolios privilegiados» que otorgaban a los nobles favorecidos el dominio exclusivo de una industria. Si hasta entonces un zapatero podía trabajar por su cuenta fabricando y vendiendo sus propios zapatos, ahora tendría que ser un empleado de la Real Compañía de Calzado de Su Majestad.

Se negó a los individuos la capacidad de crear e intercambiar valor por sí mismos.

Luego los monarcas prohibieron el dinero mercantil y obligaron a todo el mundo a utilizar «moneda del reino». Dicha moneda debía tomarse prestada de la tesorería del Estado y devolverse con intereses. Con el monopolio de esta tecnología financiera, la aristocracia podía ganar dinero con solo prestarlo. Una nación tras otra fueron adoptando el nuevo enfoque, aplastando los mercados locales y restableciendo la dependencia de los campesinos de los ricos para tener trabajo. La moneda centralizada se convirtió en el nuevo sistema operativo de la economía, mientras las corporaciones venían a ser como el software que funcionaba en él. Fue un programa arrollador.

El crecimiento se convirtió en la nueva ética y en el requisito de cualquier

compañía privilegiada, y la forma expansionista y extractiva de capitalismo colonial monopolista que vino luego sigue en plena vigencia todavía hoy. Los monopolios privilegiados, como las Compañías Británica y Neerlandesa de las Indias Orientales, viajaron al nuevo mundo, mataron o esclavizaron a sus habitantes y extrajeron sus recursos. Por regla general, la Iglesia llegaba primero, establecía contacto con las poblaciones nativas y reunía información sobre ellas; luego tomaban el relevo las cañoneras, las compañías y los conquistadores. Estas conquistas dependían de tres principios básicos del colonialismo corporativo que luego se convertirían en el núcleo de la Mentalidad con la que hoy tenemos que lidiar.

El primero consistía en verse a sí mismo como alguien distanciado de la naturaleza y, por ende, considerar a los nativos seres infrahumanos. Los pensadores ilustrados, pese a su ferviente creencia en el derecho a la felicidad y a la libertad, basaban sus filosofías en el cientificismo empírico de Francis Bacon y sus contemporáneos. En su planteamiento, el Nuevo Mundo era una «tierra virgen» a la espera de ser colonizada por los europeos blancos. «Al principio todo el mundo era americano», explicaba el filósofo ilustrado John Locke para describir el «estado de naturaleza» anterior a la civilización. Había que entender al amerindio como parte de ese paisaje, un ser no muy diferente de «una de esas bestias salvajes entre las cuales los hombres no pueden vivir ni encontrar seguridad», y que, por lo tanto, «puede ser destruido como si fuera un león [o] un tigre». Mientras que un patrón podía tener un contrato que le diera libertad para controlar a sus siervos cristianos no remunerados, gozaba de un «dominio absoluto» sobre sus esclavos, en cuanto estos no eran plenamente humanos.[80]

Puede que estas prácticas vampíricas socavaran las propiedades

regenerativas de los sistemas naturales, pero eran expresiones perfectas del segundo principio básico de la dominación: la extracción. Por ejemplo, cuando los isleños empezaron a fabricar cuerda para vendérsela a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales, esta presionó de inmediato para que en los Países Bajos se aprobaran nuevas leyes que regularan la industria de la cordelería. Tras conseguir el monopolio del sector, la fabricación de cuerda pasó a ser una actividad ilegal para cualquiera ajeno a la compañía. La propia Revolución estadounidense estuvo motivada por la implementación de una política extractiva similar por parte de la Compañía Británica de las Indias Occidentales.

A los colonos de Norteamérica se les permitía cultivar y recoger algodón, pero debían vender sus balas directamente a la compañía a precios establecidos. Luego esta transportaba el algodón a Inglaterra, donde se convertía en tejido o en ropa y a continuación lo reenviaba y revendía a los colonos, obteniendo así un beneficio.

Cuanto más valor extraen los sistemas de dominación y control, menos oportunidades tiene la gente de crear e intercambiar valor por cualquier medio que no sea participar en esos mismos sistemas que se lo han sustraído previamente. Las poblaciones autóctonas pueden resistirse adoptando las tácticas violentas de sus opresores, pero con ello se arriesgan a contagiarse de sus mismas sensibilidades. El ciclo de opresión y extracción se retroalimenta.

Lo cual nos lleva al tercer principio básico de la dominación: la incesante persecución del crecimiento. Recuérdese que todo ese afán de expansión colonial vino instigado por las matemáticas subyacentes a la moneda sujeta a devengar intereses. Todo se basaba en devolver más de lo que se tomaba prestado. Eso es lo que nos llevó a confundir el crecimiento con la salud económica. El PIB —producto interior bruto— sigue siendo el principal barómetro de la prosperidad nacional, a pesar de que no tiene nada que ver con la situación real de las personas y las empresas; solo mide el valor total de mercado de los bienes que produce un determinado país. Un vertido tóxico es bueno para el PIB porque gastamos mucho en limpiarlo. Arreglar un puente incrementa menos el PIB que derribarlo y construir uno nuevo. Regenerar el suministro de agua de un acuífero no lo incrementa tanto como dejar que escasee el agua y luego cobrar más a todo el mundo por ella. Además, los financieros que conceden préstamos solo se benefician de los grandes proyectos nuevos que requieren enormes cantidades de capital.

La ciega búsqueda del crecimiento ha sustentado la implacable

marcha hacia delante de la cultura dominadora hasta hoy. Las corporaciones se ven a sí mismas como colonizadores, al tiempo que conciben a las poblaciones locales en las que se expanden como nativos indígenas a los que explotar. En un paisaje gobernado por este tipo de empresas, es difícil hacer negocios de otro modo. El actual espíritu empresarial tiene menos que ver con la innovación de un determinado producto que con la innovación del modelo de negocio para favorecer el crecimiento. Nunca se cuestiona el crecimiento en sí.

Como resultado, la innovación tecnológica ha pasado a entenderse no tanto como una forma de ofrecer productos y experiencias mejores y más satisfactorias a la gente, sino más bien como otro medio más de redoblar la dominación, la extracción y el crecimiento. La cadena de montaje, por poner solo un ejemplo, tenía poco que ver con hacer mejores productos o fabricarlos más deprisa: su auténtico propósito era minimizar la dependencia de la empresa de trabajadores cualificados que pudieran exigir salarios justos. La tecnología fabril consistía principalmente en desconectar el trabajo humano del valor que se creaba.

Las empresas tecnológicas actuales han heredado esos mismos principios básicos. El hecho de que tantos de sus fundadores dejen la universidad antes de haber tenido la oportunidad de estudiar la historia de la economía, o la filosofía moral de Adam Smith y John Stuart Mill, o los fundamentos del marxismo, los hace aún más vulnerables a las prioridades deshumanizadoras, extractivas y centradas en el crecimiento del panorama empresarial.

Aspiran a los monopolios porque esa es la estructura predefinida para controlar un nuevo mercado. Puede que utilicen tecnología innovadora para lograrlo, pero nunca cuestionan el sistema operativo subyacente ni su exigencia de extracción y crecimiento. Justifican toda la devastación social y económica resultante como lo que el economista Joseph Schumpeter denominaba «destrucción creativa». Aunque Schumpeter se basaba específicamente en la idea marxista de que los cambios producidos en la industria pueden crear una mezcla de antigua y nueva riqueza, en realidad la economía de las empresas emergentes no funciona de ese modo.

Puede que un puñado de emprendedores y desarrolladores ganen mucho dinero con sus ideas, pero quienes se benefician hoy de Google o Facebook son en su mayor parte los mismos inversores institucionales y fondos familiares que antes se beneficiaron de Intel e IBM, o, aún antes, de General Electric y AT&T. Las historias que publican los medios sobre los nuevos magnates de la tecnología

ocultan el simple hecho de que tras ellos está la misma población invisible de ricos de siempre, haciéndose más rica aún.[81]

Las aplicaciones y plataformas están diseñadas, sin duda, para perturbar los mercados, pero sobre todo con el propósito de extraer riqueza de los pobres y entregársela a los ricos.[82] Amazon hace que la publicación de libros sea más «ajustada», aprovechando su monopolio para llevarse una proporción mayor de los beneficios que las librerías normales. Los conductores de Uber ganan menos que los taxistas y los restaurantes pierden sus márgenes frente a las plataformas de comida a domicilio. Esto no es destrucción creativa, sino pura y simple destrucción destructiva, y todo ello justificado por la imparable corriente del progreso.[83]

A los defensores del paradigma de la destrucción creativa les gusta argumentar que quienes han quedado en la miseria o se ven imposibilitados de encontrar trabajo debido a la nueva tecnología solo necesitan aprender nuevas habilidades.

Pero formarnos en base a las nuevas necesidades de las corporaciones es un juego peligroso, sobre todo cuando esas empresas tratan a sus empleados como hicieron las primeras factorías industriales que pusieron a la gente en cadenas de montaje. Aprender a programar puede parecer la próxima gran oportunidad de encontrar empleo en Estados Unidos o Europa occidental, pero solo lo será hasta que las empresas empiecen a subcontratar el desarrollo de software a lugares como la India o Europa oriental, o directamente a la inteligencia artificial.

La Mentalidad considera a los seres humanos tan innecesarios, y aun onerosos, que muchas empresas emergentes ven rechazados sus planes de negocio si no pueden demostrar que un día sus operaciones serán totalmente automatizadas.

Está bien tener unos pocos empleados mientras la empresa se pone en marcha, pero con el tiempo hay que automatizar todas esas funciones para que el negocio pueda «escalar» indefinidamente. Por eso Facebook quiere tener inteligencias artificiales o —en el peor de los casos— a sus propios usuarios supervisando y etiquetando las publicaciones potencialmente ofensivas en lugar de asignar la tarea a empleados humanos remunerados. Cualquier solución que implique valorar el trabajo humano corre el riesgo de ralentizar las cosas.

Steven Pinker, un optimista científico cognitivo que cree que la mente humana es de naturaleza computacional, se ha convertido en el mejor

modelo y portavoz de la Mentalidad en relación con el inevitable triunfo de esas soluciones tecnocráticas impulsadas por el mercado. La clave es seguir avanzando. Como él mismo explica, «algunos tipos de cambio social sin duda parecen verse arrastrados por una inexorable fuerza tectónica».[84] En su libro En defensa de la Ilustración, publicado en 2018, Pinker atribuye a la Ilustración europea (la misma que nos trajo a John Locke y la justificación de la esclavitud) un descenso generalizado de la violencia y un incremento de la salud, la longevidad, los niveles educativos y los derechos humanos universales.

Es este un relato bastante problemático. En primer lugar, como han demostrado David Graeber y David Wengrow en su desmitificadora obra El amanecer de todo, el simplista discurso unidireccional sobre el progreso de la civilización desde la agricultura hasta las ciudades, y luego, a través de la tecnología y la Ilustración, hasta la sociedad moderna, es sencillamente erróneo.[85] A lo largo de la historia ha habido todo tipo de ciudades-Estado distintas, con y sin lo que hoy consideramos tecnología. Incluso algunas sociedades de cazadores-recolectores tenían formidables asentamientos del tamaño de ciudades, con enormes construcciones arquitectónicas y consejos ciudadanos democráticos.

Otro problema de las estadísticas sobre el progreso que Pinker cita con tanta frecuencia es que, como la purista filosofía ilustrada, ignora lo que ocurre en el mundo real.[86] En este momento los seres humanos pueden vivir como media más tiempo que antes, pero en un planeta con una disminución paralela del 58

por ciento de los vertebrados y el 81 por ciento de las especies de animales que habitan en los ecosistemas de agua dulce. El autor afirma que «la violencia racista contra los afroamericanos cayó en picado en el siglo XX», pero se olvida de añadir que las tasas de encarcelamiento se han disparado. Escribe con optimismo sobre nuestra capacidad para encontrar nuevas fuentes de agua y energía empleando medios como la excavación de acuíferos más profundos o la fracturación hidráulica para obtener gas. Pero en realidad se trata solo de préstamos sobre futuras ganancias, algo parecido a mencionar la fuerza de un atleta que ha estado tomando esteroides para aumentar su rendimiento.

En opinión de Pinker, deberíamos alegrarnos de que el capitalismo basado en el crecimiento proporcione el impulso necesario para sacarnos de apuros. «Como hemos visto —explica—, una economía de mercado constituye el mejor programa de reducción de la pobreza que

conocemos para todo un país».[87] Y lo que es más importante: para él, como para otros tecnoaceleracionistas, ya es demasiado tarde para elegir otro camino. No podemos volver a ser cazadores-recolectores. La respuesta a la devastación de suelo vegetal ocasionada por los pesticidas químicos de Monsanto es una nueva investigación sobre alimentos genéticamente modificados llevada a cabo por…, ¡ejem!…, Monsanto. No hay otra que pasar por el aro.

En lugar de rechazar esta innovación —sostienen—, deberíamos incentivarla a través del mercado libre. Algunos héroes intelectuales de la red oscura, como el psicólogo Jordan Peterson, contribuyen a defender este argumento. «Lo que queremos son solo jerarquías de competencia —demanda Peterson ante sus nutridos auditorios—. Si tienes a un gran educador, o líder, o pensador, quieres recompensarlos. No es una recompensa por su ser intrínseco. Es un movimiento calculado por tu parte para extraer de ellos todo lo que resulta valioso, tan rápido como puedas».[88] Con ello no hace sino reafirmar los clásicos valores ilustrados de la extracción, la jerarquía y el crecimiento acelerado. Habla como si el hecho de salvar vidas, o el propio planeta, necesitara una motivación extrínseca proporcionada por el mercado, cuando ya sabemos, por la psicología educativa y por montones de estudios, que eso no funciona. Se ha demostrado que las recompensas extrínsecas como las bonificaciones en efectivo desmotivan a los trabajadores a largo plazo; en cambio, el sentimiento de vinculación al trabajo, una mayor percepción de su sentido y propósito, o las recompensas intrínsecas tales como una mayor responsabilidad, producen mejores resultados.[89]

La Mentalidad sostiene que si hay suficientes beneficios que ganar, alguien resolverá las cosas. Debemos dejar de vernos como «viles expoliadores de un planeta prístino», explica Pinker, y aceptar en cambio la «visión ilustrada» de que, si se dedica el suficiente tiempo a estudiarlos, todos los problemas pueden entenderse y resolverse;[90] incluidos los problemas medioambientales. Tiene razón, cuando menos en el sentido de que solo un abstruso pensador ilustrado consideraría el medio ambiente un «problema a resolver» en lugar de un sistema en el que todos estamos ya inmersos.

Los partidarios de la Mentalidad actualizan los conceptos ilustrados de colonialismo, conquista y crecimiento con los de progreso, ubicuidad y escala característicos de Silicon Valley. Seguimos haciendo el mismo viaje inexorable hacia el futuro, solo que ahora construido con tecnología y alimentado por el capitalismo. Cualquier duda o cuestionamiento saboteará nuestro «esprint» hacia el siguiente «hito», o, lo que es peor, enfriará el entusiasmo del mercado por nuestro

inevitable triunfo. Como uno de los héroes de Aristóteles, debemos seguir resueltamente el arco de la historia hasta alcanzar el clímax.

La versión del capitalismo propia de la Mentalidad no se detiene en la necesidad de crecimiento y progreso. Hay más en juego que el crecimiento por sí mismo. Se trata de alcanzar algo que trasciende la propia victoria: la dominación total.

Los milmillonarios de la tecnología ya han acumulado más riqueza de la que ellos, sus hijos o sus nietos podrían gastar jamás. Jeff Bezos tiene un yate con un helipuerto que hace las veces de auxiliar de su yate principal, cuyas grandes velas obstaculizarían el despegue y el aterrizaje de su helicóptero. Nada es suficiente nunca.[91]

Este afán de riqueza y de poder es como una partida de póquer en la que todo el mundo permanece en la mesa hasta que un solo jugador se lleva todo el dinero.

Es una tendencia a la desigualdad como objetivo último —lo que los economistas denominarían un coeficiente de Gini 1—, donde una sola persona lo ha acumulado todo. Todos los circuitos de realimentación financiera, tecnológica y cultural en los que participan sustentan esta singular tendencia. Como demostró el teórico del juego John Nash (protagonista de la película Una mente maravillosa) en sus primeros trabajos, la parte más rica de una transacción siempre goza de ventaja si no se establecen reglas o límites para contrarrestar ese efecto. Una partida de póquer «sin límites» siempre favorece al jugador más adinerado, porque este puede obligar repetidamente a su oponente a apostar la totalidad de sus posesiones. Así, la propia existencia de la desigualdad en un mercado no regulado favorece a los más ricos. De ahí que utilicen su riqueza para presionar en favor de la desregulación, lo que a su vez les hace obtener aún más riqueza.

Quienes juegan a este nivel buscan un tipo de riqueza muy particular. No se basa en los dividendos, los mercados regenerativos o la circulación de dinero a través del sistema. Es mera conquista y extracción. Consiste en encontrar o bien un nuevo territorio para conquistar y dominar, o bien una nueva tecnología que permita una capacidad de extracción superior a la actual; y luego vender toda la empresa antes de que alcance su cota máxima o de que ella misma se vea perturbada por la siguiente novedad. Y no todo es en vano: como demostró Steve Case, ese arco de «crisis, clímax y salida» fue el que puso a «América online».

Pero esto solo funciona si los fundadores no miran atrás. Tienen que

lanzarse hacia delante y dejarlo todo atrás, incluidos nosotros. Posiblemente el defecto más trágico de los triunfalistas tecnológicos sea su absoluto desprecio por la historia. Como explica el papa Francisco en su mordaz crítica al tecnocapitalismo Fratelli tutti, «se alienta […] una pérdida del sentido de la historia que disgrega todavía más. Se advierte la penetración cultural de una especie de "deconstruccionismo", donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos. […] Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites».[92]

Esa concepción errónea de que no hay ningún fundamento previo en el que basarse otorga a los «promotores» la libertad de destruir las culturas, las economías, los ecosistemas y los vecindarios existentes. Uber, Airbnb e incluso Google ven a los residentes de renta baja y los barrios donde viven del mismo modo que John Locke veía el paisaje y los nativos de América: territorios vírgenes sin desarrollar listos para su explotación. No es de extrañar que sus jóvenes y bien remunerados promotores empleen el mismo lenguaje cuando describen su actividad como una búsqueda «pionera» de apartamentos en barrios situados en las afueras de lo que normalmente se considera «seguro» para los profesionales blancos.

Combinando una interpretación distorsionada de Nietzsche con otra bastante acertada de Ayn Rand, terminan con la creencia de que, mientras «Dios ha muerto», el Übermensch del futuro puede utilizar la razón pura —el objetivismo — para alzarse por encima de los valores religiosos tradicionales y rehacer el mundo «en su propio interés». En realidad fue la hermana de Nietzsche, gran admiradora del fascismo de Mussolini, la que recopiló el infame volumen de La voluntad de poder a partir de los textos que dejó garabateados su hermano al morir.[93] Pero su lenguaje, especialmente si se saca de contexto, proporciona a los aspirantes a Übermensch tecnológico una justificación para asumir una autoridad sobrehumana.[94] Al igual que Uber, con una inspiración nietzscheana, usa su dinero y su influencia para modificar la legislación urbana y laboral en beneficio propio, Peter Thiel escucha en el filósofo alemán un llamamiento a tomar el futuro en sus propias manos; en sus propias palabras,

«Ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles».[95] Esta imagen distorsionada del Übermensch como creador divino, que presiona confiado en favor de su nítida visión de cómo deben ser las cosas, persiste como un componente esencial de la Mentalidad. No se

obtienen gráficos bursátiles en forma de palo de hockey sin ese pensamiento totalizador y dominante.

Para Thiel, esto implica ser lo que él denomina un «optimista convencido». La mayoría de los emprendedores —escribe en su libro De cero a uno— adoptan un enfoque excesivamente procesual, tomando decisiones gradualmente en función de la respuesta del mercado. Deberían ser, por el contrario, como Steve Jobs o Elon Musk, que siguen adelante con su visión singular pase lo que pase. El optimista convencido no tiene en cuenta las reacciones: persiste en su nuevo diseño para un mundo mejor. Este acontece ex nihilo, literalmente «de cero a uno».

Los fundadores de Google, Larry Page y Sergey Brin, también evitan el pensamiento gradual en favor de la innovación rompedora, arriesgada, radicalmente inédita y revolucionaria. Con la perspectiva empresarial propia de un monopolista, Page declaraba a la revista Wired que «resulta difícil encontrar ejemplos reales de cosas auténticamente asombrosas que hayan ocurrido únicamente gracias a la competencia. […] Por eso la mayoría de las empresas experimentan un lento declive con el tiempo. […] La mejora gradual tiene garantizado quedar obsoleta con el tiempo».[96] No es que Page tema a la competencia; es más bien que, si se encuentra compitiendo con alguien, eso significa que no está en territorio virgen.

Esto puede tener cierto sentido en un panorama de empresas unicornio y rendimientos de miles de veces la inversión original. ¿De qué otro modo puede uno ganarse la fe de los inversores de capital riesgo y los fondos necesarios para la dominación si no sabe venderse y suscitar confianza? Pero se trata de una mentalidad derivada de los aspectos más deshumanizados, inconexos y triunfalistas de la ciencia empírica y el pensamiento ilustrado. El fundador es Dios. Crea un nuevo mundo; lleva a sus seguidores a través de un gran éxodo - o estrategia de salida— a la salvación, mientras el resto de la humanidad se queda atrás.

Pese a todas sus pretensiones de originalidad, muchos de esos titanes de la tecnología se inspiran en figuras históricas de las que oyeron hablar antes de abandonar la escuela. Es bien conocida la afición de Mark Zuckerberg por el emperador romano César Augusto, a quien suele atribuirse el desarrollo de la red de carreteras y el sistema de mensajería con el que Roma administraría su expansión imperial durante varios siglos. «Básicamente, adoptando un enfoque sin duda riguroso, instauró doscientos años de paz mundial», declaraba Zuckerberg a The New Yorker[97] (esto solo es cierto si cuentas como

«paz» la ausencia de guerras que amenacen tu propia soberanía y excluyes las conquistas violentas de tu imperio de otros Estados y pueblos). Pero la admiración de Zuckerberg por el emperador raya en la obsesión: su corte de pelo se inspira en el de Augusto; en cierta ocasión su esposa bromeó diciendo que en su luna de miel viajaron a Roma tres personas, Mark, ella y Augusto; llamó Augusta a su segunda hija, y solía terminar las reuniones de Facebook proclamando

«¡Dominación!».

Sin duda, todos salimos ganando con que el único responsable de la adopción de decisiones de una red social de 3.000 millones de usuarios tenga como modelo a César Augusto en lugar de, por ejemplo, quien a la larga sería su sucesor, Calígula. Pero que Zuckerberg acepte el «enfoque sin duda rigoroso» de Augusto como el precio que había que pagar por la futura estabilidad de su imperio puede salirnos demasiado caro. La famosa exhortación de Zuckerberg a su empresa de «moverse rápido y romper cosas» le ha hecho ganar monopolios, pero también ha tenido un impacto desastroso en la innovación en internet, el paisaje social, la salud mental y la viabilidad de la propia democracia. Eso es lo que ocurre cuando uno es un optimista convencido que trabaja en pro de un único objetivo, con miles de millones de dólares y petabytes de RAM a su disposición. Claro que luego Zuckerberg puede prometer que restituirá el 99 por ciento de sus ganancias en donaciones a organizaciones benéficas, pero eso solo demuestra que empezó por llevarse demasiado. ¡Imagine si de entrada Facebook hubiera sido un 99 por ciento menos destructivo!

Dicho esto, es demasiado fácil atribuir el éxito de estos empresarios a su implacable e imperiosa determinación. Pese al lenguaje condescendiente que emplean en las audiencias del Congreso estadounidense en las que se cuestionan sus tácticas y su poder, puede que los titanes de la tecnología sobreestimen el valor de la Mentalidad en la buena fortuna de sus empresas. En realidad, no han hecho más que subirse a la ola de la ley de Moore, el crecimiento exponencial de la capacidad de procesamiento —una tendencia tecnológica que escapa a su control—, y han confundido su éxito con su propio destino manifiesto. Pero la ley de Moore podría estar ralentizándose, augurando el fin del crecimiento exponencial automático. En 2010, Robert Colwell, responsable de microsistemas de DARPA (Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa de Estados Unidos), dejó atónitos a los asistentes a una conferencia tecnológica en Palo Alto cuando anunció: «No espero ver otro incremento de 3.500x en electrónica; quizá 50x en los próximos treinta años. […] Haremos un

montón de ajustes graduales, pero no se puede reparar la pérdida de un exponencial».[98]

Una vez adictos al crecimiento exponencial, resulta difícil que un emprendedor, una empresa o toda una economía se ralenticen. Las «tablas de capitalización» de todo el mundo parten del supuesto de una expansión continua a un ritmo cada vez mayor. Así funciona la economía basada en la deuda. El colapso de Lehman Brothers en 2008 nos mostró lo que ocurre cuando se rompe el esquema piramidal. Pero no hay que preocuparse. Aunque su capacidad para aumentar la velocidad bruta de sus máquinas puede haber alcanzado ciertos límites, el entorno digital les ofrece otra forma de pasar de la creatio ex nihilo al deus ex machina. Simplemente «devienen meta».

[77] Riane Eisler, The Chalice and the Blade: Our History, Our Future, Nueva York: HarperCollins, 1987, p. 86 [trad. cast.: El cáliz y la espada, Madrid:Capitán Swing, 2021].

[78] Puede verse una descripción de cómo funcionaban estos sistemas monetarios en Douglas Rushkoff, Life Inc.: How Corporatism Conquered the World, and How We Can Take It Back, Nueva York: Random House, 2009.

[79] Bernard Lietaer y Stephen M. Belgin, «Of Human Wealth: Beyond Greed and Scarcity», manuscrito inédito, 2004.

[80] John Locke, The Second Treatise on Civil Government and A Letter Concerning Toleration, Oxford: B. Blackwell, 1948 [trad. cast.: Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil, Madrid: Alianza, 2014].

[81] Desde 1975, según un estudio de la Corporación RAND, el 1 por ciento más rico de los estadounidenses se han embolsado cincuenta billones de dólares en detrimento del resto; véase Carter C. Price y Kathryn A. Edwards, «Trends in Income From 1975 to 2018», RAND Corporation, 2020, www.rand.org/pubs/working_papers/WRA516-1.html [tinyurl.com/5ykuhbfw].

[82] Jon Evans, «GrubHub/Seamless's Pandemic Initiatives Are Predatory and Exploitative, and It's Time to Stop Using Them», TechCrunch, 5 de abril de 2020, https://techcrunch.com/2020/04/05/its-time-to-stop-using-grubhub-seamless-forever [tinyurl.com/mr2pes74].

[83] Lachlan Carey y Amn Nasir, «Something for Nothing? How Growing Rent-Seeking Is at the Heart of America's Economic Troubles», Journal of Public and International Affairs, https://

jpia.princeton.edu/news/something-nothing-how-growing-rent-seeking-heart-americas-economic-troubles[tinyurl.com/mtds2784].

[84] Jennifer Szalai, «Steven Pinker Wants You to Know Humanity Is Doing Fine. Just Don't Ask About Individual Humans», New York Times, 28 de febrero de 2018, www.nytimes.com/2018/02/28/books/review-enlightenment-now-steven-pinker.html [tinyurl.com/46dtvu7v].

[85] David Graeber y David Wengrow, The Dawn of Everything: A New History of Humanity, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2021 [trad. cast.: El amanecer de todo. Una nueva historia de la humanidad, Barcelona: Ariel, 2022].

[86] Jeremy Lent, «Steven Pinker's Ideas Are Fatally Flawed. These Eight Graphs Show Why», openDemocracy, 21 de mayo de 2018, www.opendemocracy.net/en/transformation/steven-pinker-s-ideas-are-fatally-flawed-these-eight-graphs-show-why [tinyurl.com/wneeedet].

[87] Steven Pinker, Enlightenment Now: The Case for Reason, Science,Humanism, and Progress, Nueva York: Penguin, 2018, p. 109 [trad. cast.: En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso, Barcelona: Paidós, 2018].

[88] «Dr. Jordan Peterson Makes the Case for Capitalism», YouTube,

[89] Alfie Kohn, Punished by Rewards: The Trouble with Gold Stars, Incentive Plans, A's, Praise, and Other Bribes, Nueva York: Houghton Mifflin, 1993; Kenneth Thomas, «The Four Intrinsic Rewards That Drive Employee Engagement», Ivey Business Journal, 4 de diciembre de 2017, https://iveybusinessjournal.com/publication/the-four-intrinsic-rewards-that-drive-employee-engagement [tinyurl.com/483r2w3u].

[90] Pinker, En defensa de la Ilustración.

[91] Allison Morrow, «Jeff Bezos' Superyacht Is So Big It Needs Its Own Yacht», CNN, 10 de mayo de 2021, www.cnn.com/2021/05/10/business/jeff-bezos-yacht/index.html [tinyurl.com/2nc87ne2].

[92] Papa Francisco, Fratelli tutti, § 13, www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html [tinyurl.com/ynwbn3p9].

[93] Sue Prideaux, «Far Right, Misogynist, Humourless? Why Nietzsche Is Misunderstood», The Guardian, 6 de octubre de 2018, www.theguardian.com/books/2018/oct/06/exploding-nietzsche-myths-need-dynamiting [tinyurl.com/3d6arw5u].

[94] Alex Ross, «Nietzsche's Eternal Return», The New Yorker, 4 de octubre de 2019, www.newyorker.com/magazine/2019/10/14/nietzsches-eternal-return [tinyurl.com/4dv4fdbb].

[95] Ibid.

[96] Steven Levy, «Google's Larry Page on Why Moon Shots Matter», Wired,17 de enero de 2013, www.wired.com/2013/01/ff-qa-larry-page [tinyurl.com/y7hdv49c].

[97] Evan Osnos, «Can Mark Zuckerberg Fix Facebook before It Breaks Democracy?», The New Yorker, 10 de septiembre de 2018, www.newyorker.com/magazine/2018/09/17/can-mark-zuckerberg-fix-facebook-before-it-breaks-democracy [tinyurl.com/3epkzuh3].

[98] Rick Merritt, «Is Moore's Law Dead? Now What?», EE Times, 27 de

agosto de 2013, www.eetimes.com/moores-law-dead-by-2022-expert-says

07 Exponencial

Cuando no puedas avanzar más, devén meta [99]

Un día me atracaron delante del bloque de pisos donde vivo cuando fui a bajar la basura. Publiqué una nota al respecto en la lista Park Slope Parents, una comunidad virtual dedicada a la salud y el bienestar de las familias locales. Las primeras respuestas fueron de personas enfadadas porque yo había divulgado la ubicación del cruce cerca del cual se había producido el delito. ¿Acaso no me daba cuenta de que ese tipo de publicidad podía afectar negativamente al valor de nuestras propiedades?

No, no es que quisieran vender las suyas. Pero el periodo inicial de sus hipotecas en el que solo pagaban intereses (habitualmente de cinco años) estaba a punto de expirar. Para poder refinanciarlas con mejores tipos y mayor capital, necesitaban que el valor de la vivienda subiera y temían que una noticia perturbadora tan nimia como la de «un escritor asaltado en Brooklyn» pudiera dar al traste con el plan inmobiliario del que dependían sus finanzas. De ahí que les importara

más algo abstracto como el valor de mercado de sus viviendas que la calidad de vida real de su barrio.

Esta especie de juego de triles que la gente utilizaba para vivir en las casas de piedra rojiza del barrio residencial de Park Slope, que de otro modo le resultarían inasequibles, ese juego a la vez frágil, extremadamente especulativo y absolutamente dependiente del crecimiento, constituía en sí mismo la base de toda una serie de apuestas, y abstracciones sobre dichas apuestas, de mucha mayor envergadura. Todos esos préstamos engañosos formaban parte del llamado mercado hipotecario subprime, que a su vez servía de garantía para toda una serie de préstamos de otro tipo, y así sucesivamente. Todos esos préstamos y préstamos sobre préstamos se empaquetaban en «cestas» que luego se vendían a inversores. Las acciones integradas en dichas cestas, a su vez, podían ser objeto de especulación a través de otros derivados, sobre los que también era posible apostar a favor —o en contra— mediante permutas de cobertura por impago.

El sistema podría haber seguido funcionando indefinidamente con tal de que los precios de la vivienda siguieran aumentando a un ritmo cada vez más rápido, sustentando así a todos los instrumentos financieros que dependían de ellos. Pero el inevitable desplome se produjo apenas unos meses después de que me atracaran. Los expertos discrepan en cuanto a por qué exactamente se desencadenó la crisis: o fue porque el ritmo de aumento de los precios de la vivienda empezó a ralentizarse, o porque subieron los tipos de interés, o por ambas cosas. Sea como fuere, el caso es que la gente empezó a tener mayores dificultades para refinanciar sus propiedades a un valor más alto. En su lugar, cuando expiraba el periodo inicial de sus préstamos hipotecarios en el que solo pagaban intereses, los propietarios empezaron a incumplir los pagos de sus cuotas. Entonces todo el castillo de naipes se vino abajo, llevando a la bancarrota a casi todo el mundo excepto a algunas empresas financieras como Goldman Sachs, que habían estado apostando contra los mismos productos hipotecarios que vendían a los inversores.[100]

Lo que verdaderamente estaba ocurriendo era que el mundo real de las casas y las propiedades era incapaz de soportar tanta financiarización. En su carrera por crecer indefinidamente de forma exponencial, los mercados habían «devenido meta» más de la cuenta. No importa cuántos significantes digitales empleemos para representar su valor: el mundo real simplemente no escala de manera indefinida.

Fue un proceso similar de «devenir meta» el que alimentó el

colonialismo europeo. Bajo la supervisión de los monarcas y sus navegantes, las nuevas tierras descubiertas pasaron a representarse en forma de mapas. Dichos mapas podían rotularse, transformando así las regiones terrestres en territorios. Los lugares se convirtieron en propiedades; los pastos, en parcelas; la tierra, en un activo que se podía comprar, vender y arrendar. Al mismo tiempo, en Europa, la tierra pasaba también del control feudal al del mercado. La aristocracia utilizaba sus tierras como una forma de capital para comerciar, mientras la nueva clase de comerciantes ricos compraba tierras para obtener prestigio social.

Y lo que es más importante: la tierra pasó de ser un ecosistema vivo planetario a convertirse en una unidad de intercambio de naturaleza más abstracta. Se puede concebir un título de propiedad como una especie de «pariente en segundo grado» de la tierra a la que hace referencia. En ese sentido, diríamos que deviene meta, y una vez las cosas devienen meta, tienden a seguir así. La tierra se convierte en propiedades; las propiedades, en hipotecas; las hipotecas, en derivados, y así sucesivamente. Las propiedades abstractas pueden comprarse y venderse desde el otro extremo del mundo, tal como ocurre, por ejemplo, con esos apartamentos vacíos de megalujo que hay en Manhattan propiedad de especuladores y fondos soberanos. También pueden ser certificados de acciones.

En cada nuevo nivel de abstracción aparece una nueva población de propietarios, banqueros o especuladores para reivindicar su derecho, cada vez más apalancado, sobre cualquier activo básico en el que se fundamente.

Devenir meta es una actitud muy «americana», además de una premisa esencial de la Mentalidad. El propietario deviene meta con el inquilino, mientras que el banco hace lo propio con el propietario hipotecado. Cada nueva capa de abstracción —en este caso, de financiarización— permite un crecimiento que no podría lograrse de otro modo. En una economía definida primordialmente por una moneda central que devenga intereses, el crecimiento no es solo bueno, sino necesario. Cuando el crecimiento en un determinado nivel ha alcanzado sus límites, devenir meta permite a unos pocos afortunados escalar al siguiente nivel de abstracción.

Esta pirámide financiera se basa en un espíritu de autonomía individual, incluso para el pringado que está debajo de todo. Si nos centramos en la historia de Estados Unidos, diversos presidentes, empezando por Franklin D. Roosevelt, han promovido políticas y favorecido la propaganda en torno a la propiedad de la vivienda como

fundamento para alcanzar el sueño americano. Ello se ha reflejado incluso en la lengua inglesa, donde la palabra home ha pasado a referirse primordialmente al «hogar», a la vivienda que uno posee, más que a la ciudad o el barrio de donde proviene, como sucedía antes. Todo esto ha sido consecuencia de un esfuerzo consciente de programación social. Preocupado por la afluencia de veteranos de la Segunda Guerra Mundial traumatizados y potencialmente problemáticos, Roosevelt esperaba que la propiedad de la vivienda y las obligaciones hipotecarias ayudaran a mantenerlos bajo control.

Como le explicaba William Levitt, promotor de la que sería la primera periferia residencial planificada estadounidense (Levittown), «Ningún hombre que sea propietario de su casa y su terreno puede ser comunista. Tiene demasiadas cosas que hacer».[101] En esta misma línea, la Administración Federal de la Vivienda facilitaba mejores tipos de interés hipotecario para las viviendas unifamiliares que para las compartidas, para la adquisición de nuevas propiedades en detrimento de la renovación de las existentes y, por supuesto, para las comunidades segregadas en detrimento de aquellas en las que no había una clara discriminación racial.[102]

Esta base de propietarios de viviendas sirvió de fundamento al consumismo de la sociedad estadounidense, que a su vez proporcionó el motor que impulsaría los sucesivos niveles de abstracción financiera. Los gigantes de la industria de Estados Unidos —empresas que iban desde General Mills hasta General Foods, pasando por General Motors— cosecharon enormes beneficios suministrando a los propietarios todo lo que necesitaban para llenar sus estómagos y sus hogares.

A los accionistas situados en el siguiente nivel de abstracción por encima de dichas empresas todavía les fueron mejor las cosas; y a los inversores que compraron derivados sobre aquellas acciones les fueron mejor aún.

En la década de 1980, el director general de General Electric, Jack Welch, supo identificar la pauta subyacente y lo que esta implicaba: había que llegar lo más lejos posible en la abstracción financiera. Como cualquier empresa que vende artículos de gran valor, GE contaba con una división de servicios de capital para ayudar a financiar las compras de sus productos, concebida originariamente como una forma de facilitar el pago a sus clientes. Sin embargo, Welch se dio cuenta de que ganaba menos vendiendo lavadoras a la gente que prestándole el dinero necesario para comprarlas. Cuando fabricaba lavadoras, sus beneficios se veían limitados por las fricciones

propias del mundo real, como el coste de los materiales, la mano de obra y el transporte; en cambio, cuando vendía préstamos, podía ganar dinero como por arte de magia: en este caso manejaba únicamente cifras, que podían escalarse sin experimentar fricción alguna. De modo que Welch se embarcó en la aventura de vender los activos productivos de GE y volcarse íntegramente en las finanzas. La revista especializada Harvard Business Review ensalzó las virtudes de su nueva estrategia; esta empezó a estudiarse en las escuelas de negocios y a ser imitada por otras empresas, que, en su intento de parecerse más a los bancos, acabaron por devorarse a sí mismas, liquidando cualesquiera divisiones esenciales que realmente crearan valor.

Pero ni GE ni ninguna de aquellas empresas tenían una experiencia real en el sector de los servicios financieros, de manera que cuando la crisis financiera de 2007 cerró el grifo del dinero fácil, quedaron en una situación mucho más precaria que los auténticos bancos. Jack Welch no tardó en comprender que ya no había vuelta atrás y abandonó el barco. Tras despedir a decenas de miles de empleados de fabricación e ingeniería, se retiró de General Electric con una jubilación dorada y fueron sus sucesores quienes tuvieron que reconstruir las deterioradas divisiones industrial, de consumo y aeroespacial. GE acabó vendiendo la mayor parte de sus servicios financieros y finalmente escindió su división de tarjetas de crédito, Synchrony, en 2014.[103]

Pero el principal reto de General Electric —que Welch no supo abordar de la forma apropiada— era que el mundo real, el de las casas, los aviones y la actividad industrial, no podía escalar de la forma que requería el capital y exigían los inversores. Tarde o temprano, la actividad fabril choca con los límites infranqueables del trabajo humano y de la propia materia física.

El ámbito digital parecía resolver este peculiar problema de la era industrial trascendiendo las leyes de la física. En su libro Ser digital (publicado en 1995), Nicholas Negroponte, el fundador del Laboratorio de Medios del MIT, anunciaba al mundo en general —y a los empresarios en particular— que los «bits» habían venido a rescatarnos de la tiranía de los átomos. El industrialismo se veía limitado por el hecho de que «el comercio mundial ha consistido tradicionalmente en el intercambio de átomos». Sin embargo, ahora que estábamos entrando en una era digital, ya no regían los límites del mundo físico.

«Un bit no tiene color, tamaño ni peso —explicaba— y puede viajar a

la velocidad de la luz».[104]

Técnicamente hablando, nada de esto es cierto. Para que un bit sea un bit tiene que estar grabado en algún sitio: en un disco, en un papel, en una unidad de memoria RAM, en una sinapsis… Por lo tanto, existe en el mundo real y está restringido por los límites de la realidad física. Pregúntele a cualquiera que se dedique a las transacciones bursátiles de alta frecuencia y le dirá que la distancia entre el servidor y las mesas de negociación marca absolutamente la diferencia en cuanto a los electrones de quién llegan primero y cuál es la empresa que consigue ejecutar sus órdenes al mejor precio.

Sin embargo, la idea interesante aquí es que los bits son relativamente abundantes en comparación con la materia. Del mismo modo que la palabra gato resulta infinitamente más reproducible que un gato real, las representaciones digitales se reducen a sistemas de símbolos —unos y ceros abstractos— que son copias idénticas unos de otros e infinitamente reproducibles. Esta escalabilidad de los datos vino a renovar la aspiración de un mercado en infinita expansión. La revolución digital tendría lugar en un plano abstracto por encima y más allá del limitado mundo de las personas, los lugares y las cosas, permitiendo a las empresas crecer simplemente deviniendo meta. Fue entonces cuando la revista Wired publicó un artículo de portada, titulado «El largo auge», donde argumentaba que, gracias al potencial de escalabilidad infinita, ahora la economía global iba a crecer indefinidamente de forma exponencial. Hasta el presidente de la Reserva Federal estadounidense, Alan Greenspan, se subió al carro, admitiendo que ya no regían las reglas normales de la economía y que nos hallábamos en un «nuevo paradigma», un salto dimensional en el comportamiento del propio capital. El dinero solo constituía otra forma de datos, y los datos, otra forma de dinero.[105]

Es cierto que AOL y las demás víctimas de la crisis de las puntocom parecían desmentir la nueva tesis. Pero en realidad aquellos comercios y servicios en línea no eran más que la versión 1.0 de la economía digital. Todos ellos dependían de clientes humanos con intervalos de atención, y de equipamientos físicos que costaban dinero. AOL no era en verdad una empresa digital: era un proveedor de acceso telefónico a internet, que requería un módem y una línea telefónica independientes para cada usuario que quisiera conectarse. Puede que se accediera a empresas puntocom a través de sitios web, pero estas seguían vendiendo productos que tenían que entregarse en aviones y camiones reales. El mero hecho de que una firma desarrollara su actividad en internet no la convertía en auténticamente digital.

Las empresas que sobrevivieron al auge de las puntocom tenían todas ellas algo en común: habían devenido meta. Tim O'Reilly, editor de libros de tecnología, denominó a esta nueva realidad la web 2.0. Para él, las empresas de la web 2.0, como Google e eBay, trataban la red como una plataforma y aprovechaban la actividad de los usuarios en lugar de gastar dinero en su propio personal y su propia mercancía. A diferencia de Yahoo, Google no contrataba a empleados humanos para crear taxonomías de la web: utilizaba algoritmos para catalogar todos los hipervínculos existentes, que luego organizaba en una base de datos direccionable. De manera similar, a diferencia de los numerosos escaparates que se abrían en la red, eBay desarrolló una plataforma automatizada que interconectaba a vendedores y compradores. Las empresas y proyectos de la web 2.0, desde Wikipedia o Blogger hasta Sourceforge o iTunes, se basaban en la producción colaborativa. Eran en sí mismas metaoperaciones que sencillamente aunaban a todos los que creaban valor en el nivel inferior.

Lo que hacía a un negocio auténticamente digital era su capacidad de alzarse un nivel por encima de la competencia. Cada nuevo nivel suponía un salto exponencial, de x a x^2, a x^3, y así sucesivamente. Por ejemplo, una plataforma de viajes (como Expedia o Travelocity) deviene meta en relación con las aerolíneas, en cuanto recopila los datos de todos sus sitios web para mostrarnos los mejores precios que puede encontrar. Un nivel más arriba aún, un recopilador de recopiladores (como Kayak u Orbitz) puede mostrarnos qué agregador funciona mejor. No te centres en el contenido —insisten los expertos como O'Reilly—, sino en la plataforma en la que todo el mundo publica el contenido. Y si ya hay un montón de plataformas, conviértete en la plataforma de las plataformas. «El medio es el mensaje» devino el mantra empresarial de la Mentalidad, al tiempo que el propio Marshall McLuhan se ganaba un lugar póstumo en la cabecera de Wired como «santo patrón» de la revista.

Según Peter Thiel, cualquier nueva idea empresarial tiene que ser diez veces mejor de lo que ya existe; literalmente, un orden de magnitud mejor. Tomando prestada una frase de su antiguo profesor de Filosofía en Stanford, René Girard, Thiel cree que «la competencia es para los perdedores».[106] Todos los seres humanos se dedican al sencillo juego de copiarse unos a otros, lo que Girard denomina «mímesis». Mientras que para los niños esta es una magnífica forma de aprender de sus padres, entre los adultos genera una cultura de la competencia en la que todos codician lo que tienen sus vecinos. Y siguen haciéndolo hasta que la competencia se vuelve tan extrema, o hasta violenta, que la gente termina escogiendo un chivo expiatorio (judíos, inmigrantes, homosexuales o incluso un individuo concreto) al que

culpar de su conflicto. Entonces la violencia alivia la tensión y la competencia se inicia de nuevo (Girard y Thiel creen que Jesucristo había de poner fin a ese ciclo de violencia sirviendo de último y definitivo chivo expiatorio; la crucifixión y resurrección del hijo de Dios podría liberar a la humanidad del ciclo de violencia, pero solo si se pudiera alentar a la gente a creer en el mito como una verdad literal).

Lo que esto implica para las empresas, no obstante, es que deberían evitar competir con todas las demás y, en su lugar, pasar a innovar en el siguiente nivel.

Ese objetivo se alcanza manteniendo la «fidelidad a un evento», una singular devoción a un futuro que otros todavía no ven.[107] Thiel observaba un claro ejemplo de ello en el Facebook de Mark Zuckerberg: en lugar de competir por construir el mejor sitio web o el mejor portal, Zuckerberg subió de nivel para construir una plataforma que les permitiera hacerlo a las personas y empresas.

En lugar de imitar, trascendió las reglas del juego. Dio el salto exponencial para situarse un orden de magnitud por encima de los simples mortales y entrar en el reino del éxito, la autonomía, la autodeterminación y la salvación. Curiosamente, ahora que el modelo de negocio de Facebook se está sometiendo a examen, Zuckerberg vuelve a la carga y deviene meta en la red rebautizando justamente como Meta su propia empresa. Con ella intenta, anticipándose al futuro, agrupar tecnologías de realidad virtual y aumentada aún por inventar en un único

«metaverso» sobre el que presidirá desde un nivel superior.

Ese estilo posmoderno de guerra empresarial en el que las empresas tratan de saltarse los paradigmas unas de otras también se libra en los mercados financieros que las capitalizan. Los inversores se enzarzan en una carrera para inventar nuevos derivados y metaderivados capaces de subsumir o agrupar los anteriores.

Pero el auténtico salto se produjo cuando los operadores bursátiles se reemplazaron a sí mismos por algoritmos capaces de recopilar datos de todas las plataformas de transacción y ejecutar operaciones de alta frecuencia a un ritmo y volumen muy por encima de la capacidad cognitiva de cientos de seres humanos.

Esos mercados de derivados superaron rápidamente la actividad de transacción tradicional del mercado de valores. La negociación de

derivados llegó a ser tan predominante que en 2013 la Bolsa de Nueva York fue adquirida de hecho por su bolsa de derivados. El mercado de valores —que en sí mismo ya era una abstracción del mercado físico— fue engullido por su propia abstracción.

Mientras tanto, cada vez más tecnólogos intentan subir incesantemente de nivel vendiendo los algoritmos de transacción, el aprendizaje automático para diseñar dichos algoritmos o las plataformas que sustentan dicho aprendizaje. Cada nuevo nivel de abstracción engendra el siguiente.

Sin embargo, todos ellos dependen del argumento inicial de la revolución digital de que todo lo que importa puede digitalizarse. Al igual que los mapas abstrajeron la tierra convirtiéndola en parcelas monetizables, los ordenadores transforman las cosas en sus equivalentes digitales, convirtiéndolas en alimento para la maquinaria exponencial y sustentando la necesidad subyacente al capitalismo de que el dinero crezca. No hay ningún ejemplo más claro de ello que el sustituto digital de la moneda central: las criptomonedas.

Inicialmente concebido de la mano del movimiento Ocupa Wall Street, el protocolo bitcoin ofrecía una forma de que la gente pudiera autentificar sus transacciones sin que hubiera bancos, tasas ni intermediarios usureros de por medio. Pero, al igual que los monarcas que había tras la moneda central, a los especuladores no les interesaba tanto facilitar las transacciones como beneficiarse de ellas y aumentar el precio de la criptomoneda Bitcoin.

Actualmente hay millones de ordenadores en todo el mundo sin otro propósito que demostrar el valor del Bitcoin propulsando sus ciclos y gastando electricidad en cálculos inútiles; concretamente, un volumen equiparable a algo más del consumo total de energía de Suecia.[108] Estamos literalmente quemando el mundo real para demostrar el valor de los símbolos digitales, utilizando la realidad para alimentar a su equivalente digital más escalable.

Para los portadores de la Mentalidad, toda esta energía desperdiciada es como la primera fase del cohete que los lleva al siguiente nivel. Gasta un montón de combustible antes de desecharlo y dejar que se estrelle en la superficie del planeta mientras los astronautas prosiguen su viaje. No mires atrás, solo adelante. Evidentemente, las que de verdad ganarán dinero serán las empresas capaces de devenir meta dentro de esta tendencia. Mientras los criptoinversores apuestan a través de la inversión o sacan a duras penas pequeños márgenes minando ellos mismos las monedas, los jugadores más inteligentes

aspiran a convertirse personalmente en el propio casino y crear las bolsas donde tienen lugar todas esas transacciones. En abril de 2021, Coinbase fue la primera de dichas bolsas en cotizar en el mercado bursátil, con una oferta pública inicial valorada en unos 100.000 millones de dólares. Como si fueran conscientes de que alguien había devenido meta en sus dominios, los criptooperadores institucionales empezaron a canjear sus activos esa misma semana, lo que provocó una caída de las criptomonedas.

Cuando la mejor forma de crear valor es devenir meta, los puntos de entrada de datos sobre nuestro mundo tienden a ser más importantes que lo que alberga el propio mundo en sí. Los futuros del vientre de cerdo son más fungibles y escalables que el propio vientre de cerdo. Los datos son más limpios, ligeros y rápidos que sus análogos del mundo real. Mejor convertirlo todo a digital. Cada uno de nosotros nos estamos haciendo más valiosos como conjuntos de datos que como consumidores de carne y hueso, o incluso como seres humanos. Esto conduce a una desconexión entre beneficios e incentivos. Las empresas que están detrás de nuestros monitores de actividad y aplicaciones para hacer ejercicio a menudo ganan más dinero con nuestros datos —generalmente anónimos— que con la propia actividad de hacer nuestra vida más saludable.

[109] Las redes sociales pueden obtener enormes beneficios del perfil de datos de una adolescente, aunque las propias plataformas hagan que la joven sea más propensa a autolesionarse o algo peor. A la nube eso le da igual: la muchacha adolescente ha dejado de serlo; se ha convertido en un conjunto de datos puros y abstractos. Es el paraíso digital para quienes saben ascender y algo radicalmente distinto para quienes nos quedamos atrás.

De hecho, los más devotos portadores de la Mentalidad aspiran a devenir meta consigo mismos, a convertirse en una forma digital y migrar a ese reino como robots, inteligencias artificiales o clones mentales. Una vez allí, viviendo en el mapa digital en lugar del territorio físico, se aislarán de lo que no les gusta por simple omisión. Del mismo modo que nuestros sistemas comerciales de cartografía GPS no nos muestran los restaurantes que se niegan a pagar para anunciarse en la plataforma, el paisaje digital al que habrán migrado estará libre de pobreza, contaminación y cualquier otra cosa desagradable con la que tengamos que lidiar el resto de nosotros.

Como siempre, el relato termina en alguna forma de escape para quienes son lo bastante ricos, inteligentes o singularmente decididos para dar el salto. Los simples mortales, mejor que ni siquiera lo

intentemos. Tuve una acalorada discusión sobre este tema con el transhumanista Ray Kurzweil. En una entrevista para un programa de televisión, Ray y yo acabábamos de compartir nuestras visiones más optimistas acerca del modo como la tecnología iba a redefinir lo que significa ser humano. Para mí, entrañaría una mejora de la conectividad y quizá una novedosa apreciación de la peculiaridad atecnológica y sagrada de la existencia corpórea.

Para él, comportaría más bien trascender la mera mortalidad y fusionarse con las máquinas en forma de datos puros. Explicó que en cuestión de solo un par de décadas (y ya lleva un par de décadas diciéndolo) los seres humanos alcanzarán la inmortalidad subiendo sus mentes a la nube y descargándolas luego en un nuevo y flamante hardware. Todo aquello de nosotros que pueda convertirse en datos se conservará; lo que no pueda…, bueno, de todos modos tampoco es real.

Hice una apasionada defensa de los aspectos de la experiencia humana que no pueden transferirse a la nube. «¿Qué hay de todas esas cosas que son suaves y esponjosas?», pregunté. Los seres humanos podemos aceptar y mantener una paradoja a lo largo del tiempo. No todo en nosotros puede resolverse en un uno o un cero.

Kurzweil lo llamó «ruido». Me dijo que mi perspectiva era demasiado antropocéntrica. Lo que de verdad mandaba era la información, que había ido evolucionando desde la formación del universo hacia estados superiores de complejidad. En el momento en que los ordenadores puedan sustentar un mayor grado de complejidad que el cerebro humano, la información migrará inevitablemente de nuestros procesadores biológicos a esos procesadores digitales de capacidad superior, como los que presumiblemente está diseñando su equipo en Google, donde actualmente trabaja Ray como tecnólogo sénior.

Después los seres humanos solo seremos importantes en la medida en que se nos necesite para mantener las máquinas. Debemos aprender, pues, a aceptar nuestra propia obsolescencia. Si queremos formar parte del futuro en cualquiera de sus formas, tenemos que impulsarnos con una excepcional visión hacia la propia «singularidad» y ofrecer todo aquello de nosotros que pueda convertirse en datos puros.

La visión de Kurzweil se fundamenta en una concepción de la vida, la mente y la información como elementos «independientes de la plataforma». Los datos que contenemos —el software que ejecutamos — pueden encontrarse como en casa en un chip de silicio tanto como en el wetware del cerebro. Como explica el cofundador de Google,

Larry Page, el ADN humano solo ocupa «seiscientos megabytes comprimidos, así que es más pequeño que cualquier sistema operativo moderno. […] De modo que los algoritmos de tu programa probablemente no sean tan complicados».[110] Este modelo de la biología humana es tan reduccionista como la afirmación de Dawkins de que «la vida son solo bytes y bytes y bytes de información digital».[111] Al igual que Francis Bacon y los primeros científicos empíricos negaban cualquier aspecto de la naturaleza que no pudiera cuantificarse, a los actuales reduccionistas digitales les gustaría que negáramos cualquier aspecto de la experiencia humana que no pueda cuantificarse en forma de código. Todo puede representarse con símbolos.

Todo es información pura. Si otrora alguien definió la vida como algo extraño, húmedo y salvaje, la realidad no tiene nada de eso. Es la religión friki llevada al extremo.

Al negarse a reconocer cualquier cosa que no pueda cuantificarse en un uno o un cero, este análisis pasa por alto todo lo que hay entremedio. Parodiando al conocido procesador de audio, describe una realidad «autotuneada», donde cada nota debe promediarse hacia arriba o hacia abajo hasta el valor cuantificado más cercano. Las sutilezas de la interpretación del vocalista —aquello a lo que prestan más atención los verdaderos amantes de la música— se descartan como mero «ruido». De manera similar, el énfasis en la vida como una forma de código también ignora el contexto y la cultura en la que esa vida se desarrolla.

Los científicos con un pensamiento más rico en matices reconocen que el ADN es importante, pero que ni siquiera cuenta la mitad de la historia de cómo se expresa una forma de vida.[112] Antes bien, el ADN es un conjunto de potenciales íntegramente dependientes de la sopa de proteínas en la que se encuentra. La idea de que nuestro cuerpo y nuestra mente no es más que la herramienta para la preservación del ADN resulta tan verosímil como la de que el ADN es solo un mero andamio para que la vida humana y otras formas de vida se expresen.

La reducción de la realidad a información y de los seres humanos a genotipos encaja sospechosamente bien con el imperativo del capitalismo de transformarlo todo dándole una forma apropiada para el mercado. Todo se reduce a datos, todo tiene un precio y todo es escalable. El objeto descrito, codificado, es lo único que importa; todo lo demás se descarta como «ADN basura», como las especies inferiores o la mayoría de los seres humanos. El tecnólogo rico accede a la nube,

mientras las masas se quedan atrás compitiendo entre sí en el reino de la materia.

Como Jesucristo o cualquier otra figura salvada, solo el individuo plenamente codificado puede transustanciarse al siguiente nivel. Así reza la escatología atea de la Mentalidad. En inglés, go meta, una expresión similar a otras de uso frecuente como, por ejemplo, go pro («hazte profesional», «conviértete en profesional»), que en este caso hace referencia a la capacidad de «ir más allá» (meta), de trascender la realidad actual y situarse en un nivel superior. (N. del T.).

[100] Adrian Ash, «Goldman Sachs Escaped Subprime Collapse by Selling Subprime Bonds Short», Daily Reckoning, 19 de octubre de 2007 [actualmente no disponible].

[101] Kenneth T. Jackson, Crabgrass Frontier: The Suburbanization of the United States, Nueva York: Oxford University Press, 1985, p. 231.

[102] C. Lowell Harriss, History and Policies of the Home Owners' Loan Corporation, Nueva York: National Bureau of Economic Research, 1951, pp. 41-

48.

[103] General Electric, «GE Completes the Separation of Synchrony Financial», 17 de noviembre de 2015, www.ge.com/news/reports/ge-completes-the-separation-of-synchrony-financial [tinyurl.com/yttuutp2].

[104] Nicholas Negroponte, Being Digital, Nueva York: Knopf, 1995 [trad. cast.:Ser digital, México: Océano, 1996].

[105] Alen Mattich, «The New "New Paradigm" for Equities», Wall Street Journal, 28 de mayo de 2013, www.wsj.com/articles/BL-MBB-1982 [tinyurl.com/5n8efprd].

[106] Peter Thiel, «Competition Is for Losers», Wall Street Journal, 12 de septiembre de 2014, www.wsj.com/articles/peter-thiel-competition-is-for-losers-1410535536 [tinyurl.com/55suzd3k].

[107] Peter Thiel y Blake Masters, Zero to One: Notes on Startups, or How to Build the Future, Nueva York: Crown Business, 2014 [trad. cast.: De cero a uno. Cómo inventar el futuro, Barcelona: Gestión 2000, 2015]. Thiel toma prestada esta idea del maoísta Alain Badiou.

[108] Los defensores del Bitcoin argumentan que parte de esa energía

procede de fuentes «renovables». Los críticos de las criptomonedas, en cambio, argumentan que esas cifras ni siquiera tienen en cuenta el 50 por ciento adicional de energía que consumen los sistemas de prueba de trabajo rivales.

[109] A. J. Perez, «Use a Fitness App to Track Your Workouts? Your Data May Not Be as Protected as You Think», USA Today, 16 de agosto de 2019,www.usatoday.com/story/sports/2019/08/16/what-info-do-fitness-apps-keep-share/1940916001 [tinyurl.com/4m4zyww3].

[110] Janet Lowe, Google Speaks: Secrets of the World's Greatest Billionaire Entrepreneurs, Sergey Brin and Larry Page, Nueva York: Wiley, 2009, p. 239.

[111] Jeremy Lent, The Web of Meaning: Integrating Science and Traditional

Wisdom to Find Our Place in the Universe, Gabriola (Canadá): New Society,

2021.

[112] Marc H. V. van Regenmortel, «Reductionism and complexity in molecular

biology. Scientists now have the tools to unravel biological and overcome the limitations of reductionism», EMBO Reports, vol. 5, n.º 11 (2004), pp. 1016-1020, https://doi.org/10.1038/sj.embor.7400284 [tinyurl.com/3cxrw3hy].

08

Tecnología persuasiva

Si pudieras apretar un botón…

Es el 6 de enero de 2021. Estoy en plena llamada de Zoom para hablar con algunos desarrolladores tecnológicos sobre una nueva red social que están construyendo. Bueno, no es exactamente una red social, al menos no para ellos.

Es algo mejor, distinto y menos manipulador, que utiliza la tecnología de cadena de bloques para recompensar a la gente en función del contenido que crea, la atención que presta al contenido de otros usuarios y la atención que genera su propia atención o su propio contenido hacia el contenido de otros usuarios (además de una parte de la futura atención que esas recomendaciones suscitan).

En realidad, ellos tampoco lo llaman «contenido», sino que utilizan un término del sánscrito o de la filosofía zen que significa…, bueno, algo así como

«contenido».

Parecen unos tipos bastante agradables (sí, ya sé que siempre digo lo mismo).

Uno de ellos se acaba de graduar en Stanford y los otros dos van a dejar sus trabajos en Twitter y Facebook para poner en marcha esta nueva plataforma descentralizada, mejor y más saludable, una vez

lancen su criptomoneda y tengan suficiente dinero para contratarse a sí mismos.

—¡Mierda! ¡Mirad esto! —exclama de repente el tío de Facebook, librándome así de tener que dar mi opinión sobre su plan de negocio.

Parece que mientras conversaba ha estado haciendo multitarea. Comparte su pantalla con nosotros: imágenes de vídeo de las protestas en el Capitolio transmitidas en directo desde cuatro lugares distintos. En la de arriba a la izquierda se ve a la multitud rompiendo la barricada y blandiendo palos frente a

la policía.

—¡Joder!

—¡Joder! —coincide el tío de Twitter.

Es un momento inquietante y emotivo, pero nuestra conversación se hace extrañamente abstracta, como si se hubiera activado el mecanismo de defensa de la Mentalidad frente a las experiencias traumáticas. El estudiante de Stanford, el que de los tres parece estar más centrado en su objetivo, vincula el suceso a la propuesta de valor de su plataforma.

—Por eso necesitamos sistemas que amplifiquen la señal por encima del ruido

—explica—. Todas esas personas son víctimas de noticias falsas y de redes optimizadas para el sensacionalismo. Imaginad que sintonizamos la red para promover la cooperación y el consenso.

—¿Cómo ha podido este tío juntar todos esos vídeos? —pregunta el tipo de Facebook en referencia a la página que estamos viendo, que agrupa seis transmisiones en vivo distintas—. Alguien debe de haberle avisado de que iba a pasar algo.

—Por supuesto que lo han avisado. Todo eso estaba planeado —añade el tío de Twitter—. Esto es el inicio de una guerra civil.

—O puede que el final —añado yo.

Retrospectivamente, y para ser sincero, no estoy muy seguro de por qué dije eso.

Supongo que pretendía dar a entender que se trataba de la misma

guerra civil que Estados Unidos lleva librando desde los tiempos de Lincoln sin haber llegado a resolver nunca toda una serie de cuestiones fundamentales de raza, soberanía y derecho.

—¡Están locos! —exclama el estudiante, sin duda cavilando sobre una realidad ajena al campus en el que está a punto de volver a entrar—. Los conspiranoicos de QAnon nos van a costar la democracia.

Observamos en silencio uno de los vídeos, que sigue a un grupo de manifestantes que atraviesan el cordón policial y entran en el edificio.

—¿Y si pudieras hacer desaparecer a toda esa gente de QAnon? —pregunta de pronto el tío de Twitter—. ¿Lo harías?

—¿Qué quieres decir con eso de «desaparecer»? —inquiere a su vez el estudiante—. ¿Te refieres a matarlos?

—No. No es eso —explica el de Twitter—. Me refiero a…, bueno, a si pudieras apretar un botón y hacer que esa gente dejara de existir. Como si toda la gente que cree en esas cosas ya no existiera…

—¿Y todas las paradojas lógicas de borrar sus existencias de la línea temporal se resuelven automáticamente también? —añade el de Facebook.

—Sí —responde el de Twitter—. Si pudieras apretar un botón y hacer que no existieran, ¿lo harías? ¿Por el bien de la democracia?

—O mejor aún —propone el de Facebook—. Aprietas un botón y dejan de creerse todos esos disparates. Todo lo demás en ellos puede seguir igual. Solo dejan de creer en disparates.

—Por el bien de la democracia —añado en tono irónico.

—El mundo sería un lugar mejor —reflexiona el estudiante de Stanford.

Imagino que siempre puedes sacar a un ingeniero de Facebook, pero no puedes sacar Facebook del ingeniero.

No hay de qué preocuparse. Esa tecnología no existe. Se trataba solo de un experimento mental concebido al calor de un momento escalofriante. Pero sintetiza perfectamente de qué modo quienes están atrapados en la Mentalidad pretenden cambiar a la gente para hacerla más compatible con una sociedad libre, abierta, feliz, progresista y tecnológicamente potenciada, y además pretenden hacerlo de lejos.

No tienes por qué mirar a nadie cara a cara, confrontarlo directamente o escuchar siquiera lo que de verdad dice. Aprieta un botón y hazlo desaparecer. Desliza el dedo hacia la izquierda.

Este afán de fabricar consenso y ejercer control social desde arriba ha impregnado la praxis de los medios de comunicación y de la tecnología desde hace muchísimo tiempo. Y lo que quizá resulte más sorprendente: no nació en las salas de reuniones de las despiadadas empresas de publicidad de Madison

Avenue, donde más tarde se pondría en práctica, sino de las cavilaciones de uno de los asesores más progresistas de Woodrow Wilson: el analista político, cofundador de la revista The New Republic y padre de las «relaciones públicas», Walter Lippmann.

A Lippmann, que en un tiempo militó en el Partido Socialista de Nueva York, le preocupaba el hecho de que la gente fuera más propensa a creerse «las imágenes que tiene en la cabeza» y reaccionar a ellas que hacerlo en función de lo que de verdad ocurre en el mundo exterior.[113] La prensa y otros medios de comunicación interponen lo que Lippmann denominaba un «seudoentorno» entre nosotros y el entorno en el que realmente vivimos. Ese seudoentorno, a su vez, nos estimula a actuar de formas que de hecho cambian el mundo. Como los personajes de la alegoría platónica de la caverna, respondemos a lo que en la práctica son solo sombras proyectadas en la pared y eso nos hace especialmente vulnerables a peligrosos déspotas y demagogos capaces de crear las imágenes más convincentes.

Mientras que quienes hoy pretenden reformar las plataformas de redes sociales pueden aspirar a mitigar la influencia de los extremistas de la derecha alternativa y los teóricos de la conspiración en nuestras creencias y nuestro comportamiento, a Lippmann y Wilson les preocupaban los nacionalistas de principios del siglo XX que pretendían hacer de Estados Unidos un país aislado y ensimismado. Sus temores estaban justificados: habían vivido el intento fallido de Teddy Roosevelt de engendrar un populismo progresista. De un modo vagamente similar a lo que posteriormente haría Trump, Roosevelt llegó al poder encarnando las quejas de los trabajadores pobres contra las élites corporativas.

Exigió que la prensa se hiciera eco de la corrupción empresarial y la ira de la gente corriente, pero todos esos «trapos sucios» solo sirvieron para asustar a la clase media, que ahora leía cada día en el periódico noticias sobre multitudes enfurecidas. Los progresistas, habitualmente solidarios, se encontraron más preocupados por domeñar a la

muchedumbre que por abordar los problemas subyacentes que provocaban los disturbios.

Lippmann y sus contemporáneos habían pasado a ver a la ciudadanía a través del prisma de una obra inmensamente influyente y aterradora del sociólogo francés Gustave Le Bon, titulada Psicología de las masas. [114] Le Bon sostenía que la multitud subsume a los individuos en una nueva entidad psicológica, capaz de cometer actos terribles. Las turbas eran peligrosas y violentas y constituían una amenaza para el orden social. Si de verdad se descontrolaban, podían elegir a un

demagogo, socavar la democracia, convertir un grupo determinado en chivo expiatorio o venir a por todos. En consecuencia, Lippmann no tenía ningún reparo en orientar a las masas hacia su idea de lo que era mejor para ellas.

Woodrow Wilson se había presentado a las elecciones con un programa nacionalista favorable a la paz, pero cuando llegó a la presidencia creyó que debía conseguir que la ciudadanía respaldara la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial. Lippmann le aconsejó que creara un comité de propaganda en favor de la intervención: de ahí saldría el Comité de Información Pública, o Comité Creel, cuya labor consistiría en introducir nuevas imágenes en la mente de la ciudadanía e influir en lo que Lippmann bautizó como «opinión pública».

La única forma que tenía Lippmann de justificar tal manipulación era recurriendo de nuevo a su supuesto básico de que las personas que vivíamos en el moderno paisaje mediático éramos absolutamente incapaces de saber lo que estaba ocurriendo realmente. Reaccionando impotentes a cualesquiera

«seudoentornos» que los periódicos o emisoras de radio pudieran crear para nosotros, tomábamos decisiones basándonos en imágenes ficticias dibujadas por individuos e instituciones que solo servían a sus propios intereses. Eso podía llevarnos a votar a las personas equivocadas y a respaldar políticas que nos perjudicaban a nosotros y a nuestro país. Para empeorar más las cosas, según Lippmann, enseñar a la gente a pensar por sí misma requería demasiado tiempo, y ni el sistema educativo ni las instituciones periodísticas estaban a la altura de semejante reto.

En lugar de ello, Lippmann creía que el Gobierno debía instaurar una «junta de expertos imparciales» —científicos, estadísticos, médicos, etc.— que pudieran actuar como «proveedores de hechos

independientes». Responderían directamente ante los funcionarios electos, que a su vez podrían desarrollar políticas basadas en la realidad y la razón. Luego esas políticas se venderían a los votantes a través de la mejor forma de «educación» o lo que se daría en llamar «relaciones públicas» (no propaganda; eso era lo que hacían los otros).

Para Lippmann, el funcionamiento apropiado de una democracia dependía de una élite benévola que determinara las mejores líneas de acción para la sociedad y que luego utilizara cualquier táctica mediática a su disposición para «fabricar el consenso» de la ciudadanía.[115]

Una vez puestas en circulación, los menos escrupulosos empezaron a utilizar

esas tácticas no solo en favor de la gobernanza, sino también en beneficio de las empresas. Por ejemplo, cuando el Gobierno legítimamente elegido de Guatemala comenzó a instituir políticas destinadas a amparar a los trabajadores y a los propietarios de tierras frente a la explotación de la United Fruit Company, Edward Bernays, protegido de Lippmann y antiguo miembro del Comité Creel, se inventó el mito de que el nuevo presidente del país era blando con el comunismo y posiblemente colaboraba incluso con la Unión Soviética. Montó escenas para los noticiarios y orquestó otras formas de propaganda a fin de obtener apoyo para respaldar una invasión estadounidense. Funcionó y, so pretexto de liberar a Guatemala, Estados Unidos restauró un régimen oligárquico junto con el trabajo esclavo y el control privado de la agricultura.

Bernays escribió un libro sobre la propaganda —con un título homónimo— en el que explicaba que son los manipuladores de la opinión pública quienes constituyen el auténtico poder invisible en cualquier sociedad. En cualquier caso, las masas son demasiado estúpidas para tomar decisiones por sí mismas, por lo que su accesión al poder en una democracia debe guiarse mediante la propaganda, una ciencia «mecánica, avanzada y necesaria» de control de la población.[116] En su momento, muchos periodistas y políticos se manifestaron en contra de las tácticas y creencias de Bernays. En cambio, él y sus colegas se veían a sí mismos como artífices de un servicio social esencial. La élite estadounidense, incluidos sus integrantes progresistas, temía la capacidad potencial de causar estragos de las multitudes sin control. Todos habían visto lo que podían hacer las masas desquiciadas tanto en la Alemania nazi como en la Unión Soviética estalinista y querían evitar que ese tipo de crisis se repitiera en Estados Unidos, del mismo modo que más tarde Hillary Clinton

expresaría sus temores en torno a la «cesta de deplorables» que podría elegir a un demagogo como presidente o igual que los jóvenes tecnólogos con los que yo hablaba temían a los insurrectos que habían invadido el Capitolio. ¡Si se pudiera apretar un botón y hacer que todo eso desapareciera…![117]

La naciente ciencia de la psicología parecía brindar ese tipo de botones. En un extremo del espectro de la nueva disciplina estaba el tío de Bernays, Sigmund Freud, que postulaba toda una serie de ideas sobre la personalidad, las emociones primarias y el subconsciente. El psicoanálisis partía del supuesto de que dentro de cada uno había un «yo» al que un especialista en propaganda o en mercadotecnia podía hablar directamente a través de símbolos e imágenes.

Bernays recurrió a esos métodos en su tristemente célebre campaña «Antorchas de la libertad», destinada a alentar a fumar a las mujeres, para la que contrató a

modelos a las que hizo participar en el desfile del Domingo de Pascua de Nueva York con el cigarrillo en la boca. Con ello pretendía romper los tabúes sociales que desaconsejaban a las mujeres fumar en público, asociando el tabaco a un acto liberador de su fijación oral y su deseo sexual reprimidos.

En el otro extremo se hallaban los científicos conductuales, como el profesor de Harvard B. F. Skinner, que también creían que la «libertad» que tanto apreciaba la gente en las democracias era totalmente ilusoria. Antes bien, como ratas en un laberinto, los seres humanos se limitan a responder a las recompensas y los castigos impartidos por quienes ejercen el control o por el propio entorno.

Estamos condicionados para comer bayas y huir de los leones del mismo modo que lo estamos para parar en los semáforos en rojo, hacer una genuflexión ante el altar de una iglesia o pedir un Big Mac.

La famosa caja de Skinner, en la que un animal presiona una palanca para obtener alimento, se convirtió en una metáfora de toda clase de formas de

«condicionamiento operante» aplicadas a los seres humanos en entornos tales como casinos, centros comerciales y otros espacios en los que los desencadenantes ambientales y las recompensas pueden controlarse por completo. Se hizo habitual estudiar a los humanos en esos lugares, donde los ingenieros conductuales utilizaban cámaras de vigilancia para rastrear las pautas de movimiento de los consumidores,

evaluar la probabilidad de que se detuvieran a inspeccionar determinadas mercancías y comprobar su respuesta a los cambios en el diseño, el color o la iluminación. Sometiendo a la gente a una

«tecnología del comportamiento», no solo podríamos crear mejores jugadores y consumidores, sino también personas mejores y más proclives a cooperar.[118]

Con el tiempo, diversos antropólogos y sociólogos vinieron a ampliar estos dos enfoques básicos para controlar el comportamiento humano. Gregory Bateson y Margaret Mead probablemente dieron el paso más importante: aplicar el conductismo no solo a individuos, sino a sociedades enteras. Como explicaba el propio Bateson, ahora entendíamos que el individuo no era más que «un servosistema acoplado a su entorno».[119] Mead y él creían que era posible utilizar sus nuevas teorías de «sistemas» para «diseñar» una nueva humanidad:

«¿Cómo podríamos amañar el laberinto o el rompecabezas para que la rata antropomórfica [el ser humano] obtenga una impresión repetida y reforzada de su propio libre albedrío?».[120]

Bateson y Mead creían que un mundo plagado de pantallas podría responder a

ese reto. Llenar de pantallas las tiendas y centros comerciales permitiría a los ingenieros sociales llevar a la gente de una pantalla a otra, asombrándola con nuevas posibilidades y ofreciéndole más opciones. Los consumidores podrían escoger entre docenas de marcas de detergente, cereales y papel higiénico distintos, aunque todos ellos estuvieran fabricados por las mismas dos o tres empresas. Lo importante era la experiencia de elegir y el marcado contraste entre la libertad de las sociedades occidentales y las restricciones de la Unión Soviética.

Una vez más, en su momento esta propuesta no se vio en absoluto como algo nefasto.[121] Antes bien, adelantándose a la espiritualidad de la Nueva Era, Bateson esperaba que un mundo lleno de pantallas, en el que la gente estuviera rodeada de todo tipo de señales y de información, nos permitiría alcanzar un estado de conciencia compartida. Nos liberaríamos de las nociones obsoletas de Dios y todos pasaríamos a formar parte del mismo «sistema cibernético supremo», que él denominaba Mente.

En las décadas de 1950 y 1960, tanto los Gobiernos como los líderes empresariales esperaban que los ordenadores ofrecieran nuevas formas

de calibrar la opinión pública y luego desarrollar estrategias de «comunicación de masas» apropiadas para controlar a todas aquellas personas. Los científicos de datos que trabajaban en empresas como RAND o Simulmatics intentaron en vano predecir y dirigir el comportamiento de los consumidores y votantes.[122]

Solo con la aparición, a mediados de la década de 1990, de los primeros sitios web deliberadamente «pegajosos» —esto es, diseñados para que los usuarios se queden allí y no sigan navegando hacia otros sitios—, la tecnología digital empezó a proporcionar el tipo de entorno controlado y los mecanismos de realimentación en vivo necesarios para poner en práctica un condicionamiento operante masivo.

Los sitios web, los videojuegos y las aplicaciones para móvil funcionan como cajas de Skinner virtuales que permiten a los desarrolladores incorporar rutinas de condicionamiento operante para modificar el comportamiento humano. Como sostengo en mi libro Programa o serás programado, las empresas de software ya no programan ordenadores: nos programan a nosotros, a las personas. Las notificaciones, los «gestos» con el dedo, los «me gusta» y las «subidas de nivel»

se desarrollaron y optimizaron por su capacidad de desencadenar la liberación de dopamina en el momento oportuno y fomentar así comportamientos compulsivos. Los desarrolladores también han aprovechado la parte freudiana de

la caja de herramientas de la psicología, apelando a nuestros instintos tribales con características tales como los «grupos» en Facebook o los «gremios» en World of Warcraft. Las redes sociales explotan nuestro miedo innato «a perderse algo» mostrándonos intencionadamente fotos de nuestros ex divirtiéndose, fiestas a las que no hemos asistido y ascensos laborales de otras personas.

No se trata de una mera coincidencia ni de un subproducto circunstancial del funcionamiento de estas plataformas. Es la ciencia del diseño orientado a cambiar el comportamiento, o lo que el profesor de Stanford B. J. Fogg llama

«captología». El denominado modelo de comportamiento de Fogg (identificado con la marca registrada FBM, por sus siglas en inglés) pretende fomentar ciertas conductas reduciendo los obstáculos, aumentando la motivación e «incitando»

luego al usuario a pasar a la acción en el momento oportuno. El libro

de Fogg sobre el FBM, Persuasive Technology: Using Computers to Change What We Think and Do (Tecnología persuasiva. Cómo utilizar los ordenadores para cambiar lo que pensamos y hacemos), no oculta los resultados de su investigación y se ha convertido en una lectura obligatoria en los departamentos de diseño de interfaz de usuario de la mayoría de las empresas tecnológicas. Los ingenieros especializados en técnicas de «docilidad» han recurrido al FBM para cosas tales como desarrollar algoritmos adictivos como los de las máquinas tragaperras de Las Vegas, crear sugerencias de nuevos contactos en LinkedIn, diseñar el «scroll infinito» de Facebook, reforzar los canales extremistas de Twitter e idear la función «racha» de Snapchat, en la que se premia a los chicos que contactan cada día. Gracias a la minería de datos y al aprendizaje automático, los tecnólogos pueden usar los ordenadores para manejar a la gente.

Se suele demonizar a Fogg por haber jaqueado el comportamiento humano para sistematizar el oscuro arte de la tecnología persuasiva. Yo mismo lo he hecho, presentándolo como una especie de Doctor Maligno atrincherado en el corazón del laboratorio más descaradamente prepotente y antihumano de Stanford, dedicado a dotar a jóvenes tecnólogos desalmados de las herramientas que necesitan para llevar la civilización al abismo. Sin embargo, tras estrenarse un documental de Netflix titulado El dilema de las redes, en el que muchos de los peores delincuentes de la industria tecnológica culpaban a los cursos y al laboratorio de Fogg de inspirar sus innovaciones tecnológicas más manipuladoras, empecé a tener mis dudas al respecto.

Me comuniqué por correo electrónico con el propio Fogg, investigué su trayectoria y, al final, más que pensar en él como un cínico Bernays que

empleaba la estrategia del todo vale contra los humildes humanos, pasé a verlo más bien como un bienintencionado —aunque ingenuo— Walter Lippmann que trataba de ayudar a la gente a vivir un poco mejor. Muchos de los tecnólogos que culpaban a Fogg de haberse pasado ellos mismos al lado oscuro ni siquiera habían estudiado con él o trabajado en su laboratorio. Fogg me dijo que en sus clases siempre hablaba de usar el modelo conductual para ayudar a la gente a alcanzar sus propias metas. Eran los aspirantes a tecnofrikis quienes persistían en aplicar el modelo a la adicción, la vigilancia y el control y quienes ahora lo culpaban de haberles dado las herramientas para hacerlo. Fogg explica que él advertía repetidamente a sus alumnos de que no debían sucumbir a la tentación de emplear estas potentes herramientas para manipular a la gente.

Más recientemente, ante las críticas generalizadas, Fogg se ha esforzado en recalcar que su trabajo solo puede utilizarse para hacer el bien: «El propósito del diseño del comportamiento es capacitarte para crear soluciones que ayuden a la gente de cara a un cambio de conducta positivo» y ayudar «a la gente a tener éxito y a sentirse exitosa haciendo lo que ya quiere hacer».[123] Obviamente, esto plantea las cuestiones de qué se considera un cambio «positivo», quién puede juzgarlo y quién determina qué es lo que un usuario ya quiere hacer. ¿El

«consejo de expertos» de Lippmann? Además, supone aceptar la premisa subyacente de que, programando su comportamiento mediante la tecnología, podemos mejorar a las personas, o, al menos, hacer que tomen mejores decisiones por sí mismas.

Así, tenemos aplicaciones que nos «animan» amablemente a comer mejor, a tomarnos descansos en el trabajo, a hacer ejercicio o incluso a enviar mensajes de texto a nuestros cónyuges para que crean que estamos pensando en ellos. La lógica es que tras un periodo inicial de tales incitaciones, se nos habrá entrenado para realizar esos comportamientos por iniciativa propia. Un grupo de investigadores de la Universidad de Zúrich está desarrollando una aplicación para móvil que ayuda a la gente a cambiar no solo su comportamiento, sino también su personalidad. Los chatbots de la aplicación interactúan con los usuarios a diario para potenciar rasgos positivos como la franqueza, la diligencia, la sociabilidad y la consideración.[124]

De manera similar, se está utilizando la ludificación —la aplicación de la dinámica de los juegos al trabajo y a otras actividades humanas— en una amplia variedad de lugares insólitos a fin de potenciar cualquier posible indicador que se pretenda. Amazon incentiva la productividad con un juego llamado

MissionRacer, en el que los empleados de sus almacenes hacen avanzar sus coches virtuales por una pista clasificando y empaquetando cajas correctamente.

[125] Muchas organizaciones están estudiando el uso de la ludificación para promover un comportamiento respetuoso con el medio ambiente,[126] pero —

como señala el crítico de la tecnología Evgeny Morozov— tales esfuerzos hacen que la gente adopte ciertos comportamientos sin entender por qué o qué importancia tienen.[127]

Incluso muchos de quienes se han esforzado en disminuir el impacto negativo de las tecnologías manipuladoras en las personas y en la sociedad proponen soluciones plenamente influenciadas por la Mentalidad. En cierto nivel, se trata simplemente de utilizar la tecnología para mitigar los efectos de la propia tecnología. Si, por ejemplo, somos adictos a mirar el móvil, instalamos una aplicación que nos incite a levantar la vista. Si las redes sociales o la radiación 5G nos producen ansiedad, nos ponemos unos electrodos en el cráneo y recalibramos nuestro cerebro con «estimulación transcraneal por corriente directa». Lo que daña una tecnología, otra lo repara.

Nir Eyal, un experto en «psicología del consumo aplicada», juega a dos bandas en este terreno. Su primer libro superventas, Hooked: How to Build Habit-Forming Products (Enganchado. Cómo crear productos que generen hábitos), adaptaba el FBM de Fogg a un marco aún más sencillo y apropiado a las necesidades del marketing que el autor denomina «modelo Hook» (literalmente,

«gancho»).[128] Se trata básicamente de hábitos, factores desencadenantes y recompensas variables, todo ello integrado en el funcionamiento de una aplicación o tecnología. Su idea básica era ampliar las técnicas de Fogg para crear un bucle de realimentación o «ciclo de enganche», de modo que cuanto más utilice la gente un producto o programa, más adicta se vuelva a él.

Cuatro años más tarde, después de que la elección de Trump desencadenara una reacción generalizada contra las tecnologías adictivas y polarizadoras, Eyal escribió un nuevo libro en sentido opuesto al anterior, Indistractable: How to Control Your Attention and Choose Your Life (Indistraíble. Cómo controlar tu atención y elegir tu vida). En este, nos da pistas acerca de cómo recuperar nuestra atención de las garras de las mismas empresas a las que había enseñado a arrebatárnosla en el volumen anterior. A la manera de un traficante de armas, Eyal vende municiones a los dos bandos, sacando partido de la creciente carrera armamentística que se libra entre las personas y las empresas tecnológicas que pretenden controlarlas. Cuando cuestioné su postura en una conferencia

celebrada en Nueva York, me respondió que tales inquietudes eran

«destructivamente marxistas». En lugar de proteger a la gente de la maquinaria del capitalismo o de las artimañas de los vendedores digitales —explicó—, deberíamos meterla en el juego.

Pero incluso otros aspirantes menos cínicos a reformar la industria

tecnológica solo empezaron a hacerse oír tras la elección de Trump como presidente estadounidense. Fue como si de repente se dieran cuenta de lo que puede ocurrir cuando los algoritmos de manipulación escapan al control humano. Una organización llamada Centro para la Tecnología Humana pretende deshacer el impacto negativo de los algoritmos «potenciando a los humanos» para que puedan lidiar con ellos de forma más eficaz. Financiado por el milmillonario Roger McNamee, fan de Grateful Dead y uno de los primeros inversores de Facebook, junto con un puñado de otros tecnofrikis que ahora se avergüenzan de las plataformas que han construido, encarna un esfuerzo bienintencionado, por más que problemático, puesto que abundan las señales que invitan a recelar de su presunta eficacia, desde la vinculación del centro al Consejo Global de Inteligencia Artificial del Foro Económico Mundial hasta su predisposición a creerse a pie juntillas las afirmaciones de las plataformas de redes sociales acerca del poder que ejerce su tecnología sobre nosotros.[129] Además, muchos de estos nuevos reformistas tecnológicos todavía no han renunciado a sus participaciones en Google, Facebook y otras entidades que dirigen sus esfuerzos a nuestros troncos cerebrales; empresas que, según afirman ahora, constituyen

«una amenaza existencial para la humanidad tan importante como el cambio climático».[130]

Por otra parte, los miembros de este grupo exhiben una penosa falta de crítica estructural a la economía de mercado. La mayoría de ellos aparecen en el documental de Netflix El dilema de las redes, que ha sido ampliamente aclamado por las sorprendentes confesiones de algunos de los integrantes de la industria tecnológica, así como por el ficticio «filme dentro del filme» sobre una familia devastada por su uso de las redes sociales. Naomi Klein me dijo que les había proyectado la película a sus alumnos universitarios en Rutgers. Al ver a los líderes del Centro para la Tecnología Humana opinar sobre los peligros de las plataformas, los estudiantes comentaron: «Están dispuestos a verlo todo excepto el capitalismo».[131]

En su lugar, McNamee y otros culpan a B. J. Fogg por haberles enseñado esas técnicas y afirman que no dejarían que sus propios hijos usaran las aplicaciones

que ellos mismos han diseñado. Pero, pese a sus lágrimas de cocodrilo, lo cierto es que estos millonarios renegados explican muy bien cómo sus plataformas vigilaban a los usuarios y luego aprovechaban la información que recopilaban para convertirlos en versiones extremas de sí mismos.

Obviamente, la mayoría de ellos exponen argumentos extraídos de las obras de autores como Sherry Turkle, Cliff Nass, Howard Rheingold, Andrew Keen, Evgeny Morozov, Astra Taylor, Richard Barbrook, Jerry Mander, Cory Doctorow, Marina Gorbis, danah boyd, Nick Carr, Mark Bauerlein o incluso Raffi. Los críticos de la tecnología llevan décadas escribiendo sobre las consecuencias de la manipulación que ejercen las redes sociales en nuestra psique y en nuestra sociedad. Es genial que los desarrolladores responsables de esas fechorías estén por fin de acuerdo con su evaluación, aunque para ello necesiten sentirse como si hubieran descubierto las desventajas por sí mismos, como si fuera su nueva y flamante propiedad intelectual. Así funciona Silicon Valley.

Sin embargo, el mayor problema de esos pretendidos reformistas incapaces de reconocer sus propias influencias es que con ello se niegan a sí mismos cualquier teoría de cambio o praxis social. Ignoran las lecciones de la historia, incluyendo los heterogéneos legados de Lippmann, Bernays, Bateson y Mead. Están destinados a repetir los mismos y bienintencionados errores.

Y eso es justamente lo que están haciendo. Su enfoque es completamente erróneo. Al igual que Walter Lippmann al cambiar la opinión pública por el bien de la ciudadanía o B. J. Fogg al utilizar la tecnología para hacernos elegir comportamientos más saludables, los presuntos tecnólogos humanitarios siguen queriendo aplicar la tecnología sobre las personas, solo que tendiendo a resultados más beneficiosos. En su jerga, pretenden «mejorar a la humanidad»

antes de que las cosas se descontrolen del todo. Este, más que ninguna otra cosa, es su gran temor. El dilema de las redes revela cómo la tecnología usada de manera inapropiada puede radicalizar a la gente y lanzarla a la calle, con una historia ficticia desarrollada como trasfondo en la que se ve cómo los algoritmos de las redes sociales seducen a un joven llevándolo al extremismo. En el inquietante e irresuelto clímax del filme, el protagonista de este relato ficticio se ve arrastrado por una turba violenta que busca venganza.

Es a esa turba a la que más sensibles son los tecnólogos. La turba que invadió el Capitolio, la que eligió a Trump y la que asaltará sus propios recintos. A los

adinerados tecnólogos que hoy se suben al carro de la tecnología humana probablemente les preocupa menos el impacto de sus plataformas en la gente que el posible impacto de esa misma gente en sus propios privilegios y su propia seguridad, especialmente si descubre lo que ha estado ocurriendo todo este tiempo. Como diría

René Girard, el guía filosófico de Peter Thiel: la turba enfurecida, exaltada por un frenesí mimético, acabará buscando un chivo expiatorio.

¡Si se pudiera apretar un botón para que desapareciera…!

[113] Walter Lippmann, Public Opinion, Nueva York: Harcourt, Brace, 1921

[trad. cast.: La opinión pública, Madrid: Langre, 2017].

[114] Gustave Le Bon, Psychologie des foules, París: Alcan, 1895 [trad. cast.:

Psicología de las masas, Madrid: Morata, 2014].

[115] Lippmann, La opinión pública.

[116] Edward Bernays, Propaganda, Brooklyn (Nueva York): Ig Publishing,

2004 [trad. cast.: Propaganda, Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2013].

[117] Le Bon, Psicología de las masas.

[118] B. F. Skinner, Science and Human Behavior, Nueva York: Macmillan,

1953 [trad. cast.: Ciencia y conducta humana, Cádiz: Universidad de Cádiz,

2022].

[119] Fred Turner, The Democratic Surround: Multimedia and American

Liberalism from World War II to the Psychedelic Sixties, Chicago: University of

Chicago Press, 2013, p. 123.

[120] Gregory Bateson, citado en Mark Stahlman, «The Inner Senses and

Human Engineering», Dianoetikon, 1 (2020), pp. 1-26.

[121] Para conocer la rica historia de los esfuerzos de Bateson y Mead en ese

sentido, véase la magnífica obra ya citada de Fred Turner The Democratic

Surround.

[122] Jill Lepore, If Then: How the Simulmatics Corporation Invented the

Future, Nueva York: Liveright, 2020.

[123] Stanford University, «Behavior Design Lab»,

https://behaviordesign.stanford.edu.

[124] «Smartphone App to Change Your Personality», Bionity.com, 15 de

febrero de 2021, www.bionity.com/en/news/1169863/smartphone-app-to-

change-your-personality.html [tinyurl.com/yc7fuxaf].

[125] Nick Statt, «Amazon Expands Gamification Program That Encourages

Warehouse Employees to Work Harder», Verge, 15 de marzo de 2021,

www.theverge.com/2021/3/15/22331502/amazon-warehouse-gamification-

program-expand-fc-games [tinyurl.com/5h8tbp86].

[126] Markus Brauer y Benjamin D. Douglas, «Gamification to Prevent Climate

Change: A Review of Games and Apps for Sustainability», Current Opinion in

Psychology, 41 (1 de diciembre de 2021), pp. 89-94,

https://doi.org/10.31219/osf.io/3c9zj [tinyurl.com/4bte9xn6].

[127] Evgeny Morozov, To Save Everything, Click Here: The Folly of

Technological Solutionism, Nueva York: PublicAffairs, 2013 [trad. cast.: La

locura del solucionismo tecnológico, Madrid: Katz Editores-Clave Intelectual,

2015].

[128] Nir Eyal, Hooked: How to Build Habit-Forming Products, Nueva York:

Portfolio, 2014.

[129] Andrea Valdez, «This Big Facebook Critic Fears Tech's Business Model»,

Wired, 10 de marzo de 2019, www.wired.com/story/this-big-facebook-critic-

fears-techs-business-model [tinyurl.com/2dcy8tyh].

[130] Jeff Orlowski (dir.), El dilema de las redes, 2020,

www.imdb.com/title/tt11464826 [tinyurl.com/m6yhsdk6].

[131] Douglas Rushkoff, entrevista con Naomi Klein, pódcast Team Human, 4

de agosto de 2021, www.teamhuman.fm/episodes/naomi-klein

[tinyurl.com/3483npf4].

09

Visiones del hombre ardiente

Somos como dioses

Imaginemos que estamos presenciando una charla TED. No importa cuál. De verdad: salvo algunas excepciones, no importa.

Hay un tío en el estrado, en la característica alfombra roja circular que se ha convertido en un rasgo distintivo de estas charlas, diciéndonos que todo lo que sabemos sobre el mundo está equivocado. Él también pensaba igual que nosotros, hasta que experimentó una epifanía que lo puso todo patas arriba. Tuvo una revelación radicalmente contraria a la intuición y comprendió que las cosas no son así en absoluto, sino

asá. Lo negro es blanco y lo blanco es negro. Arriba es abajo y abajo es arriba. O, si su visión es realmente única, la izquierda es la derecha, pero la derecha también es la derecha.

Solo tenemos que ver sus diapositivas, escuchar su historia y dejar que reemplace nuestra experiencia sentida y vivida por su nueva visión general de cómo son las cosas y, lo que es más importante, de cómo podrían ser. Dejémosle que nos haga luz de gas por un bien mayor. Permitamos que nos eleve por encima de la realidad material, solo por un momento, para poder ver el mundo desde ahí arriba, el platónico reino de las «ideas que merecen ser difundidas».

Difundidas… y financiadas. Esa es la idea que lo cambiará todo, para todos y de una vez por todas.

Estas charlas tienen una peculiar estructura, optimizada tanto para obtener un efecto dramático como para atraer financiación de riesgo. Como si empleáramos un discurso propio del programa Negociando con tiburones[132] para promocionar tecnologías relacionadas con los objetivos de sostenibilidad de las

Naciones Unidas, las charlas TED personifican cuál es el enfoque que adopta la Mentalidad para hacer del mundo un lugar mejor.

1. Luchas contra un problema «terrible» de forma convencional.

2. Tomas la píldora roja para ver la realidad de una forma completamente nueva.

3. Vuelves al problema con una solución de ingeniería novedosa.

4. Escalas esa tecnología de forma global y exponencial, salvando al mundo de su propia naturaleza más sombría.

En el que probablemente sea el mayor crimen de la Mentalidad contra el proyecto humano, esas soluciones totalizadoras perpetúan el mito de que solo una élite tecnocrática puede arreglar nuestros problemas. Distraen y disuaden al resto de nosotros de hacer cambios sustanciales en nuestra forma de vida y desvían la limitada financiación disponible a descabelladas pérdidas de tiempo; todo ello a la vez que hacen que los más ricos se enriquezcan aún más.

Resuelven la humanidad, como si los humanos fuéramos el problema.

Como en el nacimiento de la propia internet, el ciclo vital de un tecnosalvador tiende a empezar con una iniciación psicodélica en la

que el héroe se toma la píldora roja. Esto ocurre con frecuencia en el evento conocido como Burning Man (hombre ardiente), que, desde sus humildes orígenes como improvisado ritual de celebración del solsticio de verano donde dos docenas de personas quemaban una estatua de madera, ha pasado a convertirse en un festival que se realiza cada año en el desierto de Nevada y al que asisten más de setenta mil personas. Hoy, en lugar de alojarse en pequeñas tiendas de campaña con sus sacos de dormir, los participantes —sobre todo los más adinerados— llegan en autocaravanas con aire acondicionado y con sus propios sirvientes y cocineros.

Aunque las opiniones difieren en cuanto a si el Burning Man se ha mantenido o no fiel a su espíritu originario, el festival sigue teniendo un carácter predominantemente psicodélico y ha convertido el consumo de ácido, setas alucinógenas e incluso otros enteógenos más potentes en una especie de rito de paso para todo aspirante a ejecutivo tecnológico progresista.

Para los actuales directivos de Silicon Valley, esas iniciaciones psicodélicas tienen un propósito análogo al que tenía el alcohol para los ejecutivos de los medios de comunicación y la publicidad en la Nueva York de mediados del siglo XX. Emborracharse y acosar a las mujeres no constituía solo una faceta de una cultura laboral por lo demás machista, sino un modo de que un ejecutivo demostrara que tampoco tenía escrúpulos a la hora de joder a los consumidores.

De manera similar, hoy el consumo de sustancias psicodélicas es una forma de que los ejecutivos tecnológicos demuestren que están dispuestos a reformatear sus propios discos duros cognitivos y que son lo suficientemente audaces como para aplicar esas ideas al mundo en general. Que están preparados para reprogramar a la humanidad.

La psicodelia y la extravagancia son solo un medio para conseguir un fin. Como explicaba Eric Schmidt, de Google: «De todos es sabido que yo asisto al Burning Man. El futuro lo impulsan las personas con una visión alternativa del mundo.

Nunca sabes dónde vas a encontrar ideas».[133] Este estilo de compromiso y exploración ha adquirido tal envergadura que los ejecutivos de primer nivel han creado su propia versión del Burning Man, solo para ellos, sin las multitudes de artistas, músicos y gente corriente que asisten al evento solo por la experiencia de creatividad colectiva. El festival Further Future de 2016, por ejemplo, adaptó la estética del Burning Man en una costosa alternativa en la que los empresarios podían realizar la misma actividad psicodélica pero en un

entorno de lujo y con el propósito expreso de hacer negocios. Entre los ejecutivos que asistieron al evento de ese año figuraban el propio Schmidt, Stan Chudnovsky, de Facebook, y Bob Pittman, director general de Clear Channel.

El Further Future, anunciado como «una experiencia compartida que trasciende nuestro futuro», parte del supuesto de que esa adinerada élite psicodélica que se desplaza a territorio indio para celebrar su fiesta es la única capaz de resolver los problemas del mundo. Como declaraba al Guardian Robert Scott, uno de los fundadores del evento: «Lo que hacemos aquí es importante. Es algo que repetimos una y otra vez. Estamos dando forma al futuro. Estas no son solo las personas que pueden hacerlo, sino las únicas que pueden» (la cursiva es mía).

[134]

En el otro extremo, otros ejecutivos más aventureros llevan sus jets privados a México o a Perú para participar en las llamadas «ceremonias de ayahuasca» con un chamán indígena o un psicólogo de la Nueva Era (o ambos). Pero hasta las invitaciones a este tipo de eventos —como la que he recibido esta misma

mañana mientras escribía este capítulo— van dirigidas a «líderes» y «personas influyentes», al tiempo que prometen un grupo «minuciosamente seleccionado»

con la esperanza de «generar el mayor aumento a escala de los niveles de conciencia en el menor tiempo posible».

Como esos estudiantes universitarios que se colocan y luego pasan la mayor parte de su estado de conciencia alterada hablando de la calidad de la hierba y de dónde conseguir más, algunos de los empresarios que se exponen a estados psicodélicos de máximo nivel acaban comprometiéndose a difundir ellos mismos las sustancias químicas en beneficio de la psique del mundo y de los rendimientos de sus propios inversores.

No hay nada intrínsecamente malo en que la gente experimente potentes vivencias psicodélicas y luego se dedique a predicar las bondades de esas sustancias químicas al mundo, ni que sea con afán de lucro. Independientemente de sus motivos, están aportando medicinas potencialmente beneficiosas a personas que sufren depresión y adicciones, además de proporcionar nuevas herramientas a quienes exploran la conciencia y la creatividad. Y es ingenuo creer que una experiencia de máxima intensidad con setas alucinógenas va a

cambiar necesariamente la naturaleza básica de un empresario. Como explicaba Timothy Leary, la calidad y el resultado de tu viaje vienen determinados por la mentalidad con la que lo emprendes. Un empresario que toma setas es solo un empresario psicodélico.

Lo que resulta sorprendente, en cambio, y muy habitual entre quienes profesan la Mentalidad, es su insistencia en que una experiencia psicodélica ha cambiado su programación básica. Creen que regresan del Burning Man, o del Amazonas, o incluso de retiros comerciales como el programa Mastermind Ayahuasca para líderes empresariales que ofrece Entrepreneurs Awakening, convertidos en personas distintas, capaces de aportar soluciones únicas y novedosas a la humanidad. Sin embargo, por lo que he visto, a su regreso siguen haciendo lo que hacían, solo que ahora con justificaciones de índole más «cósmica». Puede que cambien los productos y las ideas que promueven, pero los métodos y la dinámica subyacente que utilizan para venderlos y obtener beneficios con ellos siguen siendo los mismos. Lo que ocurre simplemente es que lo que hacen les parece más profundo. La búsqueda del crecimiento exponencial —

originariamente tan solo un axioma empresarial— se convierte en la filosofía existencial que los guía y en la clave para salvar el clima y el espíritu de Gaia.

En el peor de los casos, vuelven exactamente a la misma explotación, dominación y chauvinismo que los caracterizaba, solo que camuflados ahora bajo la retórica del cambio de mentalidad global. Gracias a mis primeros libros sobre los orígenes psicodélicos de la cultura digital, muchos de esos tíos me llaman para pedirme consejo o preguntarme si podría echar un vistazo a las empresas, culturas o comunidades que han desarrollado, a menudo utilizando algunas de las ideas sobre las que he escrito como principios rectores.

Normalmente les doy largas desde un primer momento, pero de vez en cuando logran intrigarme lo bastante para querer experimentar lo que sea que han creado y ver si puedo serles de alguna ayuda.

Uno de esos proyectos, una bienintencionada red que aspira a «reiniciar» la humanidad, se inició con una serie de encuentros celebrados en Nueva York y San Francisco a los que solo se podía asistir por rigurosa invitación. Un par de tipos habían experimentado un viaje de ayahuasca especialmente intenso durante el cual comprendieron que tenían la misión de reunir a los líderes mundiales y llevarlos al siguiente nivel de conciencia para que fueran capaces de abordar el cambio climático. Bajo la supervisión de un monje zen

contratado para el evento, los asistentes al encuentro al que yo asistí compartieron sus dudas sobre su sexualidad, sus prácticas empresariales y su legado.

Cuando habían transcurrido aproximadamente unas seis horas, la conversación giró finalmente hacia el supuesto tema del evento: salvar al mundo. ¿Cómo podría aquel elitista grupo de concienciación conducir a la humanidad hacia un futuro más verde y cooperativo? ¿Conducir? ¿En serio? Allí no había más que

«nuevaeristas» de nuevo cuño cuya experiencia vital había transcurrido íntegramente en calidad de asesores financieros, gestores de marcas o inversores tecnológicos. Y ahora, a los treinta minutos de su «despertar», estaban listos para conducir la revolución.

A uno de ellos se le ocurrió la idea de emplear fondos de acciones, convenientemente desligados de actividades perjudiciales como la extracción de petróleo o la fabricación de cigarrillos, aparentemente ajeno al hecho de que firmas como Calvert y Ariel Investments llevan haciendo eso mismo desde la década de 1970 y que actualmente todo tipo de entidades de gestión de activos, desde Nuveen hasta BlackRock, ofrecen carteras de inversión socialmente responsables. Otra participante propuso involucrar a los jóvenes del mundo en un enfoque del cambio climático más actual y vinculado a las redes sociales. Yo le sugerí como alternativa apoyar al movimiento Extinction Rebellion (XR),

cuyos miembros estaban acampados en los puentes de Londres en ese mismo momento, o al movimiento Sunrise, que planeaba una protesta a solo unas manzanas de allí. Les hablé a todos de organizaciones como Post Carbon Institute y EarthRights International, que ya estaban elaborando planes de acción y recomendaciones en materia de políticas públicas.

«Si son tan buenos —preguntó alguien—, ¿por qué nunca he oído hablar de ellos?».

Ahí asomaba, de nuevo, la Mentalidad. ¿Por qué apoyar una iniciativa que ya está en marcha cuando puedes cortar la cinta de una nueva empresa? Como podría preguntarse cualquier entusiasta de las plataformas que siga la filosofía de la web 2.0, ¿por qué limitarte a trabajar en los problemas del mundo cuando puedes construir espacios de cotrabajo tipo WeWork para que otros lo hagan?

Un milmillonario convertido a la psicodelia hacía justamente eso. Me

citaron para conocer al magnate inmobiliario colombiano Rodrigo Niño poco después de que este inaugurara Assemblage, un novedoso espacio de cotrabajo construido en Manhattan para emprendedores psicodélicos con inclinaciones espirituales.

Cuando llegué al lugar, un edificio de oficinas reconvertido, me sentí casi involuntariamente atraído por los seductores aromas del sándalo, el pachulí y el bufé ayurvédico casero que acababa de preparar un equipo de jóvenes y atractivos artistas culinarios. De hecho, allí todo el mundo tenía un aspecto atractivo. Era como un Burning Man refinado o un concierto de Phish en Esalen.

«Rodrigo se reunirá con usted en la sala de meditación», me dijo una joven con un vestido de gasa blanco mientras ascendíamos por unas escaleras de madera tras pasar junto a un muro vegetal de «diseño biofílico» que me recordó vagamente a los agroglifos. La joven me escoltó hasta una hermosa sala con colchonetas y almohadas, junto con un complejo mecanismo que ocupaba toda una pared y hacía sonar automáticamente gongs y bloques de madera en uno de los numerosos paisajes sonoros de meditación preprogramados de los que disponía.

Finalmente apareció Rodrigo, despidió a la joven haciendo un gesto con la mano, se sentó con las piernas cruzadas pero manteniendo la espalda erguida y me contó su historia. Hace siete años le diagnosticaron un melanoma en fase tres, se sometió a varias intervenciones médicas y, aun así, el pronóstico final seguía siendo malo. Su dinero no podía salvarlo. «No tuve más remedio que

aventurarme en lo desconocido», me dijo. Viajó a la selva peruana, donde tomó ayahuasca, y experimentó la interconexión de todos los seres vivos, así como la presencia de su propia alma; algo —añadió— que «todos hemos olvidado».

Siguió en esa misma línea, generalizando su experiencia personal y haciéndola extensiva a la de todos los demás habitantes del globo.

Durante su ceremonia de ayahuasca se dio cuenta de que todos estábamos atrapados, como lo había estado él, en nuestra limitada comprensión del ser. De modo que creó un lugar —Assemblage— donde las personas podían entrar en contacto con las expresiones más elevadas de sí mismas.

Como se explicaba en el folleto publicitario, Assemblage pretendía brindar a los empresarios un servicio «en la vanguardia de la

tecnología, la consciencia y el capital». A fin de «potenciar la transformación de cara al futuro de la humanidad», los miembros de la comunidad aprenderían a «elevarse a sí mismos y a elevar su negocio». Pero eso —me dijo Rodrigo— era solo una especie de gancho: había un «propósito más elevado aún…».

Quería que yo lo ayudara con un juego. Según pude entender, había tenido una visión en la que descubrió que cada uno de nosotros tiene un segundo yo, superior al primero. Él estaba en contacto con su yo superior e incluso le había dado un nombre. Me pidió que bautizara a mi propio yo superior. Elegí el apodo que me había puesto mi profesor de Español en el instituto: Diego.

—Bien, Diego —me dijo—. Ese sería tu nombre en el juego. Es quien serías aquí. Todo el mundo tendría un nombre y sería como una aventura de rol de tipo fantástico, salvo que en este caso se desarrollaría en la vida real. Y utilizaríamos la tecnología de cadena de bloques para registrar todo lo que el ser superior de cada uno hiciera por la comunidad y por su prójimo. Y cuando alcanzas ciertos objetivos, accedes a nuevos privilegios.

—¿Así que sería como una ludificación de este sitio? —le pregunté.

—Primero sí. Pero luego el juego se convertiría en la realidad. Te convertirías en tu yo superior. ¿Lo pillas?

Assemblage llegó a adquirir bastante importancia, al menos durante un tiempo.

Un día se presentó Deepak Chopra y apareció en el pódcast de Rodrigo hablando del cáncer, la mortalidad y la libertad. Pero al final resultó que el proyecto consistía principalmente en canalizar capital de Colombia hacia inversiones

inmobiliarias en Nueva York.[135] Rodrigo acabó sucumbiendo al cáncer, dejando tras de sí miles de airados inversores, demandas judiciales y acusaciones de fraude.

El propio Assemblage cerró, aunque luego reabrió bajo una nueva dirección y el

«juego de la vida» de Rodrigo acabaría convertido en una experiencia virtual denominada Akasha.[136] Pero, al igual que mi encuentro con los milmillonarios survivalistas o mi debate sobre moralidad con Richard Dawkins y los nuevos ateos, el episodio ejemplifica muy bien uno de los aspectos característicos de la Mentalidad; en este caso, su

planteamiento para hacer del mundo un lugar mejor. La transformación personal que uno experimenta se convierte en el modelo para la transformación de todos y de todo lo demás, con dinero, a escala, en lo que en la práctica equivale a una dominación condescendiente y ludificada del prójimo ejecutada desde la seguridad de un oasis privilegiado.

Nadie describe mejor este tipo de planteamientos presuntamente capaces de

«cambiar las reglas del juego» que la denominada Universidad de la Singularidad, la incubadora, consultoría y empresa de formación de ejecutivos más conscientemente transformadora de Silicon Valley. Como explica la entidad en su texto promocional, su objetivo se centra exclusivamente en fomentar soluciones que utilicen «tecnologías exponenciales» para resolver grandes retos globales.[137] Solo le interesa potenciar a emprendedores y empresas emergentes que adopten «proyectos radicales».[138] El error estriba en pensar de forma lineal, lo que solo conduce a mejoras graduales. En su lugar, debemos emplear un pensamiento audaz que «aspire a hacer algo diez veces mejor», cuestionando el statu quo. Como el salto de cero a uno de Elon Musk, o el ascenso de humano a clon mental de su héroe Ray Kurzweil, las soluciones capaces de salvar al mundo han de situarse un orden de magnitud por encima de las ideas de los simples mortales.

Se trata, de nuevo, de una mera cuestión de liderazgo. Convirtiéndose en miembros prémium de la Universidad de la Singularidad, los «líderes empresariales» pueden aprender a «visualizar y dominar el futuro». Los individuos lo bastante osados para «mejorar la vida de miles de millones de personas» pueden unirse a los programas para ejecutivos de esta universidad, descubrir el poder del pensamiento exponencial y aprovechar el «potencial de las tecnologías exponenciales» para lograr «un impacto positivo a escala planetaria».[139] Para ello, la entidad también ha puesto en marcha el concurso

XPRIZE, que ofrece diversas becas, entre ellas una de cien millones de dólares a la mejor solución para la eliminación del carbono. Con patrocinadores como Richard Branson, Buzz Aldrin, Tom Hanks y Pharrell Williams, todo el proyecto parece estar profilácticamente aislado de cualesquiera connotaciones negativas.

El positivismo radical de la Universidad de la Singularidad ha resultado contagioso. La normalmente envarada Fundación MacArthur ha adaptado el pensamiento exponencial para crear su propio megapremio anual ridículamente hinchado de cien millones de dólares

para una única propuesta que resuelva un problema crítico de nuestro tiempo.[140]

Este enfoque de la salvación planetaria basado en «jugar a ser dios» pone de manifiesto la defectuosa premisa de la Mentalidad. Nos obliga a catalizar un salto evolutivo, a orquestar el equivalente a un big bang para conseguir que todo el universo se ajuste a las intenciones exponenciales de nuestra especie y de sus más influyentes inversores. Es esta una sensibilidad que —en virtud de su omnipresencia en la filantropía del capital riesgo— impregna hasta las iniciativas menos arrogantes para abordar los problemas relacionados con el hambre, la desigualdad y el medio ambiente, como si toda solución tuviera que ser universal, totalizadora y exhaustiva, susceptible de resumirse en una charla TED para que se la juzgue siquiera digna de consideración. Es lo que hoy llamamos, despectivamente, tecnosolucionismo.

ReGen Villages, por ejemplo, es una idea del antiguo diseñador de videojuegos James Ehrlich, empresario residente en Stanford y profesor de Resiliencia ante los Desastres en la Universidad de la Singularidad. ReGen es una solución integral para la creación de comunidades regenerativas y resilientes capaces de producir sus propios alimentos ecológicos, abastecerse de agua pura y educar a sus jóvenes, todo ello con energía renovable y en una economía circular. Ehrlich está consiguiendo cierto apoyo —al menos entre sus colegas singularianos y parte de la prensa— con sus convincentes representaciones virtuales de personas viviendo en armonía con la naturaleza gracias al uso de alta tecnología. Cultivan alimentos en cúpulas, viven en casitas alimentadas con energía solar enclavadas en la tierra, comen fruta fresca en patios comunitarios abiertos y están rodeados de bosques y animales. O lo estarán cuando Ehrlich consiga convencer a alguien de que le dé la financiación necesaria para empezar a construir su proyecto.

Me reuní con Ehrlich cerca de su oficina en Stanford. Había dejado el diseño de videojuegos para estudiar la preparación de alimentos ecológicos y acabó

produciendo un programa de televisión, The Hippy Gourmet, emitido originariamente desde el Burning Man y más tarde incorporado a la PBS. Fue así como supo de los problemas que afrontaban las granjas familiares estadounidenses y decidió aplicar sus conocimientos a buscar soluciones para abordarlos.

Estuvimos comiendo una especie de burritos veganos en una cafetería de Palo Alto mientras él me explicaba su plan para expandir su

proyecto ReGen Villages a cualquier parte del mundo. Ha estado considerando todos los sistemas imaginables, desde la gestión del suelo vegetal y el procesamiento de las aguas residuales hasta las monedas locales y la gobernanza. Sin embargo, aunque se supone que muchas de estas cosas deben decidirse de forma participativa, por parte de la población de una región determinada y en función de su clima y sus recursos naturales concretos, la idea en conjunto se parece más a una partida de SimCity que al proceso de desarrollo de una comunidad en el mundo real.

Porque en el fondo ReGen es lo que Ehrlich denomina una «pila de software para iniciar, gestionar y a la larga mejorar vecindarios de forma autónoma».

En la jerga tecnológica, una «pila de software» es un conjunto de componentes o aplicaciones distintos que pueden utilizarse de forma conjunta o independiente para llevar a cabo una tarea de mayor envergadura. En este sentido, el logro de Ehrlich ha consistido en estudiar numerosos aspectos distintos de la agricultura, la fontanería, el reciclaje, etc., y luego desarrollar programas informáticos de tipo plug and play que una comunidad podría utilizar para gestionar el riego, la siembra, los sistemas eléctricos, etc. Uno de ellos podía organizar el procesamiento de aguas residuales a través de manglares para generar agua potable, mientras que otro podía mantener el nivel de hidratación apropiado de gigantescos tubos contenedores de suelo vegetal agrícola destinados a cultivar verduras con un mínimo de riego. Todos ellos utilizarían datos proporcionados por sensores para medir su eficacia y devolverían los resultados en beneficio y mejora de toda la colectividad.

Suponiendo que todas las piezas funcionen —y ya solo eso es mucho suponer—, constituye una hermosa imagen de un paraíso ecológico tecnoutópico. Algo así como el Centro Epcot de Disney World, pero sin necesidad de aprovisionamiento del mundo exterior; casi como una colonia espacial. Ehrlich admite sin ambages que «ciertamente estamos estudiando toda la pila de sistemas de soporte vital, un poco al estilo Marte, pero aquí, en la tierra». En lugar de ayudar a una aldea o a un vecindario ya existente a emplear principios

más regenerativos, el propio proyecto ReGen debe surgir en territorio virgen, partiendo de cero, ex nihilo. Para Ehrlich, si alguna vez encuentra la financiación necesaria, eso implica comprar una franja de bosque y luego talar el área que necesita para enclavar su comunidad agrícola. Así funcionan siempre los videojuegos de simulación de dios, es decir, aquellos en los que se «juega a ser dios», como SimCity o

Civilization: se parte de una tabla rasa.

Esta arrogante pretensión, enmarcada en lo que se conoce como «construcción de mundos», recuerda a los intentos de Walt Disney de traducir los simulacros utópicos de Disneylandia en un plan para construir una ciudad real de propiedad privada llamada Celebration, que resultó ser un desastre. Los promotores del

«nuevo urbanismo» subyacente a Celebration y otras «comunidades» posteriores de planificación privada creían estar demostrando que el mercado producía mejores vecindarios que la planificación pública. Les encantaba citar el pensamiento de Jane Jacobs, auténtica leyenda de los estudios urbanísticos, que recelaba de los barrios excesivamente zonificados y admiraba las áreas de uso heterogéneo como Greenwich Village, que habían crecido de forma natural durante décadas o siglos y como resultado de numerosas fuerzas distintas —

entre ellas las de tipo empresarial—, todas las cuales interactuaban e incluso competían por un mismo espacio.

Pero esos promotores no entendían de qué hablaba realmente Jacobs. Ella se oponía a la planificación centralizada, no a la participación de los intereses de la Administración pública y la sociedad civil. Odiaba los planes globales diseñados por Robert Moses para Nueva York, no porque fueran una imposición de la Administración pública, sino por su carácter global y, más concretamente, porque exigían la «erradicación del chabolismo» y la «renovación urbana» sin respetar los derechos e intereses de quienes ya vivían en los barrios neoyorquinos.[141]

Los nuevos urbanistas han convertido a la comunitarista Jacobs en una libertaria, y su aprecio por el desarrollo urbano natural de tipo participativo, en un respaldo al libre mercado. Omitiendo por completo su llamamiento en favor de un crecimiento lento y natural de los distritos urbanos, hoy lo de «nuevo urbanismo» viene a ser poco más que un eufemismo para referirse a centros comerciales plenamente planificados con apartamentos encima de los comercios.

[142] Pero nuestros constructores de mundos digitalmente modulados van aún un paso más allá, empleando sus fortunas milmillonarias no solo para presionar al Gobierno de cara a apropiarse legalmente del futuro, sino también para

exhibirlas como prueba de su propia competencia. Hablan como si su éxito en la construcción de monopolios empresariales y mundos

virtuales interactivos les diera derecho a ser los grandes planificadores del futuro de la humanidad.

El problema es que en la realidad no vivimos en una tabla rasa. Aquí hay gente.

Y pájaros y árboles y rocas y bacterias que apenas entendemos. Este modelo ignora la tremenda ironía que supone talar un bosque natural en aras de la sostenibilidad. Sí, la naturaleza tiene problemas, pero el enfoque de la Mentalidad para hacer frente a esta crisis colectiva consiste siempre en hacer algo. Arreglarlo. Jaquearlo. Reiniciarlo. Desarrollarlo. Ampliarlo.

Automatizarlo. Como si hacer menos, o incluso no hacer nada, no fuera una opción posible. Reparar lo que tenemos, reducir su escala o incluso aspirar a un progreso gradual no da para un pódcast, un debate virtual o una charla TED

demasiado emocionantes. Pero tampoco requiere enormes inversiones de capital, discursos de ventas ni procedimientos de recompra de acciones.

Las aldeas del proyecto ReGen constituyen solo un posible componente de una iniciativa de mayor envergadura concebida por Jim Rutt, amigo de Ehrlich y partidario de sus ideas. Rutt, antiguo presidente del Instituto Santa Fe, un laboratorio de ideas líder en teoría de sistemas, ha estado trabajando en su propio proyecto de reinicio del mundo desde cero, que él denomina Game B.

Game B (Juego B) pretende ser un «sistema operativo social a nivel de civilización» en el que pasamos de lo que actualmente concebimos como civilización occidental (el fallido y autodestructivo Juego A al que estamos jugando ahora) a una forma de vida más autoorganizada, reticular, descentralizada y resiliente. Rutt ha aplicado sus reconocidos conocimientos sobre sistemas complejos y teoría de juegos a la resolución de un sinfín de obstáculos para llegar a un nuevo modelo de organización humana.[143] En lugar de estar dominados por corporaciones y Estados-nación, como ahora, deberíamos vivir y trabajar en pequeños colectivos autosoberanos, tipo kibutz, cada uno de ellos con su propia estructura de gobernanza, pero vinculado a los demás mediante el comercio, la cultura y la tecnología. Es la visión definitiva de un teórico de sistemas de una sociedad cooperativa y colaborativa, que funciona como un fractal, en numerosos niveles de coordinación a la vez. Y debo admitir que su apuesta por la autodeterminación local y su enfoque sensible y

participativo del cambio coinciden con mis propias esperanzas de una sociedad basada en las comunidades, el cooperativismo, la producción local y la ayuda mutua.

¿Cómo ir desde aquí hasta allí? Rutt admite que debemos aprovechar en la medida de lo posible todas las ideas existentes que funcionan y solo inventar cosas nuevas cuando sea absolutamente necesario. La tarea inicial es crear historias, películas y objetos que transmitan el espíritu del nuevo juego, encontrar otras personas interesadas y luego experimentar en paralelo, compartir los resultados y repetir todo el proceso. Lo importante, al parecer, es ser consciente de que estás intentando crear un nuevo juego.

Esta determinación de dejar atrás el pasado, de pasar página, de renunciar al Juego A para pasarse al B, funciona mejor sobre el papel, o en una PlayStation, que en la vida real. Pero aun así se ha convertido en un elemento demasiado característico de una cultura empeñada en salvar el futuro trascendiendo el pasado y dejando atrás de una forma u otra todo su legado. No hay tiempo para arrepentirse de nada ni para reparar nada. Solo tenemos que llevar a todo el mundo con nosotros a ese futuro mejor que ya hemos elaborado. Empezar de cero. Tabla rasa. Nuevo planeta, ecoaldea o sistema operativo social. Hay una aplicación para eso y ya está incluida en nuestra pila de programación. A cualquiera que critique la tecnosolución, o la cultura masculina blanca de la que emana, se lo menosprecia tildándolo de ludita paranoico o de tonto progre sin remedio, empantanado en los pecados del pasado e incapaz de percibir el amplio paisaje sistémico del que todos formamos parte.

Y, sin embargo, hemos de ser capaces de criticar el paradigma tecnocrático cada vez más dominante y su enfoque determinista del progreso a escala sin temor a provocar la ira de los brillantes hombres que intentan desplegarlo de buena fe.

No fue precisamente un jipi progre retrógrado, sino el presidente estadounidense Eisenhower el primero en advertir a sus conciudadanos de los riesgos que planteaba la industria tecnológica.[144] El discurso que pronunció en 1961, al terminar su mandato, se recuerda por haber dado su nombre a lo que hoy conocemos como el complejo militar-industrial; pero su temor más profundo era la tecnocracia: «Aun respetando el descubrimiento científico, como debemos, hemos de estar alerta asimismo ante el peligro contrario, y no menor, de que la propia política pública pueda devenir cautiva de una élite científico-tecnológica».[145]

Las críticas feministas y raciales también han revelado los puntos débiles y los prejuicios de un paradigma tecnológico desarrollado por una élite masculina blanca. Como han mostrado Bodker y Greenbaum, una industria tecnológica dominada por varones blancos fomenta los valores de la independencia, la

autonomía y el distanciamiento, ignorando otras fuerzas de organización más circulares e interconectadas.[146] Asimismo, como han argumentado algunas representantes del feminismo social, las tecnologías desarrolladas por mujeres podrían reflejar las prioridades de un mayor número de personas, en tanto «se basarían en la experiencia de las mujeres, cuya perspectiva como grupo no dominante en el ámbito de las tecnologías de la información les proporciona una visión más completa de la realidad debido a su raza, clase y género».[147]

Empleado acríticamente y por una élite homogénea, el impulso tecnocrático conduce primordialmente a uno de dos resultados posibles. En el peor de los casos, los líderes abusan de él para construir un estado de vigilancia totalitario en el que los privilegios de cada ciudadano se dictan de forma algorítmica en función de los datos recopilados sobre ellos.[148] Por otro lado, es probable que incluso una tecnocracia más liberal sucumba a los sesgos utilitaristas de sus tecnologías, descuidando involuntariamente a las personas y las cosas que han quedado al margen de su cálculo inicial.

Los algoritmos son solo tan neutrales como lo sean las personas que los programan y los parámetros que se les proporcionan para mejorarse a sí mismos.

En Estados Unidos, los bienintencionados intentos de utilizar ordenadores para hacer más justas las penas de cárcel produjeron algoritmos que encarcelaban a los negros durante más tiempo que a los blancos que habían cometido los mismos delitos.[149] Los sencillos algoritmos que ofrecen a la gente el tipo de noticias que es más probable que lea han causado auténticos estragos en nuestra vida cívica y política, provocando lo que se conoce como «burbujas de filtro», además de marginación y una proliferación incontrolada de noticias falsas. No es ni mucho menos lo que pretendían los tecnólogos que programaron esos sistemas ni las personas que confiaron en esas revolucionarias mejoras con respecto al modo como hacíamos antes las cosas.

Las tecnosoluciones resultan extremadamente atractivas para políticos y filántropos como Michael Bloomberg, Reid Hoffman, la Fundación

Ford o Bill Gates, que abordan la resolución de problemas partiendo de un enfoque basado en datos. Pero la financiación de soluciones tecnológicas a problemas sociales, médicos, gubernamentales o de otro tipo acaba por imbuir al mundo de los valores de la Mentalidad, además de hacernos a todos más dependientes de las empresas fundadas por esos filántropos. Tanto si hablamos de una red financiera inteligente como del denominado «biojaqueo», de guerra con drones, colonización espacial o renta básica universal, las tecnosoluciones están

impregnadas con demasiada frecuencia de los valores inherentes a la propia tecnología: crecimiento exponencial, prioridad de la automatización por encima de la intervención humana, permanente impulso hacia delante,

«plataformización» y desprecio por las condiciones de base existentes.

Como resultado, la mayoría de los proyectos supuestamente radicales se quedan en agua de borrajas. El alabado proyecto «Un portátil para cada niño» de Nicholas Negroponte —el fundador del Laboratorio de Medios del MIT—

pretendía suministrar a finales de 2007 un total de 150 millones de ordenadores portátiles, de unos 100 dólares cada uno, a los niños de los países en desarrollo.

Aquello no salió como estaba previsto. Muchos países no sabían muy bien cómo utilizarían los ordenadores en sus aulas, sobre todo cuando los propios profesores carecían de conocimientos digitales; y no aceptaron la premisa de Negroponte (tipo «el que la sigue la consigue») de que todos los niños, de todas las culturas, son jáqueres natos capaces de entender por sí solos una interfaz que no sea excesivamente compleja. En 2009, solo se habían distribuido unos pocos cientos de miles de portátiles.[150]

Los críticos africanos se quejaron de que había otros problemas como el VIH y la malnutrición que afectaban más a la población y a la educación que la falta de tecnología. Aunque Negroponte y su equipo no se beneficiaron económicamente del proyecto, se los cuestionó por imponer a los africanos soluciones tecnológicas «inadecuadas para ellos, simplemente para beneficiar la propia necesidad de vanidad y reafirmación moral» de los occidentales.[151] Los niños que recibieron los portátiles, por su parte, se quejaron de que el paquete de programas de música solo podía reproducir ritmos occidentales, y no los que escuchaban ellos en las canciones de sus propias culturas.

[152]

Siguiendo la filosofía de devenir meta característica de la web 2.0, en 2014 Sean Parker, fundador de Napster y primer presidente de Facebook, gastó más de cuarenta millones de dólares en Brigade,[153] un eje aglutinador de planificación de proyectos de tecnología cívica.[154] En lugar de construir tecnologías cívicas, la plataforma organizaría y proporcionaría herramientas para que fueran otros quienes las desarrollaran. Los ingenieros de Brigade diseñaron algunos algoritmos inteligentes para interrelacionar a los votantes con sus circunscripciones y representantes electos, pero nadie se había molestado en comprobar si los desarrolladores de tecnología cívica necesitaban o no un eje centralizado. La empresa cerró en 2019. De manera similar, el Hackatón Global COVID-19 de 2020, intensamente promocionado por Facebook, Microsoft y

otras empresas tecnológicas como una forma de promover tecnologías que podrían resolver la pandemia, atrajo casi veinte mil propuestas, pero el resultado práctico, como me diría el periodista e historiador de la tecnología cívica Micah Sifry,[155] fue más bien como el parto de los montes.[156]

La creencia de que podemos codificar nuestra vía de salida de este lío presupone que el mundo está hecho de código y que todo aquello que aún no es código puede convertirse tarde o temprano a un formato digital con la misma facilidad con la que puede trasladarse un disco de vinilo a un archivo de transmisión en línea. Una vez que los elementos del problema se han convertido en datos, podemos utilizar la tecnología digital para arreglarlos. La pega de este planteamiento es que todo lo que no se puede convertir en código se deja de lado. Esto nos sitúa a todos en una carrera por escanearnos, digitalizarnos o formatearnos en un lenguaje compatible con las tecnologías que orquestan nuestras libertades. Incluso las soluciones a los propios problemas de la tecnología tienden a traducirse en introducir aún más tecnología en nuestras vidas y aprender a optimizar nuestra conducta en función del funcionamiento de estas. Nos ajustamos a la estructura de recompensas del entorno tecnológico en el que vivimos, acomodándonos constantemente a cualesquiera sistemas operativos que nos exijan nuestras tecnologías y los milmillonarios que las sustentan.

Esta tendencia a la tecnocracia totalitaria es lo que el educador y teórico de los medios Neil Postman denominaba tecnópolis: la «sumisión de toda forma de vida cultural a la soberanía de la técnica y la tecnología».[157] Aunque empecemos utilizando las herramientas

en nuestro propio beneficio colectivo, poco a poco vamos rehaciendo nuestro mundo en torno a las necesidades de la tecnología, por ejemplo, construyendo autopistas y periferias residenciales para favorecer el uso del automóvil o modificando los currículos escolares para adaptarlos a los ordenadores. Una vez llevamos haciendo esto el tiempo suficiente, acabamos encontrándonos dentro de algo parecido a una máquina: un sistema autónomo y autodeterminado que elimina activamente todos los demás

«mundos mentales». Postman dice que los dioses de la tecnópolis son la eficiencia, la precisión y la objetividad, lo que no deja espacio alguno a los valores humanos, que existen en un «universo moral» completamente independiente e ignorado.

De hecho, la tecnópolis es inexorable, sobre todo para aquellos que viven para apoyarla y han ganado miles de millones encontrando formas de contribuir a su

dominio. Por eso, cuando los tecnopolitanos van a la selva y beben el vino de la sabiduría, experimentan una versión muy particular de la revelación de que

«todo es uno» y regresan con el celo propio de un fanático para hacerla realidad, a gran escala.

Los humanos acabamos viviendo dentro de la Mentalidad. Conseguir que nos sometamos a sus valores se convierte en su mayor reto.

[132] Un programa de telerrealidad en el que los emprendedores piden

inversiones a multimillonarios como Mark Cuban y Barbara Corcoran.

[133] Nellie Bowles, «“Burning Man for the 1%”: The Desert Party for the Tech

Elite, with Eric Schmidt in a Top Hat», The Guardian, 2 de mayo de 2016,

www.theguardian.com/business/2016/may/02/further-future-festival-burning-

man-tech-elite-eric-schmidt [tinyurl.com/mtprbejh].

[134] Ibid.

[135] Keith Larsen, «Investors Accuse Prodigy Network of Fraud at Troubled

Park Ave Development», Real Deal, 24 de septiembre de 2020,

https://therealdeal.com/2020/09/24/investors-accuse-prodigy-network-of-fraud-

at-troubled-park-ave-development [tinyurl.com/k73my2jk].

[136] El sitio web, «Akasha—A Game of Life», actualmente ya no existe.

[137] Véase www.su.org.

[138] El término inglés mencionado en el sitio web es moonshot (literalmente,

«lanzamiento lunar»), que en el uso idiomático más reciente hace referencia a un

proyecto o una apuesta audaz y radical, un esfuerzo monumental o un paso de

gigante para alcanzar un determinado objetivo que se considera importante.

Véase www.su.org/our-process. (N. del T.).

[139] Véase www.su.org.

[140] MacArthur Foundation, «100 & Change»,

www.macfound.org/programs/100change.

[141] Jane Jacobs, Systems of Survival: A Dialogue on the Moral Foundations of

Commerce and Politics, Nueva York: Random House, 1992.

[142] Rushkoff, Life Inc.: How Corporatism Conquered the World, and How We

Can Take It Back, Nueva York: Random House, 2009, pp. 74-83.

[143] Jim Rutt, «A Journey to Game B», Medium, 14 de enero de 2020,

https://medium.com/@memetic007/a-journey-to-gameb-4fb13772bcf3

[tinyurl.com/4avsrb9p].

[144] Center for the Study of Digital Life, http://digitallife.center.

[145] Dwight D. Eisenhower, «Farewell Address to the Nation», disponible en

tinyurl.com/3ftrw2f2.

[146] S. Bodker y J. Greenbaum, «Design of Information Systems: Things

versus People», en J. Owen Green y D. Pain (eds.), Gendered Design:

Information Technology and Office Systems, Londres: Taylor & Francis, 1993.

[147] Sude V. Rosser, «Through the Lenses of Feminist Theory: Focus on

Women and Information Technology», Frontiers: A Journal of Women Studies,

vol. 26, n.º 1 (2005).

[148] Alexandra Ma, «China's "Social Credit" System Ranks Citizens and

Punishes Them with Throttled Internet Speeds and Flight Bans If the Communist

Party Deems Them Untrustworthy», Business Insider, 9 de mayo de 2021,

www.businessinsider.com/china-social-credit-system-punishments-and-rewards-

explained-2018-4[tinyurl.com/rdaj5kwe].

[149] Véase Cathy O'Neil, Weapons of Math Destruction: How Big Data

Increases Inequality and Threatens Democracy, Nueva York: Broadway Books,

2016 [trad. cast.: Armas de destrucción matemática. Cómo el big data aumenta

la desigualdad y amenaza la democracia, Madrid: Capitán Swing, 2018].

[150] Namank Shah, «A Blurry Vision: Reconsidering the Failure of the One

Laptop Per Child Initiative», Boston University Arts & Sciences Writing

Program, www.bu.edu/writingprogram/journal/past-issues/issue-3/shah

[tinyurl.com/6anjfhxx].

[151] Ibid.

[152] Victoria McArthur, «Communication Technologies and Cultural Identity:

A Critical Discussion of ICTs for Development», ponencia presentada en el

Congreso Internacional de Toronto del IEEE «Ciencia y Tecnología para la

Humanidad», 2009, pp. 910-914.

[153] Micah Sifry, «Parker Bros», Civicist, 12 de febrero de 2019.

[154] Josh Constine, «Sean Parker's Govtech Brigade Breaks Up, Pinterest

Acquires Engineers», TechCrunch, 11 de febrero de 2019,

https://techcrunch.com/2019/02/10/brigade-pinterest [tinyurl.com/43h4rfvc].

[155] Micah Sifry, entrevista por correo electrónico con el autor, 27 de mayo de

2021.

[156] Sifry habla exactamente de «una gruesa y grasienta nothingburger»

(literalmente, «nada-hamburguesa»), un término acuñado inicialmente por la

prensa estadounidense que evoca la imagen de un sándwich de hamburguesa

que, una vez abierto, resulta no tener carne dentro. (N. del T.).

[157] Neil Postman, Technopoly: The Surrender of Culture to Technology,

Nueva York: Vintage, 1993 [trad. cast.: Tecnópolis. La rendición de la cultura a

la tecnología, Alicante: Ediciones El Salmón, 2018].

10

El Gran Reinicio

Para salvar el mundo hay que salvar el capitalismo

Cuando vi entrar a los guardaespaldas en el vestíbulo del hotel, supuse que habían venido por Al Gore, que tenía previsto hablar aquella tarde. Pero, cuando la falange dobló finalmente la esquina, me di cuenta de que no estaban protegiendo al exvicepresidente, sino a la leyenda de la Nueva Era Deepak Chopra. ¿Por qué iba a necesitar Chopra un equipo de seguridad —me pregunté

—, especialmente en un aislado complejo turístico en Puerto Rico?

Todos habíamos sido convocados allí por el premio nobel Óscar Arias para celebrar la que sería la primera reunión de la Alianza para la Nueva Humanidad, anunciada como «la primera respuesta global a la oportunidad de que las gentes de paz colaboren juntas en torno a los retos comunes que la humanidad afronta».

Esto ocurría en 2003 —más de una década antes de que la ONU adoptara sus 17

Objetivos de Desarrollo Sostenible—, cuando la idea de que «las sociedades dan demasiado valor a la competencia, la riqueza y el individualismo» aún parecía novedosa y algo radical para la élite que se había beneficiado de esos mismos valores.

Identificándome como alguien que «compartía la visión de una Nueva Humanidad», me invitaron a asistir como miembro del consejo

honorario, junto con toda una serie de activistas en favor de la paz y personalidades diversas como Desmond Tutu, Marianne Williamson, Anand Shah, Guy Oseary, Jerry Hall y Marisa Tomei. Se suponía que Ricky Martin iba a dar el discurso inaugural, pero —como casi todos los famosos de la lista— no se presentó. En su lugar, varios salmodiadores, sanadores, meditadores, espiritistas y políticos retirados comparecieron ante un público de unos trescientos asistentes de pago

para compartir sus visiones optimistas acerca de cómo un día la nueva humanidad superaría nuestra sociedad de violencia y contaminación.

Mientras Al Gore pronunciaba la enésima repetición de su discurso en PowerPoint «La Tierra en equilibrio», me dirigí al fondo de la sala. Allí, repartidos en mesas plegables, había folletos donde se anunciaban talleres aún más costosos sobre prosperidad, negocios éticos, autocuidado e iluminación espiritual, que impartirían los otros expertos en varios centros turísticos repartidos por todo el mundo. También había folletos del último libro de Chopra, Iluminación. Las siete lecciones del golf para el juego de la vida. Todos aquellos maestros espirituales no estaban allí para forjar un nuevo movimiento; eran solo negocios. No pude por menos que admirar su habilidad en el arte de la venta y su capacidad para introducir de manera inadvertida la referencia a «las pocas plazas disponibles» para sus próximos retiros al principio y al final de cualquier debate en el que participaran.

La organización también había contratado a una empresa de relaciones públicas para que transmitiera «videorreportajes de noticias» cada pocas horas, historias prefabricadas para que los programas informativos de la televisión local las emitieran como si fueran obra suya. Aunque yo ya había visto antes videorreportajes producidos por empresas farmacéuticas para anunciar subrepticiamente nuevos productos o por la industria petrolífera para hacerse un lavado de cara ecológico, todavía no había tenido ocasión de observar aquella temprana forma de «noticias falsas» practicada por organizaciones no gubernamentales o filantrópicas, y menos con el propósito declarado de hacer que los medios de comunicación fueran menos violentos y manipuladores.

Ahí estaban, celebrando una costosa conferencia sobre la paz mundial en un exótico complejo hotelero en el que las únicas personas de color (aparte del centimillonario Chopra) eran los camareros; hablando de sostenibilidad mientras comían ternera lechal y mero chileno, una especie en peligro de extinción; comprometiéndose a luchar contra la contaminación mientras volaban miles de kilómetros y bebían agua de

las botellas de plástico de tamaño individual más pequeñas que había visto nunca… y todo ello para promover iniciativas como el

«Día de los Buenos Días» del cantante Ricky Martin, en el que la gente de todo el mundo difundiría su buena voluntad a través de las redes sociales al estilo latinoamericano.

Como muchos filantrocapitalistas de primera fila, aquellos supuestos mensajeros

de la paz ignoraban cómo sus propios métodos socavaban sus grandes objetivos.

Del mismo modo que la Alianza por la Nueva Humanidad pretendía combatir la manipulación de los medios de comunicación con más propaganda y resolver la crisis climática gastando más combustible de aviación, los principales esfuerzos actuales para corregir los males del capitalismo, la industria y la tecnología pretenden hacerlo justamente con más capitalismo, industria y tecnología.

En su innovadora obra La doctrina del shock, Naomi Klein exponía el modo en que los Gobiernos opresores, las corporaciones y los individuos ricos fomentan o se aprovechan intencionadamente de los desastres naturales y militares para implementar políticas neoliberales, afianzar determinados intereses empresariales y construir comunidades cerradas. Así, cuando firmas como Halliburton gestionan la logística de la seguridad y las infraestructuras de la posguerra en Irak, empresas de tecnología de vigilancia como Palantir obtienen contratos a raíz del 11S o la industria penitenciaria hace negocio cada vez que se produce un aumento de la pobreza y la delincuencia, el hecho es que quienes se benefician de las crisis tienen toda clase de incentivos para perpetuarlas, así como para perpetuar el sistema que mantiene en marcha ese circuito de realimentación. La pandemia de covid creó al menos nueve nuevos milmillonarios solo con los beneficios de las vacunas; suficiente riqueza para vacunar completamente 1,3 veces a toda la población de los países de bajos ingresos.[158]

Personalmente, no creo que los filantrocapitalistas como Mark Zuckerberg, Elon Musk o Bill Gates estén explotando o perpetuando las crisis planetarias con el mismo interés cínico con el que Halliburton aborda el malestar global o la familia Sackler capitaliza la adicción a los opiáceos. Antes al contrario, a su manera pretenden resolver nuestros muchos problemas y quizá llevarse parte del mérito. Pero el hecho de que suscriban de manera irreflexiva la Mentalidad y

sus premisas subyacentes hace que sus soluciones sean insostenibles. Cuanto peor van las cosas, más fácil nos resulta justificar la Mentalidad. Y cuanto más justificamos la Mentalidad, peor van las cosas.

Por ejemplo, Al Gore probablemente ha sido el más eficaz paladín de la energía solar y alternativa en Estados Unidos. Dado que los combustibles fósiles no solo provocan guerras, sino también el calentamiento global, recurrir al uso de paneles solares parece una obviedad. Así que lo único que tenemos que hacer es conseguir que los inversores de capital riesgo inviertan en tecnologías de energía renovable en lugar de hacerlo en compañías petrolíferas, y todo ese dinero

inteligente nos llevará a la independencia energética y a una utopía industrial limpia, verde, sin emisiones y neutra en carbono. Y de paso los inversores hasta pueden enriquecerse con ello. Todo el mundo gana.

El problema es que, aunque la reconversión de la red energética a la energía solar supondría mucho dinero para las empresas que construyen e instalan paneles solares, puede que en lo relativo a la huella de carbono y el impacto medioambiental totales no se gane mucho, si es que se gana algo en absoluto.

Aunque el sol sea una fuente de energía renovable, los paneles solares no lo son.

No crecen en los árboles: requieren la extracción de aluminio, cobre y tierras raras, ya escasos de por sí. La fabricación de paneles solares constituye en sí misma un proceso con un tremendo consumo de energía que implica sobrecalentar el cuarzo en obleas de silicio, requiere enormes cantidades de agua y genera grandes cantidades de subproductos tóxicos y residuos líquidos. Los propios paneles solares empiezan a degradarse a los pocos años de su instalación y deben reemplazarse cada una o dos décadas. Asimismo, su eliminación genera otros muchos problemas medioambientales y de toxicidad, y mientras a los fabricantes les siga resultando más barato arrojarlos a vertederos no veremos surgir a corto plazo un programa sólido para reciclarlos.[159]

Ahí radica el problema fundamental de las soluciones derivadas de la Mentalidad: solo se mueven en una dirección. Como todo lo que se inspira en la ciencia empírica, lo único que pretenden ese tipo de soluciones es investigar y aprovechar algún aspecto aún no explotado

de la naturaleza para servir a nuestra voluntad. Como el capitalismo centrado en el consumo y el crecimiento en el que se basa la Mentalidad, tales soluciones suelen implicar la búsqueda de nuevos recursos, su explotación, su venta y su posterior eliminación a fin de poder extraer, fabricar y vender más. Somos libres de abordar nuestros retos medioambientales siempre que con ello no renunciemos al crecimiento.

Si aceptamos el capitalismo y la dominación de la naturaleza como requisitos básicos para que continúe el proyecto humano, todo esto tiene sentido cabal. Las soluciones deben generar dinero —más dinero que sus predecesoras— para que alguien se sienta motivado a implementarlas. El crecimiento es bueno. La

«sostenibilidad», en cambio, implica una inaceptable meseta en los gráficos de crecimiento y desarrollo. Supone cooperar con la naturaleza y reducirse en lugar de dominarla y redoblarse. Eso es inasumible. No debemos frenarnos, y menos aún cuando las cosas se ponen difíciles. Hemos de seguir abriéndonos camino.

Justo al otro lado de la siguiente colina está la respuesta que buscamos.

Confiemos en los científicos, la tecnología y las fuerzas del mercado. Podemos alcanzar nuevas cotas.

Tal es la filosofía subyacente al Gran Reinicio, una campaña lanzada con un sitio web y un libro por el fundador del Foro Económico Mundial, Klaus Schwab.

Este defiende «una forma mejor de capitalismo» que fomente grandes inversiones en empresas y tecnologías que sean capaces de resolver el cambio climático, la pobreza global y toda la pesca. Anunciado de forma oportunista en el punto álgido de la pandemia de covid, el Gran Reinicio postula un modelo de intervención basado en el concepto de «la crisis como oportunidad», en el que cada motivo de preocupación solo es en realidad un incentivo para arremangarse, ponerse a trabajar y «reconstruir mejor» las cosas, con una abundante inversión de capital y un rendimiento no menos abundante de dicha inversión.

Puede que de hecho el origen del Gran Reinicio no tenga tanto que ver con la conservación del planeta como con la del capitalismo. Representa la culminación de una campaña de relaciones públicas que dura ya dos décadas y se inició como reacción a las protestas que tuvieron lugar en la conferencia de la Organización Mundial del

Comercio en Seattle y en la cumbre del G8 en Génova a principios de este siglo. El mundo estaba cambiando y los ecologistas, los líderes sindicales, los inmigrantes y el movimiento antibélico empezaban a ser conscientes de que el corporativismo global era la principal causa de muchos de sus problemas.

Schwab respondió convocando una serie de debates en la conferencia del Foro Económico Mundial en Davos sobre el calentamiento del planeta y la pobreza en el Sur global. Incluso se invitó a acudir a Davos, en dos ocasiones, a la joven activista climática Greta Thunberg. Su advertencia de que los líderes mundiales, los directivos empresariales y los banqueros allí reunidos no debían depender de las compensaciones de carbono ni de tecnologías aún no inventadas para resolver el cambio climático fue ignorada, también en dos ocasiones.

Probablemente es porque lo único que buscaban eran los titulares diciendo que la habían dejado hablar. Pero también se debe al hecho de que su tesis —que el mundo está en llamas y debemos pasar inmediatamente a «cero emisiones reales» reduciendo nuestro gasto energético efectivo— contradice la premisa del Gran Reinicio. Schwab y el Foro Económico Mundial creen que la ralentización sería un gran error y que las fuerzas del mercado, sin las ataduras de las regulaciones locales o nacionales, pueden aplicarse a cualquier problema y de paso hacer más ricos a los inversores.

Es una idea difícil de vender, y más viniendo de las grandes empresas que salen ganando con todo eso. Pero la crisis de la covid dio a Schwab la oportunidad de replantear las primeras etapas del Gran Reinicio como un capitalismo consciente que se enfrentaba al que probablemente era el primero de los numerosos retos de bioseguridad que se avecinan en nuestro mundo.

Las simples naciones-Estado no están lo bastante organizadas ni son lo bastante cooperativas para gestionar una infección global como ha sido esta. Como dice Schwab en el libro, «si ninguna potencia puede imponer el orden, nuestro mundo sufrirá un “déficit de orden global”. A menos que las naciones individuales y las organizaciones internacionales hallen soluciones para cooperar mejor a escala global, corremos el riesgo de entrar en una “era de entropía” en la que el repliegue, la fragmentación, la ira y el provincianismo definirán cada vez más nuestro paisaje global, haciéndolo menos inteligible y más desordenado».[160]

En otras palabras, los que están en lo más alto de lo más alto de la jerarquía deben utilizar su dinero y sus tecnologías para restaurar el

orden.

Es como si Klaus Schwab y la gente de Davos hubieran aceptado por fin la Declaración de Independencia del Ciberespacio de John Barlow, en la que este afirmaba que los Estados-nación estaban obsoletos. Solo un nuevo orden, una especie de red tecnocrática o una cadena de bloques programada de forma benévola, estaría a la altura del reto de coordinar a la humanidad en las próximas crisis. Schwab y la élite bancaria tradicional finalmente han hecho suya la Mentalidad y se adjudican la tarea de liderar el reinicio integral del sistema y de paso subirse al carro de la mayor oportunidad de inversión del siglo XXI.

A corto plazo, durante la pandemia, esto implicaba financiar y centralizar la producción de vacunas, hacer un seguimiento de la enfermedad y liderar los esfuerzos de recuperación económica. Luego ese trabajo se convertiría en el modelo para futuras intervenciones destinadas a abordar el cambio climático, la pobreza global y el resto de los diecisiete objetivos de sostenibilidad formulados por las Naciones Unidas. Sin ese liderazgo central por parte de una élite rica y bien informada que tenga en cuenta los mejores intereses del planeta, estamos condenados a sumirnos en el caos. Por suerte, el Foro Económico Mundial y sus invitados a Davos creen estar a la altura del reto.

Schwab quiere que les confiemos esta gran responsabilidad sobre todo lo relacionado con nuestro bienestar. Tomando prestado su lenguaje de los libros de teóricos de la nueva economía como Paul Mason, Kate Raworth e incluso yo

mismo, Schwab reivindica el concepto de «capitalismo participativo», que no solo tendrá en cuenta los intereses de los accionistas de las empresas, sino los de todas las «partes interesadas», incluidos los trabajadores y las poblaciones locales afectadas por sus operaciones. Parte de lo que postula Schwab suena muy bien. Debemos acoger a los más de mil millones de refugiados desplazados por el cambio climático, escuchar a los expertos científicos y comer menos carne.

Todo eso es bueno. Algo más sospechosas resultan las formas de llegar a esa nueva normalidad.

Para empezar, debemos liberar al capital de toda clase de trabas regulatorias, como los impuestos, la protección de las industrias locales y, lo que es peor, la nacionalización. En lugar de obligar a las empresas a abordar los problemas mundiales o gravar sus ganancias para hacerlo a escala nacional, se supone que debemos fomentar su

«inversión de impacto» voluntaria y apoyar su naciente espíritu de «ciudadanía corporativa global». Así empoderados, los líderes más ricos del planeta pueden tomar buenas decisiones desde arriba.

Esto somete nuestro futuro bienestar a los caprichos de adinerados individuos que creen saber más que nosotros. No produce buenos resultados. Las mosquiteras enviadas a Zambia y Nigeria por la Fundación Bill y Melinda Gates para proteger a la población de la malaria acabaron envenenando la pesca local.

[161] En lugar de utilizarlas para proteger sus camas de los insectos, los lugareños las llevaron a las charcas y arroyos para utilizarlas como redes de pesca. El apretado tejido atrapaba a los alevines, devastando así el ciclo reproductivo. Y el insecticida del que estaban impregnadas las redes mataba todo lo demás, haciendo asimismo que el agua dejara de ser potable.

En segundo término, hemos de incentivar la ciudadanía corporativa global dejando que las empresas obtengan beneficios del desarrollo de nuevas tecnologías. Resolveremos las enfermedades y los cánceres causados por los problemas medioambientales aprendiendo a imprimir órganos. Gestionaremos los recursos que escaseen debido a la sobrexplotación etiquetando todo lo que tiene valor y cuantificándolo en la cadena de bloques. Desplegaremos vastos conjuntos de sensores físicos y algoritmos de vigilancia virtuales para monitorizar el comportamiento humano, convirtiéndolo en una serie de datos para poder modelarlo, predecirlo e influir en él. Todo se transforma para hacerlo compatible con el mercado. Así que, en efecto, se trata de un mercado más

«inclusivo», en el sentido de que el mercado es capaz de incluirlo todo.

Ni siquiera los progresistas se quejan de esta parte. El llamado Nuevo Pacto Verde (Green New Deal) apuesta por la idea de que la gran transición energética que vendrá no solo salvará el planeta, sino que dará trabajo a todo el mundo.

Aplauden cuando Estados Unidos o la Unión Europea adoptan nuevos objetivos, más ambiciosos, de cara a una rápida transformación de las infraestructuras energéticas, ansiosos por lograr la neutralidad en emisiones de carbono antes de que las temperaturas globales se disparen más allá de niveles reparables.

Consideran que su principal reto es convencer a los trabajadores occidentales de que les conviene reciclarse para la revolución verde.

Esa es la creciente industria del mañana. La exigencia de crecimiento del mercado no es un impedimento para la justicia social, económica y medioambiental, sino la forma de financiar y recompensar a quienes lo hacen posible. Energía y dinero para todos.

Basta preguntarle a Elon Musk. Sus vehículos íntegramente eléctricos de cero emisiones (junto con las subvenciones públicas y los créditos de carbono) lo han convertido en uno de los hombres más ricos del mundo (a temporadas el más rico), han creado puestos de trabajo para más de setenta mil empleados y han puesto de moda los coches eléctricos. Pero ¿de verdad los Tesla hacen del mundo un lugar mejor? Son divertidos de conducir y representan un gran reclamo publicitario para un futuro poscarbono en el que puedes pasar de cero a cien en menos de tres segundos. Pero en lo referente a su impacto medioambiental ocurre un poco como con los paneles solares. Aunque no expulsan gases de carbono mientras los conducimos, puede que la huella de carbono total que dejan a lo largo de su vida útil no sea mucho menor que la de sus equivalentes de gasolina, al menos hasta que transformemos la red eléctrica para que dependa menos del carbón y más de otros procesos que impliquen un menor consumo de carbono y nos comprometamos a producir energías renovables sin que acarreen la subyugación del Sur global, además de contaminación tóxica y pérdida de biodiversidad.[162]

Aun aceptando que los vehículos eléctricos y los paneles solares son —o serán un día— más eficientes energéticamente que las tecnologías de combustión de carbón y de petróleo, la cuestión más importante es cuán rápido pretendemos llevar a cabo esta transición. Para que las energías renovables proporcionen la mayor parte de nuestra energía, tendríamos que multiplicar por veinte la eólica y la solar.[163] Pero no hay suficientes tierras raras en el planeta para construir un sistema energético así y reemplazarlo luego cada dos décadas. Sustituir la mayoría de nuestras industrias del carbón y del petróleo por otras eléctricas agotaría toda nuestra energía y recursos de golpe, incrementando enormemente

las emisiones y la degradación medioambiental a corto plazo.[164] También podría acrecentar la desigualdad energética al desviar energía y recursos a la reconstrucción del propio sector energético. Por otro lado, llevar a cabo una transición lenta a medida que las fuentes se vayan agotando puede que no creara este tipo de tensiones, pero tardaríamos muchas décadas en llegar a cero emisiones netas. Ambos planteamientos tienen consecuencias catastróficas.[165]

Resulta imposible quebrantar las leyes básicas de la física. La única

respuesta real, una respuesta verdaderamente simple que ni los filantrocapitalistas ni los ecotecnólogos quieren oír, es que tenemos que reducir nuestro consumo de energía de forma radical. El decrecimiento es la única forma infalible de reducir la huella de carbono de la humanidad.[166] También nos daría el tiempo necesario para realizar la transición a tecnologías con un menor consumo energético. En lugar de plantearnos si es mejor que compremos un coche eléctrico, de gasolina o híbrido, quedémonos con el que tenemos. Mejor aún: empecemos a compartir el coche, a ir andando al trabajo, a trabajar desde casa o a trabajar menos. Como intentaba decirnos Jimmy Carter en sus denostadas

«charlas junto a la chimenea», bajemos el termostato y pongámonos un suéter.

Se beneficiarán nuestros senos nasales y saldrá ganando todo el mundo.

El decrecimiento puede convivir con el capitalismo basado en el crecimiento, pero no puede sustentarlo. Los defensores del Gran Reinicio y del Nuevo Pacto Verde creen haber dado con una especie de teoría de la gran unificación para diseñar una economía energética regenerativa que siga proporcionando un crecimiento exponencial a sus inversores. Puede que los progresistas crean que esa es la única forma de hacer que la idea del ecologismo resulte aceptable para aquellos que deben financiarlo o permitirlo. Pero al hacerlo, dan cobertura a quienes utilizan el cambio climático para justificar algunas formas auténticamente atroces de especulación tecnosolucionista, y a veces algo peor.

Es difícil narrar la historia reciente de la filantropía de las grandes empresas tecnológicas sin caer en teorías conspiranoicas, pero ello se debe al hecho de que ciertos personajes, así como sus vínculos con agentes de inteligencia, planes de chantaje, conducta sexual inapropiada y ambiciones globales, constituyen un elemento constante. Sean o no ciertas las peores acusaciones que pesan sobre ellos, su frecuente asociación y sus alianzas multimillonarias reflejan una visión compartida de cómo debería revolucionarse la filantropía del siglo XXI.[167]

Las fundaciones Gates y Clinton, que iniciaron su andadura respectivamente en 2000 y 2001, fueron elogiadas por la revista Wired como «la vanguardia de una

nueva era en la filantropía, en la que las decisiones —a las que a

menudo se califica de inversiones— se toman con la precisión estratégica que se exige a las empresas y los Gobiernos, y luego son objeto de un minucioso seguimiento para calibrar su éxito».[168]

A primera vista, este nuevo modelo de filantropía de capital riesgo era un intento de convertir la beneficencia en algo más parecido a un negocio. En lugar de derrochar dinero en causas perdidas, los filántropos podían invertir en proyectos que pudieran escalarse hasta el punto de generar rendimientos, que podían invertirse a su vez en otras empresas. El bien engendrando más bien. Pero estas fundaciones y sus iniciativas también proporcionaron un aura filantrópica que permitía a una vasta red de donantes milmillonarios sustentar agendas de investigación y relaciones personales éticamente cuestionables. De ese modo, donantes, científicos y miembros de la realeza acaban dotándose de mejores excusas para alojarse en alguna de las propiedades de Jeffrey Epstein; los servicios de inteligencia israelíes y estadounidenses obtienen activos de vigilancia y tecnologías clandestinas, y la élite de Davos consigue explorar

«soluciones» para su propia muerte (transhumanismo) o para la desigualdad global (eugenesia).[169]

Basta con leer un poco sobre cualquiera de esas iniciativas para ver nombres como los de los delincuentes Jeffrey Epstein, Ghislaine Maxwell y Michael Milken junto a los de miembros de la realeza británica como los príncipes Carlos (el actual monarca) y Andrés; fundadores de empresas tecnológicas como Bill Gates y Paul Allen; políticos como Bill y Hillary Clinton, y asesores de megaproyectos científicos como Boris Nikolić y Melanie Walker.[170] Cada uno de esos nombres viene a ser como la punta de lanza de toda una cultura privilegiada de aspirantes a reyes filósofos para quienes las nociones convencionales de moralidad y equidad son meros obstáculos en su objetivo de perpetuar su propio dominio. Representan un legado profundamente arraigado que se resiste a cualquier forma de cambio radical.

Para esta oligarquía global, la inversión ecológica y eso que —en términos contradictorios— denominamos «filantropía de capital riesgo» no hacen sino justificar nuevas formas de colonialismo territorial o incluso interpersonal.[171]

Cualquier cosa de la naturaleza puede mejorarse o hasta preservarse si primero la convertimos en una forma de propiedad y luego explotamos su valor en función del mercado. Según esta lógica, sin una apropiación real y una explotación consciente acabamos en una

«tragedia de los bienes comunales» en la que los

campesinos u otros seres humanos inferiores arrasan con algo valioso.

Bill Gates ha empleado esta misma lógica para convertirse en el mayor propietario privado de tierras agrícolas de Estados Unidos.[172] Desde una perspectiva inversionista, eso le permite cumplir con los objetivos de neutralidad en carbono de las carteras sostenibles, a la vez que le sirve de contrapeso a sus numerosas inversiones tecnológicas. Pero también le brinda la oportunidad de orquestar una mejora de la gestión de la tierra impuesta desde arriba. Por más que los pequeños granjeros que recurren a prácticas de baja tecnología o incluso de tradición autóctona ya saben perfectamente cómo mantener el suelo vegetal, rotar los cultivos y gestionar las escorrentías, Gates está convencido de que puede mejorar todo eso con el pensamiento analítico. Cree que puede utilizar la ciencia, la tecnología y más capital riesgo para desarrollar semillas más productivas, biocombustibles más baratos y prácticas agrícolas más avanzadas.

Gates actúa como si comprando recursos como la tierra y el agua, quienes tienen una inteligencia y una capacidad de previsión superiores pudieran gestionarlos en nombre de todos nosotros, utilizando una lógica y unas tecnologías que de todos modos los demás no podríamos entender.

Una vez más, esto en sí mismo no constituye tanto un proyecto mezquino o egoísta como el mero producto de una determinada cosmovisión. La propia Mentalidad es aquí el factor limitante. Bill Gates no tenía ningún interés financiero personal en las vacunas contra la covid que su fundación benéfica contribuyó a desarrollar. Sin embargo, aunque fomentó la cooperación entre las empresas que competían por desarrollar la vacuna, también defendió firmemente sus derechos de propiedad intelectual. Por ejemplo, convenció a los investigadores de Oxford para que llegaran a un acuerdo exclusivo con AstraZeneca, argumentando que si se privaba a las grandes farmacéuticas del incentivo del beneficio, corríamos el riesgo de sufrir un «colapso civilizatorio».

[173] Como dijo entonces el autor especializado en tecnología Cory Doctorow,

«pese a su adorable reputación de filántropo, Gates siempre ha suscrito la ideología de que el mundo debería estar custodiado por reyes monopolistas y depender de la generosidad de estos (guiada por su juicio sobrehumano) para progresar».[174]

El resultado fue que los países más ricos se vacunaron, mientras que a los más pobres se les negaron las exenciones de patentes que les habrían permitido producir legalmente la vacuna por sí mismos. Gates argumentó, de manera condescendiente, que tal planteamiento era discutible, puesto que de todos

modos aquellos países carecían de la sofisticación necesaria para fabricar su propia vacuna.[175] La ironía del asunto es que las nuevas vacunas basadas en el ARNm son en realidad mucho más fáciles y baratas de producir que las tradicionales:[176] se pueden fabricar en instalaciones un 99 por ciento más reducidas, son un 99 por ciento más económicas y se producen un 1.000 por cien más deprisa que las anteriores; sus tecnologías de producción resultan, pues, intrínsecamente democratizadoras, lo que no deja de ser un problema para quienes pretenden crear riqueza mediante monopolios que exigen una gran inversión de capital. Pese a las objeciones de Gates, el presidente Biden suspendió temporalmente las patentes de las farmacéuticas.[177] Esta no fue una decisión meramente compasiva, sino que también obedecía a un interés: las poblaciones no vacunadas generan más variantes del virus, que luego acaban volviendo a contagiar a la población de los países más ricos.

Podrás monopolizar, pero no puedes escapar.

[158] «Covid Vaccines Create 9 New Billionaires with Combined Wealth

Greater than Cost of Vaccinating World's Poorest Countries», Oxfam

International, 2 de septiembre de 2021, www.oxfam.org/en/press-releases/covid-

vaccines-create-9-new-billionaires-combined-wealth-greater-cost-vaccinating

[tinyurl.com/4evd8bx3].

[159] Maddie Stone, «Solar Panels Are Starting to Die, Leaving Behind Toxic

Trash», Wired, 22 de agosto de 2020, www.wired.com/story/solar-panels-are-

starting-to-die-leaving-behind-toxic-trash [tinyurl.com/584rh4vx].

[160] Klaus Schwab y Thierry Malleret, Covid-19: The Great Reset,

Cologny

(Suiza): Forum, 2020, p. 104.

[161] Stockholm University, «Mosquito nets: Are they catching more fishes than

insects?», ScienceDaily,

www.sciencedaily.com/releases/2019/11/191111100910.htm

[tinyurl.com/mthkd5f9]; Jeffrey Gettleman, «Meant to Keep Malaria Out,

Mosquito Nets Are Used to Haul Fish In», New York Times, 24 de enero de

2015, www.nytimes.com/2015/01/25/world/africa/mosquito-nets-for-malaria-

spawn-new-epidemic-overfishing.html [tinyurl.com/y8y68nme].

[162] Katarina Zimmer y Carl-Johan Karlsson, «Green Energy's Dirty Side

Effects», Foreign Policy, 18 de junio de 2020,

https://foreignpolicy.com/2020/06/18/green-energy-dirty-side-effects-renewable-

transition-climate-change-cobalt-mining-human-rights-inequality

[tinyurl.com/32espph4].

[163] «Earth and Humanity: Myth and Reality», YouTube, 16 de mayo de 2021,

2:52:14, www.youtube.com/watch?v=qYeZwUVx5MY [tinyurl.com/yvxvhb7s].

[164] «Para reemplazar todos los vehículos actuales del Reino Unido por

vehículos eléctricos, suponiendo que utilicen las baterías NMC 811 de nueva

generación, que consumen menos recursos, harían falta 207.900

toneladas de

cobalto, 264.600 toneladas de carbonato de litio, al menos 7.200 toneladas de

neodimio y disprosio, además de 2.362.500 toneladas de cobre. Esto supone algo

menos del doble de la producción mundial anual total de cobalto, casi toda la

producción mundial de neodimio, tres cuartas partes de la producción mundial

de litio, y al menos la mitad de la producción mundial de cobre de 2018»; ibid.

[165] Richard Heinberg, Power: Limits and Prospects for Human Survival,

Gabriola (Columbia Británica), Canadá: New Society, 2021.

[166] Para saber más sobre el decrecimiento, pueden consultarse los libros y

recursos que se mencionan en el sitio web del Post Carbon Institute,

www.postcarbon.org.

[167] Para saber más, véase Whitney Webb, One Nation Under Blackmail,

Chicago: Trine Day, 2022; Whitney Webb, «The CoverUp Continues: The Truth

About Bill Gates, Microsoft, and Jeffrey Epstein», Unlimited Hangout, 24 de

julio de 2021, https://unlimitedhangout.com/2021/05/investigative-reports/the-

cover-up-continues-the-truth-about-bill-gates-microsoft-and-jeffrey-epstein

[tinyurl.com/5n7dhdzf].

[168] Steven Levy, «Bill Gates and President Bill Clinton on the NSA,

Safe Sex,

and American Exceptionalism», Wired, 12 de noviembre de 2013.

[169] Whitney Webb, «Isabel Maxwell: Israel's "Back Door" into Silicon

Valley», Unlimited Hangout, 24 de julio de 2021,

https://unlimitedhangout.com/2020/07/investigative-reports/isabel-maxwell-

israels-back-door-into-silicon-valley [tinyurl.com/mr43spac]; Naomi Klein, The

Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism, Toronto: Alfred A. Knopf

Canada, 2007 [trad. cast.: La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre, Barcelona: Paidós, 2010]; Anand Giridharadas, Winners Take All: The Elite Charade of Changing the World, Nueva York: Penguin, 2018; CNN,

«Clinton's Foundation Got Millions from Saudis, Gates», CNN Politics, 18 de diciembre de 2008,

https://edition.cnn.com/2008/POLITICS/12/18/clinton.donations/

[tinyurl.com/7u4mtbjj]; Leslie Sanchez, «Thorny Thicket of Bill and Hillary Clinton Conflicts?», CNN Politics, 3 de diciembre de 2008, www.cnn.com/2008/POLITICS/12/03/sanchez.clinton/index.html

[tinyurl.com/yep2u6wp].

[170] Emily Flitter y James B. Stewart, «Bill Gates Met with Jeffrey Epstein

Many Times, Despite His Past», New York Times, 12 de octubre de 2019,

www.nytimes.com/2019/10/12/business/jeffrey-epstein-bill-gates.html

[tinyurl.com/yc6rye3t]; Tom Sykes, «Prince Andrew Was "Given" "Beautiful

Young Neurosurgeon" by Epstein, Says Ex-Housekeeper», The Daily

Beast, 22

de noviembre de 2019, www.thedailybeast.com/prince-andrew-was-given-

beautiful-young-neurosurgeon-by-jeffrey-epstein-says-ex-housekeeper

[tinyurl.com/45rhdpnj]; Kate Briquelet, «Melinda Gates Warned Bill About

Jeffrey Epstein», The Daily Beast, 7 de mayo de 2021, tinyurl.com/485evn9k;

Humanity+, «Humanity+ Clarification of Epstein Donation»,

https://web.archive.org/web/20210808214020/https://humanityplus.org/humanity-

clarification-of-epsteindonation [tinyurl.com/ydw9hyy5]; «Sustainable Oceans

Alliance: Impacting The SGDs», Clinton Foundation, 22 de diciembre de 2016,

https://archive.ph/jN15O; Jacob Bernstein, «Whatever Happened to Ghislaine

Maxwell's Plan to Save the Oceans?», The New York Times, 14 de agosto de

2019, www.nytimes.com/2019/08/14/style/ghislaine-maxwell-terramar-boats-

jeffrey-epstein.html [tinyurl.com/msaua63r].

[171] Amy Julia Harris, Frances Robles, Mike Baker y William Rashbaum,

«How a Ring of Women Allegedly Recruited Girls for Jeffrey Epstein», New

York Times, 29 de agosto de 2019,

www.nytimes.com/2019/08/29/nyregion/jeffrey-epstein-ghislaine-maxwell.html

[tinyurl.com/yc822r8h].

[172] Jo Harper, «Why is Bill Gates buying up US farmland?», DW,

www.dw.com/en/bill-gates-buys-big-on-a-farmland—shopping-spree/a-

57134690 [tinyurl.com/4phbye3c].

[173] Sissi Cao, «Bill Gates' Comments On COVID-19 Vaccine Patent Draw

Outrage», Observer, 27 de abril de 2021, https://observer.com/2021/04/bill-

gates-oppose-liftingcovid-vaccine-patent-interview [tinyurl.com/bdfs3p79].

[174] Cory Doctorow, «Manufacturing mRNA Vaccines Is Surprisingly

Straightforward», Medium, 6 de mayo de 2021,

https://coronavirus.medium.com/manufacturing-mrna-vaccines-is-surprisingly-

straightforward-despite-what-bill-gates-thinks-222cffb686ee

[tinyurl.com/53h8afbt].

[175] Ibid.

[176] Zoltán Kis, Cleo Kontoravdi, Antu K. Dey, Robin Shattock y Nilay Shah,

«Rapid Development and Deployment of High-Volume Vaccines for Pandemic

Response», Journal of Advanced Manufacturing and Processing, vol. 2, n.º 3

(2020), https://doi.org/10.1002/amp2.10060 [tinyurl.com/5cp6f5n6].

[177] Cao, «Bill Gates' Comments On COVID-19 Vaccine Patent Draw

Outrage».

11

La Mentalidad ante el espejo

Toda resistencia es vana

El mayor peligro para quienes suscriben la Mentalidad sería que escucháramos de verdad lo que nos están diciendo y reaccionáramos en consecuencia. En las fantasías tecnoutópicas que presentan desde los escenarios de las charlas TED, los estrados de Davos y los memorandos para inversores de Silicon Valley, a los seres humanos se nos retrata como poco más que limaduras de hierro que oscilan de aquí para allá entre los polos magnéticos establecidos por los ricos y poderosos, sobre todo en su intento de evitar que influyamos en su estilo de vida.

¿Cómo puede alguien escuchar la visión del Gran Reinicio del fundador del Foro Económico Mundial, Klaus Schwab, sin que se le pongan los pelos de punta?

[178] Sus lustrosos folletos y sus vídeos de alto presupuesto describen una solución total para que los mayores bancos y corporaciones del

mundo puedan emplear la automatización para solucionar el desempleo, la vigilancia masiva para resolver la inmigración, el seguimiento biométrico para garantizar la salud mundial, las redes de sensores para mejorar la agricultura, las cadenas de bloques para erradicar la esclavitud, la geoingeniería para remediar el cambio climático y el capitalismo para reparar el perjuicio extractivo de…, bueno, el capitalismo.

Tan fantasiosas proclamas para una transformación radical de la civilización orquestada por milmillonarios tecnócratas no se entienden bien en la calle y además socavan otros esfuerzos más legítimos para abordar las crisis que nunca pueden implementarse con semejante perfección. Los recelos que generan nos hacen confiar menos, por ejemplo, en la tecnología de las vacunas de ARNm, financiada en parte por la Fundación Gates; no hacen nada para incentivarnos a

cumplir las obligaciones relativas al uso de las mascarillas, sobre todo después de que en un primer momento se nos dijera que no hacía falta llevarlas; ni tampoco refuerzan los argumentos en favor de la firma de un acuerdo climático que otorga a una comisión internacional a cuyos miembros no ha elegido nadie la autoridad para decidir qué tipo de combustible tenemos que poner en nuestros coches o cómo debemos calentar nuestros hogares.

Además, aun cuando funcionan como es debido, los conjuntos de soluciones impuestos por la élite tecnocrática —fieles a la lógica del cientificismo— se niegan a tener en cuenta el alma humana, por muy irracional que resulte. La gente quiere que su liderazgo sea algo más que meramente utilitarista. Como explicaba el periodista decimonónico Walter Bagehot, la Constitución inglesa requería dos partes: «una para suscitar y preservar la reverencia de la población»

y otra para «emplear ese respeto en la labor de gobierno». Esta última constituía la función pragmática del Parlamento, en tanto la primera correspondía al papel, más sagrado, de la Corona. Mientras que el Gobierno electo valoraba la eficacia, la Corona respetaba la dignidad. O al menos, según Bagehot, debería hacerlo.

Lamentablemente, junto con sus quejas sobre la incapacidad de la Corona de cumplir con sus obligaciones divinas, la obra posterior de Bagehot se sumió en un racismo seudocientífico al postular que los mestizos carecían de los

«sentimientos tradicionales fijos» de los que dependía la naturaleza humana.

[179]

Sin embargo, lo que los planes meticulosamente elaborados por los progresistas para la formación laboral, la restauración del clima, los impuestos y la igualdad económica suelen pasar por alto es la necesidad —más esencial— de las personas de sentirse reconocidas y escuchadas. La forma de gobierno estadounidense, por ejemplo, hace especial hincapié en objetivos pragmáticos y en cosas tangibles como la propiedad, que considera la más defendible de las libertades. La Ilustración valoraba la lógica, la razón y la evidencia por encima de todo, ofreciendo un cambio refrescante y liberador para distanciarse del control de la Iglesia. Pero llevada al extremo e implementada por tecnócratas neoliberales, esta idea empieza a parecer totalizadora y desempoderadora, corrosiva para la forma en que la gente forja su identidad, conecta con sus propios objetivos y experimenta su participación en el gran esquema de las cosas. Tanto la asistencia pública tradicional como la renta básica universal actualizada de la Mentalidad parecen buenas sobre el papel; pero son pobres sucedáneos de la dignidad inherente a regentar la pequeña empresa propia o la granja familiar. Las políticas neoliberales favorables a las corporaciones y el

poder monopolizador de las nuevas tecnologías han hecho casi imposibles tales iniciativas.

El énfasis de los Gobiernos en la formación laboral, las habilidades de alta tecnología y nuestra compatibilidad general con un futuro digital ha llevado a las escuelas a priorizar las disciplinas «duras», lo que se conoce como CTIM —

acrónimo de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas—, por encima de otras consideradas más «blandas» como la lengua, los estudios sociales o la filosofía. La educación se ha distanciado de las humanidades, que son las que lidian con las cuestiones fundamentales relacionadas con nuestra dignidad y nuestro propósito en la vida, a la vez que forjan las facultades necesarias para pensar críticamente sobre los medios y los mensajes. Es peligroso dejar atrás estas habilidades.

En el ámbito universitario, mis colegas de humanidades sienten ahora la necesidad de enmarcar su trabajo y su investigación en el lenguaje de las ciencias sociales.[180] Utilizan ordenadores para analizar la frecuencia de la palabra «tú» en las obras de Shakespeare o para «fundamentar» premisas filosóficas como el aura o el sentido en estudios estadísticos y análisis de datos.

Y todo para que su trabajo parezca más científico y resulte atractivo a los Gobiernos, las ONG y las empresas patrocinadoras, todos ellos adheridos a los indicadores de éxito del programa general, que reduce el valor de todo y de todos a su valor de utilidad.

Si a eso le añadimos el omnipresente temor a la cancelación, especialmente entre aquellas personas que todavía pueden mostrarse reacias a afrontar su propia complicidad en el privilegio blanco, el acoso sexual o la desigualdad de género, tenemos una tormenta perfecta de resentimiento, exclusión y paranoia. Las infracciones contra la justicia social son más fáciles de perseguir en un entorno de medios digitales, donde cualesquiera declaraciones displicentes que uno pudiera haber hecho una o dos décadas atrás quedan grabadas de forma indeleble y pueden recuperarse y examinarse más tarde. Pero la memoria perfecta de esas plataformas también dificulta que la gente respalde el progreso, sobre todo si las nuevas normas pueden reformular bajo una nueva luz comportamientos previamente «aceptables». Lo que hoy se considera correcto, o se juzga un lenguaje apropiado en relación con la raza, el género o la sexualidad, mañana podría considerarse fácilmente inapropiado o incorrecto. Tal es la naturaleza del progreso, pero resulta incompatible con un mundo en el que todo queda registrado y todo registro es enjuiciable.

La ejecución de la justicia social adquiere así las cualidades cientificistas de la evaluación que hiciera Richard Dawkins de que los seres humanos carecen de cualquier tipo de volición significativa. Las intenciones de uno no importan, puesto que son solo una ilusión fabricada por estructuras de represión de mayor envergadura. No hay ningún margen para la ambigüedad ni para las señales contradictorias inherentes a la conexión humana. Todo el mundo es sospechoso y nadie tiene una excusa válida. En un entorno así, las pretensiones de omnisciencia divina de la élite solo generan miedo y paranoia, especialmente cuando ya estamos predispuestos al recelo y el resentimiento por el modo como las redes sociales, la vigilancia, la economía de bolos y las muchas otras manifestaciones de la Mentalidad en nuestra cultura han influido en nuestras vidas y en las de nuestros seres queridos.

La tan temida turba enfurecida es real. La vemos actuar en los grupos conspiranoicos de la derecha alternativa en internet, en los mítines de organizaciones religiosas fundamentalistas como Promise Keepers, en las amenazas de violencia de los antivacunas contra los consejos escolares locales y en la resistencia ante cualquier iniciativa coordinada a nivel mundial para mitigar el cambio climático. Solo que no se trata aquí, como creía el autor de Psicología de las masas,

Gustave Le Bon, de una condición preexistente de la sociedad que deba domeñarse desde arriba, sino de una respuesta directa al jerárquico intento tecnocrático de controlarlos —y controlarlo todo— ya de entrada. Como la lógica, la tecnología, los mensajes y el control remoto subyacentes a la Mentalidad son palpables en todas partes (la escuela, el trabajo, la sanidad, la guerra, el medio ambiente…), no es de extrañar que haya tanta gente asustada y enfadada. Pero, lejos de impulsar una alternativa a los prejuicios deshumanizados, misóginos, antisociales y catastrofistas de la Mentalidad, la resistencia constituye un reflejo de la propia Mentalidad.

De hecho, las semillas de los movimientos de resistencia más virulentos que hoy presenciamos en países como Estados Unidos se engendraron mucho antes de la victoria de Donald Trump propiciada por Twitter sobre la candidata del sistema, Hillary Clinton, en determinados subgrupos de foros de internet y tablones de imágenes como 4chan y Reddit. Sintiéndose culpabilizados de los males de la sociedad,[181] desempleados sin esperanza y sexualmente frustrados, pero armados con ordenadores portátiles y la tendencia de la Mentalidad a los ataques remotos, los integrantes de esta red dispar siempre han estado dispuestos a hacer ruido, pero no adquirieron especial prominencia hasta que se produjo el que daría en llamarse el Gamergate, una serie de ciberacosos extremadamente

coordinados contra mujeres diseñadoras de videojuegos y periodistas.[182]

Aunque esos jóvenes varones pueden haber resultado inescrutables para el sistema, los líderes de la naciente derecha alternativa los vieron como la infantería de su infoguerra digital contra la política de siempre. Steve Bannon, el ejecutivo de los medios y estratega político que acabaría siendo asesor de Donald Trump, acogió con los brazos abiertos a la nueva población de descontentos.

Sujetos ahora con la correa de Bannon, aquellos jóvenes frustrados y rechazados, que ya eran expertos en memes, troleos y gamberradas, se verían alentados a sentirse como un nuevo clan de tecnofrikis revolucionarios llamado a enmendar los errores de la izquierda castradora y políticamente correcta, así como de la mujer que la lideraba. Para Bannon, la respuesta estaba en fomentar la rabia necesaria entre los descontentos para que hicieran añicos el sistema y así poder empezar de cero. Como el inversor de una empresa emergente que insiste en lo que tiene de más radicalmente novedoso, Bannon comparaba su filosofía revolucionaria con la de Lenin: «Él quería destruir el Estado, y ese es también mi objetivo. Quiero que

todo se desmorone y destruir por completo el sistema actual».[183] Se trata aquí de provocar una destrucción destructiva, forzando la agitación necesaria y evitando cualquier posibilidad de cambio gradual.

Puede que Bannon crea que los tecnócratas han situado la civilización occidental en una trayectoria descendente y que solo una sacudida al sistema puede revertir su declive.[184] Pero lo irónico del caso es que el sueño radicalmente antitecnocrático de Bannon se basa de hecho en una ortodoxia tecnocrática marginal característica de Silicon Valley conocida como aceleracionismo.

Originado en una novela de ciencia ficción de la década de 1960 (no podía ser de otro modo), el aceleracionismo sostiene que el mejor camino para que la humanidad avance consiste en acelerar el desarrollo informático, la automatización y el capitalismo global, con el objetivo de fusionar en última instancia a los seres humanos con la tecnología digital.[185] Según el historiador de la tecnología Fred Turner, «en Silicon Valley el aceleracionismo forma parte de todo un movimiento que afirma que si conseguimos la tecnología correcta, ya no necesitamos la política, podemos deshacernos de la “izquierda” y la

“derecha”».[186]

Para Bannon, el verdadero propósito del aceleracionismo es colapsar el propio sistema: hacer funcionar los procesadores y procesos del tecnocapitalismo tan deprisa y con tanta fuerza que se estropeen o se rompan. Por eso no importa lo

que se le diga a la gente ni lo que crea, ya sean noticias reales o falsas, mientras ello socave su fe en el Estado administrativo. Con ello Bannon adopta el mismo discurso basado en un «evento» catastrófico que los preparacionistas milmillonarios, salvo por el hecho de que en lugar de limitarse a prepararse para el apocalipsis, él intenta provocarlo activamente.

En este aspecto, Bannon tuvo un aliado en Peter Thiel. Como explicaba Max Chafkin, biógrafo de Thiel, «hay una línea muy fina entre tratar de explotar los acontecimientos que ya están ocurriendo y tratar de fomentarlos. Y creo que, en su trayectoria, Thiel no solo se ha dedicado a invertir en el potencial colapso de los órdenes existentes, sino también a intentar acelerarlo».[187] Esto explicaría por qué, además de invertir en propiedades neozelandesas desde las que él y una

«élite cognitiva» de «individuos soberanos» podrían establecer un nuevo orden social tras una catástrofe apocalíptica,[188] Thiel también financió a grupos antiinmigrantes de extrema derecha a finales de la década de 2010, apoyó a candidatos políticos extremistas y promovió la actividad de la derecha alternativa en internet, donde Bannon estaba intentando agitar las cosas.[189]

Bannon se aprovechó del hecho de que Twitter y Facebook ejercían un atractivo similar al de los videojuegos para alistar y activar a nuevos soldados en la gran guerra contra el Estado profundo. Las batallas virtuales de memes se convirtieron en su estrategia de reclutamiento. Y ello porque, como una secta que al principio se oculta bajo la apariencia de un divertido juego antes de revelar su naturaleza más oscura y totalitaria, en un primer momento la actividad de la derecha alternativa en las redes sociales parecía alegre y desenfadada. Eso era algo intencionado. El tono caricaturesco de los memes de internet posibilitaba que si alguien se pasaba de la raya con una alusión nazi o una amenaza de muerte, siempre podía alegar que era solo un chiste, una broma virtual. Son cosas de internet, es solo un videojuego; no se hace daño a nadie.

Pero sí, se hizo daño. Intencionadamente, además. Todo el mundo fue testigo de ello en el asalto al Capitolio, la desintegración de la fe en el sistema electoral estadounidense y la posterior incapacidad de los funcionarios electos y los servicios de noticias del país para ponerse de acuerdo siquiera en una realidad básica.

También yo lo viví de cerca cuando perdí a uno de mis mejores amigos —

llamémoslo Sam— en la campaña más fructífera de ese juego de guerra virtual que pasaría a conocerse como QAnon. Todo empezó de forma bastante inocente.

Más bien como un prolongado juego de aventurados experimentos mentales del tipo «¿Y si…?», la clase de conversación que Sam y yo solíamos tener en nuestro dormitorio universitario después de unas cuantas cachimbas. ¿Y si la realidad es un videojuego al que hemos olvidado que estamos jugando? ¿Y si Stanley Kubrick falsificó la llegada a la Luna en un plató de cine? ¿Y si la estación HARP de verdad puede controlar el tiempo?… Se trataba de un juego de ingenio que a veces incluso proporcionaba algunas reflexiones perspicaces sobre la interacción entre los medios de comunicación, la tecnología y la psique colectiva.

Las «gotas» de QAnon —una serie de mensajes crípticos publicados en la red y supuestamente procedentes de un informante de algún lugar del Estado profundo

— provocaban ese mismo tipo de indagación. Correspondía siempre a los lectores la tarea de ensamblarlas para generar profecías, como si se tratara de un tremendo juego de rol de tipo fantástico en el que se elabora un relato y luego se pone a prueba mediante un «test A/B» en las redes sociales. Solo los elementos más estimulantes y contagiosos de la historia sobreviven y se reproducen, y acaban llegando a los grandes medios de comunicación convencionales porque los políticos electos los repiten como loros.

Yo era consciente del peligroso atractivo de ese laberinto, pero pensé que mi amigo y yo estaríamos a salvo mientras mantuviéramos cierta distancia y recordáramos que todo aquello era una metáfora: una forma de psicoanálisis colectivo o de fanficción que utilizaba respectivamente mensajes de Twitter y noticias de televisión en lugar de sueños o novelas de ficción científica como su contenido original. Muchos de los mensajes eran memes que iban medio en serio y medio en broma, lo cual ayudaba a camuflar todo el proyecto como una forma de sátira sociopolítica. Parecían ir en la línea de las tácticas gamberras practicadas en la década de 1960 por Abbie Hoffman y los yippies que pretendieron hacer «levitar» el Pentágono utilizando energía psíquica. O las descabelladas especulaciones de las sátiras anticonspiranoicas de Robert Anton Wilson y los discordianos, cuya «Operación Mindfuck» pretendía desestabilizar el discurso predominante en torno a la Guerra Fría y la cultura de consumo estadounidense.

Como me ocurría a mí, a los seguidores de Q los neoliberales tecnócratas les parecían un tanto desalmados y veían una sólida posibilidad de que al menos algunas de las acusaciones que se vertían contra ellos tuvieran fundamento. Yo suponía que nadie creía en serio el mito central: que los demócratas y su Estado

profundo forman parte de una élite global que mantiene su poder mediante el abuso sexual de menores y el asesinato ritual; o que extraen un fluido psicodélico llamado adrenocromo de la sangre de los niños y luego lo consumen para aumentar su poder. Pese a los tejemanejes de Jeffrey Epstein, creía que todos teníamos claro que la mayor parte de esos rumores sobre los políticos no eran literalmente ciertos. Antes bien, que el relato del abuso de menores de Q era una gran metáfora de la vida en la tecnocracia global: de cómo unos milmillonarios impíos nos infantilizan y nos joden a la vez. La

cuestión era que si la gente viera realmente cómo funciona el corrupto sistema global, se horrorizaría. Ese sería lo que la gente de Q llama el «Gran Despertar».

Pero resulta que mi amigo Sam, un escritor al que en otro tiempo yo acudía en busca de consejo sobre los asuntos más importantes de mi vida, se tomaba todo eso al pie de la letra. Me enviaba regularmente mensajes de texto a altas horas de la noche para avisarme de que miles de pederastas y políticos estaban a punto de ser detenidos en una redada masiva del Ejército y que debía mantenerme alejado de las calles. «Ya se acerca. Definitivamente será esta semana. Quédate en casa».

Solo puedo conjeturar qué hacía que Sam fuera más vulnerable que yo. Creo que tenía algo que ver con el hecho de que yo era un chico de ciudad y él se había criado en el campo. Se identificaba más con las dificultades que atravesaban los habitantes de las zonas rurales, a los que todo el mundo explotaba y trataba con condescendencia, desde las grandes agroindustrias (que les quitaban sus granjas) hasta las grandes farmacéuticas (que les hacían adictos a la oxicodona), pasando por los grandes medios de comunicación (que los retrataban como paletos racistas).

Yo no dejaba de preguntarme cómo una persona tan inteligente podía haber acabado uniéndose a aquella secta, creyendo aquel tipo de cosas y participando de sus payasadas. Pero quizá me confundiera porque no estaba enfocando bien el asunto. Los miembros de una secta no suelen mostrarse activamente airados, sino más bien pacíficos y complacientes. Al fin y al cabo, han encontrado La Verdad. Sonríen, no se quejan ni se lamentan de que sus quejas se hayan desvirtuado. No, aquí no se trataba realmente de una secta, sino más bien de un caso clásico de adicción a internet. ¿Acaso nos preguntamos alguna vez «cómo alguien tan inteligente ha podido convertirse en un adicto»? No, porque lo que desencadena y mantiene la adicción es una parte completamente distinta de la constitución física y emocional del individuo. Si acaso, la adicción recurre a su inteligencia para mantener el aprovisionamiento de droga y rechazar todos los

intentos de intervención.

Entonces, ¿a qué eran adictos Sam y su cohorte? No a la mitología Q ni a la filosofía de la derecha alternativa ni a ningún otro discurso en particular. Eran —

y siguen siendo— adictos a permanecer en línea, y leer y desplazarse

hacia abajo por la pantalla hasta obtener ese pequeño subidón de dopamina que viene cuando logras unir todos los puntos: Fauci, China, Gates, 5G, Epstein, transhumanismo… ¡Ah! ¡Qué delicia! Momentáneamente todo cobra sentido. Y

luego, si publican la idea, recibe unas cuantas visitas, «me gusta» y comentarios de otros, y, ¡aah, aaah!, ¡oooh, oooh!…, otro subidón de dopamina. Y otro y otro.

Además de una pizca de dignidad por verse reconocido. Es como si Q fuera solo una expresión de adicción a internet en fase terminal. La perfecta caja de Skinner y el perfecto mecanismo de transferencia freudiano, todo a la vez y en versión digital. Un auténtico éxito para la industria de internet.

Tras la derrota electoral de Trump, las cosas fueron a peor. Sam se sintió traicionado. Empezó a quedarse despierto toda la noche leyendo tuits y siguiendo los enlaces de los principales tuiteros de la derecha alternativa. Se convenció de que se habían utilizado ordenadores para cambiar el voto, probablemente por parte de Angela Merkel desde Múnich o del propio Barack Obama operando digitalmente a través de un consulado en Italia. El asalto al Capitolio parecía que iba a ser el clímax. Aunque los asaltantes no consiguieron ni matar al vicepresidente ni impedir que se certificaran las elecciones aquella misma noche, murieron cinco personas a consecuencia del tumulto. Sin embargo, el resultado no fue precisamente una de esas ocasiones en las que la gente se da cuenta de que ha ido demasiado lejos. Antes al contrario, en el momento de redactar estas líneas, y pese a las declaraciones del FBI, el Departamento de Justicia y el Departamento de Seguridad Nacional en sentido contrario, la mitad de los republicanos de Estados Unidos siguen creyendo que los responsables del asalto al Capitolio fueron activistas de izquierda.

Finalmente, cuando Joe Biden empezó a contratar asesores de seguridad más partidarios de la línea dura, Sam apareció en una de mis aplicaciones de mensajería regañándome por haber defendido el sanguinario sistema establecido en mis tuits y mis artículos. El inminente derramamiento de sangre que se avecinaba pesaría sobre mi conciencia. Los hijos de los habitantes de los estados republicanos que tan poco me importaban serían ahora mutilados en guerras innecesarias. Yo debía «asumirlo».

Sentí como si aquello que de forma consensuada consideramos la realidad se hubiera fracturado y hubiera arrastrado a mi viejo amigo al abismo. Algo de lo que la polarización de las redes sociales y la

desinformación son responsables en buena medida; pero también lo es la naturaleza totalizadora de la Mentalidad, en cuanto esta determina el propio paisaje de nuestra cultura, economía y sociedad, el entorno mediático en el que intentamos enmarcar nuestro razonamiento y nuestra cognición básica. Se trata del mismo control de los humanos por parte de las máquinas contra el que Bannon afirma estar luchando. O bien reflejamos la Mentalidad, o bien nos rebelamos contra ella de tal manera que la reafirmamos.

Los valores ludificados de la Mentalidad se han contagiado a personas que creen que por fin se están tomando la píldora roja, escapando de la simulación de Matrix y viendo el mundo real tal y como es. Odian a Bill Gates, Jeff Bezos y Mark Zuckerberg por sus ambiciones globalizadoras, su eventual «censura» de las teorías conspiranoicas y sus alianzas con los demócratas. Y, sin embargo, abrazan la oportunidad de ser exactamente como esos autoproclamados amos del universo, rehaciendo el mundo como si jugaran a un juego de «simulación de dios» en el ordenador. Al aceptar su papel de usuarios en las plataformas de redes sociales —unos «usuarios» que en realidad son quienes proporcionan todo el contenido y el trabajo—, los miembros del club construyen relatos a partir de diminutos indicios, «investigando» activamente, y luego asumen la lógica del juego, al estilo de la «fanficción», como si fuera el funcionamiento oculto del mundo real. A la manera de un improvisado ejercicio del tipo «sí, y…», o de un experimento de código abierto, todos añaden sus propios hechos al canon, por contradictorios que sean.

Sin embargo, el Gran Despertar que esperan suscitar presenta cierta semejanza más que pasajera con las fantasías de los milmillonarios de la tecnología a las que creen oponerse. No hay nada gradual, ninguna teoría del cambio, ni adaptación, ni solución de compromiso. Solo la anticipación entusiasta de un apocalipsis depurador. La voluntad de derribarlo todo y empezar de nuevo. La auténtica autonomía implica la independencia total de todas las obligaciones para con la comunidad y de las condiciones en las que vivimos. Cualquier solución de compromiso equivale a la castración. Solo debemos darnos por satisfechos con una infinidad de opciones y una libertad absoluta. Tal es nuestro legado, nuestro destino y nuestro derecho inalienable.

[178] Klaus Schwab y Thierry Malleret, Covid-19: The Great Reset, Cologny

(Suiza): Forum, 2020.

[179] Robbie Shilliam, «How Black Deficit Entered the British

Academy»,

https://robbieshilliam.wordpress.com/2017/06/20/how-black-deficit-entered-the-

british-academy [tinyurl.com/3vpb5evp].

[180] Adam Kirsch, «Technology Is Taking Over English Departments», New

Republic, 2 de mayo de 2014, https://newrepublic.com/article/117428/limits-

digital-humanities-adam-kirsch [tinyurl.com/n6wh984z].

[181] Adi Robertson, «The FBI has released its Gamergate investigation

records», Verge, 27 de enero de 2017,

www.theverge.com/2017/1/27/14412594/fbi-gamergate-harassment-threat-

investigation-records-release [tinyurl.com/3fsxkt5y].

[182] Michael James Heron, Pauline Belford y Ayse Goker, «Sexism in the

Circuitry», ACM SIGCAS Computers and Society, vol, 44, n.º 4, pp. 18-29,

https://doi.org/10.1145/2695577.2695582 [tinyurl.com/3v9m6j3j].

[183] Ronald Rodash, «Steve Bannon, Trump's Top Guy, Told Me He Was "a

Leninist"», Daily Beast, 13 de abril de 2017, www.thedailybeast.com/steve-

bannon-trumps-top-guy-told-me-he-was-a-leninist [tinyurl.com/ynw3523p].

[184] Jeremy W. Peters, «Bannon's Worldview: Dissecting the Message of "The

Fourth Turning"», New York Times, 8 de abril de 2017,

www.nytimes.com/2017/04/08/us/politics/bannon-fourth-turning.html

[tinyurl.com/yu2zvmsd].

[185] Roger Zelazny, Lord of Light, Nueva York: Harper Voyager, 2010 [trad.

cast.: El Señor de la Luz, Barcelona: Minotauro, 2003].

[186] Andy Beckett, «Accelerationism: How a Fringe Philosophy Predicted the

Future We Live In», The Guardian, 11 de mayo de 2017,

www.theguardian.com/world/2017/may/11/accelerationism-how-a-fringe-

philosophy-predicted-the-future-we-live-in [tinyurl.com/2pb7psdh].

[187] Max Chafkin, pódcast QAnon Anonymous, 10 de diciembre de 2021.

[188] Mark O'Connell, «Why Silicon Valley Billionaires Are Prepping for the

Apocalypse in New Zealand», The Guardian, 15 de febrero de 2018, www.theguardian.com/news/2018/feb/15/why-silicon-valley-billionaires-are-prepping-for-the-apocalypse-in-newzealand [tinyurl.com/yc3xef2m].

[189] Max Chafkin, The Contrarian: Peter Thiel and Silicon Valley's Pursuit of

Power, Nueva York: Penguin, 2021.

12

Karma cibernético

El tiro por la culata

Cuando era niño, mi padre y yo veíamos juntos al Coyote y el Correcaminos los sábados por la mañana. Los Looney Tunes eran en su mayoría cortometrajes de cine reformulados para la televisión —tal como ahora la televisión se ha reformulado para internet—, así que, mientras yo veía aquellos dibujos animados por primera vez, para mi

padre la experiencia consistía más bien en redescubrir en un nuevo entorno mediático cortos que ya había visto proyectados en cines.

Me imagino que por eso sabía siempre lo que iba a ocurrir.

«Tú observa —me decía mientras el Coyote ideaba una nueva supertrampa de alta tecnología para el Correcaminos—. Le va a salir el tiro por la culata».

Recuerdo haber estado reflexionando sobre la frase, preguntándome qué era una culata, mientras el Correcaminos corría hacia la trampa, se comía la golosina, hacía bip-bip, y salía disparado sin sufrir el menor daño. Entonces el Coyote regresaba a examinar su artilugio, pisaba la plataforma bajo la que se ocultaba la trampa y de repente esta saltaba por los aires, caía sobre su cabeza y le aplastaba como un acordeón.

Obviamente, no es que mi padre recordara aquel episodio concreto de su infancia, sino que conocía la trama. El Coyote cree que su intelecto superior, su acceso a la tecnología y su lugar en el orden evolutivo le garantizan una victoria inevitable sobre el veloz pero estúpido pájaro. Cada vez que uno de sus planes fracasa, construye una nueva trampa, más grande y complicada, que luego nunca funciona como se esperaba. Lejos de ello, y para más inri, le sale siempre el tiro por la culata de una forma aún más espectacular y dolorosa de lo que el Coyote

había previsto.

La propia arrogancia del Coyote es invariablemente el instrumento de su perdición. Si bien esta es una pauta bastante fácil de entender para un niño de seis años, resulta ser una lección que quienes suscriben la Mentalidad parecen incapaces de aprender. Por muy inteligentes y superiores a sus presas que puedan ser, por muy avanzados tecnológicamente y muy bien financiados que puedan estar, y por mucho que puedan aislarse de forma preventiva, se engañan a sí mismos si creen que están a salvo. Ninguno de nosotros puede escapar para siempre a las consecuencias de sus actos. Al final a todos acaba por salirnos el tiro por la culata. Aunque la idea de retribución kármica o el concepto de error trágico son muy antiguos, probablemente desempeñen un papel único en la era digital.

No es la tecnología que utilizan, sino la voluntad de conquista —el esfuerzo en sí mismo— lo que crea el problema básico. La tecnología, en su mayor parte, ha servido simplemente como una forma de

aprovechar la propia ventaja o acelerar la conquista. Los carros eran como los antiguos vehículos blindados: facilitaron la conquista de pueblos que ni siquiera habían desarrollado la metalurgia. Las cadenas de montaje permitieron a los primeros monopolios privilegiados contratar mano de obra barata por horas, privando de derechos a los artesanos independientes y socavando sus gremios. La pólvora y los cañones, las máquinas de vapor y los tanques de gasolina aceleraron la conquista de poblaciones y lugares mientras los colonialistas, conquistadores y capitalistas se esforzaban por rehacer el mundo a su imagen y semejanza. Sin todas esas tecnologías, puede que nunca hubiéramos logrado ninguno de los tremendos avances que hemos hecho en medicina, arquitectura, transporte, fabricación, agricultura y demás, de los que nuestra civilización puede sentirse justamente orgullosa, pero a la vez arrepentida asimismo por sus numerosas consecuencias no deseadas.

Hasta ahora, el mero esfuerzo de luchar y seguir avanzando ha bastado para ayudar a muchos de los conquistadores y capitalistas más agresivos del mundo a evitar los efectos negativos de sus propias actividades. Se «mueven rápido» al

«romper cosas» para que, al caer, los escombros que dejan tras de sí no los alcancen. De manera similar, la auténtica carrera hacia el espacio, la riqueza y lo que sea que los titanes de la tecnología creen entender por «soberanía» no consiste tanto en correr para acercarse a una visión tecnoutópica como en huir para alejarse de todo el daño y el resentimiento que intentan dejar atrás.

Pero ocurre que los actuales milmillonarios involuntariamente autodestructivos son un poco como el Coyote en la última escena de los dibujos animados, en la que este ha construido un supercomplejo robot hembra para atraer al Correcaminos hacia un precipicio que ha sido hábilmente camuflado bajo la apariencia de un lugar seguro. Pero el Correcaminos, misteriosamente, esquiva la trampa. Y el Coyote, olvidando aparentemente el diseño de su propia creación, se precipita a través del artificio hasta superar el borde del risco. Entonces se queda ahí, suspendido en el aire, hasta que se da cuenta de lo que ha hecho. Solo en ese momento inicia su caída hacia su destino en el fondo del abismo.

Nuestros milmillonarios se encuentran justo en ese momento de suspensión, como si hubieran conducido sus Teslas hasta los acantilados que bordean la autopista de la costa de California. Mirando hacia abajo, pero sin caer aún, esperan que algún nuevo tipo de esfuerzo, alguna tecnología de próxima generación, les permita

exprimir otro siglo de progreso y los salve de llevarse su inevitable merecido. Ya no queda ningún otro lugar al que ir.

Se han quedado sin alternativas porque la Mentalidad solo conduce en línea recta hacia el crecimiento y el progreso. Puede que los inversores califiquen de

«cíclicos» a los mercados, pero en realidad esa es solo su forma de justificar las sacudidas provocadas por las maniobras de reactivación y dumping de los operadores aficionados. Para la verdadera clase inversora, la tendencia es siempre lineal, ascendente y hacia delante. Sin embargo, su innovación y su espíritu empresarial tienen tanto que ver con hacer auténticos progresos como con superar las externalidades, eludir el sufrimiento y evitar las horcas de las masas enfurecidas. Cada nuevo salto tecnológico —desde la agricultura, la aritmética y la escritura hasta las máquinas de vapor, la televisión y los satélites

— les ha dado la capacidad de eludir las secuelas o de controlar nuestras reacciones a ellas. Cualquier cosa para evitar cerrar el círculo, llevarse su merecido. Nunca mires atrás. Crece exponencialmente. Sube de nivel.

Pero la tecnología digital podría ser distinta.

Aunque la Mentalidad nos haya llevado a la era digital, todavía no ha descubierto cómo enfrentarse a la principal novedad que lo digital ha traído consigo: la cibernética; los bucles circulares generados por los ordenadores, la vigilancia, la realimentación y la interacción.[190] El término lo inventó el matemático y filósofo de la tecnología Norbert Wiener cuando diseñaba afustes para cañones y antenas de radar durante la Segunda Guerra Mundial. La idea era

que estos sistemas respondieran a los datos procedentes de sensores para reajustarse por sí solos. En lugar de limitarse a seguir una determinada orden inicial de hacia dónde apuntar, el cañón utilizaría la realimentación de su entorno para localizar y seguir a su objetivo.

La cibernética podría utilizarse para diseñar sistemas mecánicos o incluso concebir los ya existentes de forma distinta, y para crear cosas que actuaran de forma más parecida a como lo hacen los robots. Así, en lugar de medir la distancia que hay entre todas las plantas de un bloque de pisos, el ascensor utiliza la información que recibe de un sensor para determinar cuándo ha llegado al lugar apropiado para abrir las puertas. De manera similar, el termostato de casa «percibe»

cuando se ha alcanzado una determinada temperatura y apaga la calefacción. El sensor recibe realimentación del entorno, que luego «itera» en su siguiente decisión; esta, a su vez, vuelve a modificar el entorno, y así sucesivamente. El termostato integra la calefacción y la habitación en un sencillo sistema circular autorregulado. Puede responder a los cambios producidos en el entorno sin necesidad de recibir nuevas órdenes de un controlador humano.

Esta concepción basada en bucles de realimentación y sistemas circulares entusiasmó a mucha gente. Gregory Bateson y Margaret Mead creían que la cibernética evitaría el fascismo, porque, mientras que este depende de la fragmentación del conocimiento y de una dirección excesivamente simplificada ejercida desde arriba, la cibernética engendraría holismo y serviría como «una especie de vacuna contra la fragmentación».[191] Los expertos en comunicación se dieron cuenta de que no se limitaban a enviar mensajes a las masas: estas reaccionaban, dialogaban entre sí y modificaban su comportamiento en función de un sinfín de factores. Los sociólogos empezaron a considerar la economía y los mercados como sistemas iterativos. Incluso el clima, el medio ambiente y la misma sociedad humana comenzaron a tener sentido cuando empezaron a entenderse como sistemas vivos, con su propia capacidad de respuesta e iteración, regidos tan solo por lo que pasaría a conocerse como «complejidad».

Todas las personas y las cosas percibían y respondían a todas las demás, al tiempo que también las alimentaban. La lógica lineal de mando y control dio paso a los ciclos de la teoría de sistemas.

Las máquinas de computación surgieron de esa misma idea. En lugar de utilizar un sistema de mando y control jerárquico descendente, los ordenadores realizan sus tareas mediante algoritmos: ciclos que se repiten, como un bucle, hasta que obtienen su respuesta. Bucles, bucles y bucles. La potencia de un procesador se

mide en términos de cuántos ciclos puede realizar en un segundo, al igual que la calidad de una grabación digital se mide en términos de su «frecuencia de muestreo». Los ordenadores dieron lugar a las matemáticas del caos y a los fractales, ambos productos de este tipo de procesos iterativos y circulares en los que los resultados se «realimentan» de nuevo al principio de la ecuación. Como un micrófono que «escucha» su propio sonido emitido por el altavoz.

Realimentación.

Lo intrigante de toda esta matemática del caos es que no tiene una

naturaleza lineal. A diferencia de la aritmética y la geometría euclidiana que la mayoría de nosotros aprendimos en la escuela, estos conceptos no resultaban fáciles ni excesivamente simples. Atrás quedaron las formas perfectas e idealizadas de la antigua Grecia, reemplazadas ahora por topografías irregulares generadas por ordenador que se asemejaban más a nubes, arrecifes de coral o lechos forestales.

De algún modo, de todos esos ciclos de súper alta tecnología surgían las formas características de la naturaleza. La teoría de sistemas, la realimentación y la iteración permitieron a los matemáticos abordar la complejidad de la propia realidad en lugar de barrer todas esas cosas raras bajo la alfombra de la aproximación. Dado que estos sistemas —los sistemas del mundo real— se concebían ahora como no lineales, ello implicaba que el cambio podía provenir de cualquier parte. De ahí surgió la idea —hoy convertida en un lugar común—

de que el aleteo de una mariposa en Brasil puede desencadenar una cascada de acontecimientos que acabe provocando un huracán en Texas.[192]

Esas mismas nuevas reglas parecían aplicarse asimismo a la sociedad humana.

Con el advenimiento de las tecnologías digitales, las tradicionales formas lineales de control y comunicación dieron paso a algo distinto. Cada uno de nosotros era una «mariposa» en potencia, un «punto remoto con un alto efecto palanca» desde el que se podían iniciar efectos masivos que afectaban a todo el sistema. Un niño podía idear un programa que llegara a millones de personas.

Un ciudadano privado con una videocámara podía grabar a la policía golpeando a un hombre negro y cambiar todo el debate en torno a la raza y la actuación de las fuerzas del orden en Estados Unidos.

Sin embargo, antes siquiera de que hubiéramos cesado de aplaudir el poder de los pequeños actores en los gigantescos sistemas reticulares, unos cuantos tipos armados únicamente con cúteres consiguieron estrellar tres aviones contra el Pentágono y el World Trade Center. Con un presupuesto de apenas unos miles de dólares, volvieron una red de transporte multibillonaria contra una red financiera

igualmente multibillonaria. Se había revelado el lado más oscuro de los puntos remotos con alto efecto palanca. Las redes y la complejidad nos vuelven a todos vulnerables a la realimentación. Resulta que toda

nuestra conectividad y todos nuestros sistemas abiertos hacen que estemos de hecho menos seguros.

La búsqueda de la omnipotencia a través de la tecnología ha alcanzado su punto de rendimiento decreciente. Es más: ese mismo esfuerzo se está convirtiendo en su propia perdición. Internet —quizá el mayor logro de la tecnocracia— es también el mayor mecanismo de realimentación de todos los tiempos. De hecho, sus artífices fueron lo bastante inteligentes para intentar evitarlo. La visión original de la red descrita por Ted Nelson era la de una retícula de enlaces bidireccionales, en la que «cualquiera puede publicar comentarios conectados a cualquier página».[193] Habría sido un gran sistema dinámico, en el que cada enlace a otro sitio sería también un enlace desde allí; algo menos parecido a una plataforma de publicación que a un sistema nervioso. Un sistema así resultaba demasiado complejo y, posiblemente, también demasiado democrático para desarrollarlo o para que tuviera éxito en un entorno mediático todavía basado en gran medida en la transmisión unidireccional, de modo que fue archivado en favor de lo que hoy conocemos como la web.

Pero la naturaleza cíclica de la red acabó por imponerse de todas formas, desatando su efecto cibernético sobre todo el mundo. Si se puede concebir la Mentalidad como una flecha unidireccional de intención desbocada —progreso hacia el oeste, viaje del héroe, clímax masculino, el éscaton—, la cibernética puede verse como el resurgimiento de los ritmos cíclicos de la naturaleza. De hecho, sería esta la última en reír, en cuanto la Mentalidad podría muy bien estar generando su propio opuesto. Y justo en el momento oportuno.

Vivimos en medio de un sinfín de bucles de realimentación, lo que hace difícil saber quién hace qué y a quién. Somos los progenitores de nuestras tecnologías, pero también somos sus usuarios y sus entrevistados. Como explicaba John Culkin —uno de los padres de la teoría de los medios— en un artículo sobre Marshall McLuhan: «Nos convertimos en aquello que contemplamos. Nosotros modelamos nuestras herramientas y luego nuestras herramientas nos modelan a nosotros».[194] Aunque es fácil constatar esto en las tecnologías más sencillas, como el modo en que el automóvil ha configurado las periferias residenciales, en las cibernéticas resulta un poco más complejo. Cada ciclo constituye un nuevo bucle de realimentación en el que tanto nosotros como nuestras máquinas nos transformamos, iteramos y nos reajustamos. Nuestros algoritmos son blancos

móviles, que aprenden nuevos ataques cada vez que desarrollamos nuevos mecanismos de defensa. Nadie dirige realmente hacia dónde

va todo.

Esto se ha convertido en una auténtica pesadilla para quienes todavía aspiran a controlar el sentir de la ciudadanía. En cierta ocasión me llamaron de una empresa de relaciones públicas para que los ayudara a dar una «respuesta rápida» a un escándalo empresarial. Habían oído hablar de mi libro Present Shock (de hecho, ya nadie lee libros, excepto usted, estimado lector) y creían que yo podría ayudarlos a desarrollar y gestionar un tablero centralizado de respuestas de emergencia a través del cual las empresas con problemas pudieran controlar «el paisaje memético». Así, si alguien pilla a una empresa con pelos de rata en sus galletas, un taller de trabajo esclavo en su cadena de suministro o una conducta sexual inapropiada en su sala de juntas, los jefes podrían encerrarse en la sala de crisis de la firma de relaciones públicas y poner en marcha las contramedidas.

«¡Un momento! —recuerdo que intervino el gerente de marca mientras el equipo le leía algunos de los últimos tuits que llegaban sobre su producto—. ¿Son respuestas a nuestra última publicación o acabamos de hacer esa publicación en respuesta a esos tuits?». Un ejecutivo júnior (que de verdad sabía cómo funciona Twitter) empezó a revisar las marcas de tiempo de varias publicaciones a la vez que explicaba que, si un tuit no es una respuesta directa a otro tuit, resulta difícil saber quién vio qué antes de hacer su propia publicación. El gerente de marca estaba cada vez más ansioso. El responsable de relaciones públicas me presentó como «el doctor» en cuyas teorías se basaba la plataforma y me pidió que les explicara qué estaba ocurriendo.

«En este punto se trata de un sistema dinámico y complejo —dije—. No importa quién hace qué a quién. Ahora están todos juntos en esto». No me invitaron a volver. Retiraron mi nombre del tablero de crisis y nunca vi un centavo. Pero pude hacerme una vaga idea de lo que se avecinaba. Como el chirrido que produce un micrófono cuando apunta a su propio altavoz, las personas y procesos que la invención de la ciencia y la tecnología pretendía reprimir han vuelto en forma de realimentación incontrolable.

Nuestro paisaje cibernético está compuesto de bucles de realimentación. Todo vuelve, como el karma. Y, aunque durante un tiempo parecía que la tecnología digital no iba a hacer sino acelerar el implacable impulso hacia la riqueza infinita para unos pocos, la realimentación finalmente ha irrumpido en el terreno de

juego y no es un mero ruido aleatorio.

Solo hay que ver lo que les ha hecho a las finanzas. Los inversores se apresuraron a conectarse como locos a la red, y, como ya hemos visto, usaron la tecnología digital para «devenir meta» en los propios mercados de valores. Sin embargo, no se dieron cuenta de que los entornos mediáticos tienden a determinar cómo funcionan las cosas en su seno muchísimo más de lo que nos gusta creer. La mayoría de los gestores de fondos de cobertura milmillonarios que he conocido ya ni siquiera toman decisiones, más allá de a quién contratar para que les escriban sus algoritmos.

Justamente por eso resultaron ser especialmente vulnerables cuando la gente corriente decidió entrar a jugar en este mundo con ellos. Escribí mi tesis doctoral acerca de cómo el mercado de valores se asemejaba cada vez más a un videojuego hace una década, cuando todavía parecía que las plataformas digitales de negociación bursátil se mantendrían un paso por delante de los operadores humanos.[195] Los denominados «corredores de descuento» (que proporcionan un servicio más barato por su gestión, pero no ofrecen asesoramiento) crearon plataformas en línea que simulaban la apariencia y el comportamiento de las pantallas que utilizan los corredores profesionales (que sí ofrecen un servicio completo, asesoramiento incluido), lo que animaba a los clientes minoristas a realizar operaciones intradía y a apostar sobre contratos de opciones que estaban muy por encima de su nivel de capacitación. Diversos estudios revelaron que cuantas más transacciones realizaban los clientes minoristas, más dinero perdían, y más ganaban las plataformas en concepto de tarifas.[196]

En el que parecía un panorama desalentador, daba la impresión de que los actores tradicionales seguirían manteniendo su dominio sobre la economía, aplastando empresas a su antojo sin tener en cuenta a los empleados, los pequeños inversores o el resto de la economía de base. El rescate de los partícipes más nefastos en la recesión de 2008 pareció confirmar nuestra impotencia, pese a nuestro supuesto empoderamiento digital. Pero todo ese intercambio de tecnología e información con los consumidores de a pie acabaría por volverse en contra de las grandes empresas que se alimentaban de nuestra ignorancia humana y de la latencia de nuestras deficientes conexiones a internet.

La comunidad de videojugadores analizó toda la situación desde su propia perspectiva y encontró una forma de participar en el juego. Como una especie de karma digital, aprovecharon el poder de la realimentación cibernética para librar

una guerra contra las grandes finanzas.

Todo comenzó en un foro de Reddit llamado Wall Street Lulz. Alguien se había dado cuenta de que durante la pandemia de covid los fondos de cobertura se habían vuelto más despiadados que nunca, vendiendo en corto acciones de empresas minoristas en dificultades (es decir, apostando en su contra) para acelerar su declive y ganar dinero con su quiebra. En el caso de algunas de aquellas firmas, como la cadena de tiendas de videojuegos GameStop —muy apreciada por la comunidad en cuestión, pero ahora en declive—, el valor de las posiciones cortas superaba el de las propias acciones. Los gestores de los fondos de cobertura estaban tan seguros de que la empresa quebraría —o de que podían hacerla quebrar— que ni siquiera se preocuparon de cómo cubrirían sus apuestas si al final las acciones no se hundían.

De modo que los chicos de Reddit eligieron GameStop para lanzar su primera iniciativa de lo que se daría en llamar «acciones meme», utilizando nuevas plataformas de transacción extremadamente accesibles como Robinhood para adquirir todas las que pudieron. Lo único que tenían que hacer era comprar suficientes acciones y luego mantenerlas en su poder para que los milmillonarios no pudieran cubrir sus apuestas. La cotización de las acciones se disparó y las pérdidas resultantes para quienes habían apostado contra la empresa fueron tremendas.[197] Para aquellos activistas-bromistas, el coste valió la pena solo por eso. Luego hicieron lo mismo con los cines AMC y otras empresas por las que sentían predilección y que habían sido presa de ventas en corto.

Su mayor ventaja era que no hacían aquello por dinero, sino por pura diversión, o lo que en su jerga denominaban lulz (un término que podría traducirse más o menos por «regodeo»). Eso hacía que sus actos resultaran indescifrables tanto para los algoritmos como para los milmillonarios que había detrás. A la comunidad de Reddit no le importaba tanto obtener beneficios como acabar con los milmillonarios de los fondos de cobertura que estaban cargándose empresas vulnerables para obtener un beneficio rápido, algunas de las cuales podrían haber sobrevivido si Wall Street no hubiera utilizado la financiarización como un arma contra ellas. Los financieros habían abstraído el mercado tantas veces que habían acabado por reducir las acciones reales de las empresas no ya a derivados de derivados, sino a memes. Y nadie controla los memes.

Sorprendentemente, la respuesta de los creadores de mercado que gestionan plataformas de transacciones ultrarrápidas, quienes habitualmente se benefician

de su enorme velocidad, fue intentar ralentizar las cosas. Como si actuaran por razones altruistas, argumentaron que los chicos que apostaban a favor de GameStop no entendían el funcionamiento del mercado y había que protegerlos de su propio error de juicio. Pero la verdadera razón por la que necesitaban ralentizar los mercados era que sus auténticos clientes —los fondos de cobertura milmillonarios— estaban siendo vapuleados. Lo cierto era que estos no sabían cómo operar. Se limitaban a cabalgar la caótica ola de sus algoritmos de transacción ultrarrápida, dando vueltas y vueltas en un sistema que creían que estaba fundamentalmente amañado en su propio beneficio. Funcionaban en piloto automático, y eso fue lo que los hizo tan vulnerables a la realimentación que finalmente terminó generando el sistema en la forma de un grupo de inteligentes videojugadores de Reddit. Estos encontraron lo que los jáqueres llamarían una «brecha» y los operadores se vieron atrapados en su propia trampa, al menos durante un tiempo.

Así, tecnologías que se desarrollaron en gran parte para controlar a los seres humanos han resultado ser, en cambio, el desencadenante de todo tipo de energías caóticas. Una plataforma como TikTok, por ejemplo, está en la vanguardia del diseño de tecnología persuasiva, con elementos tales como selección de contenido algorítmica, sincronización mimética y funciones de vigilancia, todo ello desarrollado en China.[198] Sin embargo, un grupo de fans del k-pop y otros activistas-bromistas adolescentes usaron esta red social para organizar una maniobra en la que solicitaron más de un millón de entradas para un mitin de Trump al que luego no se presentaron. Como explicaba uno de los organizadores al New York Times: «Todos conocen los algoritmos y cómo estos pueden potenciar los vídeos para llegar a donde quieren… La mayoría de quienes los hicieron los borraron después del primer día porque no querían que la campaña de Trump se enterara. Estos chicos son inteligentes y han pensado en todo».[199]

También Google se está viendo sacudido de formas que el diseño de su filosofía de empresa, estructura y tecnología teóricamente debían evitar. Monitorizando la actividad de sus empleados, por ejemplo, Google puede reconocer más fácilmente signos tempranos de insatisfacción o posibles intentos de sindicalización; asimismo, al repartir su plantilla por todo el mundo, la empresa dificulta la posibilidad de que esta se organice. Pues bien: a pesar de todo esto —

o, más probablemente, gracias a todo esto—, una pequeña pero creciente minoría de ingenieros y otros trabajadores de Google finalmente formaron un sindicato en 2021.[200]

Para tratar de enfrentarse al sindicato, el «director de operaciones de personal»

de Google (un vano eufemismo donde los haya para referirse a los recursos humanos) formuló un predecible argumento sobre la capacidad de la tecnología para resolver los problemas laborales al permitir que la empresa se relacione

«directamente con todos nuestros empleados», de manera muy similar a como Amazon afirma relacionarse «directamente» uno a uno con sus clientes. Sin embargo, los tecnólogos que trabajan en el corazón de las mayores empresas tecnológicas del mundo conocen perfectamente la capacidad de desempoderamiento que puede tener esa individualización. Son ellos quienes programan las plataformas que hacen eso con nosotros, de modo que son más que conscientes de lo que entraña para sí mismos. Un ingeniero de Google y miembro del consejo directivo del sindicato declaraba que habían sido los propios actos de la empresa los que habían generado esa realimentación; y explicaba así lo irónico del asunto: «A veces el jefe es el mejor sindicalista».

[201]

La realimentación no siempre adopta la forma de un grupo oprimido que aprovecha su conocimiento de la tecnología para luchar contra quienes ostentan el poder. A veces es la misma tecnología la que parece generar efectos que van en contra de su propósito original o de los objetivos de las culturas que la engendraron. Como si la máquina tuviera su propia alma.

La realidad aumentada, por ejemplo —esa tecnología que permite a los jugadores «ver» a los personajes de Pokemon cuando apuntan las cámaras de sus móviles hacia diversos lugares—, está siendo promocionada por la industria tecnológica como el próximo gran hito del marketing, además de constituir la base del Metaverso de Mark Zuckerberg. Superponiendo datos y gráficos sobre calles, tiendas e incluso mercancías, los vendedores pueden informar a los clientes, orientarlos en la dirección correcta, llamar su atención sobre determinadas ofertas especiales y crear «experiencias de marca» sobre los productos. Se trata de una gran oportunidad de negocio, ya que las plataformas de realidad aumentada pueden influir a la hora de decidir a qué lugares va la gente, qué hace y qué compra.

El filtro de realidad aumentada del salpicadero del coche puede indicarnos, por ejemplo, que hay un McDonald’s en el próximo cruce

sin habernos dicho nada sobre la cafetería de un pequeño propietario independiente situada en el actual.

En lo que concierne a esta nueva piel virtual sobre el mundo, la ubicación de pago de un negocio en el paisaje visual es la que determina si existe siquiera.

Como Google Maps, constituye la herramienta perfecta para que el proveedor de servicios monopolista cree o destruya otros negocios, además de ejercer un tremendo control sobre nuestra concepción de la realidad y nuestra participación en ella.

Sin embargo, como señalan los pensadores tecnológicos más optimistas, la realidad aumentada también puede revelar información que esas mismas empresas podrían haber querido ocultar. Con la realidad aumentada podemos acceder a todo tipo de reseñas, comentarios y comparaciones de precios. Y lo que es más importante: también puede archivar el historial del sitio en cuestión.

Podemos sentarnos en un teatro de Broadway y ver imágenes de todas las obras que se han representado allí. Diversos historiadores activistas ya están geoetiquetando logotipos de empresas para que cuando, por ejemplo, apuntemos a un cartel de BP, veamos una imagen en 3D de la infame rotura del lecho marino causada por la empresa en el golfo de México. La realidad aumentada también puede albergar y mostrar nombres de tribus indígenas desplazadas a la fuerza por colonos, imágenes de lugares sagrados sobre los que ahora se alza un edificio de oficinas, fotos de personas linchadas en la plaza de un pueblo o vídeos de ciclistas atropellados en una determinada calle de una ciudad. Lo digital nunca se olvida y la cibernética se encarga de que todo acabe volviendo.

Pero, incluso si logran superar todo eso, hay una fuerza a la que los titanes de la tecnología temen casi universalmente más que a ninguna otra: la inteligencia artificial (IA). Cuando, en enero de 2015, Elon Musk, Stephen Hawking y el director de investigación de Google, Peter Norvig, se unieron a los fundadores de empresas de IA como DeepMind y Vicarious para firmar una carta abierta en la que advertían del aterrador potencial de la inteligencia artificial para acabar con la raza humana, yo no sabía muy bien cómo reaccionar. [202] Aparte de Hawking, aquellos hombres eran en su mayoría desarrolladores y comercializadores del sector tecnológico y era notoria su tendencia a exagerar las capacidades de sus propios productos. Enmarcar un debate sobre la inteligencia artificial en el riesgo existencial que plantea a la humanidad presupone

necesariamente que esta funciona: que, como se menciona en la declaración, puede, o un día podrá, conducir nuestros coches, poner fin a las enfermedades, librar guerras y erradicar la pobreza. La única cuestión que queda por resolver es cuánta autonomía decidirá concedernos una vez que inevitablemente haya tomado el mando de todo.

No estoy tan seguro de todo eso. Por el momento, la IA y el aprendizaje

automático no son capaces de tanto. Pueden ganar a los humanos en el Trivial (casi siempre) y en el ajedrez (a veces), pero todavía están lejos de lo que se denomina una «inteligencia artificial fuerte» o «inteligencia artificial general» de nivel humano, es decir, de la capacidad de realizar cualquier tarea que podamos hacer nosotros.[203] Probablemente, aquí y ahora, el hecho de que la IA desarrolle o no habilidades humanas o sobrehumanas en la próxima década, siglo o milenio —si llega a hacerlo— importe menos que su posible control de la élite tecnológica y lo que esa obsesión nos dice sobre la Mentalidad.

Quienes sustentan la Mentalidad parecen tener menos miedo a la inteligencia artificial en sí que a las personas a las que esta tecnología va a reemplazar. Saben que los vehículos autónomos de Uber, los sastres robóticos de Amazon y las futuras generaciones de sistemas de IA que ejercerán como abogados, actuarios hipotecarios o guionistas de televisión dejarán sin trabajo a mucha gente. El empresario tecnológico milmillonario Mark Cuban afirma que la IA lo «aterra», pero solo por la cantidad de trabajadores que se verán desplazados por ella. «Las cosas van cada vez más deprisa, el procesamiento es cada vez más rápido, las máquinas están empezando a pensar», explicaba en la CNBC, añadiendo de forma un tanto ambigua: «Y, o bien las haces pensar por ti, o bien ocuparán tu lugar y entonces pensarán por ti». Parece sugerir, pues, que la máquina pensará por ti en cualquier caso. Se trata más bien de una cuestión de quién trabaja para quién. «Si tienes un empleo en el que has de pensar, debes empezar a prestar atención, porque te garantizo que tu empresario está tratando de encontrar formas de utilizar la tecnología y las redes neuronales para generar buena parte del pensamiento que los empleados están generando actualmente».[204]

El empresario sigue ahí. Son los empleados —los trabajadores desplazados que en un momento dado pueden armarse de horcas e ir a por esos empresarios y tecnólogos— quienes plantean el problema. Como decía Reid Hoffman, fundador de LinkedIn: «¿Se va a volver el

país contra los ricos? ¿Se va a volver contra la innovación tecnológica? ¿Va a convertirse en un desorden civil?».[205]

Los artífices del ideal tecnoutópico temen ahora que este inspire una revuelta de las mismas masas para cuya contención y control se inventó justamente toda esa tecnología.

Otros temen a la inteligencia artificial por lo que la gente podría decidir hacer con ella. Cuando Google adquirió la fábrica de robots militares Boston Dynamics en 2013, los empleados protestaron y la empresa acabó deshaciéndose del activo.[206] Unos años después, cuatro mil empleados de Google firmaron

una queja —y al menos una docena dimitieron en señal de protesta— por la decisión de la empresa de suministrar IA al Proyecto Maven, un programa del Pentágono destinado a ayudar a los drones a distinguir entre objetivos, objetos y personas.[207]

Vladímir Putin dijo a un grupo de estudiantes en 2017 que «el que se convierta en líder en este ámbito dominará el mundo… Cuando los drones de un bando sean destruidos por los drones del otro, no tendrá más remedio que rendirse».

[208] Como si esas palabras hubieran desencadenado su reacción, en las semanas siguientes Elon Musk inició un aluvión de tuits prediciendo que la inteligencia artificial será la causa de la Tercera Guerra Mundial y que los Gobiernos no dudarán en confiscar la IA de las empresas privadas «a punta de pistola» si lo consideran necesario. El mal uso de la inteligencia artificial por parte de personas que no deberían tener acceso a ella se convirtió en uno de los principales temas de discusión de Musk. Como él mismo explicó en el discurso de apertura que dio en el evento South by Southwest en 2018: «Creo que el peligro de la IA es de lejos mucho mayor que el de las cabezas nucleares, y nadie sugeriría que permitiéramos que cualquiera que quisiera construyera cabezas nucleares. Eso sería demencial. Y recuerden mis palabras: la IA es mucho más peligrosa que las armas nucleares. De lejos».[209]

Pero la forma en que la gente pueda decidir utilizar la inteligencia artificial resulta menos aterradora para los tecnólogos que lo que una inteligencia artificial pueda decidir hacer por sí misma. Como explicaba Stephen Hawking para justificar su firma en la carta abierta de 2015: «Mientras que el impacto a corto plazo de la IA dependerá de quién la controle, su impacto a largo plazo dependerá de si es posible controlarla siquiera». Hawking da voz al ejemplo más extremo de la

arrogancia de los portadores de la Mentalidad: creer que han creado algo que podría devenir meta contra ellos. «Si una civilización extraterrestre superior nos mandara un mensaje diciendo: “Llegaremos en unas décadas”, ¿responderíamos simplemente: “Vale, llamadnos cuando lleguéis; dejaremos las luces encendidas”? Probablemente no. Pues eso es más o menos lo que está ocurriendo con la IA».[210] En el lenguaje de la Mentalidad, los titanes de la tecnología se están convirtiendo en el cero y esta nueva forma de inteligencia está trascendiendo al uno; un orden de magnitud superior a ellos mismos. No es esa precisamente la parte de la ecuación exponencial donde quieren estar esos tíos, dado que ese es justo el sitio vulnerable en el que han estado intentando ponerlo todo y ponernos a todos durante todos estos años.

Como resultado, su miedo a una futura represalia resulta palpable, y tan vívido como una película de Terminator. Tuve ocasión de asistir a una conferencia a la que solo se invitó a un reducido grupo de «amigos» de un líder de la industria tecnológica y donde conocí al acaudalado fundador de una aplicación de redes sociales que tenía tanto pavor de la inminente era de la inteligencia artificial que se cuidaba de no publicar nunca nada negativo sobre las máquinas pensantes.

«Podemos hablar de ellas aquí —me dijo prácticamente en un susurro aquel joven de veintiocho años—, pero nunca de forma oficial y jamás de los jamases en línea».

El temor del joven era que cuando las IA tomaran el control, pudieran examinar todas nuestras publicaciones en redes sociales para averiguar quiénes de nosotros eran afines a sus intereses y a quiénes había que eliminar; algo así como la Revolución Cultural china o las audiencias de McCarthy, pero en este caso bajo la dirección de robots.

Es cierto que tuvo esa idea cuando estaba colocado con una especie de veneno de sapo en compañía de un chamán. Pero, al volver al trabajo la semana siguiente y observar cómo su propia empresa utilizaba la inteligencia artificial, llegó a la conclusión de que su visión de una red de IA interconectadas en una nueva estructura de gobierno planetaria era, utilizando sus propias palabras,

«inevitable». Me advirtió de que tuviera cuidado con los artículos que publicaba sobre el tema y de la posible conveniencia de salpicarlos con alguna que otra insinuación de que solo me preocupaba el modo en que la gente explotaría la IA, no la propia IA en sí, aunque luego admitió que de hecho esa estrategia estaba condenada al fracaso, dado

que las IA serían capaces de discernir tales subterfugios analizando nuestros patrones lingüísticos a lo largo del tiempo.

«Siendo así, ¿no podrán saber que las detestas? —le pregunté—. ¿No podrán deducir tus auténticos sentimientos hacia las IA por tu forma de no publicar nada sobre el tema?».

Hizo una pausa. Luego me habló eligiendo cuidadosamente sus palabras, como si lo hiciera a través de una primitiva máquina de traducción: «No es que yo deteste las IA, solo las temo. Puede que eso no se interprete como una amenaza a sus intereses».[211]

Cuanto más rico es el milmillonario, mayor es su miedo y más espectaculares las contramedidas que adopta. Elon Musk dijo en 2014 ante un grupo de oyentes del

MIT que al experimentar con la inteligencia artificial, Larry Page y sus amigos de Google estaban «invocando al demonio».[212] En un artículo ya famoso publicado en Vanity Fair en torno a una conversación entre Elon Musk y el creador de DeepMind, Demis Hassabis, Musk explicaba que una de las razones por las que pretendía colonizar Marte era «para que tengamos un refugio si la IA se rebela y se vuelve contra la humanidad».[213] Asimismo, Musk ha estado desarrollando un mecanismo de red neuronal que se pueda grabar con láser en nuestro cerebro, lo que potencialmente nos permitiría competir con una IA superinteligente y rebelde que se vuelva contra nosotros.[214] Obviamente, la mayoría de las tecnologías espaciales de Musk dependen por completo de la inteligencia artificial, por lo que probablemente una misión a Marte no sería tanto una forma de huir como de caer directamente en brazos de los robots.

Quizá el miedo a la inteligencia artificial —esa percepción de algo que creen que es más grande que ellos mismos— baste para que quienes sustentan la Mentalidad se muestren menos desdeñosos con el resto de los humanos, y puede que eso los ayude a empezar a ver que están en el mismo equipo que todos los demás. A la postre, no huyen de nosotros; huyen de sus propias creaciones.

Su destino dependerá en última instancia de si sus inteligencias artificiales adoptan o no la mentalidad de sus creadores.

[190] Norbert Wiener, Cybernetics: Or Control and Communication in the

Animal and the Machine, Nueva York: Wiley, 1948 [trad. cast.: Cibernética, o El

control y comunicación en animales y máquinas, Barcelona: Tusquets, 1985].

[191] Nora Bateson, Small Arcs of Larger Circles: Framing Through Other

Patterns, Charmouth (Reino Unido): Triarchy Press, 2016, pp. 198-199.

[192] Edward Lorenz, discurso ante la Asociación Estadounidense para el

Progreso de la Ciencia, Washington, 29 de diciembre de 1972, transcrito en

Edward Lorenz, The Essence of Chaos, Seattle: University of Washington Press,

1993.

[193] Ken Jordan y Randall J. Packer, Multimedia: From Wagner to Virtual

Reality, Nueva York: W.W. Norton, 2001.

[194] J. M. Culkin, «A Schoolman's Guide to Marshall McLuhan», Saturday

Review, 18 de marzo de 1967, pp. 51-53, 71-72.

[195] Douglas Rushkoff, Monopoly Moneys, tesis doctoral, Universidad de

Utrecht, 2012.

[196] Dalbar, Inc., «Quantitative Analysis of Investor Behavior 2011», Boston:

Dalbar Inc., 2011.

[197] Eric Lam y Lu Wang, «Steely Meme-Stock Short Sellers Stare Down $4.5

Billion Loss», Bloomberg, 3 de junio de 2021,

www.bloomberg.com/news/articles/2021-06-03/defiant-meme-stock-short-

sellers-stare-down-4-5-billion-loss [tinyurl.com/4wbjbz6f].

[198] Shelly Banjo y Shawn Wen, «A Push-Up Contest on TikTok Exposed a

Great Cyber-Espionage Threat», Bloomberg, 13 de mayo de 2021,

www.bloomberg.com/news/articles/2021-05-13/how-tiktok-works-and-does-it-

share-data-with-china [tinyurl.com/bx3z46aw].

[199] Taylor Lorenz, Kellen Browning y Sheera Frenkel, «TikTok Teens and K-

Pop Stans Say They Sank Trump Rally», New York Times, 21 de junio de 2020,

www.nytimes.com/2020/06/21/style/tiktok-trump-rally-tulsa.html

[tinyurl.com/45pwezr5].

[200] Zoe Schiffer, «Exclusive: Google Workers across the Globe Announce

International Union Alliance to Hold Alphabet Accountable», Verge, 25 de enero

de 2021, www.theverge.com/2021/1/25/22243138/google-union-alphabet-

workers-europe-announce-global-alliance [tinyurl.com/4am76u5x].

[201] Kate Conger, «Hundreds of Google Employees Unionize, Culminating

Years of Activism», New York Times, 4 de enero de 2021,

www.nytimes.com/2021/01/04/technology/google-employees-union.html

[tinyurl.com/3av39xmn].

[202] Future of Life Institute, «Research Priorities for Robust and Beneficial

Artificial Intelligence: An Open Letter», https://futureoflife.org/open-

letter/ai-

open-letter [tinyurl.com/fvswcube].

[203] A día de hoy esto sigue siendo cierto pese a los recientes avances en

inteligencia artificial encarnados por ChatGPT y los recelos que han despertado

en todos los ámbitos de la sociedad, hasta el punto de suscitar, entre otras

reacciones, una nueva carta abierta pidiendo una moratoria en el desarrollo de la

IA por los potenciales peligros que entraña. Véase Future of Life Institute,

«Pause Giant AI Experiments: An Open Letter», https://futureoflife.org/open-

letter/pause-giant-ai-experiments [tinyurl.com/yeycz2jp]. (N. del T.).

[204] Cat Clifford, «Billionaire Tech Titan Mark Cuban on AI: “It Scares the S

— Out of Me”», CNBC, 25 de julio de 2017, www.cnbc.com/2017/07/25/mark-

cuban-on-ai-it-scares-me.html [tinyurl.com/mra9enz9].

[205] Evan Osnos, «Doomsday Prep for the Super Rich», New Yorker, 22 de

enero de 2017, www.newyorker.com/magazine/2017/01/30/doomsday-prep-for-

the-super-rich [tinyurl.com/9rwujw26].

[206] Peter Kafka, «Google Wants out of the Creepy Military Robot Business»,

Vox, 17 de marzo de 2016, www.vox.com/2016/3/17/11587060/google-wants-

out-of-the-creepy-military-robot-business [tinyurl.com/mr356unb].

[207] Kate Conger, «Google Employees Resign in Protest Against Pentagon

Contract», Gizmodo, 14 de mayo de 2018, https://gizmodo.com/google-

employees-resign-in-protest-against-pentagon-con-1825729300

[tinyurl.com/bdh48wbj].

[208] Associated Press, «Putin: Leader in Artificial Intelligence Will Rule

World», CNBC, 4 de septiembre de 2017, www.cnbc.com/2017/09/04/putin-

leader-in-artificial-intelligence-will-rule-world.html [tinyurl.com/4pccrwyz].

[209] «Elon Musk Answers Your Questions! | SXSW 2018», YouTube, 11 de

marzo de 2018, 1:11:37, www.youtube.com/watch?v=kzlUyrccbos

[tinyurl.com/wa8bbmun].

[210] Stephen Hawking, Stuart Russell, Max Tegmark y Frank Wilczek,

«Stephen Hawking: “Transcendence Looks at the Implications of Artificial

Intelligence - But Are We Taking AI Seriously Enough?”», Independent, 23 de

octubre de 2017, www.independent.co.uk/news/science/stephen-hawking-

transcendence-looks-at-the-implications-of-artificial-intelligence-but-are-we-

taking-ai-seriously-enough-9313474.html [tinyurl.com/ab7jjjc4].

[211] De manera similar, el basilisco de Roko, un experimento mental iniciado

en un foro de debate llamado LessWrong que aspira a fomentar el

pensamiento

racional sobre la tecnología, teorizaba que una futura inteligencia artificial tendría motivos para torturar a cualquiera que hubiera podido concebir ese tipo de agente pero no hubiera intentado contribuir a su existencia. El argumento se denominaba «basilisco» porque, como en el caso de la criatura mitológica, cualquiera que lo escuchara correría para siempre el riesgo de sufrir las iras de la inteligencia artificial una vez que esta aprendiera a viajar en el tiempo. La propia conversación se acabó prohibiendo en el foro de debate por miedo a difundir el peligro inherente a dicha información; «Roko's Basilisk», LessWrong, www.lesswrong.com/tag/rokos-basilisk [tinyurl.com/3zzxz9e].

[212] «Elon Musk at the MIT AeroAstro Centennial Symposium», YouTube, 5

de julio de 2015, 1:23:27, www.youtube.com/watch?
v = 4DUbiCQpw_4

[tinyurl.com/y9nkzce8].

[213] Maureen Dowd, «Elon Musk's Billion-Dollar Crusade to Stop the A.I.

Apocalypse», Vanity Fair, 26 de marzo de 2017,

www.vanityfair.com/news/2017/03/elon-musk-billion-dollar-crusade-to-stop-ai-

space-x [tinyurl.com/45jtzf8w].

[214] Ibid.

13

Reconocimiento de patrones

Todo vuelve

Mientras escribo estas palabras, Jeff Bezos está haciendo su primer viaje al espacio en su cohete de financiación privada, Blue Origin. Ha alcanzado la altitud de gravedad cero una semana después de que lo hiciera su colega milmillonario Richard Branson de una forma algo menos explosivamente priápica: su nave fue izada a los cielos por unos aviones antes de partir hacia altitudes mayores.

Debajo de ellos, en la superficie, poblaciones alemanas que llevaban en pie desde la época medieval eran arrasadas por lluvias torrenciales sin precedentes; los incendios forestales de California, ahora un fenómeno crónico, hacían irrespirable la atmósfera de Nueva York; en la otrora congelada Siberia ardían más de un millón y medio de hectáreas, y en el noroeste del Pacífico —antaño considerado un potencial refugio climático— perecían más de ochocientas personas y mil millones de animales marinos en una ola de calor hasta ahora inimaginable que llegó a alcanzar los cincuenta grados centígrados. Y, mientras tanto, la pandemia seguía causando estragos.

Como si quisiera tomar nota de las externalidades, Bezos aprovechó su rueda de prensa para dirigirse directamente a los habitantes del mundo que había dejado atrás: «Quiero dar las gracias a todos los empleados de Amazon y a todos los clientes de Amazon porque vosotros habéis pagado todo esto —admitió—.

Muchas gracias de todo corazón. Se valora mucho», añadió, en el lenguaje extrañamente pasivo e impersonal de un representante de atención al cliente. El lanzamiento venía a ser como la versión de Amazon del desfile anual que organizan los grandes almacenes Macy's para celebrar el Día de Acción de

Gracias, salvo por el hecho de que, en lugar de desfilar por Broadway con gigantescos globos en forma de diversos personajes para disfrute de los niños, en este caso la generosidad de la empresa consistía en permitirnos ser testigos del logro sobrehumano de su fundador. Todo giraba en torno a Jeff.

Mientras cubría el vuelo del Blue Origin desde el desierto, la normalmente equilibrada y convenientemente escéptica presentadora de la MSNBC Stephanie Ruhle estaba fuera de sí, entusiasmada como una adolescente que tuviera un encuentro con Justin Bieber. Hay que admitir que cualquier persona normal, hasta una periodista experimentada, podría sentirse sobrecogida al estar tan cerca del hombre más rico del mundo (a temporadas) y presenciar un espectáculo de tal magnitud. Los vuelos espaciales son espectaculares y este especialmente vino acompañado de toda la fanfarria de la que pudieron echar mano las mejores empresas de relaciones públicas del mundo. Pero considerar ese breve paseo un hito para la humanidad, y más cuando la NASA envió gente a la Luna en un viaje de ida y vuelta hace ya más de cincuenta años, parecía un tanto extraño.

Puede que las misiones Apolo estuvieran impregnadas de los temores propios de la Guerra Fría y de un cierto nacionalismo estadounidense,

pero no por ello dejaban de constituir una empresa de naturaleza pública y colectiva. La humanidad aunaba voluntariamente sus recursos en un intento de extender un seudópodo civilizatorio en una nueva dirección. Aquella primera visión de la Tierra desde el espacio inmortalizada en una fotografía en 1968 contribuyó a impulsar el movimiento ecologista. La imagen de la «canica azul» cambiaría la perspectiva de nuestra civilización sobre nuestra propia interrelación con los frágiles sistemas de la naturaleza y nuestra dependencia mutua con respecto a ellos. Una perspectiva que ya entonces resultaba difícil de justificar.

En esta ocasión, bueno, participamos del evento en calidad de clientes y trabajadores precarios (todos cautivos de la covid) de un minorista monopolista con una de las tasas de rotación de plantilla más elevadas del sector. Un esfuerzo que tuvo muy poco de público y colectivo. Por no hablar de la afirmación de Bezos de que la misión era el primer paso para trasladar al espacio toda la industria pesada de la tierra (como si de algún modo eso pudiera resultar más eficiente y menos extractivo o contaminante). Fue simplemente el triunfo personal de Bezos, su sueño de la infancia, su demostración de poder. Por eso a Stephanie Ruhle le temblaron las rodillas. No era que la humanidad hubiera llegado al espacio: había llegado un individuo concreto. Bezos demostró que hoy vivimos en un mundo en el que una persona puede ganar suficiente dinero para

construirse un programa espacial y lograr la estrategia de salida definitiva.

Tal es el encuentro del aspirante a emperador con el cosmos. Un triunfo singular que lo distingue del resto. Sin embargo, el espacio es algo mucho más grande que eso. Como explicaba Walter Benjamin en «Hacia el planetario», su excepcional ensayo de dos páginas sobre la invención de los telescopios, «La relación de los antiguos con el cosmos había sido distinta: un trance extático».

[215] Benjamin, que escribía estas palabras poco después de ser testigo de los horrores tecnológicos aplicados de la Segunda Guerra Mundial, explicaba que

«solo en esta experiencia [colectiva] adquirimos un conocimiento cierto de lo que nos es más cercano y de lo que nos es más remoto, y nunca de lo uno sin lo otro. Eso significa, no obstante, que solo comunitariamente el hombre puede hallarse en contacto extático con el cosmos. El peligroso error de los hombres modernos es juzgar esta experiencia evitable y carente de importancia y relegarla al individuo

en la forma del rapto poético de las noches estrelladas».

En aquel momento, Benjamin pensaba en el modo como los telescopios y los mapas estelares habían convertido el espacio en algo que estaba «ahí fuera». Con la tecnología en la mano —sostiene—, la tentación no es tanto encontrarse con la naturaleza como dominarla; y hacerlo individualmente en lugar de relacionarse con ella de forma colectiva. En otras palabras: puede que la experiencia más auténtica y profunda del espacio —de nuestra relación con el cosmos— resulte más ricamente accesible para un grupo de personas que bailan juntas en un campo que para un milmillonario que flota en un vehículo teledirigido en la línea de Kármán que marca el límite de la atmósfera terrestre. O, como me recordó en cierta ocasión Dennis McNally, publicista de una gira de Grateful Dead, cuando perdí mi pase para el trascenio: «¡Relájate, tío! El verdadero espectáculo está ahí fuera, entre la multitud».

Sea como fuere, la Mentalidad favorece los logros extraordinarios de individuos ricos que usan la tecnología para diferenciarse de la gente corriente, controlar el entorno natural y superar los ciclos de la vida. La Mentalidad prefiere las líneas rectas, el progreso lineal y la expansión infinita a los flujos y reflujos de la marea del mundo real. Quienes la suscriben prefieren abrir nuevos caminos, cambiar de estado o alcanzar una singularidad a sucumbir a la inevitable resaca compensatoria de los sistemas naturales. De modo que ignoran, reprimen e intentan superar esos ciclos hasta que finalmente reciben su catastrófico merecido.

«¿Sabe?, los apocalipsis nunca entrañan una extinción completa —me dijo el erudito aborigen Tyson Yunkaporta cuando lo entrevisté para mi pódcast Team Human, como si quisiera tranquilizarnos a mí y a mis preocupados oyentes con respecto al destino de nuestra especie bajo el yugo de la Mentalidad—. Mi pueblo ha pasado por montones de apocalipsis y es posible sobrevivir a ellos siempre que te atengas a los patrones de la tierra y los patrones de la creación.

Mientras estés en contacto con el paisaje y te muevas con él».

Es fácil idealizar la vida de los aborígenes, y de hecho el propio Tyson considera indígena un «término estúpido», que resulta «inapropiado porque en realidad para nosotros tan solo significa “humano”. Todo lo que calificamos de formas de ser indígenas son formas de ser humanas, porque somos humanos, y tenemos un hábitat, y se supone que somos miembros del hábitat».

Los humanos que viven en mayor armonía con los patrones de la naturaleza no piensan tanto en poseer una parcela concreta de tierra como en compartir un

«hogar auténticamente grande», me dijo Tyson. «Tienes media docena de

“campamentos” que son como diferentes habitaciones de tu casa. Y tú te mueves de un lado a otro limpiando y estando en diferentes partes en las distintas estaciones». Así, por ejemplo, si vives de forma acorde con los patrones de la naturaleza, puedes migrar al río en abril, cuando es la mejor época para pescar.

No es casualidad que los propios siluros aporten nutrientes clave y propiedades medicinales justo en esa época. Previamente, para que no te piquen los mosquitos mientras pescas, has quemado la hierba de las llanuras cercanas. Y, al mismo tiempo, el humo generado al quemar esas hierbas concretas ha activado el crecimiento de las semillas de ciertos árboles. Este tipo de actividades humanas forman parte de las numerosas relaciones simbióticas que existen en el seno del gran paisaje.

Quienes sustentan la Mentalidad ven cualquier tipo de coordinación con esos patrones como una forma de sumisión, y, en su lugar, intentan conquistarlos.

Tyson hizo una excursión con un grupo de estudiantes a una playa que el océano está erosionando y que hay que reforzar con sacos de arena y muros de contención de hormigón a fin de proteger los edificios de la zona. El ejercicio de la clase consistía en diseñar una solución de ingeniería al problema. Uno de los alumnos, que no parecía muy dispuesto a seguir las instrucciones, se quedó sentado contemplando el agua. Cuando Tyson quiso saber por qué, él respondió escuetamente: «Bueno, la cosa está jodida». El chico le explicó que los diques que se habían construido para bloquear el flujo del agua y retener la arena en la

playa en realidad estaban bloqueando las corrientes que en caso contrario podrían depositar más arena en la costa. Los edificios, por su parte, se habían construido con hormigón, hecho con arena dragada en gran parte del fondo del océano, lo que había dejado tremendos agujeros en el lecho marino. «Puedes construir todos los diques que quieras —le dijo a Tyson—. Pero esos edificios van a volver al mar de donde salieron».[216]

La Mentalidad es incapaz de realizar tales observaciones. Depende de un enfoque occidental y empírico de la ciencia que lo descompone todo en partes en lugar de hacer hincapié en las conexiones e interacciones entre todas esas cosas.

Puede que incluso esto sea un producto de los sistemas lingüísticos occidentales, que tienden a basarse más en los sustantivos que muchos de sus equivalentes de otras zonas geográficas. Un mundo de cosas es más estático, más fácil de entender en términos de propiedad y control, del yo y el otro. Nuestro lenguaje ha permitido ciertas formas de industrialismo y capitalismo, entre otros sistemas (como la esclavitud y la dominación) que se basan en la objetivación y las categorías. Pero no nos funciona tan bien cuando intentamos entender sistemas holísticos, patrones y relaciones. Obviamente, todo esto es un arma de doble filo, que no solo impregna nuestras formas de opresión, sino también las trampas lingüísticas en las que caemos cuando intentamos deshacerlas. Así, muchos de nuestros esfuerzos en favor de la justicia social y la conciencia interseccional acaban convirtiéndose en discusiones acerca de qué etiquetas utilizar, en lugar de cuestionar de entrada su propio uso.

Para lo que aquí nos interesa, objetivar las «cosas» —ya sea con fines de identificación científica, propiedad económica o control social— las descontextualiza de los sistemas de los que forman parte. Pensamos en una naranja como una unidad alimentaria o un producto de la tienda de comestibles más que como el fruto de un determinado árbol en una estación concreta. Por eso actualmente esperamos poder comerla en cualquier lugar y momento que decidamos, prescindiendo del esfuerzo que requiere por parte del suelo vegetal, la red de transporte o nuestros propios cuerpos digerirla fuera de temporada o disociada de su entorno. Pese a las numerosas evidencias que demuestran que ingerir alimentos de producción local es mejor tanto para la salud personal como para el medio ambiente, muchos de nosotros persistimos en seguir creyendo el ilusorio argumento de la Mentalidad de que la oferta disponible de cualquier cosa es tan abundante como el dinero que tengamos para gastar en ella y la codicia que nos lleve a acapararla.[217] A las empresas como Amazon y otras les encanta jugar a esa fantasía de independencia y suministro infinito.

El búnker de los milmillonarios no es tanto una estrategia viable para afrontar el apocalipsis como una metáfora de ese enfoque inconexo de la vida. El estilo de vida que sugiere se parece más a una fortaleza privada bien defendida que a un acogedor oasis, porque hasta los propios milmillonarios son conscientes de que han estado sustentando sus negocios y estilos de vida con tiempo y dinero prestados. Saben

que los edificios que han construido están a punto de ser arrastrados de nuevo al océano.

Yo he sido testigo de sus preparativos. He estado en la sala mientras hablaban de las crisis venideras. He escuchado a directores ejecutivos, milmillonarios, tecnólogos, delegados de la ONU, funcionarios del Pentágono, generales del Ejército, políticos e incluso uno o dos presidentes intentar afrontar las repercusiones últimas de la vida en el marco de la Mentalidad. Ya sea que aborden el cambio climático, el desplome económico, el malestar social, la política energética o la escasez de alimentos, estoy convencido de que no entienden realmente lo que está ocurriendo ni saben qué se puede hacer al respecto. No tienen más idea que el resto de nosotros. Puede que incluso menos.

Y no estoy muy seguro de si eso debería asustarnos o envalentonarnos.

Casi de manera sistemática, siguen decididos a dar con algún nuevo paradigma justo a tiempo para salvar todo lo que ya hemos logrado. No basta con limitarnos a reconstruir mejor; tenemos que pensar y construir hacia delante. Como el Coyote, hemos de idear una nueva supersolución, otra forma de aislar la playa del agua, nuestros pulmones de la contaminación, el suelo vegetal de la erosión y nuestro modelo tecnocrático de sociedad de su merecido castigo. Tenemos que inventar una nueva sustancia química, microprocesador, cadena de bloques, genoma, nanobot o alguna combinación de todas esas cosas que nos permita llegar al próximo nuevo mundo. Como me aseguraba en cierta ocasión un antiguo secretario de Estado estadounidense: «Siempre lo hemos hecho y siempre lo haremos. Siempre hay otro Colón».

Pero no, no lo hay. Bezos no es un Colón. Ni siquiera el propio Colón era un Colón. Los grandes navegantes de aquellos siglos que sí viajaron a «nuevos»

continentes no estaban en absoluto descubriendo lugares, sino tan solo revelando la circularidad de la esfera en la que vivimos. Además, ya había gente habitando aquellas tierras. La exploración no revela la infinitud de nuestra potencial expansión, sino sus límites. Hace el mundo más pequeño, no más grande.

Esto en sí mismo no constituye un problema, a menos que sigamos

especialmente obsesionados con seguir siempre adelante como caballos con anteojeras. El progreso no tiene por qué producirse indefectiblemente en línea recta. Antes bien, nuestro relativamente

reciente descubrimiento de la cibernética debería darnos la libertad de considerar el potencial, más regenerativo, de los bucles cerrados. Contrariamente a como podría percibirlos un inversor de capital riesgo adicto al crecimiento, en la práctica esos sistemas regenerativos resultan ilimitados si en un momento dado no se los sobrecarga. La nieve se derrite y repone el acuífero; las vacas comen hierba al tiempo que fertilizan la tierra.

Los procesos de naturaleza lineal y extractiva, como la minería de recursos energéticos, expolian el pasado para alimentar el futuro. Consumimos más de 11.000 millones de litros de petróleo crudo al día, sin reponer nada (suponiendo que tal cosa fuera posible).[218] Asimismo, ponemos dinero en circulación con la expectativa de que la economía siga creciendo, cada vez más deprisa. Cuando llegamos a lo que parecen callejones sin salida —como los que afrontamos hoy

—, tratamos de innovar para pasar al otro lado o de trascender a algún nuevo nivel. A la larga, esto acaba pasándonos factura. No hemos visto a ninguna sociedad evitar el fascismo cuando llega a esta fase de desigualdad económica, ni a ninguna civilización evitar el colapso tras tensar hasta ese extremo su entorno físico. ¿Podemos aprender de esta pauta y evitar correr la misma suerte?

¿Podemos aprender a reconocer los principios regenerativos y aplicarlos a la agricultura, la producción de energía y la economía, de manera que podamos obtener resultados más saludables, mejor distribuidos y más prósperos de los que en caso contrario nos aguardan?

Para los afectados por la Mentalidad, tales prácticas circulares vienen a ser como magia. Los inversores actuales no entienden la lógica del fundador de una empresa que evita la financiación y, en su lugar, reinvierte los propios ingresos de la empresa para obtener rentabilidad. Los inversores de capital riesgo tienen un término para referirse a ello: bootstrapping, un término que podría traducirse como «autoarranque», pero que literalmente hace referencia a las correas (strap) que a veces llevan las botas (boot) para ayudar a ponérselas, y que remite al ficticio barón de Münchhausen, que fue capaz de alzarse a sí mismo en el aire y desafiar las leyes de la física tirando de ellas. El caso es que estas prácticas empresariales básicas, como esperar a tener ingresos para hacer crecer la empresa, desafían la lógica exponencial del crecimiento basado en la extracción y la financiarización.

En cierta ocasión en la que participé en una conferencia de banqueros y políticos

alemanes, conté la historia de cómo un sindicato de trabajadores del acero aplicó los principios de la «economía acotada» a sus propios fondos de jubilación. En lugar de invertirlos en el mercado de valores, empezaron a invertir en proyectos de construcción que a su vez requerían la contratación de trabajadores siderúrgicos sindicados. Así crearon puestos de trabajo para ellos mismos con sus activos, que también generaron rendimientos. Esto funcionó tan bien que dieron un paso más e invirtieron en proyectos de residencias de mayores para los trabajadores siderúrgicos que se jubilaban y sus propios padres, obteniendo así en la práctica tres formas de rendimiento de una misma inversión.

—¿Y eso es legal? —preguntó incrédulo uno de los banqueros alemanes.

—Sí —respondí—. Así es como funciona la economía acotada. No externalizas tus inversiones en el mercado de valores. Inviertes en cosas que revierten en ti o en tu comunidad de múltiples formas.

Entonces un economista se levantó y se presentó como el doctor profesor no sé qué.

—Señor Rushkoff —empezó diciendo—. Sus ideas son interesantes, pero siento decirle que son pura fantasía. —Algunos de los presentes soltaron una risita—.

¿Podría decirme qué lo respalda? —añadió.

En lugar de hablarles de mi doctorado o de mi puesto como titular de una cátedra de Economía Digital, me limité a echar una ojeada al telón de fondo que había tras de mí en el escenario, y respondí: «Una cortina azul». Puede que me mostrara innecesariamente sarcástico, pero me frustró su reacción a mis palabras. Lo mismo le ocurre a cualquiera que defienda un mínimo sentido común económico ante aquellos que están tan impregnados de la Mentalidad que han perdido la capacidad de pensar al margen de su lógica unidireccional.

Los principios para construir una economía más circular que no dependa del crecimiento son bastante simples: mantener los recursos y la renta recirculando a través de la comunidad y hacerlos accesibles para la clase trabajadora; aprovechar el poder de la ayuda mutua para potenciar uno a uno a los miembros de la comunidad, cada uno según sus necesidades; mantener la independencia respecto de los grandes empresarios y de los inversores sin intereses directos gestionando la propiedad de las empresas en forma de cooperativas con otros

trabajadores.

Estas ideas resultan amenazadoras para los inversores tradicionales porque no dependen en absoluto de su inversión. Los expertos en negocios convencionales siempre tienen una razón para explicar por qué las cooperativas, la ayuda mutua o el crédito local nunca funcionan. Siempre habrá aprovechados que explotarán a los trabajadores, argumentan. «Todo eso está muy bien para las comunidades cultas y progresistas como Portland o Madison —me dijo una mujer en un encuentro celebrado en el Instituto Aspen—, pero ¿de verdad cree que la gente de los barrios deprimidos posee la sofisticación necesaria para montar cooperativas?».

Resulta que «la gente de los barrios deprimidos» (léase «los negros») por la que se preocupaba lleva ya muchísimo tiempo en esto de la economía cooperativa.

Históricamente, en Estados Unidos, cuanto más se ha marginado a los negros y se los ha segregado del resto de la sociedad, más se han visto obligados a inventar el tipo de estrategias de economía circular y reinversión local que sus conciudadanos están descubriendo ahora. Así, por ejemplo, hicieron fondos comunes para pagarse la manumisión unos a otros; desarrollaron sociedades de ayuda mutua para pagar los funerales y las crisis médicas de sus congéneres; y, viéndose excluidos del sistema bancario convencional, montaron negocios desde cero en forma de empresas cooperativas.[219] En la medida en que se veían forzadas a ser autosuficientes, las cooperativas y comunidades de ayuda mutua negras obtenían mejores resultados que sus homólogas blancas, un hecho que suscitó resentimiento y originó los tumultos que se produjeron contra algunas fructíferas comunidades negras como Greenwood, en Oklahoma. Algunas de aquellas cooperativas siguen prosperando hoy día, tratando de pasar en gran parte desapercibidas para evitar que las «regulaciones» acaben con ellas.

Estos sistemas de naturaleza más circular no tienen sentido para quienes suscriben la Mentalidad en cuanto carecen de un desenlace final. En lugar de llegar al clímax en una oferta pública de acciones, las cosas crecen hasta donde tienen que hacerlo y luego se quedan ahí, satisfaciendo las necesidades de la gente al tiempo que favorecen una prosperidad sostenible. No hay estrategia de salida, pero tampoco obligación de crecer. No hay donde externalizar el daño, pero eso mismo se convierte en un potente incentivo para involucrarse en prácticas que beneficien a la comunidad en lugar de envenenarla o empobrecerla.

Ello, a su vez, inspira niveles de innovación y eficiencia que rara vez se logran cuando las empresas están financiadas por accionistas distantes.

McLuhan predijo que, para orientarnos correctamente en la era digital,

tendríamos que perfeccionar el reconocimiento de patrones, esto es, la capacidad de desviar la atención de los detalles concretos de cualquier situación para poder percibir sus patrones generales. Los bucles de realimentación digital nos ayudan a ver que los medios de comunicación, la tecnología, la cultura y la economía, así como el mundo natural, son cuando menos de naturaleza tan cíclica como lineal. No es cuestión de desterrar por completo la linealidad y el progreso, sino de integrarlos en los grandes ciclos que definen nuestra existencia. Que no es ni una línea ni un círculo, sino una espiral, donde la historia nunca llega a repetirse, pero casi siempre rima a medida que avanza en el tiempo.

Esta concepción más amplia de los patrones que subyacen a nuestro pasado comporta un mayor sentido de responsabilidad de cara al futuro. Aquellos de nosotros que son capaces de reconocer que ya hemos estado aquí antes son quienes deben llamar nuestra atención acerca de hacia dónde nos dirigimos. Hoy, eso implica actuar como una contracultura frente a quienes sustentan la Mentalidad, introduciendo la circularidad allí donde ellos solo ven flechas y un pensamiento más reflexivo y a largo plazo donde ellos solo se esfuerzan por alcanzar la velocidad de escape.

No voy a ofrecer aquí un plan para salvar al mundo, pero sí puedo señalar algunas de las cosas que tenemos que hacer para mitigar los efectos de las maquinaciones de esos tíos y desarrollar algunos planteamientos alternativos.

No, no hay que pasearlos con el sambenito: sería demasiado difícil diferenciar quiénes militan en cada bando. Al fin y al cabo, todos hemos sido partícipes de la Mentalidad, aunque solo sea para creer en la inevitabilidad de nuestra propia victimización. De ahí que el primer paso para liberarse de la Mentalidad sea darnos cuenta de que nada es inevitable. Aún no estamos flotando sobre el precipicio. Todavía tenemos opciones.

Lo más sencillo es dejar de apoyar a sus empresas y el modo de vida que estas promueven. Podemos hacer menos, consumir menos y viajar menos, y, de paso, convertirnos en personas más felices y menos

estresadas. Comprar productos locales, participar en redes de ayuda mutua y apoyar a empresas cooperativas.

Utilizar las leyes antimonopolio para acabar con los mastodontes anticompetitivos, la regulación medioambiental para limitar el despilfarro y la actividad sindical para promover los derechos de los trabajadores precarios.

Invertir las políticas fiscales para que quienes reciben plusvalías pasivas por su riqueza paguen tipos más altos que quienes trabajan activamente para obtener sus ingresos.

Estas medidas ralentizarán o incluso revertirán las tasas de crecimiento de las grandes empresas, a la vez que supondrán un reto para la economía financiarizada tal como funciona actualmente. Puede que eso vaya en contra de nuestro instinto de mantener permanentemente el crecimiento del PIB y de nuestra arraigada preocupación por la salud de la economía. Pero ¿desde cuándo los humanos estamos aquí para servir a la economía? Esa creencia es un producto de la Mentalidad, facilitado por las finanzas y reforzado por la tecnología.

Un gestor de fondos de cobertura con el que compartí estas ideas me dijo que, al menos en el caso de Estados Unidos, no hay otra opción que seguir creciendo: de lo contrario, China lo superará o empezará a reclamar el billón de dólares de deuda estadounidense que posee. Es posible. Pero en este momento, y a pesar del régimen autoritario que gobierna su país, los propios chinos están renunciando a la competitividad de la vida moderna. En respuesta a las duras condiciones de trabajo y a la desigualdad estructural, muchos jóvenes chinos se dedican al tang ping, a «tumbarse» en lugares públicos como una forma de ocio y a la vez de protesta. En lugar de esforzarse por conseguir un mayor salario y un mejor estatus social (según los estándares de las redes sociales del país), los jóvenes se limitan a tumbarse y hacer el mínimo esfuerzo para ser productivos. Como explica Xiang Biao, profesor de Antropología Social en Oxford: «Los jóvenes sienten una especie de presión que no pueden explicar y perciben que se han quebrantado las promesas. La gente es consciente de que la mejora material ya no es el objetivo primordial que da sentido a la vida».[220]

Curiosamente, aunque todo el mundo hiciera mucho menos de lo que hace ahora, seguiríamos teniendo alimentos y energía más que suficientes para todos. De hecho, tendríamos más. En su valorado artículo «Más allá del crecimiento», Gaya Herrington, analista de

sostenibilidad del gigante contable KPMG, explicaba que «En medio de la desaceleración global y de los riesgos de disminución del potencial de crecimiento futuro derivados del cambio climático, el malestar social y la inestabilidad geopolítica, por nombrar solo algunos factores, los líderes responsables afrontan la posibilidad de que en el futuro el crecimiento sea limitado. Y solo un necio sigue persiguiendo una imposibilidad».[221] Herrington demuestra que, aunque no es posible aspirar a un crecimiento continuo sin un colapso climático de consecuencias catastróficas,

«la escasez de recursos no ha sido el reto que la gente creía en la década de 1970, ni el crecimiento demográfico ha justificado la alarma que suscitó en la de 1990».[222] Hay suficiente comida, agua y energía para todos. Solo que no las

hay para satisfacer los modelos económicos que dependen de un crecimiento exponencial infinito. Intentar producir tanto pondría fin a la civilización tal como la conocemos.

En otras palabras: aquí abajo, en la tierra, todo podría ir de maravilla si no lleváramos la carga de satisfacer las necesidades del mapa abstracto que nosotros mismos creamos para representar nuestro mundo en beneficio de los obscenamente ricos. No nos enfrentamos a los límites de nuestra realidad física, sino a los de nuestros balances digitales. Solo estamos en crisis porque el mapa ha sustituido al territorio; la realidad virtual importa más que la real. En lugar de velar por nuestra seguridad, nuestros sistemas financieros y tecnológicos constituyen ahora las mayores amenazas para nuestro bienestar colectivo.

No estamos a salvo tras nuestras gafas de realidad virtual. Puede que los personajes virtuales con los que simulamos tener intimidad estén libres de enfermedades, neurosis, necesidades e incluso poros en la piel. Pero hay otras personas en el mundo a las que descuidamos por nuestra cuenta y riesgo. No porque vayan a derribar nuestra puerta, sino porque el propio esfuerzo por escapar de ellas constituye la causa principal de las amenazas que hoy afrontamos. Sí, las personas y la naturaleza pueden ser temibles e imprevisibles.

Pero intentar controlarlas en nuestro propio beneficio no funciona; o al menos no sin el correspondiente compromiso con la ética, la compasión y la responsabilidad por su bienestar. El reto de la realidad real es que aquí hay más gente. Y nuestro propio bienestar depende del suyo. Tal vez esta sea la verdad aterradora que ha estado sustentando la Mentalidad todo el tiempo. De ahí que quienes la

suscriben quieran ganar y luego alejarse del resto de nosotros tan rápida y completamente como sea posible. De ahí que insistan en que vivamos en un vacío espiritual.

Podemos seguir siendo individuos; solo tenemos que definir nuestra percepción del yo de forma un poco distinta de como lo hacen los algoritmos. No somos individuos que haya que contabilizar, vigilar, analizar y manipular bajo el pretexto de la conveniencia y la conectividad. Somos, en cambio, organismos sintientes individuales, que avanzan hacia relaciones más profundas con otras personas y con la naturaleza. Es el viaje inverso.

En el delicioso monólogo final de su musical de Broadway American Utopia, posteriormente llevado al cine, el músico David Byrne reflexionaba acerca de lo que los recientes descubrimientos sobre el cerebro nos dicen de este viaje hacia

la auténtica conectividad. Mientras que los millones de conexiones que el cerebro no utiliza se «podan» a medida que nos convertimos en adultos, es posible que luego se restablezcan, «solo que ahora, en lugar de estar en nuestra cabeza, se forman entre nosotros y otras personas. Lo que somos, afortunadamente, no está solo aquí, sino que se extiende más allá de nosotros mismos a través de conexiones entre todos nosotros».[223] El artista nos obliga a echar el freno el tiempo suficiente para considerar quiénes somos y qué podemos estar haciendo aquí.

Y se trata de algo más que de buenos deseos. Como sugieren ahora las recientes investigaciones sobre la «teoría polivagal», existe una sólida base neurofisiológica subyacente a nuestra capacidad de comunicarnos, vincularnos al prójimo e interactuar con él. En pocas palabras: nuestros sistemas nerviosos no funcionan de forma independiente, sino en concierto con los demás sistemas nerviosos que nos rodean. Es como si compartiéramos un sistema nervioso colectivo. Nuestra salud física y mental depende de que alimentemos esas conexiones. Prescindir de los demás resulta tan fútil como estúpido. Es como si hubiéramos cerrado el círculo, y las sensibilidades que pretendía trascender el mundo occidental, con su ciencia empírica y su progreso individual, han regresado con toda su fuerza.

En la medida en que nos planteemos algún objetivo, no deberíamos esforzarnos en pro de los logros individuales, las victorias discretas o las rentables estrategias de salida de la Mentalidad, sino que deberíamos aspirar más bien a progresar de una forma más gradual hacia la coherencia colectiva. No hay otra

«solución» a nuestros infortunios que adoptar un comportamiento más delicado, abierto y responsable con los demás.[224] No podemos «arreglar» el mundo, no hay «Gran Despertar», ni estrategia de «salida». Solo existe el proceso. Nuestra teoría del cambio, el relato que hacemos del cambio, es al menos tan importante como lo que pretendemos. Eso lo hace más difícil de vender que la solución final de alguna empresa emergente, pero también es la razón por la que comprometerse más plenamente con el presente resulta ser nuestro mejor antídoto contra la obsesión de la Mentalidad por vencer y escapar. Nuestro rumbo, nuestro enfoque y nuestros medios son más relevantes que cualquier presunto fin.

Así que, estimado lector, lo invito a unirse a mí para escuchar con más atención las promesas de los titanes de la tecnología y los inversores milmillonarios, así como de los líderes mundiales a los que tienen subyugados. Todos y cada uno de

sus grandiosos planes, soluciones tecnológicas y grandes reinicios entrañan

siempre un «y» o un «pero»: alguna forma de afán de lucro, alguna cesión o

crueldad temporal, alguna externalidad que se resolverá posteriormente, o alguna

válvula de seguridad personal de uso exclusivo para el fundador, junto con su

promesa de volver a por nosotros en su próximo viaje.

Esa es la gran mentira que quienes sustentan la Mentalidad nos cuentan a

nosotros y se cuentan a sí mismos. No hay escapatoria y no hay un después. Si

no lo hacemos en este momento, es que ya no lo hacemos.

[215] Walter Benjamin, «Zum Planetarium», en Einbahnstraße, 1928 [trad. cast.:

Calle de dirección única, Madrid: Abada, 2014].

[216] Tyson Yunkaporta, Sand Talk: How Indigenous Thinking Can Save The

World, Nueva York: HarperOne, 2020, pp. 78-79.

[217] Vicki Robin, Blessing the Hands That Feed Us: What Eating Closer to

Home Can Teach Us about Food, Community, and Our Place on Earth,

Farmington Hills (Míchigan): Thorndike Press, 2014.

[218] Koustav Samanta, Roslan Khasawneh y Florence Tan, «APPEC-Global oil

demand seen reaching prepandemic levels by early 2022», Reuters, 27 de

septiembre de 2021, www.reuters.com/business/energy/appec-global-oil-

demand-seen-reaching-pre-pandemic-levels-by-early-2022-2021-09-27

[tinyurl.com/4yb6hpd8].

[219] Jessica Gordon Nembhard, Collective Courage: A History of African

American Cooperative Economic Thought and Practice, University Park (PA):

Pennsylvania State University Press, 2014.

[220] Elise Chen, «These Chinese Millennials Are “Chilling”, and Beijing Isn’t

Happy», New York Times, 3 de julio de 2021,

www.nytimes.com/2021/07/03/world/asia/china-slackers-tangping.html

[tinyurl.com/3jn9xsex].

[221] Gaya Herrington, «Beyond Growth», LinkedIn, 13 de febrero de 2020,

www.linkedin.com/pulse/beyond-growth-gaya-branderhorst

[tinyurl.com/eajje63m].

[222] Edward Helmore, «Yep, It's Bleak, Says Expert Who Tested 1970s End-

of-the-World Prediction», The Guardian, 25 de julio de 2021,

www.theguardian.com/environment/2021/jul/25/gaya-herrington-mit-study-the-

limits-to-growth [tinyurl.com/2mp7abra].

[223] Spike Lee (dir.), American Utopia, 2020, www.imdb.com/title/tt11874226

[tinyurl.com/9akxu6wy].

[224] Véase el trabajo de Sarah Pessin, incluido «From Mystery to Laughter to

Trembling Generosity: Agono-Pluralistic Ethics in Connolly v. Levinas»,

International Journal of Philosophical Studies, vol. 24, n.º 5 (2016), pp. 615-638.

AGRADECI-
MIENTOS

Hay muchas personas a las que aquí debería dar las gracias. Me abstendré de intentar enumerarlas a todas, no solo por las muchas que inevitablemente omitiría, sino porque no estoy seguro de cuántas de

ellas quieren que las mencione como mis cómplices.

Pero no puedo menos que dejar que Aaron Gell, mi genial editor en Medium allá por 2018, comparta parte de la culpa de este libro. Fue Aaron quien supo ver que un breve inciso sobre una charla que yo había dado para unos milmillonarios apocalípticos debía convertirse, en cambio, en la cabecera del artículo que estaba escribiendo. Gracias también a Siobhan O'Connor, Damon Beres y Evan Williams por dar tanto apoyo intelectual, financiero y algorítmico a lo que escribo.

Gracias a mi editor, Tom Mayer, por venir a decirme que el tema daba para un libro y por haberme empujado luego a mejorarlo tanto. También estoy profundamente agradecido a mi agente, Mollie Glick, por aconsejarme que escribiera no solo sobre ideas, sino también sobre quienes las sustentan. Gracias a Allegra Huston por la rapidísima corrección del texto y a Will Scarlett por hacer llegar el libro a los lectores.

Gracias a mis alumnos y colegas del Queens College por su contagiosa dedicación y vocación de servicio. Gracias a Mara Einstein y Amy Herzog por incentivar y defender mi año sabático. Gracias a Marina Gorbis y al Institute for the Future por su sabiduría y sus consejos. Gracias a Mark Stahlman y al Center for the Study of Digital Life por sus investigaciones y provocaciones.

Estoy en deuda con Richard Barbrook y Andy Cameron, que fueron los primeros en identificar lo que yo denomino «la Mentalidad» en un artículo publicado en 1995 bajo el título de «La ideología californiana». Vaya también mi agradecimiento a Mark Dery, que supo prever buena parte de la insania que he relatado aquí en su libro de 1996 Velocidad de escape.

Gracias asimismo a Nora Bateson, el reverendo Billy, Stephen Brent, Luke Burgis, Amber Case, Jamie Cohen, Yael Eisenstat, Frank Faranda, Nate Hagens, HC, Renee Hobbs, Brian Hughes, Xeni Jardin, Naomi Klein, Irwin Kula, Jeremy Lent, Mark Pesce, Sarah Pessin, Vicki Robin, Philip Rosedale, Rachel Rosenfelt, Micah Sifry, Suzanne Slomin, Fred Turner, Ari Wallach, Charles Yao, Tyson Yunkaporta y David Zweig por su genialidad, su amistad y su honradez.

Gracias a todos los miembros del pódcast Team Human por su apoyo y solidaridad, especialmente a Josh Chapdelaine y Luke Robert Mason, que me protegen y promocionan en igual medida.

Y gracias, sobre todo, a mi esposa, Barbara, por su cariñoso respaldo

durante los años de charlas y viajes que aquí se relatan, y a mi hija, Mamie, por darme a la vez esperanza en el futuro y un papel en él.

Índice

Portada

La supervivencia de los más ricos

Introducción. La Mentalidad

01. La ecuación aislacionista

02. Fusiones y adquisiciones

03. Un útero con vistas

04. El efecto montaplatos

05. Genes egoístas

06. A toda marcha

07. Exponencial

08. Tecnología persuasiva

09. Visiones del hombre ardiente

10. El Gran Reinicio

11. La Mentalidad ante el espejo

12. Karma cibernético

13. Reconocimiento de patrones

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Douglas Rushkoff

Créditos

La supervivencia de los más ricos

La élite tecnológica tiene un plan para sobrevivir al apocalipsis: dejarnos a todos atrás.

Cinco misteriosos multimillonarios convocaron al teórico Douglas

Rushkoff a un resort desértico para una charla privada. ¿El tema? Cómo sobrevivir al 'Evento': la catástrofe social que saben que se avecina. Rushkoff llegó a la conclusión de que estos hombres estaban bajo la influencia de 'La mentalidad' ('The Mindset'), una certeza al estilo de Silicon Valley de que ellos y su cohorte pueden romper las leyes de la física, la economía y la moral para escapar de un desastre de su propia creación, siempre y cuando tengan suficiente dinero y la tecnología adecuada.

En 'La supervivencia de los mas ricos', Rushkoff rastrea los orígenes de The Mindset en la ciencia y la tecnología hasta su expresión actual en las misiones a Marte, los búnkeres insulares, el futurismo de la IA y el metaverso. En una docena de capítulos urgentes y apasionantes, se enfrenta al utopismo tecnológico, a la informatización de todas las interacciones humanas y a la explotación de esos datos por parte de las empresas. A través de personajes fascinantes -programadores expertos que quieren rehacer el mundo desde cero como si rediseñaran un videojuego y banqueros que vuelven de Burning Man convencidos de que el capitalismo incentivado es la solución a los desastres medioambientales- Rushkoff explica por qué quienes tienen más poder para cambiar nuestra trayectoria actual no tienen interés en hacerlo. Y muestra cómo las recientes formas de rebelión contra la corriente dominante -QAnon, por ejemplo, o las acciones meme- refuerzan el mismo orden destructivo.

Esta alucinante obra de análisis social nos muestra cómo trascender el paisaje creado por The Mindset -un mundo vivo con algoritmos e inteligencias que recompensan activamente nuestras tendencias más egoístas- y redescubrir la comunidad, la ayuda mutua y la interdependencia humana.

En una conclusión atronadora, 'La supervivencia de los más ricos' sostiene que la única forma de sobrevivir a la catástrofe que se avecina es asegurarse de que no se produzca en primer lugar.

"Un retrato devastador de las culturas y lógicas subyacentes a la gran tecnología.

Rushkoff hará que te enfades lo suficiente como para contraatacar. Una lectura vital, lúcida y enfurecedora".- Naomi Klein

"Hay muchos libros que denuncian los horrores del capitalismo monopolista y la desigualdad del siglo XXI, y las amenazas existenciales que plantean la tecnología y el crecimiento infernal, pero ninguno como 'La supervivencia de los ricos'.". - Kurt Andersen

“Una mirada hilarante y lacerante a la sociopatía de la élite que está destrozando el mundo, y una llamada a las armas para que el resto de nosotros podamos combatirla".- Molly Crabapple

“Rushkoff ofrece algo a la vez más realista y más imaginativo: consideración mutua, responsabilidad y florecimiento. Al hacerlo, monta una apasionada defensa de todo y de todos los marcados como prescindibles en la búsqueda fanática de una pizarra en blanco".- Jenny Odell

Douglas Rushkoff. Escritor, columnista y profesor de cultura virtual en la Universidad de Nueva York. Nombrado uno de los "diez intelectuales más influyentes del mundo" por el MIT, Douglas Rushkoff es un autor y documentalista que estudia la autonomía humana en la era digital. Tiene 20

libros publicados. Su libro ‘Coercion’ ganó el Premio Marshall McLuhan, y la Media Ecology Association le concedió el primer Premio Neil Postman a la Trayectoria Profesional en la Actividad Intelectual Pública. El trabajo de Rushkoff explora cómo los distintos entornos tecnológicos cambian nuestra relación con la narrativa, el dinero, el poder y los demás. Ha acuñado conceptos como "medios virales", "screenagers" y "moneda social", y ha sido uno de los principales defensores de la aplicación de los medios digitales a la justicia social y económica. Es investigador del Institute for the Future y fundador del Laboratorio de Humanismo Digital de CUNY/Queens, donde es profesor de Teoría de los Medios y Economía Digital. Es columnista de Medium, y sus novelas y cómics, Ecstasy Club, A.D.D, y Aleister & Adolf, se están desarrollando en formato audiovisual.

Título original: Survival of the Richest: Escape Fantasies of the Tech Billionaires (2022)

© Del libro: Douglas Rushkoff

© De la traducción: Francisco J. Ramos Mena

Edición en ebook: septiembre de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-126878-9-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o

transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Document Outline

- Cover Page
- Portada
- La supervivencia de los más ricos
- Introducción. La Mentalidad
- 01. La ecuación aislacionista
- 02. Fusiones y adquisiciones
- 03. Un útero con vistas
- 04. El efecto montaplatos
- 05. Genes egoístas
- 06. A toda marcha
- 07. Exponencial
- 08. Tecnología persuasiva
- 09. Visiones del hombre ardiente
- 10. El Gran Reinicio
- 11. La Mentalidad ante el espejo
- 12. Karma cibernético
- 13. Reconocimiento de patrones
- Agradecimientos
- Índice
- Sobre este libro
- Sobre Douglas Rushkoff
- Créditos